



Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación

**La experiencia cubana de David Viñas desde Casa de las Américas (1959-1971):
trayectoria y producción intelectual del período**

Lic. Mairaya Almaguer López

Tesis para optar por el grado de Doctora en Ciencias Sociales

Director: Dr. Osvaldo Barreneche, UNLP- CONICET

Co-directora: Dra. Guadalupe Silva, UBA- CONICET

La Plata, 30 de noviembre de 2021



RESUMEN

El vínculo que estableció David Viñas con Casa de las Américas durante los sesenta y la posibilidad que ofrecía la institución para insertarse en los debates que delineaban el escenario cultural cubano y latinoamericano del período fue esencial para buena parte de su producción intelectual de esos años. Aunque a lo largo de la década el escritor realizó varios viajes a La Habana, dando muestra de su interés por el proyecto cultural y político que se gestaba en la capital cubana, rechazó sistemáticamente propuestas hechas por la institución para que se instalara a trabajar allí. Este gesto estuvo en correspondencia con la figura de intelectual heterodoxo y polémico que encarnó desde los tiempos de *Contorno*.

Desde esa posición David Viñas se insertó en la dinámica de la institución que fuera rectora de las relaciones entre intelectuales de todo el mundo que se daban cita en La Habana; formó parte del certamen literario como jurado en 1965, 1969 y 1971 respectivamente, y en 1967 ganó el premio con la novela *Los hombres de a caballo*.¹ Su nombre se incorporó al Comité de Colaboración de la revista *Casa de las Américas*, del que formaron parte solamente tres argentinos: Ezequiel Martínez Estrada, Julio Cortázar y el propio Viñas. En su paso por la isla el escritor ofreció conferencias, estuvo a cargo de la selección y prólogo de libros, presentó proyectos editoriales, participó de mesas de debates y, sobre todo, polemizó fervientemente. La presente investigación reconstruye el itinerario cubano de David Viñas durante los años sesenta e indaga las maneras en que esa experiencia se asoma en su producción intelectual del período.

Palabras clave: CASA DE LAS AMÉRICAS, DAVID VIÑAS, DÉCADA DEL SESENTA, DEBATE INTELECTUAL

¹ En ediciones posteriores, por decisión del propio autor, el título pasó a ser *Hombres de a caballo*. Esta tesis trabaja con la edición que ganó el premio en 1967, por lo tanto, he preferido para el análisis mantener el título original.

SUMMARY

The link established by David Viñas with Casa de las Americas during the 1960s and the possibility offered by the institution to take part in the debates that delineated the Cuban and Latin American cultural scene of the period was essential for much of his intellectual production during those years. Although throughout the decade the writer made several trips to Havana, showing his interest in the cultural and political project that was taking shape in the Cuban capital, he systematically rejected proposals made by the institution to settle down and work there. This gesture was in line with the figure of heterodox and polemic intellectual that he embodied since the times of Contorno.

*From that position, David Viñas became part of the dynamics of the institution that was the leader of the relations between intellectuals from all over the world who met in Havana; he took part in the literary contest as a jury member in 1965, 1969 and 1971 respectively, and in 1967 he won the prize with his novel *Los hombres de a caballo* (*The Men on Horseback*). His name was incorporated to the Collaboration Committee of Casa de las Américas magazine, of which only three Argentines were members: Ezequiel Martínez Estrada, Julio Cortázar and Viñas himself. During his stay on the island, the writer gave lectures, was in charge of the selection and prologue of books, presented publishing projects, participated in debates and, above all, fervently polemicized. This research reconstructs the Cuban itinerary of David Viñas during the sixties and investigates the ways in which that experience appears in his intellectual production of the period.*

Key Words: HOUSE OF THE AMERICAS, DAVID VIÑAS, SIXTIES, INTELLECTUAL DEBATE.

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Introducción	9
Capítulo 1. Literatura y política. <i>Contorno</i>, la nueva izquierda argentina y el triunfo de la Revolución cubana	33
1.1 David Viñas: producción intelectual durante los años 50.....	34
1.1.2 David Viñas y las figuras de escritor: de <i>Cayó sobre su rostro</i> (1955) a <i>Los dueños de la tierra</i> (1958)	38
1.2 <i>Contorno</i> , la nueva izquierda y la Revolución cubana.....	46
1.2.1 Las corrientes teóricas en el interior de <i>Contorno</i> y los cimientos de la nueva izquierda argentina.....	50
1.2.2 <i>Contorno</i> y el Partido Comunista.....	53
1.3 <i>Che</i> , la Revolución cubana y una doble traición a la <i>nueva izquierda argentina</i>	54
1.3.1 Viñas y los comunistas llegan juntos a <i>Che</i>	58
1.4 Consideraciones finales.....	62
Capítulo 2. Casa de las Américas, Latinoamérica y el mundo	65
2.1. Casa de las Américas: agendas y modelos de intelectual.....	67
2.2 Tres argentinos en <i>Casa de las Américas</i> : un circuito para pensar el proyecto cultural de la Revolución cubana.....	69
2.2.1 Intereses previos.....	74
2.3. Martínez Estrada en Cuba: una máquina a ritmo revolucionario.....	77

2.3.1 Una carta para Nicolás Guillén.....	82
2.4 Julio Cortázar frente al aparato institucional de Casa de las Américas.....	88
2.4.1 Colaboraciones de un cronopio en <i>Casa</i>	90
2.5 David Viñas entre anarquismo y revolución.....	97
2.6 Consideraciones finales.....	99
Capítulo 3. David Viñas frente a “la cosa cubana”, 1965 – 1967.....	101
3.1 El escritor argentino mira al Sur desde La Habana.....	102
3.2 Reuniones, presentaciones y viajes. La estancia más larga de David Viñas en La Habana (1966-1967)	113
3.2.1 Debates y proyecciones desde “La capital guerrillera de América Latina”.....	117
3.2.2 Intelectuales de izquierda en el mar azul de Varadero: homenaje a Rubén Darío.....	129
3.3. 1967: premios literarios y novelas latinoamericanas.....	131
3.3.1 <i>Los hombres de caballo</i> y el Premio Casa de las Américas.....	133
3.4 Un relato sobre la revolución.....	141
3.4.1 Situación del escritor latinoamericano y un intercambio epistolar alternativo.....	146
3.5 Consideraciones finales.....	150
Capítulo 4. David Viñas y las cosas concretas: intelectuales, lenguaje y poder (1968-1969).....	152
4.1 “Cosas concretas”, un poema que David Viñas escribió al Che Guevara.....	154
4.2 De reuniones y premios. Intelectuales, lenguaje y poder.....	166

4.2.1 Un concurso literario que premia el esfuerzo.....	176
4.3 Europa como horizonte posible.....	182
4.4 La polémica como continuidad: Collazos- Cortázar y también David Viñas.....	186
4.5 La novela <i>Cosas concretas</i> y el debate intelectual de los años sesenta.....	192
4.6 Consideraciones finales	199
Capítulo 5. 1971, un año para definir posiciones.....	200
5.1 David Viñas, el premio y la última reunión del comité de la revista <i>Casa</i>	201
5.1.1 El género testimonio.....	203
5.2 Tercera reunión del comité de <i>casa</i> . Desavenencias y desintegración.....	215
5.2.1 <i>Literatura argentina y realidad política</i> . Reminiscencias de un debate.....	223
5.3 David Viñas frente al caso Padilla.....	229
5.4 Consideraciones finales.....	240
Conclusiones.....	243
Bibliografía.....	249
Anexos.....	265

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a todos los que me han ayudado a transitar este largo proceso formación:

A Esteban y a Leo, por el apoyo, la presencia y el amor incondicional.

A mi familia, por animarme siempre a seguir adelante.

A Osvaldo Barreneche y a Guadalupe Silva, por las lecturas atentas, la buena disposición, el acompañamiento y la confianza.

A los docentes del Doctorado en Ciencias Sociales de la UNLP

A la Comisión Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) que me permitió, a través de una beca doctoral, la realización de este trabajo.

A mis amigas y amigos.

Y a David Viñas, por la escritura.

*Euforia en los sesenta; depresión en los 70
en mi perspectiva de América Latina.*

David Viñas

Introducción

Cuando en abril de 1959 se fundó en La Habana la institución cultural Casa de las Américas, por las calles de Buenos Aires circulaba el último número de *Contorno*. David Viñas director, junto a su hermano Ismael, de la emblemática publicación, no imaginaba que su nombre estaría relacionado con aquel centro y principalmente con su revista, *Casa de las Américas*. El vínculo suyo con *Casa* sería especial pues, aunque fueron varios los argentinos que se sumaron como colaboradores y articulistas, sólo tres llegaron a formar parte del Consejo de Redacción: Ezequiel Martínez Estrada, Julio Cortázar y el propio David Viñas, quien desde sus ensayos del período advirtió sobre ciertas rupturas en las trayectorias intelectuales de sus coterráneos en itinerarios que ubicó desde el paso de ambos por una revista liberal como *Sur* y las respectivas posturas críticas en referencia a Perón hasta la llegada, por rumbos distintos, a Casa de las Américas y la adhesión a la revolución de Fidel Castro.

En ese circuito es posible ubicar también la trayectoria intelectual de Viñas, un itinerario en el cual se advierten deslizamientos análogos a los señalados por el escritor respecto a sus pares y que, aunque no son tan categóricos en lo político y en lo ideológico, se perfilan en otros planos; por ejemplo, en el tránsito de *Contorno*, una publicación centrada prioritariamente en problemáticas argentinas,² hacia la revista *Casa de las Américas*, cuyo latinoamericanismo patentizó desde el propio nombre.

² En el prólogo a la edición facsimilar de *Contorno*, editada por la Biblioteca Nacional en 2007, Ismael Viñas aseguró que la idea inicial de la publicación había sido de su hermano David, y que el propósito fundamental era sacar una revista cuya preocupación única se centrara en la cultura argentina, y en una visión crítica. Si se analizan los temas que fueron tratados en la revista, se advierte que sus directores fueron fieles al programa inicial: tres de los 10 números fueron dobles: el No. 5/6, el No. 7/8 y el No. 9/10, y estuvieron dedicados a la novela argentina, al Peronismo y al análisis del Frondizismo, respectivamente. En el No. 1 y el No. 3 se ocuparon de autores argentinos,

El vínculo que estableció Viñas con Casa de las Américas, y la posibilidad que ofrecía la institución para insertarse en debates que delineaban el escenario político y cultural del período, resultan esenciales para comprender este desplazamiento hacia lo latinoamericano. La idea anterior determina una de las líneas de esta investigación, cuya propuesta fundamental es analizar la experiencia cubana de David Viñas durante la década del sesenta como un componente significativo de su producción intelectual del período; el propósito es indagar en las huellas que dicha experiencia asestó en los textos que escribió y publicó durante esos años. Como se verá, si bien el escritor explicitó su interés por el proyecto cubano desde los inicios de la década, no fue hasta 1965 que llegó a establecer vínculos concretos con La Habana.

La observación anterior justifica que el corpus del análisis que se propone lo conformen prioritariamente ensayos, artículos y obras de ficción que David Viñas escribió y publicó durante la segunda mitad de los sesenta. Se han tenido en consideración, además, sus intervenciones públicas en La Habana, conferencias ofrecidas en el marco de las actividades del certamen literario de Casa, así como entrevistas que ofreció y fueron publicadas en revistas y periódicos de la isla (la mayor parte de estos materiales fueron consultados en el Archivo Vertical de la Biblioteca de Casa de las Américas). Se analizan artículos de su autoría publicados en *Casa de las Américas* y en otras publicaciones cubanas, por ejemplo, la revista *Cuba*; a la vez que se indaga en su inserción en el certamen literario; como jurado: del que formó parte en 1965, 1969 y 1971 respectivamente, y también como participante: en 1967 se ganó el premio por la novela *Los hombres de a caballo*.

Si bien la mayor parte de los materiales referidos no aparecen citados en los estudios dedicados a David Viñas, de manera tal que esto constituye uno de los aportes de la presente tesis, subrayo que la novedad principal de esta investigación es el intercambio epistolar que el escritor sostuvo

desde los martinfierristas hasta Victoria Ocampo, pasando por Marechal, Mujica Láinez y Mallea, por mencionar algunos. Los restantes números fueron monográficos: el No. 2 dedicado a Roberto Arlt y el No. 4 a Ezequiel Martínez Estrada.

con miembros de la institución cultural cubana y las actas de las reuniones del Comité de Colaboración de la revista. Se trata, en ambos casos, de un material inédito, conservado en el Archivo de Casa de las Américas que arrojó información novedosa sobre las relaciones de Viñas con la revista y con la institución (y a través de ella con el proceso cubano) y permitió la extracción y el análisis de núcleos temáticos claves de su producción intelectual del período.

Un primer elemento a tener en cuenta al momento de encarar este trabajo ha sido la falta de estudios que aborden de manera sistemática las relaciones de David Viñas con La Habana. Si por ejemplo son abundantes los análisis enfocados tanto en la etapa cubana de Martínez Estrada,³ como en lo que significó para Julio Cortázar la adhesión a la Revolución,⁴ del vínculo de Viñas apenas se ha hablado. El asunto aparece esbozado fragmentariamente en algunas investigaciones,⁵ pero no existen análisis que den cuenta de las implicancias que tuvo con el proceso revolucionario cubano ni de la labor que realizó desde y para Casa de las Américas.

Ante la vacancia advertida, este estudio propone una reconstrucción del itinerario cubano de David Viñas durante los años sesenta; una trayectoria que resulta esencial para indagar las maneras en que esa experiencia se asoma en su producción intelectual del período. El arco que va de los primeros gestos de Viñas respecto al proceso cubano, cuyo hecho de mayor impacto podría ubicarse en 1960 cuando fuera deportado de Venezuela por participar en un acto de apoyo a la Revolución cubana, hasta la carta abierta que escribió a Roberto Fernández Retamar en 1971,

³ Martínez Estrada, de Radiografía de la Pampa hacia el caribe. En *Literatura argentina y política. De Lugones a Walsh*. David Viñas.1996; *El Martí de Martínez Estrada*. Cintio Vitier y *Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada*. Roberto Fernández Retamar en *Primer congreso internacional sobre la vida y obra de Martínez Estrada*. Actas.1995; Revista *Casa de las Américas*, No. 33, Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada. 1965.

⁴ Revista *Casa de las Américas*, No. 145-146, julio-octubre, 1984. Homenaje a Julio Cortázar; *Materiales de la Revista Casa de las Américas de/sobre Julio Cortázar*, Casa de las Américas, 2009.

⁵ "A caballo sobre las cosas concretas" (Sobre *Cosas concretas*), *Casa de las Américas*, 60, La Habana, mayo-junio de 1970, p. 156; Valverde, Estela (1989). *David Viñas: en busca de una síntesis de la historia argentina*, Buenos Aires, Plus Ultra; CROCE, Marcela (2005). *David Viñas, crítica de la razón polémica: un intelectual argentino heterodoxo entre "Contorno" y Dios*, Buenos Aires: Suricata; ROCA, Pilar (2007). *Política y sociedad en la novelística de David Viñas*, Biblos, Buenos Aires.

donde compartía su parecer sobre el caso Padilla y que prefiguró su posterior distanciamiento del proceso cubano, pasando por los viajes que realizó a la isla a lo largo de la década, señalan las principales coordenadas de su itinerario. También en 1971, y como consecuencia de las discrepancias suscitadas por el poeta encarcelado la dirección de Casa de las Américas decidió disolver el Comité de Colaboración de la revista. Estos acontecimientos y la posición asumida por el escritor argentino determinan, además, el recorte temporal de esta investigación: 1959-1971.

Del período que nos ocupa, el Archivo de Casa de las Américas atesora, de manera inédita, alrededor de cuarenta cartas que dan cuenta del diálogo de David Viñas con miembros de la institución. Los interlocutores más asiduos eran Roberto Fernández Retamar, director de la revista, Haydée Santamaría y Marcia Leiseca, directora y secretaria de la institución respectivamente. Se conserva además el borrador de un proyecto editorial presentado por Viñas en 1967 con la propuesta de organizar desde Casa de las Américas y bajo su responsabilidad tres colecciones: *Diccionario de literatura de América Latina*, *Historia de la literatura de América Latina* e *Historia general de América Latina*. Otros materiales del archivo dan cuenta de compromisos establecidos por el escritor; por ejemplo, la selección y prólogo de la *Antología Roberto Arlt*, el prólogo para la edición de Casa del *Facundo* y la selección de textos de Sarmiento. Se atesoran documentos con propuestas hechas por Viñas en referencia a intelectuales que debían ser invitados a Cuba, y otros que aluden a intervenciones suyas desde Buenos Aires en apoyo a actividades convocadas por La Habana, como por ejemplo los festejos por el 26 de julio en 1968.

La otra gran novedad que este trabajo pone a consideración es el análisis de las actas de las reuniones del Comité de Colaboración de la revista *Casa*. La significancia de estas actas radica no sólo en la posibilidad que ofrece su consulta para analizar el lugar que ocupó David Viñas como miembro de dicho comité, sino además en la manera en que explicitan la complejidad y la variedad de los temas sobre los que discutían fervientemente ese selecto grupo de intelectuales

latinoamericanos que en tres ocasiones fueron convocados por la institución para pensar la literatura, pero sobre todo la compleja realidad cultural, política e ideológica del período.

Para la fecha en que David Viñas comienza a observar con atención los sucesos cubanos, y motivado, sin dudas, por los acontecimientos que estaban teniendo lugar en la isla caribeña, comenzó a replantearse el lugar que debían ocupar la literatura y los propios escritores ante la nueva realidad política y social del continente. Sus preocupaciones lo llevarían a declarar en 1962: “La coyuntura histórica está exigiendo otros planteos de acento hacia la actividad política concreta. Por eso no voy a escribir más novelas. Paso al ensayo, al ensayo político, a la militancia” (Franco, 1962, pág. 2).

En esa apuesta, o en ese ademán, para usar un término viñesco, se advierte una de las marcas definitorias del período: la politización de los intelectuales. Tanto el interés por Latinoamérica, como las discusiones en torno al modelo de compromiso sartreano, se sabe, no eran preocupaciones privativas del ejercicio intelectual del argentino; correspondían, tal como ha reiterado la crítica, a un espíritu de la época. Fueron asuntos que, especialmente luego del triunfo de la Revolución cubana, pasaron a ocupar un lugar central en la agenda del continente. Cómo ser un intelectual revolucionario, parecía ser la pregunta del momento.

Si bien el núcleo central del tema se ubica en la segunda mitad de los sesenta, resulta imprescindible contextualizar tanto la producción intelectual de David Viñas hasta ese momento, como la labor desplegada por Casa de las Américas en los primeros años de la década. Los dos primeros capítulos de esta investigación se ocupan de ambas cuestiones. El primero tiene como propósito analizar la figura de escritor y de intelectual que va construyendo David Viñas a partir de las novelas que escribe y publica durante la década del cincuenta y también desde ensayos suyos que aparecieron en revistas del período, especialmente en *Contorno*. La producción ficcional y ensayística de David Viñas, el triunfo de la Revolución cubana y el surgimiento y desarrollo de la

nueva izquierda en Argentina, como un aspecto central del período, conforman las coordenadas fundamentales del análisis que propone ese primer capítulo; se trata de conocer cuál es la imagen que proyecta el escritor cuando comienza a establecer sus vínculos con el proceso cubano. En tal sentido, se indaga la inserción de David Viñas en otra publicación definitiva para la nueva izquierda argentina que también permite pensar los primeros gestos suyos hacia La Habana, como fue la revista *Che* (1960-1961).

El segundo capítulo se dedica a analizar el proyecto cultural y político de Casa de las Américas y presta especial atención al impacto que produjo esta institución en el mundo y, particularmente, en América Latina. El capítulo avanza a partir de la reconstrucción de las experiencias cubanas de Ezequiel Martínez Estrada y de Julio Cortázar y de la problematización que, desde sus textos del período, realizara David Viñas sobre el acercamiento a Cuba de sus coterráneos. A partir de esas experiencias individuales se analiza la manera en que reaccionaron y se posicionaron frente a las demandas institucionales de Casa.

El capítulo parte de considerar el lugar desde donde intervinieron en la escena cubana, Ezequiel Martínez Estrada radicado en La Habana, donde permaneció entre 1961 y 1963, Julio Cortázar en París y David Viñas desde Buenos Aires; e indaga tanto los aportes que hicieron al proceso en formación como los desacuerdos y las disidencias que, con diversos matices, explicitaron en referencia a las demandas del aparato institucional cubano. Se consideran además las incidencias que las experiencias de Martínez Estrada y Cortázar tuvieron para con los vínculos que el propio David Viñas fue estableciendo con La Habana.

Los capítulos tercero, cuarto y quinto se desarrollan a partir de la reconstrucción del itinerario cubano de David Viñas entre 1965 y 1971 así como del análisis de la manera en que la experiencia acumulada durante las visitas que realizó a la isla, y los debates de los que formó parte, se asoman en los textos que escribió y publicó durante el período. Esta estructura analítica está en sintonía

con la cronología que elaboré a partir del material consultado en el Archivo de Casa de las Américas. Las periodizaciones de los capítulos se corresponden con los viajes que realizó David Viñas a Cuba en esos años.

El tercer capítulo reconstruye y analiza la trayectoria cubana del escritor entre 1965 y 1967. En 1965, Viñas integró por primera vez el jurado del concurso literario de Casa de las Américas. En esa oportunidad formó parte del jurado de novela que, por unanimidad, decidió dejar desierto el premio. El jurado otorgó, sin embargo, una mención a la novela presentada por el cubano Rafael Alcides Pérez titulada *Contracastro* y que tematizaba la invasión de Playa Girón. A partir de este dato, el capítulo indaga los intereses estéticos, políticos y temáticos del premio y analiza el lugar que en los debates sobre tales asuntos ocupaban Viñas y los demás intelectuales convocados para el certamen. Ese año Viñas compartió el jurado con Camilo José Cela, José Pedro Díaz, Jaime Sarusky y Mario Vargas Llosa. En 1967 el propio escritor se alzó con el galardón de Casa, por su novela *Los hombres de a caballo*. El apartado dedicado a esta obra propone considerar su participación como jurado del certamen en 1965 como un antecedente significativo para el proceso de escritura de la novela y para la decisión de presentarla al concurso que se convocaba desde La Habana.

El año 1967 fue crucial para el trabajo entre la institución y los intelectuales que se habían ido sumando a su proyecto. Además de las actividades relacionadas con el premio, en enero se celebró la primera reunión del Comité de Colaboración de la revista. En este encuentro, como se verá, se hicieron explícitas notables diferencias entre sus miembros. Este capítulo plantea que en el debate generado en el marco de esta primera reunión se encuentran los cimientos de las diferencias que al final de la década resultaron insuperables y conllevaron al distanciamiento de buena parte de sus colaboradores (y de otros intelectuales) del proyecto de Casa y de la propia revolución.

El cuarto capítulo problematiza una serie de cuestiones teóricas centrales en la producción de Viñas: el lenguaje, la ideología, los intelectuales en sus vínculos con la política y con el poder, el compromiso y la responsabilidad. El análisis parte del estudio de “Cosas concretas” (1968), un poema que David Viñas escribió para el número homenaje de *Casa de las Américas* al Che y que no ha sido considerado en los estudios previos dedicados a su obra, y concluye con la novela de igual título publicada por el escritor en 1969. En ese recorrido se estudian otros textos suyos aparecidos en revistas del período y se analiza el impacto que produjo la muerte de Guevara en los movimientos de izquierda, en los intelectuales vinculados a Cuba y, particularmente, en David Viñas. Se examinan los debates, las propuestas, y las tensiones que perfilaron la segunda reunión del comité de *Casa* y las particularidades del trabajo de Viñas como jurado de novela en el certamen de ese año. El capítulo analiza además la forma en que incorpora en la novela *Cosas concretas* las tensiones, las esperanzas y los desencantos de los intelectuales durante el período, problemáticas que, como se verá, había esbozado antes en el poema dedicado a Guevara.

En 1970 se incorporó al premio de Casa el género “Testimonio”. David Viñas fue convocado a integrarse al jurado de dicha categoría en la edición de 1971. El quinto capítulo se ocupa de estudiar los motivos que llevaron a la institución a incorporar este género, a la vez que analiza las particularidades del premio de 1971 y el lugar desde donde Viñas intervino en la legitimación del testimonio, a partir de su incorporación al jurado. Considera su participación en la tercera y última reunión del Comité de Colaboración de *Casa*. A partir del debate sostenido en ese encuentro, celebrado en enero de 1971, se analiza su posición en dicho comité y la manera en que reaccionó ante determinados acontecimientos que tuvieron lugar al interior del proceso cultural cubano de esos años, cuyo hecho de mayor impacto fue el caso Padilla. En relación con esto último, el capítulo rescata y analiza la carta abierta que en junio de 1971 escribió David Viñas a Roberto Fernández Retamar, en la cual compartía su punto de vista sobre este asunto. La novedad principal de este capítulo emerge en el análisis de otra carta, también de carácter público, que escribió el

director de *Casa* en respuesta a la de Viñas. Esta carta abierta de Fernández Retamar, que se encuentra inédita en el Archivo de Casa de las Américas, arrojó información novedosa para considerar, desde otras aristas, la posición asumida por el argentino frente al caso Padilla y su posterior distanciamiento de la institución cubana, de Fernández Retamar y del proceso cubano.

En 1971 se publicó en Argentina *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. El capítulo propone pensar algunas de las tesis desarrolladas por David Viñas en el mencionado libro en diálogo con problemáticas presentes en los encuentros entre intelectuales que a lo largo de la década debatieron desde La Habana asuntos relativos a la nueva circunstancia histórica, a los escritores y sus obras, al vínculo entre arte y política, literatura e historia, al compromiso intelectual, las izquierdas, las libertades políticas y estéticas, así como el dominio cultural y las relaciones entre Latinoamérica y Europa.

Problema de investigación

El problema que se plantea esta investigación: la experiencia cubana de David Viñas durante los años sesenta como un componente significativo de su producción intelectual del período involucra al menos tres categorías cuya relación determina el objeto de estudio, las de intelectual, contexto y obra. Esto es: David Viñas, proceso cultural y político cubano (y latinoamericano) y producción intelectual, ¿cuál fue la dinámica particular de dicha relación? Tal es el primer interrogante a considerar.

Si la apertura inicial de la Revolución cubana en varios aspectos, pero sobre todo en el plano cultural, fue mutando hacia una centralización que, en la medida que avanzaba la década cerraba posibilidades y excluía y silenciaba estéticas y discursos que no se correspondían con las demandas planteadas por el poder político, hasta colapsar en el caso Padilla, resulta necesario preguntarse además cuáles fueron las implicancias de David Viñas a lo largo de la década respecto a tales mutaciones, desde qué posición intervino en los debates que tuvieron lugar en Casa de las Américas

sobre tales problemáticas y de qué manera impactaron esas discusiones en su producción intelectual de esos años.

En 1967 David Viñas apostó por el concurso que se convocaba desde “la primera Revolución socialista de América Latina” y ganó el Premio literario de Casa de las Américas. Para la fecha, ya el escritor había afianzado el vínculo que estableciera con Cuba luego de un viaje que, en 1961, lo llevó a la isla por primera vez y de manera personal. Al año siguiente, por intermedio de Rodolfo Walsh, recibió una invitación del gobierno cubano, y en 1962 realizó la primera visita oficial. A lo largo de la década sus viajes fueron cada vez más sistemáticos: en 1965 formó parte del jurado de novela en el premio literario, que habría de volver a integrar en 1969 y 1971. Entre finales de 1966 y principios de 1967 permaneció un tiempo trabajando directamente para Casa de las Américas. La experiencia de Viñas durante esas visitas, el vínculo establecido con Casa de las Américas y los debates de los que formó parte en diversos escenarios de La Habana serían elementos fundamentales para buena parte de su producción durante el período, ¿desde qué posturas se insertó en tales discusiones?, ¿cómo fue reaccionando ante las invitaciones recibidas desde La Habana para que se instalara a trabajar allí?

En 1965 Viñas rechazó la propuesta para dirigir el consejo de redacción de la revista *Casa de las Américas*. El ofrecimiento se le planteó en un momento en que desde la institución se discutían líneas que debían ser centrales a la publicación: la cuestión ideológica, la presencia prioritaria de lo latinoamericano, las preocupaciones por el tercer mundo; focos en los que se centró Roberto Fernández Retamar, quien terminó por asumir la responsabilidad propuesta al argentino. Lo que sí aceptó Viñas fue formar parte de consejo de la revista, que ese mismo año pasó a llamarse Comité de Colaboración. En tres ocasiones se reunieron en La Habana los integrantes de dicho comité (1967, 1969, 1971) y en los polémicos debates que tuvieron lugar en cada encuentro la presencia de David Viñas fue central ¿Cuáles fueron sus principales propuestas?, ¿desde qué planteamientos teóricos, ideológicos y estratégicos intervino en tales debates?

David Viñas tampoco aceptó la propuesta que le hicieron en 1967 para que dirigiera la Biblioteca de Casa de las Américas (responsabilidad que asumió entonces Mario Benedetti); pero, a pesar de su resistencia a instalarse en La Habana y su respuesta negativa ante la posibilidad de formar parte del aparato burocrático de la isla, la sistematicidad de sus viajes durante el período señala el interés por el proyecto que se gestaba allí. En el trayecto que va de su primera visita en 1961 hasta 1971, cuando escribe la carta abierta a Fernández Retamar, es posible interpretar la evolución de sus análisis respecto a los sucesos que iban definiendo el proyecto cubano y las incidencias que tenían a nivel latinoamericano, mundial y sobre todo personal.

¿Cómo problematizaron esa realidad las obras que David Viñas escribió y publicó durante los años sesenta? *Los hombres de a caballo*, por ejemplo, se alzó con “el premio más prestigioso del continente” (Gilman, 2012, pág. 113), y además ha sido considerada por la crítica como una obra bisagra donde, si bien Viñas retoma una problemática central en sus ficciones, como la del ejército argentino y su papel en la historia nacional, la encara desde una nueva perspectiva: narra con un estilo más directo un hecho que le es contemporáneo, a la vez que ofrece otra visión de los militares y, a partir de su argumento, es posible pensar en un desplazamiento en el interés del autor hacia lo latinoamericano (Candiano L. , 2013).

En *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar* (1971), por su parte, Viñas pone a dialogar un conjunto de problemáticas presentes en los encuentros entre intelectuales que a lo largo de la década debatieron en La Habana (también en otras ciudades de América) relativas a la nueva circunstancia histórica, a los escritores y sus obras, al vínculo entre arte y política. Algunas propuestas presentadas en ese libro se plantean aquí como prolongación de momentos claves protagonizados por el autor a partir de sus vínculos con Casa de las Américas y con el proceso cultural y político cubano.

La idea no parece desacertada si se tiene en cuenta que, por ejemplo, en “Itinerario del escritor argentino”, el polémico ensayo publicado por única vez, en vida del autor, en la edición de 1971,⁶ la “cosa cubana”, para decirlo con un término suyo, aparece de manera frecuente. Con Cortázar termina el itinerario que propone Viñas en este ensayo y es el texto que dedica al autor de *Rayuela* uno de los más polémicos del libro, pero también uno de los que mayor atención presta al tema cubano, aunque Cuba también aflora en los trabajos sobre Ezequiel Martínez Estrada, Leopoldo Marechal, Jorge Luis Borges o Ernesto Sábato. Los ensayos que Viñas dedica a Cortázar y a Martínez Estrada son particularmente importantes para este estudio, no sólo porque con ellos compartió un vínculo particular desde la revista y con la institución cubana, sino y, sobre todo, por lo que representaron ambos para su propia trayectoria intelectual.

Estado de la cuestión

El período en el que se enmarca este estudio ha sido ampliamente investigado en los últimos tiempos. Si bien no con referencia particular a la figura de David Viñas, tal como hemos señalado. En Argentina, a los clásicos trabajos de Oscar Terán, *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda* (1991), y Silvia Sigal, *Intelectuales y poder en la década del sesenta* (1991), se suman investigaciones no menos canónicas cuyos aportes son claves: *Entre la pluma y el fusil, debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina* (2003), de Claudia Gilman; *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? (1970-1986)*, de José Luis de Diego (2003), y *Contorno. Izquierda y proyecto cultural* (1996) de Marcela Croce. En Cuba, los trabajos de Jorge Fornet *El 71, anatomía de una crisis* (2013), de Graziella Pogolotti, *Polémicas culturales de los 60* (2006), o textos como *La política cultural del período revolucionario: memoria y reflexión. Ciclo de conferencias organizado por el Centro Teórico cultural Criterios* (2008) plantean una relectura

⁶ En 2017 la editorial Santiago Arcos publicó una “versión definitiva” de *Literatura argentina y política*, que incluye el “Itinerario del escritor argentino”.

crítica del período y dan cuenta de la complejidad de las discusiones que fueron perfilando el proceso cultural y político cubano de esos años.

Los estudios de Terán y Sigal, tal como ha reiterado la crítica, sentaron las bases para las investigaciones posteriores en el campo de la historia intelectual en Argentina y pusieron sobre la mesa de debate la tensa relación entre los intelectuales y el poder, los problemas relativos a la profesionalización y la modernización, el surgimiento y desarrollo de la nueva izquierda y el impacto que tuvo en tal sentido la Revolución cubana, inspiradora además del espíritu latinoamericanista que impregnó a los intelectuales durante los años sesenta y favorecedora además de la radicalización política del período.

La primacía de lo político en las producciones es uno de los planteos centrales de Terán, cuyo estudio abarca el período que va de 1956 a 1966 y se desarrolla partir del análisis de una serie de núcleos ideológicos constitutivos del campo cultural argentino de esos años, propios de un grupo de intelectuales que denominó “contestatarios”, “críticos” o “denuncialistas” (Terán, 1991, pág. 14), intelectuales entre los que se encontraba el propio David Viñas. De este período se ocupa también Sigal, quien en la misma cuerda instala su objeto de estudio prioritariamente en la producción intelectual argentina. Si bien ambos trabajos refieren al impacto de la Revolución cubana en el ambiente político, y en el proceso de modernización cultural de la Argentina, y también en la relectura del marxismo y del peronismo,⁷ el foco de atención está situado prioritariamente en lo nacional.

⁷ La investigadora destaca particularmente la manera en que el proceso cubano favoreció la relectura del fenómeno peronista de principio de la década, “Hacer de Castro y sus guajiros una metáfora del peronismo permitía [...] una doble operación: otorgar a la década peronista el contenido revolucionario de La Habana y afirmar que la Revolución Cubana pertenece al peronismo de 1960” (202).

El trabajo de Gilman desborda esta perspectiva analítica pues, aunque se enmarca en el mismo campo de indagación, su objeto de reflexión sobrepasa las fronteras nacionales para instalarse en América Latina. Mientras Sigal analiza, por ejemplo, las incidencias que en distintos escenarios políticos y culturales argentinos dejó el proceso cubano, y en tal sentido advierte que: “Diferentes franjas de opinión se apoderan de la Revolución Cubana, insertándola en sus proyectos; en 1960 es ya patrimonio de todos: a través suyo los intelectuales debaten sobre Argentina, ella funda un lugar posible para los intelectuales y, gracias a Cuba, se fue forjando una identidad política *sui generis*” (206). Gilman, por su parte, destaca la “fuerte impronta internacionalista” (Gilman, 2012, pág. 28) del período y plantea lo oportuno de superar las perspectivas nacionales para constatar, en toda su dimensión, el impacto que produjo la Revolución cubana tanto “en el proceso de refuncionalizar la literatura”(28) como en el de la creación de “una nueva *paideia* para los intelectuales latinoamericanos”(28) . Con el mismo énfasis de Terán y Sigal, Gilman subraya que “a lo largo de los años sesenta y setenta la política constituyó el parámetro de la legitimidad de la producción textual y el espacio público fue escenario privilegiado donde se autorizó la voz del escritor, convertido así en intelectual” (29). En esa perspectiva latinoamericana y sobre la legitimidad que otorga a los textos a partir de su relación con la política (cuestiones que desarrolló desde diversos trabajos dedicados al asunto: 2010, 2012, 2015, 2018), Gilman destaca la importancia de las revistas. En “Casa de las Américas, un esplendor en dos tiempos (1961-1971)”, por ejemplo, sobre la revista cubana y también en referencia al premio Casa advierte: “Fue el más sonoro llamado de reunión para los intelectuales en un período en que éstos se consideraron actores principales de la política” (Gilman, 2010, pág. 286).

Investigaciones como la de Juan Carlos Quintero Herencia (2002), Luisa Campusano (1992, 2015), Nadie Lie (1996) o Judith Weiss (1977) han profundizado en la labor desplegada por *Casa de las Américas* durante los años sesenta y en los vínculos de la revista con el discurso político de la isla. Estos estudiosos coinciden al destacar el reforzamiento de la identidad latinoamericana, la

manera en que se fue constituyendo como espacio de producción cultural y la impronta discursiva de la publicación. Han subrayado del mismo modo cómo la institución cultural y la revista se les ofrecían a los intelectuales del continente como una puerta que les permitía el acceso a la Revolución. Para Quintero Herencia, “por la casa entraban sujetos y categorías en esa zona de la revolución y contribuían a formar ese discurso de “lo nuestro” donde la opinión y los juicios estéticos se refuncionalizaban de cara ante la inminente epifanía temporal que la revolución desataría sobre el continente” (Herencia, 2002, pág. 173). En la misma cuerda de Gilman, asegura: “La revista *Casa de las Américas* puede ser leída como bitácora pública de un itinerario intelectual en la que se fueron cifrando las estrategias de autodefinition de un campo y una institución cultural latinoamericana” (Herencia, 2002, pág. 56).

Trabajos de Campuzano como “La revista *Casa de las Américas* en la década de los sesenta” (1992) o “La Casa de las Américas hoy (memoria personal asistida)” (2015), a partir de una lectura más historicista que crítica, interesan en la medida que ofrecen una panorámica oportuna desde el punto de vista contextual para pensar la revista y la labor de la institución. Han sido claves para este estudio proyectos colectivos como *Casa de las Américas 1959-2009*, La Habana: fondo editorial Casa de las Américas, 2011; trabajos como los de Inés Casañas y Jorge Fonet: *Premio Casa de las Américas, Memoria, 1960-1999*, La Habana: fondo editorial Casa de las Américas, 1999; y *La revista Casa de las Américas: un proyecto continental*, La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana «Juan Marinello», 2001 de Ambrosio Fonet y Luisa Campuzano. El mencionado libro de Pogolotti (2006), las conferencias reunidas por *Criterios* (2008), y el trabajo de Jorge Fonet (2013), por su parte, favorecen la reconstrucción del complejo panorama político y cultural de los sesenta cubanos a partir del rescate de artículos, documentos y declaraciones que explicitan la variedad de los temas debatidos, dan cuenta del escenario al que podían enfrentarse aquellos intelectuales que tomaban distancia de las demandas

culturales, estéticas, ideológicas y partidistas del poder político, a la vez que analizan las implicancias de intelectuales extranjeros con el proyecto cubano. De esto último se ocupa particularmente Jorge Fonet, a partir de una vasta información documental y referencial, ofrece una lectura crítica de los últimos años de la década del sesenta para ubicarse en el complejo año que destacó en el título de su libro. Si bien el ensayo ofrece una lectura equilibrada de los sucesos que tuvieron lugar en la isla a lo largo del año 1971, el análisis tiene como centro disparador el caso Padilla. Sobre el asunto advierte Fonet: “la bomba que explotó con el caso Padilla, la sacudida que generó en el ámbito intelectual, las interrogantes que abrió sobre el sentido de la Revolución y de su política cultural, las dudas que alimentó sobre la libertad de expresión en el socialismo, la ola de discrepancias que produjo [...] la repercusión que tuvo, marcó el ocaso de una era” (Fonet J. , 2013, pág. 199).

Para complementar la mirada de estos estudios realizados desde La Habana se han analizado lecturas menos complacientes con el proceso cubano hechas por autores extranjeros. Destacan, por ejemplo, *Los guerrilleros al poder* (1972) de K. S Karol; *Cuba ¿es socialista?* (1970) de René Dumont; *El interrogatorio de La Habana. Autorretrato de la contrarrevolución y otros ensayos* (1973) de Hans Magnus Enzensberger y *El socialismo en Cuba* (1970) de Leo Huberman y Paul M. Sweezy. Lo que hace más interesante estos trabajos es que se trata de autores que, por lo menos hasta 1971, habían mantenido estrechos vínculos con La Habana. La lectura crítica ante la consolidación de las relaciones con la Unión Soviética durante los últimos años de la década y incidencias de tales vínculos en el ambiente cultural y literario de la isla es el principal punto en común en estos autores. A dichos trabajos se suman, desde una lectura igualmente crítica pero más personal, textos como *Persona non grata* (1973), de Jorge Edward, y *Confieso que he vivido. Memorias* (1974), de Pablo Neruda.

La obra y la figura intelectual de David Viñas han sido objeto de múltiples investigaciones. Desde diversas perspectivas los análisis coinciden en destacar el vínculo entre la historia, la

política, lo autobiográfico y lo testimonial como aspectos distintivos de su producción, cuestiones que aparecen en las ficciones (Kohan, 2004; Roca, 2007; Candiano, 2013) y también en los textos críticos (Croce, 2005; Crespi, 2016). Se trata de asuntos referidos en estudios anteriores (Piglia, 1993; Valverde, 1989; Monegal, 1957; 1967;) que han destacado, además, de manera coincidente, la noción de compromiso, la crítica al liberalismo y el autocuestionamiento, así como la importancia que atribuye Viñas a los contextos. El citado trabajo de Marcela Croce, como el de José Luis de Diego, por su parte, si bien no se ocupan de analizar de manera particular al autor, ofrecen pautas para pensar su trayectoria intelectual desde los tiempos de *Contorno*, hasta las colaboraciones en *Nuevos Aires*.

De la complejidad y diversidad de perspectivas frente a la producción viñesca dan cuenta, por ejemplo, dos trabajos aparecidos en empresas colectivas: “La novela como intervención crítica: David Viñas”, de Martín Kohan, publicado el volumen IX de *Historia crítica de la literatura argentina* en 2004 y el texto de Julio Schwartzman, “David Viñas: la crítica como epopeya”, que se incorporó al Volumen X, dirigido por Susana Cella en 1999. Para Kohan: “David Viñas procura siempre aproximar, tanto como resulta posible, literatura y política” (Kohan, 2004, pág. 528), una intención que, según el investigador, se explicita en la reiteración del título “*Literatura argentina y realidad política*”, en la propia producción ensayística de Viñas y también en su obra narrativa. El proyecto de escritura de Viñas, según Kohan, apunta a “hacer de la literatura argentina y la realidad política un mismo asunto” (528). Sobre este mismo título, pero desde una lectura más crítica frente a Viñas, apunta Schwartzman: “Las correcciones, las supresiones y sobre todo su carácter no declarado y furtivo, forman parte de un tratamiento de descontextualización de *Literatura argentina y realidad política* ... en 1964 la política tenía a su favor, frente a la literatura, la realidad; la realidad ha desaparecido, al menos del título; literatura y política han quedado frente a frente, y los segundos, afuera” (Schwartzman, 1999, págs. 173-174). Al tratarse de autores y de

textos sobre los que se vuelve de manera detallada en el cuerpo de la tesis, interesa por el momento subrayar la forma en que explicitan las diversas lecturas y recepciones que ha tenido la obra de Viñas, una problemática con la que este trabajo dialoga a lo largo de su desarrollo.

Aunque los estudios aludidos dedican importantes espacios a la producción de Viñas en los años sesenta, el vínculo del escritor con la Revolución cubana aparece referido sin demasiado énfasis, casi como un componente más de la época. Así sucede por ejemplo en *David Viñas. Crítica de la razón polémica* (2005) y en *Viñas Crítico, notas, apuntes variaciones* (Bahía Blanca, 2016), de Marcela Croce y Maximiliano Crespi, respectivamente, a pesar que ambos estudios se ocupan de ensayos publicados por Viñas durante los años sesenta. En este mismo sentido *Política y Sociedad en la novelística de David Viñas*, de Pilar Roca, un estudio que abarca desde la novela *Cayó sobre su rostro* (1955) hasta *Cuerpo a cuerpo* (1979) deja fuera del análisis una obra central para la problemática que aquí se plantea como es *Cosas concretas* (1969). Novela que Leonardo Candiano (2013) por otra parte, en su tesis doctoral propone pensar en vínculo directo con la muerte del Che en Bolivia y con el Congreso Cultural de la Habana de 1968. En correspondencia con otros investigadores Candiano asegura que “se trata de un texto que recorre la problemática intelectual y política de la izquierda como ninguna otra” (Candiano L. , 2013, pág. 459). Además de las tesis de Roca y Candiano, han resultado interesantes el trabajo de Mi Soo Park (Park, 2000) dedicado al proyecto de politización de la cultura y la literatura en Argentina a partir del estudio de *Contorno* y las novelas que David Viñas escribe y publica en el período, la tesis de Jimena Vergara, “David Viñas, alternativas comunicacionales y una trayectoria intelectual” (2007) que, al ocuparse de la producción del escritor durante los sesenta refiere sus vínculos con La Habana (el asunto aparece esbozado de manera particular en una entrevista que realizó Vergara a Viñas en 2007), y la tesis doctoral de Diego Peller (2012), que se publicó con el título *Pasiones de la crítica. Crítica y literatura en los sesenta* (Santiago Arcos, 2016).

El libro de Peller se analizó en diálogo con textos como *La seducción de los relatos: crítica literaria y política en la Argentina* (Editorial Eterna Cadencia, 2018), de Jorge Panessi, y un trabajo de reciente aparición: *Patria y muerte. Escritos sobre literatura argentina y política* (Editorial Biblioteca Constancio Vigil, 2021) de Miguel Dalmaroni. Se trata en todos los casos de estudios que analizan fundamentalmente la labor ensayística de David Viñas y la impronta que dejó para la crítica literaria argentina desde sus textos de *Contorno*, pero sobre todo a partir de la publicación en 1964 de *Literatura Argentina y realidad política*. Peller reitera y reafirma la idea de que con estos textos “se inaugura una nueva etapa en la historia de la crítica argentina” (2007, 40). Dalmaroni pone un tono más personal al recordar el impacto que produjo en él la primera lectura del libro de Viñas y añade: “... no creo que alguien interesado en la literatura argentina pueda olvidar esta frase en el comienzo del libro de Viñas: ‘La literatura argentina empieza con Rosas’. Es, como solía decirse antes, una enormidad, es casi un exabrupto, es un disparate y es, con todo eso junto, el convite belicoso para una discusión sobre lo principal” (Dalmaroni, 2020, pág. 27).

También es reciente el texto *Viñas de refilón. Seis acercamientos* (2019) en el que Carlos García anuncia el trabajo que actualmente realiza para una edición comentada sobre la correspondencia entre David Viñas y el profesor alemán Dieter Reichard. Aunque las noventa cartas que componen el estudio abarcan el período 1977 - 1992, en conversaciones personales con el investigador, este me refirió la alusión que hace Viñas en dichas misivas sobre la problemática cubana. El libro incluye además un texto que arrojó información para pensar la evolución del análisis de Viñas sobre el Che Guevara: “David Viñas y el Che: sobre una obra de teatro desconocida (1917-1983)”. El texto en cuestión es una reseña escrita por García sobre la primera edición bilingüe, castellano-alemán de una obra de teatro escrita por Viñas y publicada por Reichardt en 2016: *Del Che en la frontera*. Algunas valoraciones del reseñista ayudan a comprender el silencio en torno a esta obra “desmoralizante y crítica” (22) que se cierra “con irónico tufo a beatificación frustrada” (22). En

la misma línea de García, y sobre la manera en que se presenta la figura de Guevara, añade Maximiliano Crespi: “El Che que presenta Viñas no es un héroe preclaro; es una figura cavilante [...] desorientada, marginada, abandonada (en la frontera), debilitada, con accesos de asma, arrebatos de mal humor y reacciones arbitrarias” (Crespi, 2021, pág. 122). Al final de estos “acercamientos” García incluye la “Bibliografía de y sobre David Viñas”, una versión ampliada de la que publicó *El Matadero* 8 (2014), tomada a su vez del libro de Valverde (1989). En todas, incluida la de García, han quedado fuera textos de y sobre David Viñas publicados durante/sobre su paso por la Habana y con los que ésta tesis trabaja, estos materiales deben ser tenidos en cuenta para actualizar dicha bibliografía.

Aproximaciones teóricas

La articulación de nociones como “intelectual”, “poder”, “literatura”, “lenguaje”, “ideología” y “sociedad” determina el marco teórico de esta investigación que, si se instala fundamentalmente en el campo de la historia intelectual, toma de los estudios culturales y de la sociología de la cultura propuestas esenciales para analizar su objeto de estudio.

Desde una perspectiva crítica y en correspondencia con trabajos anteriores como los de Panessi (1999), Kohan (2006), Peller (2012), Acha (2012) y Candiano (2015), que han señalado la centralidad de las propuestas de Pierre Bourdieu (1967,1971,1995) en las investigaciones sobre la historia intelectual en Argentina, este estudio parte de analizar el ploteo del teórico francés respecto a la relación de la literatura con la sociedad, que considera se establece a través de los escritores. Escritores que Bourdieu piensa “situados” en esa sociedad y que, dice, responden a una determinada ideología y pertenecen a una clase social o una zona específica del “campo cultural” que define como “campo intelectual”. Los trabajos mencionados coinciden en posicionarse frente al uso que han hecho determinados investigadores,⁸ seguidores de la línea propuesta por Beatriz

⁸ Aluden a estudiosos como Claudia Gilman, Oscar Terán, Silvia Sigal.

Sarlo y Carlos Altamirano, de las categorías del francés para deslindar la política de la cultura y establecer un principio ordenador para los estudios, donde la producción intelectual sea considerada por fuera del conjunto de las relaciones sociales.⁹

Este estudio problematiza tales discusiones en torno a la noción de campo y apuesta por la categoría de “proceso cultural” manejada por Raymond Williams, del que recupera, además, la propuesta respecto al análisis cultural que piensa a través de las relaciones con lo social, lo político y lo histórico. Desde esta perspectiva cada elemento que se analiza “será activo: lo veremos en ciertas relaciones reales, en muchos y diferentes niveles. En la descripción de esas relaciones surgirá el verdadero proceso cultural” (Williams, 2003, pág. 62). Del crítico galés se asume además la perspectiva que propone comprender la actividad creativa como todo un modo de vida, e interesa especialmente la atención que presta al lenguaje, como elemento que considera fundamental para tomar el pulso a los cambios sociales.

En esa apuesta por un análisis integrador Williams propone una categoría central a su pensamiento y clave para este trabajo: “estructura de sentimiento”, que el autor piensa en los siguientes términos: “En cierto sentido, esa estructura de sentimiento es la cultura de un periodo: el resultado vital específico de todos los elementos de la organización general. Y en este aspecto, las artes de un periodo, si consideramos que incluyen enfoques y tonos característicos de la argumentación, son de la mayor importancia” (Williams, 2003, pág. 57).

⁹ Omar Acha en su texto asegura que: “Para Sarlo y Altamirano, aunque más activistamente en la primera, el concepto de “campo” fue una bandera de modernidad con un doble efecto. Al mismo tiempo que posibilitaba ir más allá de una concepción demasiado clasista del quehacer intelectual (por ejemplo, en la historiografía literaria de David Viñas), cavaba una fosa con una noción para ella arcaica del intelectual comprometido/revolucionario...” (2012, p 159). En este mismo sentido Néstor Kohan advierte sobre el uso del término en la academia argentina de los 80: “Manipulando a *piacere* aquellos textos de Bourdieu, algunos intelectuales ex marxistas (autodenominados en forma presuntuosa “postmarxistas”) legitimaban de este modo su *aggiornamento* y su ingreso a la socialdemocracia. “El gran error de los años ‘60— arriesgaban en sus *papers* académicos—fue no respetar la profesionalidad de los campos intelectuales. La política todo lo invadió”. Así, separando tajantemente al “campo” intelectual del “campo” político fundamentaban su conversión en burócratas profesionales y tecnócratas académicos” (2006, pp. 400-401).

Para pensar la figura del intelectual y su relación con la política y la sociedad se analiza tanto el modelo sartreano de escritor comprometido, como el de intelectual orgánico de Gramsci, en diálogo con la idea de autonomía intelectual planteada por Bourdieu. A tales propuestas, que delimitan dos grandes modelos de intelectual que fueron centrales en los debates del período que aquí nos interesa, resulta necesario incorporar la perspectiva que propone Edward Said, para quien el intelectual es un individuo con un papel público particular en la sociedad y cuyo hecho de mayor importancia es que está dotado de la facultad de representar y articular un mensaje, una actitud o una opinión en favor de un público al que además se dirige. Para Said la misión fundamental de todo intelectual es la de “plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma [...] actuar como alguien a quien ni los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente” (Said., 1996, pág. 30).

Este carácter público define al intelectual ya que, según Said, no existe un intelectual privado. Pero una vez que asume la tarea de escribir o pronunciarse sobre determinados temas y formar parte de ese carácter público, no debe confundirse con un “figurón” o símbolo de una causa, pues lejos de intentar poner contento a quien lo escucha o lo lee, lo que realmente resulta decisivo para el intelectual es “suscitar perplejidad, mostrarse contrario e incluso displicente” (Said., 1996, pág. 31).

Esta displicencia subrayada por Said la piensa Alvin W Gouldner en términos de alienación intelectual. En su propuesta para el análisis sobre la política revolucionaria de los intelectuales, el sociólogo norteamericano parte de una cita de Fidel Castro tomada del discurso de 1968 durante el Congreso cultural de La Habana en la que el líder alude al papel de los intelectuales en la Revolución, y reconoce allí, además, la implicancia de buena parte de sus argumentos, cuya esencia pudiera resumirse en el carácter burgués que advierte en la intelectualidad y que ejemplifica a través de distintas situaciones revolucionarias (comunistas y socialistas) (Gouldner A. W., 1980). Para explicar tal alienación Gouldner propone una serie de categorías y una de ellas resulta

fundamental a este estudio: “La cultura del discurso crítico” (CDC), que, asegura, “no se centra en aquello en lo cual piensan los intelectuales, sino en cómo lo piensan” (84).

Para Gouldner la CDC constituye en buena medida los valores que caracterizan a la nueva clase,¹⁰ de la que forman parte los intelectuales, y al ser pensada como una variable lingüística relativamente independiente, plantea cierta superioridad, cierto distanciamiento de los lenguajes y las culturas convencionales. Este alejamiento conduce, según Gouldner, a un *cosmopolitismo* y una cierta alienación (Gouldner A. W., 1980, pág. 84).

Participar de la CDC es un acto político. Lo es en la medida en que desde la propia gramática del discurso crítico se reclama el derecho de juzgar las acciones y también las pretensiones de cualquier clase social y, sobre todo, de las élites de poder. Opera entonces una emancipación y una subversión de las jerarquías. De esta manera se despoja a la autoridad tradicional del poder de definir la realidad social e incluso se pone en cuestión su legitimidad, pues desde la CDC “todas las pretensiones a la verdad por diferentes que sean en su origen social, han de ser juzgadas del mismo modo” (Gouldner A. W., 1980, pág. 84). Gouldner lo plantea como una democratización de la verdad, como una “revolución permanente” fundada en la cultura del discurso crítico, desde donde los “presupuestos” se transforman en “problemas”, y se cuestiona y desafía tanto el presente como el antipresente, es decir, “la crítica del presente y los supuestos que ella usa” (85). Propone, en resumen, la necesidad de la autocrítica.

Los presupuestos manejados por Said y Gouldner plantean alternativas interesantes al momento de problematizar la inquietud manifestada por buena parte de los intelectuales latinoamericanos que, sobre todo al final de la década del sesenta, plantearon sus disidencias respecto al proceso cubano y que define una de las aristas fundamentales del objeto de estudio.

¹⁰ La nueva clase, para Gouldner, está compuesta por los intelectuales y la *Intelligentsia* técnica.

Metodología

El análisis del contenido de los documentos de y sobre David Viñas que conserva el Archivo de Casa de las Américas es la fuente primaria de esta investigación cuyo desarrollo responde a una estrategia metodológica cualitativa. Forman parte del cuerpo de este análisis los pronunciamientos de David Viñas más espontáneos; es decir, aquellos que no fueron pensados para ser publicados. El estudio contrasta las propuestas planteadas en estas instancias (declaraciones, entrevistas, presentaciones y otras intervenciones públicas, como charlas y conferencias) con las que el autor desarrolló en textos publicados. Este análisis resultó fundamental para dilucidar contradicciones internas de su producción intelectual.

El análisis de las obras publicadas durante el período se centró en las voces que puso a dialogar, el lenguaje, los temas que desarrolló, y en la manera en que aparecen allí huellas de la experiencia cubana de esos años. Se consideran además otras fuentes primarias como periódicos y revistas publicadas en Argentina y en Cuba desde finales de los años 50 y los años 60. El análisis de publicaciones como *Contorno*, *Casa de las Américas*, *Cuba*, *El grillo de papel* y *Nuevos Aires*, por mencionar algunas, resultó esencial para la reconstrucción del contexto histórico. Estas publicaciones arrojaron datos que permitieron conocer las principales líneas de discusión del período y también la manera en que David Viñas se insertó en ellas. Resultó imprescindible considerar la repercusión que tuvo Viñas en el período por lo que fueron material de consulta los estudios y textos críticos publicados sobre su producción intelectual. En el proceso de desarrollo de esta investigación tuve conversaciones (algunas con carácter de entrevista) con Noé Jitrik, Celina Manzoni, Estela Valverde, Américo Cristófalo, Marcela Croce, Susana Cella, Leonardo Candiano, Jimena Vergara, Gabriela García Cedro, Carlos García, Jorge Fonet, Diego Peller, entre otros estudiosos y conocedores de la obra de David Viñas.

CAPITULO 1. David Viñas: literatura y política. *Contorno*, la nueva izquierda argentina y el triunfo de la Revolución cubana

En enero de 1959, cuando la noticia del triunfo de la Revolución cubana sorprendió al mundo, David Viñas tenía 31 años, cuatro novelas publicadas y una reconocida trayectoria dentro de la crítica literaria que debía fundamentalmente a ensayos publicados en la revista *Contorno*. En Argentina habían comenzado a tomar fuerza presupuestos teóricos, políticos e ideológicos que convergían alrededor de la llamada nueva izquierda más allá de que venían manifestándose a lo largo de los años cincuenta. Este auge estaría incentivado por el impacto del proceso revolucionario cubano que marcaba un punto definitorio en el accionar de los movimientos políticos del continente y para la labor en el campo cultural e intelectual. Si la Revolución cubana fue esencial para el desarrollo de tales preceptos, la empresa cultural de los hermanos Viñas no lo fue menos. En *Contorno* se encuentra, según los estudiosos del campo cultural, la génesis de la nueva izquierda en el país.

La producción ficcional y ensayística de David Viñas, el triunfo de la Revolución cubana y el surgimiento y desarrollo de la nueva izquierda argentina conforman las coordenadas fundamentales del análisis que este capítulo propone, cuyo centro de indagación se ubica en un momento particular de la historia: 1959. El objetivo es considerar qué figura de intelectual proyecta David Viñas en el momento en que comienza a establecer sus primeros vínculos con La Habana. En tal sentido se parte de sistematizar su trayectoria intelectual hasta ese año, con el propósito de analizar las tempranas relaciones que tuvo con el proceso cubano, y además el lugar desde donde intervino en ese proceso de modernización teórica, radicalización política y conflictividad social que constituyó la nueva izquierda argentina. El recorrido analítico ubica a David Viñas en los cimientos de este movimiento político, social y cultural tanto desde su impronta en la revista que

entre 1953 y 1959 dirigió junto a su hermano Ismael, como a través de sus primeras obras de ficción, donde comenzó a proyectar una particular propuesta literaria. Para pensar los primeros gestos que señalan un acercamiento con Cuba se considera su vinculación en otra publicación que también fue definitoria para la *nueva izquierda* como fue *Che* (1960-1961). El estudio de *Che* resulta esencial para indagar en los vínculos que fueron estableciendo algunos intelectuales argentinos de izquierda con la Revolución cubana y también para el análisis de las implicancias que tales relaciones tuvieron en la historia nacional argentina y en las trayectorias intelectuales individuales.

1.1. David Viñas: producción intelectual durante los años 50

En la descripción de las relaciones entre lo social, lo político y lo histórico es donde surge, según Raymond Williams, el verdadero proceso cultural. En esta propuesta de análisis integrador el teórico galés propone comprender la actividad creativa como todo un modo de vida, y destacaba la importancia del lenguaje para la comprensión de los cambios sociales. Una categoría central en Williams es la de “estructura de sentimiento”, una noción que se podía encontrarse la mayor parte de las novelas. La “estructura de sentimiento” serviría para señalar ciertas características comunes a grupos de escritores en situaciones históricas determinadas. Williams rescata desde ahí la idea experiencia,¹¹ como una categoría que integra tanto el componente racional, como lo sentimental y que considera esencial para la creación artística; en este sentido, advierte: “El arte refleja su sociedad y labra un carácter social hasta su realidad en la experiencia. Pero también crea mediante nuevas percepciones y respuestas elementos que la sociedad como tal, no es capaz de realizar” (Williams, 2003, pág. 75). Desde este punto de vista cuando se compara el arte con la sociedad a la que pertenece es posible encontrar una serie de conexiones profundas y centrales con la vida de

¹¹ En *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad* Williams define dos tipos de experiencia: “experiencia pasada” que entiende como el “conocimiento reunido sobre los acontecimientos pasados, ya sea mediante la observación consciente o por la consideración y reflexión” y la “experiencia presente”, que es la interesa prioritariamente aquí y que define como “el tipo más pleno, abierto y activo de conciencia, y además del pensamiento incluye el sentimiento” (p.138-139).

la sociedad en general; pero también pueden aparecer en ciertas formas y dispositivos característicos, “pruebas de los atascos y problemas no resueltos de la sociedad: a menudo presentes por primera vez en la conciencia de ese modo” (75).

A partir de estas nociones de Williams me propongo analizar la producción de David Viñas durante la década del cincuenta y dialogar con los estudios que se han ocupado del tema. El análisis de las obras que Viñas escribe y publica en estos años, tal como ha reiterado la crítica, implica partir del complejo panorama político, social y cultural del período; pero además resulta necesario pensar al escritor como integrante clave de esa generación que en 1956 Emir Rodríguez Monegal calificó como “parricida” y cuyas características sintetizó el crítico uruguayo una década después: “actitud crítica frente a los valores consagrados, una necesidad de revisar el pasado y situar el presente en un contexto más polémico, una puesta al día del vocabulario político y poético, un <compromiso> con la realidad argentina y latinoamericana” (Monegal, 1967, pág. 75).

Analizar la emergencia y proliferación de obras y autores que en los años cincuenta se plantearon la revisión del pasado argentino, desde la perspectiva de Raymond Williams, y particularmente desde lo que el teórico planteó como “estructura de sentimiento” implica considerar las particularidades de esta noción, en sí misma compleja. Consciente de tal complejidad, en una entrevista con Beatriz Sarlo Williams reconoció su deseo de haber empleado otro término como “idea común” o “tendencia compartida”, por ejemplo. Sin embargo, no lo había usado porque creía necesario realizar un análisis a un nivel distinto de aquel donde operan ideas o tendencias, “una muy profunda estructura de tipo afectivo. Fuertes sentimientos acompañan ciertas repeticiones, ciertas actividades, y no son azarosas, sino que aparecen, en algún sentido, sistemáticos” (Sarlo, 1979, pág. 13). Aseguró Williams que la “estructura de sentimiento” funciona a un nivel que no precisa ser argumentada ni expuesta como idea, “es algo que se piensa, se siente y se concibe ‘instintamente’. Pero, por supuesto no es ‘instinta’, sino histórica” (Sarlo,

1979, pág. 13). Una noción próxima a la ideología (ésta podría incluirla), pero que operaba a otro nivel. Mantenía el concepto, “para describir algo que sucede específicamente en las obras de arte, en la literatura; que se comunica y se realiza en un nivel diferente al de la ideología, en sistemas de atracción y repulsión, disposición de intereses, etc.”(13).¹²

Esta idea de atracción y repulsión señala una de los aspectos centrales de la manera en que David Viñas, y la generación de la que formó parte, se plantaron frente a la tradición literaria argentina. Tal como aseguró Rodríguez Monegal, “de todos los escritores argentinos importantes en 1950 y tantos, los que más concitaron el elogio y la diatriba en grado diverso son Ezequiel Martínez Estrada, Eduardo Mallea y Jorge Luis Borges” (Monegal, 1967, pág. 75). Según el uruguayo a esos “padres” desafiaban los jóvenes escritores, frente esos nombres realizaban “la simbólica operación de parricidio, antes de pasar ellos mismos a asumir el papel principal en la arena literaria” (Monegal, 1967, pág. 76). Volviendo a Williams, esa actitud de parricidio generacional señalada por Monegal, puede pensarse desde la noción de “estructura de sentimiento”, es decir como una idea compartida, con cierta sistematicidad e historicidad.

Sobre el apelativo parricida, el propio David Viñas advirtió: “nosotros fuimos y nosotros somos eso que en el plano de la política de los últimos años se conoció con el muy impreciso nombre de ‘generación del 45’, eso que [...] se dio en llamar ‘parricidas’ en el terreno más restringido de la literatura ” (Viñas D. , 1959, pág. 12). De este texto, publicado en las páginas del semanario *Marcha* y que Viñas dedicó a “sus camaradas de *Contorno*” interesan algunas cuestiones claves para entender el proyecto de *Contorno* en el que se nuclearon las principales voces de esa joven generación de escritores aludida por Monegal.

¹² En *Marxismo y literatura* (Penínsulas, 2000) señaló al respecto, “Estamos hablando de los elementos característicos de impulso, restricción y tono; elementos específicamente afectivos de la conciencia y las relaciones, y no sentimiento contra pensamiento, sino pensamiento tal como es sentido y sentimiento tal como es pensado; una conciencia práctica de tipo presente, dentro de una continuidad viviente e interrelacionada” (p.155).

La primera se relaciona con la enunciación que hace Viñas de dos de las principales líneas de crítica y análisis del período: literatura y política argentinas. La literatura (hegemonicamente representada por la generación del 25 e institucionalizada en la revista *Sur*), pensada por los contornistas como una herramienta para interpretar la realidad nacional; la revisión del pasado y el cuestionamiento de los grandes grupos de poder, será otro de los rasgos distintivos del grupo (Sarlo, 1981). Se entiende entonces el interés común por establecer el balance de sus antecesores, una actitud considerada por algunos críticos como un “ajuste de cuentas”.¹³ Política, por otra parte, que, para los jóvenes reunidos en *Contorno* era esencialmente decir, por un lado, peronismo, y por el otro, Partido Comunista. Desde ahí proyectaban las instancias fundamentales a las que se enfrentaba esta joven generación de escritores marcada fuertemente por el carácter contestatario y el espíritu de denuncia (Terán, 1991).

Para Nora Avaro y Analía Capdevila esa “voluntad denunciadora, con la que los jóvenes escritores se distinguen y se nominan, es la que sustenta su singularidad contestataria en el devenir de la historia cultural argentina” (Nora Avaro, 2004, pág. 5). A esa actitud se debe además la tarea modernizadora a la que se volcaron; un proceso de modernización que, según las investigadoras, “se inicia cuando los denuncialistas recurren a nuevos paradigmas para pensar la creación literaria, a partir de los cuales se enfrentan a los discursos dominantes, tanto dentro de la universidad como del periodismo cultural (12).

David Viñas ha sido señalado como un emergente paradigmático dentro de la generación “parricida” y “denuncialista”, particularmente del grupo reunido en *Contorno*. Se ha destacado, por ejemplo, la forma en que “su obra trabaja en abanico aquello que sus compañeros realizan específicamente” (Rubione, 1992, pág. II). Esta idea encuentra fundamento en los ensayos que

¹³ Tal interpretación aparece primero en “La joven generación literaria”, un texto de Juan Carlos Portantiero publicado en el número 29 de *Cuadernos de cultura* (1957). Luego la idea es retomada por Beatriz Sarlo en “Los dos ojos de contorno”, publicado en el *Punto de Vista*, no 13, noviembre de 1981.

publicó en *Contorno*, y en otras revistas del período, y también en las novelas de esos años desde las cuales, como se verá, Viñas fue perfilando una particular manera de entender la literatura y el ejercicio de la crítica.

1.1.2. David Viñas y las figuras de escritor: de *Cayó sobre su rostro* (1955) a *Los dueños de la tierra* (1958)

La comprobación empírica de que los escritores desde sus textos generalmente construyen figuras de escritor, es el punto de partida que plantea María Teresa Gramuglio para las aproximaciones teóricas que, sobre el asunto, propone en “La construcción de la imagen”. Estas figuras suelen condensar “imágenes que son proyecciones, autoimágenes, y también anti-imágenes o contrafiguras de sí mismos” (Gramuglio, 1988, pág. 3). Alrededor de tales construcciones se concentra una variedad de motivos desde donde pensar múltiples cuestiones; por ejemplo, la forma en que el escritor representa “en la dimensión imaginaria, la construcción de su subjetividad en tanto escritor”, o “el lugar que piensa para sí en la literatura y en la sociedad” (3). Esto último apunta por un lado a la relación con sus pares y con “la tradición literaria en que se inscribe o que pretende modificar” (4), y por el otro, al vínculo con lo que Gramuglio entiende como “instancias extra-literarias”, que incluye desde la vinculación con instituciones políticas o con sectores sociales dominantes o dominados hasta la relación con los mecanismos de reconocimiento social o con los dispositivos de poder. En tal sentido, asegura: “En estas figuras el escritor proyecta, de esa manera fluida, difusa y no cristalizada que caracteriza a las “estructuras de sentimiento” tanto una idea de sí como escritor como una idea acerca de lo que la literatura es” (Gramuglio, 1988, pág. 4).

Desde esta propuesta de Gramuglio, en sintonía con Raymond Williams, es posible pensar la forma en que David Viñas desde sus novelas de los años 50 (y también desde sus ensayos) fue construyendo y reconfigurando una particular y polémica figura de escritor. Según Gramuglio, en

la construcción de esas figuras intervienen algunos motivos que devienen “verdaderos tópicos” (4), por ejemplo, el del “escritor malogrado”, o el “genio solitario e incomprendido” (4).

En la literatura argentina quizás el ejemplo más ilustrativo sea el del “escritor fracasado” de Roberto Arlt, sobre el que trabaja Gramuglio en su texto. En términos semejantes se puede pensar la figura de “intelectual francotirador” de David Viñas; una imagen reforzada por la crítica y que el propio escritor apuntaló a lo largo de su trayectoria. En 2007, por ejemplo, aseguraba Viñas: “Soy un escritor más bien [...] una especie de francotirador, con considerables rasgos anarquistas, rasgos cada vez más subrayados” (Vergara, 98). Esta declaración debe leerse como prolongación y reafirmación de un proyecto de escritura que venía consolidándose, por lo menos, desde la década del sesenta. Para 1971, sobre su narrativa, había advertido el escritor: “es un proyecto de cuestionamiento de la cultura burguesa. O, si preferís, de mi propia formación. Una manera de pensar contra mí mismo. O una forma de verbalizar lo que menos me gusta de mí mismo. O, con otras palabras: una forma de cuestionarme” (Szichman M. , 1972, pág. 61).

Estas declaraciones fundamentan la reiteración de los estudios al subrayar lo autobiográfico (Kohan, *La novela como intervención crítica: David Viñas.* , 2004) y lo testimonial (Gramuglio, 1967) como elementos consustanciales a una narrativa donde lo histórico se mezcla con lo personal y por momentos determina trayectorias con las que el autor no logra la mayoría de las veces identificarse. Por lo menos así sucede en las novelas que Viñas escribe y publica entre 1956 y 1959,¹⁴ desde las cuales esencialmente indaga, revisa y cuestiona momentos particulares de la historia nacional y de la historia familiar. Ese afán de autocuestionamiento reconocido por él mismo explica además la identificación de la heterodoxia de muchos de sus personajes como un reflejo

¹⁴ También en otras novelas, pero son estas las que interesan ahora.

de la herejía propia del autor, a la vez que funciona como herramienta de la que se vale para el ejercicio de la crítica.

Momentos claves de la historia nacional y pasajes particulares de la historia familiar se alternan y dan fundamento a sus primeras novelas. El énfasis en la biografía familiar lo explica Marcela Croce a partir del empeño del escritor por desdibujar los límites entre la historia general y la individual, que Croce percibe “confundidos y superpuestos” (2005, pág. 37). La investigadora señaló además un elemento que perfila un esquema de escritura viñesca: “en sus novelas lo mismo que en los trabajos críticos, siempre lo que trata de hacer es el cruce entre una historia literaria, digamos un relato con características literarias, con hechos históricos muy puntuales o situándolo en un momento histórico muy particular” (Croce, 2011, pág. min: 23).

En ese cruce la ficción tendrá casi siempre una fuerte marca personal. El propio autor señaló obras específicas donde la historia familiar determinaba la trama: “empecé con *Cayó sobre su rostro* (1955): quería hacer una suerte de trilogía familiar desarrollada en los momentos de Roca, Yrigoyen y Perón; es decir, mi abuelo, mi padre y yo más o menos elaborados” (Valverde, 1989, pág. 93). El asunto, sin embargo, desbordó esta intención y las vivencias o las huellas que pudieron dejar en él determinados pasajes de la vida familiar aparecen de una forma u otra en sus ficciones. Algo semejante planteó el investigador David Guillermo cuando en las Jornadas de la Biblioteca Nacional dedicadas a Viñas en 2012 aseguró: “todos los personajes de David son de cierta forma David” (Guillermo, 2012).

Cayó sobre su rostro (1955) es la primera novela publicada y con ella el escritor inaugura lo que pensó como trilogía familiar. Su abuelo Don Antonio Jesús Viñas Veneroso, un andaluz, “reaccionario de tomo y lomo: católico y monárquico”,¹⁵ que “había sido alsinista” (Valverde,

¹⁵Ismael Viñas en sus memorias recordaba, “el abuelo Viñas había nacido en Andalucía, en la Serranía de Ronda, Valle de Atajate, pueblo de Benadalid. Había llegado, según contaba, a los catorce años, siguiendo al bisabuelo (Antonio Salvador), que a su vez lo hizo con un compañero de la logia masónica para matar al autor intelectual del asesinato de Juan Prim, el general que había dominado la política española por algún tiempo [...] (el abuelo) era un reaccionario de

1989, pág. 33), da cuerpo al personaje principal: Antonio Vera, hacendado de Cañuelas y antiguo expedicionario de la Campaña del desierto. La expropiación de tierras a los pueblos originarios y el enriquecimiento ilegítimo de una clase a la que pertenece Antonio Vera, son los pilares desde los que Viñas desarrolla su argumento.

Con dos premios (Municipal y Gerchunoff) y una favorable recepción por parte de la crítica,¹⁶ la novela ofrece una acertada panorámica de la época de formación del proyecto nacional que empezaba a pensarse a fines del siglo XIX en la Argentina (Candiano L. , 2013). El autor introduce además una serie de problemáticas, temas, contradicciones, presentes a lo largo de su narrativa y tempranamente destacadas y puestas en discusión, tanto por la crítica especializada, como por los estudiosos del tema: la historia, ese pasado de la nación que explica y justifica el presente que todos padecen (Monegal, 1957); la circularidad y repetición de los procesos históricos (Valverde, 1989); el papel del ejército y la oligarquía en el exterminio de los pueblos originarios, la expropiación de la tierra, la violencia, las relaciones de poder (Piglia,1984); el machismo (Monegal, 1974); la feminidad, el sexo, el cuerpo, la muerte (Rosa, 1969). En los temas que privilegió desde esas primeras novelas y también en el estilo desafiante y polémico David Viñas fue configurando esa imagen de escritor incómodo, cuestionador de las estructuras dominantes

tomo y lomo: católico y monárquico". Ismael Viñas. Introducción En *Memoria, mis padres, parientes y amigos*. Ediciones MB. 2008.

¹⁶Ivonne Bordelois aseguró, "esta primera novela de Viñas parece abrir seriamente, dentro de una leal y promisorio originalidad, una nueva brecha en la problemática siempre vigente de las esencias de la realidad argentina", en *Centro* 10, p. 107; Emir, Rodríguez Monegal, por su parte advirtió, "El interés de *Cayó sobre su rostro* reside sobre todo en echar la piedra fundamental de una exploración de la realidad argentina que los novelistas argentinos de generaciones anteriores habían descuidado o soslayado: la realidad de una tierra que ha sido robada a sus poseedores legítimos, los indígenas, por la acción combinada del Ejército y de los terratenientes, la realidad de una política nacional que tiene uno de sus fundamentos en la propiedad de la tierra" en *Marcha*, 931, p.23 ; en la contratapa de la primera edición de asegura: "Lo que destaca el alto valor de esta novela, además de la crudeza y fuerza de su estilo, es el poder de Viñas para hacer transparente a sus personajes y mostrárnoslos en la turbia interioridad de sus más recónditas intenciones y la garra descriptiva de los ambientes y lugares donde se desenvuelve la acción...", Ediciones Doble P, 1955.

(políticas y culturales) y esa figura de “francotirador” que terminaría por ser su escudo frente a instituciones hegemónicas como la iglesia, el ejército o la propia universidad.

En el prólogo que Fontanarrosa escribió en 2007 para la reedición de *Las malas costumbres* (el único libro de cuentos de Viñas, publicado en 1963) subraya un elemento que apunta a la importancia atribuida al lenguaje en la prosa viñesca. Al recordar el impacto que produjo en él su primera lectura de Viñas señaló:

no recuerdo si era “Dar la cara” o “Cayó sobre su rostro”. Pero en ese libro los personajes hablaban como Berto, mi Viejo y como los amigos de mi Viejo. Se jodían entre ellos y puteaban como yo escuchaba hacerlo a mi Viejo con sus amigos [...] Descubrí, entonces, a través del libro de Viñas, que eso era posible, que se podía escribir algo que reflejara fielmente una forma de hablar y de comportarse totalmente nuestra y alejada de modismos hispánicos. (Fontanarrosa, 2007, pág. 8)

La importancia que atribuye Viñas al lenguaje se reafirma en las dos próximas novelas: *Los años despiadados* (1956) y *Un dios cotidiano* (1957). Aunque no forman parte de la trilogía ambas dan cuenta de la posición crítica que asumía frente a las instituciones y desarrollan pasajes que responden a vivencias personales mezcladas con sucesos nacionales. La primera ubica su argumento en el año 1951, la segunda en 1939. *Los años despiadados* lanza fuertes diatribas al peronismo; *Un Dios cotidiano* cuestiona vigorosamente la iglesia católica y el ejército, instituciones pilares del proceso de formación nacional argentino. Desde allí se plantean además fuertes cuestionamientos a los partidos de la izquierda tradicional, en los que es fácil descifrar puntos de vistas que responden a la propia perspectiva crítica del autor.

Los años despiadados salió a la luz en 1956,¹⁷ un año después de la caída de Perón y el mismo en que la Revista *Contorno* dedicó un número doble (7/8) al análisis del peronismo. A esta coincidencia se debe que buena parte de la crítica la haya analizado como una extensión del programa contornista. En la solapa de la primera edición se lee: “¡Basta de literatura inofensiva!

¹⁷ Esta fue la primera novela que escribió Viñas.

Tenemos que escribir suponiendo que antes de nosotros sólo existe el caos” (Los años despiadados, 1956). La exclamación pertenece a Noé Jitrik, para la fecha, colaborador de *Contorno*. El análisis que hizo Juan Oller de esta obra, por otra parte, arroja material para pensar la imagen de escritor de Viñas. Para Oller: “el valor de la novela trasciende los criterios meramente estéticos y se plantea como una reacción a la propuesta cultural del peronismo y a la novela publicada en Argentina después del 30, marcada inevitablemente por la figura de Mallea” (Oller, 1956, pág. 82). Según este autor: “frente a los criterios basados en abstracciones racionalistas e individualistas de la novela de los 50, Viñas propone la corporización de la literatura, polarizada en dos extremos que pasarán a ser determinantes en su escritura: el cuerpo y la violencia” (83). Esta idea de la dimensión corporal en Viñas es, siguiendo a Gramuglio, uno de los “tópicos” que deben considerarse al momento de pensar en la figura de escritor que construye durante los años cincuenta. Eduardo Gruner, en las Jornadas de la Biblioteca en 2012 subrayó esa voluntad del autor de “poner el cuerpo”, perceptible, según Gruner, en los títulos de las novelas, o incluso en la facilidad con que se le daban a Viñas el teatro y el cine esos soportes donde -enfaticaba Gruner- la palabra es inseparable del gesto corporal (Gruner, 2012).

Un Dios cotidiano (1957) fue un libro muy polémico, Aníbal Jarkowski, desde el prólogo que escribió para la reedición de 2012 recordó la reacción del Victoria Ocampo al escuchar el argumento, quien aseguró que se trataba de “una novela pornográfica” (Jarkowski, 2012). En la primera edición se leía: “La publicación de esta obra no significa que algunos de los conceptos vertidos por el autor sean compartidos por la editorial” (Editorial Guillermo Kraft, 1957). Ganadora del Premio Guillermo Kraft, esta novela centra su argumento en la experiencia del padre Carlos Ferré en un colegio de curas salesianos (franquista) en el Buenos Aires de 1939 durante los años de la Guerra Civil Española.

Si para publicar *Los años despiadados* Viñas debió aguardar a la caída del peronismo, *Un dios cotidiano* salió en plena Revolución Libertadora, una dictadura militar con estrechos vínculos con la iglesia católica, circunstancia determinante para el aplazamiento de su publicación hasta finales de 1957. La iglesia es presentada desde “la manipulación ideológica, el bautismo de niños judíos por dinero, apoyo al falangismo durante la guerra civil española, fragilidad vocacional de algunos miembros de la iglesia” (Jarkowski, 2012). Rodríguez Monegal, por su parte, descifró el enfrentamiento entre dos argentinas “la que está representada por la iglesia católica y [...] la que tiene en el padre de Ferré su representación cabal: una Argentina de izquierda, sólida también, aunque todavía no establecida” (Monegal, 1958, pág. 23). En el medio de ambas posiciones ubicó Viñas al personaje principal. A través del personaje del padre Porter reflexiona sobre temas puntuales que le interesaban como escritor, pero sobre todo como crítico: la literatura, los partidos políticos, la religión. Porter cuestiona la iglesia, el partido, pero es también el que establece interesantes diálogos con Ferré sobre literatura y autores específicos. Aníbal Jarkowski advirtió que en realidad los diálogos que se leen en la novela sobre literatura “son funcionales a la única intención de enjuiciar y desacreditar a cada uno de los autores puestos en discusión, de manera que el diálogo, como tal queda desvirtuado desde el punto de vista del interés narrativo y se convierte en una intervención del autor, en tanto crítico literario” (Jarkowski, 2012). En esta misma línea y sobre la manera en que el Viñas crítico se asoma en fragmentos puntuales de esta novela, aseguró Martín Kohan: “De la literatura de Viñas puede afirmarse que está escrita desde la recomendación del padre Ferré, lo que equivale a decir que Viñas ha puesto en boca de su personaje su propia concepción de la escritura” (Kohan, *La novela como intervención crítica: David Viñas.*, 2004, pág. 253).

Los dueños de la tierra (1958), proyectada como segunda parte de la trilogía, centra su argumento en uno de los sucesos más brutales de la historia argentina: la masacre de obreros en La Patagonia de 1921 por parte del ejército. El Juez Letrado Ismael P. Viñas, padre de David, quien

fuera enviado por el presidente Irigoyen para intervenir en el conflicto entre obreros y propietarios, da cuerpo al personaje principal: el Doctor Vicente Vera. Considerada por Piglia como la mejor obra literaria de Viñas (Piglia, 1993, pág. 21), es además la novela donde resulta más difícil deslindar hechos reales de ficción, historia familiar de nacional, que se mezclan y determinan mutuamente. En sintonía con Piglia, Martín Kohan aseguró que es la obra paradigmática del escritor, donde “la historia argentina ingresa [...] bajo la cifra de la historia familiar. Y como las formulaciones de esa historia familiar responden, a su vez, a claves autobiográficas, puede decirse que la historia argentina ingresa bajo la cifra de la historia personal” (Kohan, 2004, pág. 526). Se ha destacado además el estilo y el peso que tiene allí del lenguaje; para Oscar Alberto Castelo, por ejemplo, en esta novela el autor posee un estilo muy definido, “Sacude las líneas habituales en una tensión constante. Es como si mordiese las ideas. Aprieta las frases para que adquieran características filosas” (Castelo, 1959, pág. 16).¹⁸

Betina Ferrante, por su parte, analiza la novela como experimentación de algunos de los postulados programáticos sostenidos por lo integrantes de *Contorno*. Sobre el asunto aseguró: “algunos elementos de *Los dueños de la tierra* y la proximidad temporal de las publicaciones [...] permiten analizar la interacción entre los textos y la representación desde algunas de las premisas contornistas de un territorio encriptado en la violencia que se vislumbra principalmente en la relación entre el capital y los obreros” (Ferrante, 2016, pág. 24). En sintonía con Ferrante, pero con un análisis en clave existencialista, Sylvia Saítta señaló:

La gran marca del discurso de *Contorno* es la del existencialismo de Sartre, del Sartre de la literatura comprometida. Esta marca se lee en la narrativa de Viñas en la elaboración de personajes situados, definidos en su relación con lo histórico y con lo social; en la elección

¹⁸ En sintonía con Castelo podría interpretarse la lectura de Juan Carlos Portantiero sobre la prosa de Viñas. En “Viñas: la quiebra de la ilusión” advierte Portantiero, “Es evidente que la intención es crear una atmósfera asfixiante de lenta y persistente decadencia, a través de una ordenación de frases y palabras sucesivas una detrás de la otra como en un recuento infinito de objetivos en desuso. Pero de objetos vivos, iluminados por una adjetivación referida a sus cualidades materiales (blando, sólido, macizo, fuerte, fofo) no a los atributos ideales que se le otorgan. Y, por fin, completando este cosmos de relaciones formales, los diálogos constantes, ásperos, agresivos. Reiterativos y carnosos”, en *Realismo y realidad narrativa argentina* (1961), p. 94.

de conflictos y temas que ponen en primer plano los problemas de la libertad y de la elección; el conflicto entre la determinación y la contingencia. (Saítta, 2011)

Las recurrencias a la historia familiar, a lo testimonial y a hechos políticos definitorios de la historia argentina de finales del siglo XIX y mediados del XX perfilan y determinan los argumentos centrales de las novelas que Viñas escribe y publica a lo largo de la década del cincuenta, desde las cuales ofrece un retrato desolador de la Argentina de esos años. Los estudios coinciden en considerar esas ficciones como proyección de temas que fueron centrales a textos que, como crítico, publicó en revistas del período, particularmente *Contorno*. Llama la atención que no refieran el asunto de manera inversa: los ensayos como prolongación de las ficciones; lo anterior podría explicarse a través de un aspecto de su producción intelectual sobre el que no logran ponerse de acuerdo los estudiosos y que este trabajo tampoco aspira a sellar: el Viñas crítico y ensayista como superador del Viñas ficcional. La marca que dejó *Contorno* en la crítica y la ensayística argentina, y la impronta de los textos publicados por el escritor, sirven de sustento al debate en cuestión.

1.2. *Contorno*, la nueva izquierda y la Revolución cubana

Desde noviembre de 1953 y hasta abril de 1959 se publicó en Argentina la revista *Contorno*. La idea del proyecto fue de David Viñas. Así lo recordó su hermano Ismael en el prólogo que escribió para la edición facsimilar editada por la Biblioteca Nacional (2013). El mayor de los Viñas aseguró además que el propósito fue sacar una revista “cuya preocupación única era centrarse en la cultura argentina, y en una visión crítica” (2013, pág. VI). En junio de ese mismo año el nombre de David había aparecido en *Las ciento y una*,¹⁹ publicación que, dirigida por H. A. Murena en su primer y único número, se había presentado como una “revista de la realidad americana” (Murena, 1953). *Contorno* por su parte, según se entiende por la declaración de uno de sus directores, surgía

¹⁹ Viñas, David. Una moral de repuesto para los Estados Unidos. *Las ciento y una*, no 1, p 3.

para pensar lo nacional. Entre las apuestas esenciales de la empresa estaba revisar el pasado literario y cultural argentino, cuestionar la historia oficial, desmontar mitos y sobre todo denunciar: “*Contorno*-una revista denunciadora” advertía el cartel con el que anunciaron la publicación (Viñas I. , 2013, pág. III).

A esta proyección y actitud de los contornistas se debió el calificativo de parricida con que Emir Rodríguez Monegal los identificó. La crítica y el rechazo a sus maestros conformaba para el uruguayo una identidad compartida por los contornistas y la joven generación de escritores argentinos surgida alrededor de 1945 (Monegal, 1956). Tal como han advertido los propios colaboradores, *Contorno* comenzó a publicarse sin un programa inicial definido. La revista se fue perfilando sobre su propia marcha. En la medida que discutían los textos a publicar y convocaban posibles colaboradores, se iban constituyendo además como grupo (Viñas I. , 2013). Las escasas firmas con las que contaban propició el uso de seudónimos, un recurso al que apelaron fundamentalmente los directores. En el caso de David Viñas lo anterior se verifica de manera especial en los números 2 y 4 dedicados a Roberto Art y a Ezequiel Martínez Estrada, respectivamente. Alrededor de *Contorno* se nuclearon algunas de las firmas más representativas de esa generación: David Viñas, Noe Jitrik, Ismael Viñas, Juan José Sebreli, León Rozitchner, Adolfo Prieto, Carlos Correa, Oscar Masotta y Adelaida Gigli, formaron parte de los jóvenes escritores que desde múltiples perspectivas se unieron al proyecto.

Diversos elementos resultaron esenciales para el surgimiento durante los años cincuenta y principio de los sesenta de la nueva izquierda en Argentina. En el orden interno la crisis partidaria (con el peronismo proscripto) había dado lugar al surgimiento de grupos políticos e intelectuales cuyas propuestas desbordaban los límites de los partidos tradicionales de izquierda (Partido Comunista Argentino, Partido Socialista). Crisis a la que se sumaría, particularmente para el Partido Comunista, la traición de Frondizi. Por otro lado, la recepción de novedosas corrientes de

pensamiento (desde el existencialismo, hasta los marxistas italianos, pasando por Merleau Ponty y Gramsci) favorecieron la revisión que desde esos mismos grupos se comenzó a hacer al marxismo ortodoxo; y, como colofón de la década y elemento determinante para la izquierda, el triunfo de la Revolución cubana “de impacto profundo y duradero” (Diego, 2008, pág. 395).

En 1959 esa revolución no sólo ofrecía la posibilidad de pensar en una alternativa comunista posible, sino que ponía sobre la mesa de discusión temas centrales en los debates que venían suscitándose al interior de los movimientos y grupos de izquierda. Debates que, si en materia política versaban sobre la viabilidad de la lucha armada como opción para la liberación de los pueblos de la región, en el campo cultural se ocupaban prioritariamente de dialogar en torno al compromiso y al papel que debían asumir los intelectuales ante la nueva realidad de América Latina y del mundo. Según Claudia Gilman se trató además de una época marcada por una nueva voluntad revolucionaria. Fueron, al decir de David Viñas, “años de calentura histórica” (Gilman, 2003, pág. 43).

Este apartado indaga las incidencias que la revista *Contorno*, cuyo último número se publicó en abril de ese año, y la Revolución cubana tuvieron para el surgimiento y desarrollo de la nueva izquierda argentina. Se propone como hilo conductor a David Viñas, no sólo por ser considerado por la crítica como el intelectual que mejor encarnó y continuó el programa contornista, sino además por el interés de pensar en la manera en que fue tejiendo sus primeras relaciones con los sucesos cubanos.

La radicalización política, el proceso de modernización teórica, científica y cultural, la creciente conflictividad social, la revisión de la izquierda tradicional y del peronismo y la intensa actividad intelectual posterior a 1955 son puntos coincidentes entre los diversos estudios dedicados al surgimiento y desarrollo de la nueva izquierda en Argentina. Dentro de este marco de conflictividad y renovación han sido señalados sucesos, externos e internos, de particular

incidencia como la Revolución cubana y el Cordobazo, y proyectos de significativa importancia dentro del campo cultural e intelectual entre los que cuentan las revistas *Contorno*, *Che*, *Pasado y Presente* o *Nuevos Aires*. Los estudios coinciden además en señalar el golpe de estado de 1976 como clausura y cierre dramático de esa etapa de radicalización que duró alrededor de veinte años.

Con la intención de considerar algunas tesis que se han ocupado de estos temas se propone un itinerario analítico que parte de *Contorno* y culmina en la revista *Che* y presta especial atención al impacto que la Revolución cubana tuvo para ese “conjunto de fuerzas sociales y políticas” que se nuclearon alrededor de la nueva izquierda argentina y que al decir de María Cristina Tortti, “contribuyó decisivamente a producir el intenso proceso de protesta social y radicalización política que incluyó desde el estallido espontáneo y la revuelta cultural hasta el accionar guerrillero” (Tortti C. , 1999). Desde esta perspectiva y asumiendo la manera como Tortti piensa y define la *nueva izquierda argentina* en el presente análisis se consideran tanto los estudios enfocados en el campo cultural (Terán, Sigal, 1991; Gilman, 2012; de Diego, 2008), como aquellos que se ocupan del accionar de los partidos de la izquierda tradicional (Tortti, 2000, 2008) y del fenómeno peronista y la Revolución cubana como determinantes del período (Altamirano, 2001, Tortti, 2014).

Ubicar *Contorno* y *Che* como punto de partida y cierre, y la figura intelectual de David Viñas como hilo conductor, no sólo favorece la delimitación de un recorte temporal y analítico acorde a los intereses de este trabajo, sino que permite además fijar una serie de interrogantes desde las cuáles problematizar los núcleos centrales del análisis. ¿Cómo contribuyó David Viñas desde sus textos de *Contorno* tanto al proceso de renovación teórica del período, como a la revisión de la izquierda tradicional y del peronismo (también del frondizismo)? ¿Cuáles fueron las principales incidencias que produjo el triunfo de la Revolución cubana en el movimiento de protesta social y renovación cultural de la Argentina de 1959, donde David Viñas fue protagonista clave? ¿Cuáles fueron las relaciones de Viñas con el proyecto que defendían desde la revista *Che*, y de qué manera

se insertó en la revisión, análisis e interpretación que hicieron desde la publicación respecto al proceso cubano en sus primeros años?

1.2.1. Las corrientes teóricas en el interior de *Contorno* y los cimientos de la *nueva izquierda argentina*

En correspondencia con la idea de que más allá del auge y la radicalización política alcanzada durante los años sesenta la *nueva izquierda* en Argentina, “se venía manifestando sostenidamente a lo largo de la década anterior” (Tortti M. C., 2006, pág. 22), numerosos investigadores del campo cultural (Oscar Terán, Silvia Sigal, Carlos Altamirano, José Luis de Diego) coinciden al advertir que a la presencia de una *nueva izquierda* durante los años 50 se debió, por ejemplo, la introducción en Argentina de novedosas maneras de concebir la crítica literaria. Destacan en tal sentido algunas publicaciones y ubican particularmente su génesis en la revista *Contorno* (Diego, 2008, pág. 401). Será en el proyecto dirigido por Ismael y David Viñas donde comenzará a entenderse el ejercicio de la crítica como una “relación *tensionada* entre literatura y política” (401) y, al crítico como intelectual “en el sentido de alguien que ejerce la crítica como un modo de intervención pública” (401).

A *Contorno* se asocia además la idea del “intelectual comprometido”. Más de un estudioso ha advertido sobre la impronta sartreana en sus artículos (Kohan, 1992, Croce, 2006). Si el término de *nueva izquierda* había surgido en Europa con una fuerte impronta del compromiso del existencialismo francés, en los cimientos del fenómeno en Argentina el asunto debía encontrar un punto importante en su análisis. Se entiende entonces el interés de la crítica por destacar tales influencias entre los contornistas. Comprometidos pero no precisamente sartreanos (por lo menos no todos) es, sin embargo, lo que se desprende de la lectura de una entrevista en la que Ismael Viñas desmontó algunos de los tantos mitos relacionados con el proyecto contornista.²⁰ Sobre el

²⁰ “Desmiente” allí Ismael Viñas (y son sus propias palabras) otro mito, que aseguró haber leído en la revista de Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano relacionado con la seriedad de la diagramación. Ambos investigadores lo

asunto aseguró: “Casi todos los que escriben sobre *Contorno* aseveran que éramos sartreanos. Debe ser por eso de que éramos ‘escritores comprometidos’, porque sartreanos sólo eran algunos de los colaboradores. Yo, por cierto, no lo era, por simple ignorancia en aquel entonces, pues no había leído nada de Sartre” (2008, pág. 9). Su compromiso y sobre todo la formación marxista se debían a las lecturas de Marx, Lenin, Rosa Luxemburgo. Tales referentes sirven para considerar algunos de los afluentes teóricos de textos claves publicados por Ismael Viñas en *Contorno* y funcionan para pensar la manera en que los contornistas se sumaron al proceso de modernización que caracterizó el período desde una revisión y relectura de la historia y el marxismo.

Tampoco eran sartreanos Ramón Alcalde ni León Rozitchner, considerados, junto a Noé Jitrik, como los más cercanos a la publicación. Alcalde se había formado entre jesuitas y era, además, el que tenía mejor formación humanística entre los colaboradores (Viñas D., 2011). León Rozitchner, por su parte, había sido discípulo de Merleau - Ponty y algunas declaraciones suyas resultan oportunas para pensar los cruces de teorías novedosas señalados como distintivo y original de *Contorno* y también de la nueva izquierda argentina. Sobre el tema advirtió Rozitchner:

Y respecto de los cruces, nosotros mismos estábamos cruzados. No es que nosotros decíamos: “vamos a hacer cruces entre la sociología y la literatura, y la sociología con la política, para elaborar un tejido nuevo sobre el fondo del que todavía no existía. No. Hacíamos lo que nos salía, estábamos más bien cruzados, esa era nuestra experiencia personal, y de ese cruce salía el hecho de que mezclábamos las cosas y las referíamos unas a otras. (Scolnik, 2011, pág. 343)

David Viñas por lo menos entre 1953 y 1959 cuando se publicó *Contorno* tampoco hizo explícitas sus influencias sartreanas. Según Horacio González, esto no ocurrió hasta 1981 con la publicación del número de *Tiempos Modernos* dedicado a la Argentina. González aseguró al respecto: “No era usual que Viñas reconociera alguna relación con Sartre, y quizás se molestaba

advertían como una posición ideológica de la publicación y que respondía, asegura, a la ignorancia que tenían sobre el diagramado.

con quien la exhibía inmoderadamente. Aquí es él el que se la adjudica[...]" (González, 2001, pág. 17). No obstante, habría que recordar que durante su paso por la editorial Losada, donde trabajó en los inicios de los cincuenta, Viñas había tenido acceso a los textos del filósofo francés (Altamirano B. S., 1981) y en una de sus primeras visitas a La Habana durante los sesenta aseguró que el descubrimiento suyo del marxismo había sido a través de Sartre (Sarduy, El cine, pibe, me interesa mucho. Entrevista a David Viñas., 1967); es decir que desde esos años reconocía ya las incidencias del filósofo francés.

Sí fueron sartreanos Juan José Sebreli, Carlos Correa y Oscar Masotta, una tríada que David Viñas ubicó como "laterales" a la publicación y que definió como "el ala peronistoide de *Contorno*" (Viñas D. , 2011). Este grupo ha sido presentado como "existencialista- populista-izquierdista" (Warley, 1981), influenciados por Sartre, pero también por Marx y Hegel y en los que, en la misma cuerda de Viñas, Martín Kohan y Mirian Crivelli destacan una "seducción encubierta por el peronismo" (Martín, 1992, pág. 395).

Desde esta heterogeneidad teórica, ideológica y partidista los jóvenes intelectuales reunidos en *Contorno*, que para la fecha oscilaban entre los 25 y 35 años y se reconocían de izquierda, se lanzaron a revisar la historia nacional. Para Oscar Terán el grupo reunido allí configuró "uno de los ejes fundamentales en la constitución de esa franja crítica o denunciante argentina" (Terán, 1991, pág. 4), que fue además un rasgo distintivo de la nueva izquierda en el país. Una actitud generacional esta que Carlos Altamirano pensó como "situación revisionista" y cuya emergencia, aseguró, se debió a diversos factores. Además de la conflictividad social, la antinomia peronismo/anti peronismo, señaló el complicado contexto ideológico dentro del que "el PC y el PS serían sólo piezas secundarias en el juego político" (Altamirano C. , 2001, pág. 9). Un aspecto esencial de la perspectiva de Altamirano es el énfasis que hace respecto a otros protagonistas que consideraba claves del período, por ejemplo, las Fuerzas Armadas, las corporaciones empresariales y el sindicalismo peronista (9).

De estas discusiones interesa considerar la manera en que los colaboradores de *Contorno*, y David Viñas de manera particular, se insertaron en la revisión de los partidos tradicionales de izquierda, así como el lugar desde donde el escritor se instaló en las discusiones en torno a la misión del intelectual. Su intento de abandonar la literatura para pasar a la acción política debe leerse como parte del “ desdén” por la tarea intelectual que caracterizó a la *nueva izquierda argentina* (Tortti M. C., 2007), en esta misma línea se analiza otro rasgo propio del período, que Oscar Terán señaló como el proceso de “autoculpabilización” intelectual (1991).

1.2.2. *Contorno* y el Partido Comunista

El segundo número de *Contorno* (mayo de 1954) estuvo dedicado a Roberto Arlt. Cinco textos de David Viñas se incluyeron en el homenaje, aunque ninguno apareció con su firma.²¹ La voz de los contornistas que hablan de Arlt, las que ensayó el propio Viñas a través de los seudónimos, dialogan y discuten con esas “diversas voces” desde las cuales, a decir de su hermano Ismael, se comenzó a recordar desde inicios de los cincuenta la obra “casi olvidada” de “este ahora ilustre muerto pobre de las letras” (Viñas I., 1954, pág. 2). Tal como han advertido los estudios (Croce, 2006; Warley, 1981; Sarlo, 1983) esta apuesta por una figura “marginal” de las letras argentinas significaba una toma de posición mediante la cual los contornistas se plantaban y tomaban distancia tanto de *Sur* y la generación del 25, como del cosmopolitismo de Borges. Pero era además un enfrentamiento con la izquierda tradicional, específicamente con el Partido Comunista.

Con el artículo “Arlt y los comunistas”, David Viñas, bajo el seudónimo de Juan José Gorini, se insertaba en la polémica establecida a raíz de la aparición en 1950 de *Roberto Arlt, el torturado*,²² una biografía escrita por Raúl Larra, a la vez que aprovechaba para criticar

²¹ Conte Reyes, Gabriel [seud. de David Viñas], “La mentira de Arlt”, pp. 1-2; Elorde, Ramón [seud. de David Viñas], “Erdoesain y el plano oblicuo”, pp. 5-6; Gorini, Juan José [seud. de David Viñas], “Arlt y los comunistas”, p. 8; Molinari, Marta C. [seud. de David e Ismael Viñas], “Roberto Arlt: una autobiografía”, pp. 8-10; Sánchez Cortés, Diego [seud. de David Viñas], “Arlt - Un escolio”, pp. 11-12.

²² La polémica había comenzado desde las páginas de *Cuadernos de cultura*.

explícitamente el accionar del Partido Comunista donde militaba el biógrafo. “El señor Larra afirma enfáticamente ‘!Arlt es nuestro!’ Y Se equivoca [...]” (Viñas D. , 1954, pág. 16) sentenciaba al inicio de este corto pero lapidario texto. Y para evitar que los propios comunistas llegaran a creer que Arlt pensaba o “escribía como un comunista” (16), enumera una serie de actitudes: rebelde e individualista, auténtico revolucionario, de espíritu demoníaco, agresivo, violento, pecador, libre (16), características propias del autor de *Los siete locos* y que lo separaban de “ese espíritu sumiso, de pelotón que condiciona la acción comunista” (16). Espíritu contra el que hubiera reaccionado Arlt de manera violenta; porque Roberto Arlt, en la lectura de Viñas, no hubiera soportado “el concepto colectivista que condiciona la acción y el pensamiento del P.C. Y, además, no hubiera tolerado el fervor salvacionista de ese grupo, cuando él mismo se condenó sin miedo a las torturas del más allá, como condenó irremisiblemente a sus personajes sin importarle un pito que fueran o no útiles al grupo social o negatorios del orden burgués” (16).

En la crítica de Viñas resulta notable la reiteración de aislar a Roberto Arlt de todo tipo de compromiso. Desde esta perspectiva tomaba partido en el debate que había tenido lugar en las páginas de la revista *Cuadernos de cultura* entre Roberto Salama y Larra. Si bien la discusión de ambos críticos al interior del Partido Comunista había sido esencialmente “de orden ideológico” (Capdevila, 2004, pág. 260), tenía también un fuerte contenido estético. Salama, por ejemplo, percibía falta de crítica y reconocía una lectura apologética de Larra sobre ese “escritor pequeñoburgués” cuyos personajes transmitían pesimismo, irresponsabilidad y falta de compromiso (263). Para los intelectuales reunidos en *Contorno*, sin embargo, Roberto Arlt se presentaba como una síntesis desde la cual creían posible superar a la izquierda tradicional (Capdevila, 2004). De ahí que se pronunciaran desde las páginas dedicadas al escritor en oposición a las dos lecturas encontradas al interior del Partido Comunista Argentino.

1.3. Che, la Revolución cubana y una doble traición a la nueva izquierda argentina

La nueva izquierda argentina surgió y comenzó a desarrollarse marcada fuertemente, entre otros aspectos, por dos significativas traiciones: la de Arturo Frondizi primero y la de Alfredo Palacios después. A la decepción e incertidumbre experimentadas ante el giro del programa inicial del presidente, siguió la desilusión y el posterior rompimiento con el senador elegido para la capital en 1961. Según Tortti, luego de una campaña contra el gobierno de Frondizi y con una marcada simpatía por la Revolución cubana, Palacios “suavizó su discurso” y tomó distancia tanto de los jóvenes intelectuales de izquierda (particularmente con el ala izquierda del grupo reunido en *Che*) como de los sucesos cubanos (Tortti M. C., 2007).

Sobre la primera de estas traiciones, sobre esa “gran traición” que marcó definitivamente el camino de radicalización política, el fervor revolucionario y el espíritu antimperialista que caracterizó a la joven generación de intelectuales durante los años sesenta, se ha escrito ampliamente. *Contorno*, en pleno apogeo de tales sucesos dedicó el número doble 9-10 (abril de 1959) a su análisis. El tema fue central, además, en *Che*, publicación a la que, con mucho menos protagonismo, también estuvo vinculado David Viñas. El de abril de 1959 fue el último número de *Contorno* y en octubre del año siguiente salía el primero de *Che*. En conversación con Marcela Croce, la investigadora aseguró que de haberse publicado un número 11 de *Contorno* seguramente hubiera estado dedicado a la Revolución cubana. El asunto, sin embargo, fue central en *Che*, cuyo tono “marcadamente cubanista y antimperialista” se combinaba con el estilo “osado y desafiante” con el que, según Cristina Tortti, trataban allí los temas nacionales y hacían frente a los dirigentes políticos (Tortti M. C., 2007).

El gobierno de Frondizi, la Revolución cubana, el peronismo, las masas obreras, el antimperialismo, los movimientos de liberación nacional fueron asuntos que ocuparon las páginas de *Che*, un proyecto que, tal como aseguró A.A Latendorf, había surgido con la intención de “crear un área de acuerdos para los debates de la izquierda” (Tortti M. C., 2007). La Revolución cubana,

sin embargo, y el apoyo explícito de la publicación a su causa, representó un giro significativo para esta proyección inicial. Al apostar por la lucha armada y por la violencia como camino para la liberación de los pueblos de América, lejos de representar un espacio de unidad y entendimiento para la izquierda, el proyecto cubano agudizó las diferencias existentes; diferencias que consecuentemente distanciaban a los “sectores moderados” de aquellos que apostaban por ideas más combativas y que a la larga tendrían un peso significativo para el propio cierre de la revista a finales de 1961. Este proceso “se iría acentuando al calor de la radicalización de la revolución cubana y del acercamiento con el peronismo- sobre todo con su línea dura-, propiciado por la *izquierda partidaria*” (Tortti M. C., 2007, pág. 4).

Tortti destaca otro aspecto para pensar las incidencias del proyecto cubano no sólo en los grupos de la *nueva izquierda* sino en la izquierda tradicional argentina. Asegura la investigadora que “ante la Revolución cubana el PC fue oscilante y dividió aguas dentro del partido” (Tortti C. , 1999). Al oponerse, entre otras cuestiones, al uso de la violencia reaccionaria, el PCA se mantenía en la directiva planteada durante el XX Congreso del PC de la URSS en 1956 referida a la necesidad de buscar, por la vía pacífica, dentro de cada territorio nacional y de acuerdo a sus condiciones particulares, el camino al socialismo. Este congreso agudizó los cuestionamientos hacia la ortodoxia soviética y marcó definitivamente del rompimiento. Lo anterior, unido a acontecimientos como la invasión a Hungría y al Canal de Suez fueron esenciales para el surgimiento de la nueva izquierda en Europa. La propuesta de revolución continental, la incitación a la violencia reaccionaria y la apuesta por la guerrilla que defendían los cubanos, y que desde muy temprano encarnó su proyección latinoamericana en la imagen del Che Guevara, se presentaba entonces como una contradicción no sólo para la doctrina soviética, sino también para la ortodoxia de algunos partidos comunistas latinoamericanos, entre los que se encontraba el argentino.

Los comunistas argentinos más ortodoxos se mostraron reservados ante la perspectiva de Guevara, para quien la cubana no era una revolución excepcional, sino que había abierto el camino

para la revolución del continente. Las discusiones en tal sentido fluctuaban entre los defensores de la vía pacífica y aquellos que apostaban por oponerse a la Alianza para el Progreso, esa estrategia norteamericana que aspiraba a frenar la amenazante revolución latinoamericana.

Más allá de que los comunistas cubanos habían ocupado puestos representativos en el nuevo gobierno, lo que se ha subrayado por algunos estudiosos como “una garantía de buenas relaciones con la U.R.S.S” (Karol K. , 1972, pág. 11), los comunistas latinoamericanos estaban al tanto de las diferencias existentes entre el proyecto de Fidel Castro (M-26-07) y el PSP (que nucleó a los comunistas de la isla). Los comunistas cubanos además de no haber formado parte de la revolución que había llegado al poder en 1959, tenían sobre los hombros el peso de sus relaciones con la dictadura de Batista.

Silvia Sigal, por su parte, y en referencia a las incidencias que la Revolución cubana tuvo en la reinterpretación de la situación nacional argentina, aseguró: “Cuba devino puente entre izquierda, nacionalismo y peronismo, transformando tanto a la izquierda, a la que ‘nacionalizó’ demostrando que el socialismo no lo hacían los partidos comunistas sino los movimientos nacionales [...]” (Sigal, 1991, pág. 201). Estas incidencias fueron determinantes para el peronismo, “creando en él un ala izquierda, que compensaría con el fervor de la juventud el menos visible entusiasmo de las bases obreras por el fenómeno cubano” (201). Desde esta perspectiva de Sigal habría que pensar otra de las problemáticas centrales de la izquierda argentina posterior a 1959, y que ha sido planteada por diversos autores como una necesidad de “articulación entre socialismo y peronismo”. Empresa que desde La Habana contará fundamentalmente con la figura de John W Cooke y también con la del propio Guevara.

Antimperialismo y justicia social son las banderas que enarbolan y unifican la diversidad de miradas respecto al proceso cubano y, por el otro lado, funcionan para avalar el carácter revolucionario que intentaban atribuirle al peronismo. En tal sentido advierte Sigal que Cuba no

sólo autorizaba una relectura del peronismo en el poder, sino que además le adjudicaba propiedades que no habían sido consideradas antes. “Hacer de Castro y sus guajiros una metáfora del peronismo”, según la investigadora, permitía “una doble operación: otorgar a la década peronista el contenido revolucionario de La Habana y afirmar que la Revolución Cubana pertenece al peronismo de 1960” (202). Más allá del rechazo suscitado entre un sector importante por las analogías Perón-Fidel, campesinos cubanos-cabecitas negras, tal como asegura Sigal, a través de los acontecimientos cubanos se interpretaba y se debatía la realidad Argentina (1991, pág. 206).

Es dentro de este complejo escenario que debe analizarse la doble incidencia que tuvo la Revolución cubana en la izquierda y también en los grupos de la nueva izquierda que comenzaban a organizarse. Por un lado, permitió una relectura de la tradición de izquierda (también de peronismo), pero a la vez que estableció fuertes lazos (particularmente con jóvenes radicalizados y que por diversas razones se había ido separando de los partidos Comunista y Socialista) favoreció la agudización de diferencias significativas, que respondían fundamentalmente a la apuesta que se hacía desde La Habana por la lucha armada y la guerra de guerrillas como el camino para acceder al poder. Las que primero se plantearon dentro de la izquierda como reservas significativas demostraron ser en corto tiempo posturas irreconciliables. Lo sucedido en la revista *Che* es un ejemplo ilustrativo en tal sentido.

1.3.1. Viñas y los comunistas llegan juntos a *Che*

Un reportaje a David Viñas anunciado desde la portada del número 7 de *Che* (2 de febrero del 61) es la primera materialización del vínculo del escritor con la publicación. A partir de este número, la revista que había sido gestada por “el *ala izquierda* del Partido Socialista Argentino” comenzó a ser un proyecto compartido con los comunistas (Tortti, 2017). La fusión entre socialistas y comunistas, y la proyección que los unía se percibe tanto en la visualidad como en los textos centrales de la tirada: una entrevista al comunista Rodolfo Ghioldi (“Votar por una voz a

favor de Cuba”), y un comentario sobre “la encrucijada” de los peronistas ante las elecciones, comparten la página dedicada a “Los proscriptos”. El rostro de Alfredo Palacios a gran escala en la portada (y otra foto acompañando al texto que como candidato a senador le dedicaban), un texto sobre África (“La ‘carta de Casablanca’, punto de partida para la integración de África libre”), marcaban pautas, definían líneas, posicionaban temas a priorizar.

El reportaje de Franco Moggi a David Viñas está a tono con el resto de los materiales. Moggi (Secretario de redacción de *Che*) traza un recorrido biográfico que va de la producción literaria de Viñas y su apuesta por la literatura “como denuncia y como venganza”, hasta el reconocimiento que hace el entrevistado del proceso cubano. “Sí, la pauta está ahí, y ha sido dada por un país latinoamericano muy parecido al nuestro” (Moggi, 1961, pág. 21). Así aseguraba Viñas a la vez que reafirmaba su apoyo a la apuesta que abogaba por la vía revolucionaria para llegar al poder. El escritor además de referir sus vínculos con el radicalismo (“fui heredoradical” (21)), enfatizó sus seducciones por el Partido Comunista: “Dije que no me afiliaba al Partido Comunista por cobardía. Por cobardía en tanto muchas veces he pensado en la equívoca comodidad que supone ser un escritor ‘progresista’ [...] Por otra parte, tengo muy buenos amigos comunistas [...] Pienso que, si me afilo, al poco tiempo me echan por indisciplina partidaria y me quedaré sin mis amigos” (21).

Esta afirmación de David Viñas dista considerablemente de las declaraciones suyas sobre el comunismo (por lo menos en su línea estética) ofrecidas desde las páginas que *Contorno* dedicó a Roberto Arlt. Pero si en *Contorno* Viñas había enjuiciado la manera en que los comunistas querían apropiarse del autor de *Los siete locos*, y había enfatizado la total falta de compromiso que querían adjudicarle, en este reportaje de *Che* será él mismo quien se encargue de dejar muy explícita su propia noción de compromiso. Y es esto lo que interesa subrayar ahora, sobre el asunto aseguró:

Fundamentalmente, el compromiso es con la historia concreta, con la historia que nos rodea o que se nos cae encima. Se trata de escribir de problemas y no de temas, de tópicos. Se está comprometido si se escribe de problemas, si no se toma a la literatura como una carrera. Es decir, que el compromiso se define de alguna manera por la negativa. Cuando me siento comprometido escribiendo algo es porque no tengo coartadas, porque no puedo dar un paso atrás. (Mogni, 1961, pág. 20)

Hay en esta declaración de David Viñas una apuesta por un tipo de literatura (y también por una figura de escritor) ligada a los acontecimientos que están teniendo lugar en la región. Una literatura comprometida con la circunstancia histórica, con la realidad política y social del continente. Se trataba en definitiva de dar continuidad a un programa de escritura que había comenzado a diseñar desde la década anterior y al que incorporaba resonancias y “ademanos” revolucionarios.

En el número 8 de *Che*, retomaban temáticas introducidas en la tirada anterior: Argelia, el asesinato de Lumumba, Frondizi, el antimperialismo y el papel de los militares; se leía además un fragmento de “Huracán sobre el azúcar” de Sartre y un reportaje a Ernesto Sábato titulado “¿Para qué sirve un intelectual?”. Los temas señalaban dónde estaban las prioridades del nuevo grupo que se había conformado alrededor de la publicación ahora comunista-socialista. La portada es determinante en tal sentido: una foto a gran escala de Fidel Castro, y dos de los titulares ubicados allí resultan reveladores: “Cuba plebiscitada en Buenos Aires” y “¡Cuidado con los caballeros, Dr Palacios!”

El primero es un texto en el que Abel Alexis Latendorf celebraba el triunfo de Palacios y advertía cómo nadie podía negar que era también, “la victoria de la solidaridad con Cuba” (Latendorf, 1961, pág. 11). El segundo estaba firmado por David Viñas y presagiaba el futuro próximo del recién elegido senador. El propio Latendorf volverá sobre el trabajo de Viñas desde el número 15 de *Che* (cuando rompe con Palacios) y le adjudicará carácter de Carta Abierta (aunque no parece haber sido esta la intención inicial del escritor).

El texto a la vez que celebraba el hecho de que “la ciudad más grande del mundo hispano parlante se ha definido por la izquierda, por el antimperialismo, por la defensa de Cuba, por el laicismo” (Viñas D. , 1961) planteaba ciertas reservas y advertía sobre las incidencias que podría tener la manera en que la derecha había reaccionado ante el triunfo del senador, destacando no ya sus cualidades políticas partidarias, sino ciertos atributos que lo acercaban más a una clase privilegiada que a la que lo había llevado a la victoria. Aseguraba Viñas que la burguesía en su intento por anexarse al representante de la izquierda, había comenzado a insistir en la personalidad, en los gestos, o en la singularidad señorial de Palacios. Para la derecha y sus voceros, advertía, “el Doctor Palacios es por sobre todo un Gran Macho que pertenece a una élite: la de los fuertes criollos viejos, que son lo que son porque son parte de la tribu selecta de los Antiguos señores nacidos a orillas del Río de la Plata” (17).

Por la carta abierta de Latendorf aparecida en el número 15 de *Che* (junio del 61) se sabe que Palacios cuestionó no ya el contenido del texto de Viñas, sino la autoridad política de su autor (Latendorf, 1961). Las sospechas advertidas por Viñas, sin embargo, no demoraron en confirmarse. Latendorf, a través de su carta, se despedía de Palacios y exponía con detalle los hechos que justificaban su desacuerdo y decepción (suya y de otros miembros de la publicación) a raíz de las últimas decisiones políticas del senador. Le recordaba el salto que había dado como derrotado en las elecciones de 1960 a triunfante en las 1961, y enfatizaba: “[...] viajó a Cuba. Y levantó la bandera de la gesta cubana. El partido le agradeció esa actitud y por ella lo elegimos nuestro candidato” (Latendorf, 1961, pág. 7). Pero lo habían elegido no para escuchar sus discursos, sino para que desde esa banca luchara contra el imperialismo y defendiera a los perseguidos; sin embargo, continuaba diciendo Latendorf, “usted, una vez triunfante, hizo todo lo posible por disminuir el verdadero impacto del triunfo del 5 de febrero. Habló muchos menos de Cuba, casi nada. ¿o nada?” (7). Lo tildaba además de liberal y le recordaba que estaba solo, que la juventud

no lo apoyaba (como había el mismo afirmado), “más bien ha empezado a despreciarlo” (7), sentenciaba.

En contraste con el enjuiciamiento que hacían al senador, el número ofrecía un exclusivo “Reportaje a Fidel Castro” en el que los lectores podían hallar, aseguraban, una formulación teórica de la Revolución cubana y “una esclarecedora explicación” del curso que iban siguiendo los cubanos rumbo al socialismo (1961, pág. 13). A partir del incidente con Palacios la revista aumentó sus artículos sobre Cuba y también llegaron más textos desde La Habana.²³ El tema cubano resultaba, según los estudiosos, el principal punto de coincidencia, dentro de las diferencias insalvables entre los miembros de *Che*. La firma de Viñas no volvió a aparecer en esta revista que, en su tirada 27 (nov del 61) incluyó una crónica en la que numerosos investigadores han advertido la intención de su director por provocar la clausura de la publicación que el Ministerio del Interior no demoró en concretar.

1.4. Consideraciones finales

Para 1959 cuando David Viñas comienza a manifestar su interés por los acontecimientos revolucionarios cubanos, proyecta una imagen de escritor polémica y heterodoxa configurada a lo largo de la década del cincuenta desde sus novelas y, sobre todo, a partir de sus ensayos y sus

²³ El número siguiente al rompimiento con el senador hacía un guiño directo desde la portada: “Huracán sobre el azúcar Tucumano”. Era este el titular de un texto que hablaba de los azucareros tucumanos, de la miseria crónica que padecían y de una palabra tabú que habían comenzado a usar y que había sorprendido y puesto en alerta a los que históricamente se habían mantenido indiferente antes sus reclamos. Porque en San Miguel de Tucumán, advertía *Che*, habían mencionado a Fidel y, continuaba la nota: “[...] quedaba dicho ya que la solución del problema azucarero no residía en el rutinario tironeo de las paritarias [...]Que la solución era la Reforma Agraria. Que Cuba era la solución para Tucumán” (J.Maciél, 1961, pág. 10). En el número 18 (13/julio) se incluyó la primera nota de Juan Carlos Portantiero, desde donde daba testimonio de su paso, durante 4 semanas, por Cuba: “¿Qué es Cuba Socialista?”. Así se había anunciado en la portada. Se trataba, advertían, de la primera visita de un periodista argentino a la isla, luego de haber declarado el carácter socialista de su revolución. A esta primera nota siguió una segunda del mismo autor incluida en la tirada 19 (27 de julio), un número especial dedicado a la Revolución cubana. La 20 (11/agosto) y la 21 (25/agosto) estuvieron centradas fundamentalmente en la Conferencia de Punta del Este. En el número 22 publicaron “El peronismo y la Revolución cubana”, de J.W. Cooke, para la fecha radicado en La Habana y el 25 incluía otra nota de Portantiero “Playa Girón en Buenos Aires. El complot de los “Documentos Cubanos”, prólogo de una nueva invasión”.

textos de crítica literaria. El compromiso con la realidad argentina de esos años queda patentizado en declaraciones explícitas sobre el asunto, pero también en sus juicios sobre instituciones canónicas de la Argentina del período como la iglesia y el ejército, sus críticas a partidos y organizaciones políticas (Partido Comunista, Partido Socialista, peronismo) y el lugar en que se posiciona frente a la tradición literaria y cultural argentina, hegemonizada en figuras como Mallea o Borges, o en publicaciones como *Sur* y *La Nación*. Perspectiva que subraya además el carácter desafiante y “violento” que se le atribuye a Viñas. El rescate y la recuperación de autores como Roberto Arlt o Ezequiel Martínez Estrada perfilan un proyecto intelectual incómodo para el *status quo*, a la vez que convoca una manera distinta de encarar el vínculo de la literatura con el lenguaje, con la realidad social y con las instituciones hegemónicas del poder. A través de personajes claves como periodistas, escritores e intelectuales que protagonizan sus ficciones, convoca y apuesta por una imagen de escritor perturbadora, cuestionadora, que tematiza la violencia, a la vez enjuicia los vínculos de los determinados intelectuales con los círculos de poder político.

Desde sus primeras novelas, David Viñas se ocupó de analizar momentos particulares de la historia argentina en un arco que incluyó los finales del siglo XIX hasta mediados del XX. Los argumentos están determinados por biografías familiares vinculadas al escritor, la de la madre, el abuelo y el padre fundamentalmente, y por vivencias personales. Por lo menos hasta 1959 su producción intelectual, tanto ficcional como ensayística, se centró prioritariamente en problemáticas argentinas. Lo latinoamericano apenas aparece referido. A partir de la década del sesenta América Latina, como se verá, pasará a ocupar un lugar central en su agenda. Tal como han reiterado los estudios dedicados a este período, ese interés en problemáticas que traspasaban las fronteras nacionales fue un rasgo distintivo de la época.

David Viñas y los intelectuales argentinos reunidos en *Contorno* y en *Che* (así como en otros proyectos) se volcaron a la revisión de la ortodoxia marxista, del peronismo y del contexto político

y cultural del período. Entre las preocupaciones fundamentales que compartían estaba el lugar que les correspondía ocupar ante la realidad nacional, atravesada por una América Latina que luego de 1959 reconfiguraba sus fuerzas sociales, políticas, culturales y también partidistas. El compromiso que desde la heterogeneidad teórica e ideológica postulan los miembros de *Contorno*, constituye una de las marcas fundamentales del grupo, lo que explica además que la crítica ubique allí el germen de la *nueva izquierda argentina*.

Las incidencias de la Revolución cubana en la izquierda argentina posterior a 1959 y también en los grupos de la *nueva izquierda* que comenzaban a organizarse, deben analizarse en un doble sentido; por un lado, permitió una relectura de la tradición de izquierda (también del peronismo al que nacionalizó) y estableció fuertes lazos (particularmente con jóvenes más radicalizados). Pero por el otro, propició la agudización de diferencias significativas. La proyección inicial de la revista *Che* de pensarse como un espacio donde unificar la izquierda argentina, se vio modificada, entre otros incidentes, por la manera en que sus miembros reaccionaron y se posicionaron frente el proceso cubano. Las diferencias fundamentales se debían a la apuesta que hacían desde La Habana de la necesidad de la lucha armada; una postura que, en sus proyectos generales, compartía y defendía David Viñas. Podría afirmarse que la Revolución cubana, lejos de unir a la izquierda argentina, contribuyó a agudizar las diferencias existentes. El hecho está vinculado con las propias relaciones internas entre los castristas o guevaristas y los comunistas cubanos, así como con las tensas relaciones que a lo largo de los sesenta tuvieron los cubanos con las líneas del Partido Comunista de la U.R.S.S y por ende con los partidos ortodoxos de América Latina entre los que estaba el Partido Comunista Argentino.

Capítulo 2. Casa de las Américas, Latinoamérica y el mundo

En abril de 1959 se fundó en La Habana la Casa de las Américas pensada como espacio para establecer y consolidar vínculos con artistas, intelectuales y escritores de América Latina y el Caribe. La institución cultural rápidamente desbordó esa proyección, no sólo al ampliar las relaciones a otras geografías sino y, sobre todo, porque luego de la ola de países que a partir de 1961 fueron rompiendo relaciones con Cuba, pasó a ser una de las plazas esenciales para el diálogo y el intercambio con el exterior (Retamar R. F., 1989).

Con una propuesta cultural que partía de la defensa de lo nacional, de lo latinoamericano como identidad común, que apostaba por barrer con viejas tendencias pequeño-burguesas y que en materia estética se mostraba atraída por las vanguardias artísticas, la institución encontró de manera inmediata en América Latina y en el mundo más de una generación dispuesta a responder al llamado hecho por un país en plena revolución que intentaba, desde diferentes frentes, romper con el aislamiento impuesto por los Estados Unidos.

La institución ideó un programa para las letras y las culturas hispanas en general: convocó en 1959 a un premio literario y al año siguiente creó la revista *Casa de las Américas*. La publicación trascendería lo literario o artístico para insertarse explícitamente en asuntos políticos e ideológicos. Esa proyección, si bien iría tomando fuerza en la medida que avanzaba la década, fue perceptible desde los números iniciales, el primero de los cuales salió en junio de 1960. La apuesta por cuestiones que desbordaban las problemáticas culturales no demoró en convertirse blanco de determinados sectores atentos a una creciente politización del ambiente cultural latinoamericano, incentivado en gran medida por la Revolución cubana. Los fuertes lazos que lograron establecerse, tal como han reiterado los estudios, favorecieron el intercambio de ideas y la participación de los convocados en discusiones definatorias del período (Sigal, 1991; Lie, 1996; Gilman, 2012).

A esos debates y a la propuesta que ofrecía la Casa se sumaron intelectuales del mundo y especialmente de América Latina. Si bien es destacable la labor de los uruguayos Ángel Rama y Mario Benedetti, el peruano Mario Vargas Llosa, o el mexicano Emmanuel Carballo, resulta impresionante la nómina de argentinos que estuvieron involucrados con el proyecto de la institución. Ezequiel Martínez Estrada, Leopoldo Marechal, Noé Jitrik, José Bianco, Martha Traba, Juan Gelman, Rodolfo Walsh, Julio Cortázar y David Viñas figuraban como jurados, colaboradores de la revista y también como protagonistas de charlas y encuentros organizados en la capital cubana. Bastan los nombres para suponer que los aportes y criterios ofrecidos llegaban desde perspectivas estéticas e ideológicas diversas que enriquecían los intercambios de los que formaron parte.

Tres de estos intelectuales argentinos tuvieron un vínculo especial con la institución al ser los únicos que formaron parte del consejo asesor de su revista: Ezequiel Martínez Estrada, Julio Cortázar y David Viñas. Este capítulo se ocupa de indagar las diversas posturas que asumieron frente al proyecto político cultural de Casa; el propósito es analizar la forma en que reaccionaron y se posicionaron frente al modelo intelectual que priorizaba la institución, que era además la principal voz a nivel internacional del proyecto político y cultural de la Revolución. El análisis está mediado por la interpretación que hizo David Viñas de las experiencias cubanas de sus coterráneos e indaga las incidencias que tales experiencias tuvieron en la configuración y reconfiguración de los propios vínculos del escritor con La Habana.

Esta propuesta encuentra fundamento tanto en la particularidad de las relaciones que establecieron los tres argentinos con *Casa*, como en las influencias que Ezequiel Martínez Estrada y Julio Cortázar tuvieron para la producción y proyección intelectual de Viñas durante el período. Resulta necesario subrayar la manera en que ambos escritores (junto a Ernesto Guevara) eran reconocidos por el propio Viñas como modelos a seguir. Sobre Martínez Estrada, y su admiración por Guevara aseguró: “así como los escritores de mi generación buscamos en Martínez Estrada al

‘maestro cabal’ el autor de *Radiografía* buscó en el emergente más notorio de nuestra generación al ‘discípulo puro’” (Viñas D. , 1996, pág. 210). En referencia a Julio Cortázar, y también a Guevara, para mediados de la década del sesenta, afirmaría Viñas: “Hoy por hoy creo que son los protagonistas sobre los cuales debemos especular con vistas a una posible síntesis, a un reconocimiento de limitaciones, de carencias y también la posibilidad de superarlas. Y si me apuras, mi proyecto personal es hacer una síntesis de los dos, que como propuesta humana es clave para mí. Hace todo un proyecto latinoamericano que nos involucra a todos” (Gilman, 2013, pág. 9).

Aunque las influencias y superaciones respecto a sus coterráneos trascienden el tema de Cuba, la adhesión de Martínez Estrada y de Julio Cortázar a la Revolución cubana y el protagonismo que tuvo Guevara, y también Rodolfo Walsh, son aspectos centrales al momento de indagar, por lo menos durante la década del sesenta, tanto la producción intelectual como en el recorrido vital de David Viñas. El paso de sus coterráneos por la isla y la problematización que hizo el escritor de sus experiencias, resultan fundamentales para pensar la particularidad de sus relaciones con la isla y las huellas que esas vivencias dejaron en sus textos del período.

2.1. Casa de las Américas: agendas y modelos de intelectual

“Desde cualquier espacio de la Casa se ve el mar”, así escuché decir a un trabajador en una de las visitas realizadas a esa especie de “tumba etrusca” (Otero, Llover sobre mojado. Una reflexión personal sobre la historia, 1997, pág. 105) que se impone desde una esquina del Vedado habanero (3ra y G). El edificio es, desde abril de 1959, la Casa de las Américas; dos nombres esenciales de la historia política y cultural de la Revolución cubana están ligados indisolublemente a ella: Haydée Santamaría y Roberto Fernández Retamar. Santamaría, participante del ataque al cuartel Moncada y de la lucha en la Sierra Maestra, estuvo a cargo de la fundación de la institución que dirigió hasta su muerte en 1980. Fernández Retamar, por su parte, estuvo involucrado con el proyecto desde los

inicios, pero fortaleció sus vínculos a partir de 1965 cuando comenzó a dirigir la revista *Casa*. En 1986 el poeta sustituyó al pintor Mariano Rodríguez en la dirección de la institución que presidió hasta 2019.²⁴

Con una proyección que dejó explícita desde su nombre la Casa de las Américas abarcó un amplio programa político cultural que iba desde exposiciones, lecturas, recitales, conferencias y presentaciones teatrales, hasta el ofrecimiento de su espacio para que se alojaran visitantes de paso por la capital cubana.²⁵ En 1960 se fundó la revista *Casa de las Américas*, ese mismo año celebraron la primera edición del concurso literario y crearon la editorial, con el propósito inicial de publicar los libros ganadores del premio. La revista, el premio literario y la editorial, reconocidos por los propios miembros de la institución como símbolos de su proyecto, fueron pilares fundamentales para la creación y consolidación de esa “red de relaciones intelectuales que ha sostenido la Casa a lo largo de su historia” (Jorge Fonet, 2011, pág. 25).

Cada una de estas apuestas institucionales ha sido centro de múltiples estudios que, desde diversas disciplinas y enfoques más o menos críticos, han reflexionado en torno a la labor realizada en sus más de cincuenta años. Los análisis coinciden al destacar la manera en que la Casa se consagró como espacio en el que confluían vanguardias artísticas y políticas, a la vez que priorizaba lo latinoamericano como identidad esencial (Campusano, 1992). Para Claudia Gilman se erigió además en “un centro gravitatorio crucial para la generación y consolidación de la red letrada latinoamericana de los años sesenta y setenta” (Gilman, 2010, pág. 286).

Según Gilman, la convocatoria que se hacía cada año a intelectuales del continente para que se sumaran al jurado fue estableciendo fuertes vínculos entre ellos a la vez que “soldó alianzas,

²⁴ Mariano Rodríguez dirigió la institución entre 1980-1986. Desde la muerte de Roberto Fernández Retamar en 2019 la dirige el escritor y exministro de cultura Abel Prieto. La revista *Casa de las Américas* quedó a cargo del investigador y ensayista Jorge Fonet.

²⁵ La primera imagen a doble página que aparece incluida en el libro *Casa de las Américas* (Jorge Fonet y otros, Fundación Sevilla, 2011) tiene un pie de foto donde se advierte que los allí reunidos son campesinos llegados a La Habana para participar en la celebración del 26 de julio que se alojan en la institución cultural (pp.14-15). Ver anexo 1

discursos, programas y configuró un 'nosotros' que transformó gradualmente la revista al tiempo que contribuyó a transformar, en un proceso dialéctico, la misma red que se constituía a partir de la sociabilidad y los encuentros en Cuba” (Gilman, 2010, pág. 286). En esta misma línea, y sobre las incidencias que tuvo el premio para la consagración de autores de la región así como para su despliegue fuera de las fronteras nacionales aseguró Saúl Yurkievich: “A través de los autores que consagra, se pueden seguir los rumbos, establecer las coordenadas de la producción literaria latinoamericana” (Yurkievich, 1971, pág. 99).

La consonancia entre el discurso institucional y el poder político de la Revolución, las discrepancias internas entre los colaboradores de la publicación (Lie, 1996), el análisis de las relaciones intelectuales que se propiciaron a pesar del complejo panorama político e ideológico de los años sesenta (Weiss, 1977), las incidencias en el llamado Boom de la literatura latinoamericana (Aparicio, 2017) y las implicancias que tuvo la inclusión del testimonio en 1970 al concurso literario para la legitimación del género a nivel latinoamericano y mundial, engrosan la lista de problemáticas (que no se agotan aquí) sobre las que han venido indagando los investigadores interesados por la institución cubana. Los estudios se han ocupado además de los debates protagonizados por los intelectuales que cada año convocaban y por la forma en que tales discusiones fueron perfilando fisuras y desentendimientos que por momentos resultaron planteamientos explícitamente antagónicos a las demandas institucionales.

2.2. Tres argentinos en *Casa de las Américas*: un circuito para pensar el proyecto cultural de la Revolución

Ezequiel Martínez Estrada, Julio Cortázar y David Viñas fueron los únicos intelectuales argentinos que formaron parte del grupo asesor de la revista *Casa de las Américas*. La quinta entrega de la publicación (marzo-abril de 1961) incluyó un Consejo de redacción que se inauguraba

con Martínez Estrada,²⁶ y al que se sumó Cortázar en 1963. Para 1965, luego de que el consejo fuera sustituido por un Comité de Colaboración se incorporó Viñas. Su nombre apareció en el número 33, el único en que coincidieron. Pero si David Viñas y Julio Cortázar figuraban como miembros del comité, la portada anunciaba con letras transparentes sobre un fondo rojo y blanco que aquel era un “Homenaje a Ezequiel Martínez Estrada”, quien, el año anterior, había fallecido en Bahía Blanca.

Una novedad de última hora hizo coincidir el nombre de otro argentino. El editorial anunciaba: “En el momento de enviar a la imprenta los materiales de este número de Casa de las Américas, se dio a conocer la decisión del compañero Ernesto Che Guevara de abandonar nuestro país para reiniciar, en otra parte, la lucha armada contra el imperialismo” (Editorial, En el momento..., 1965, pág. 3). Si se trae esto a colación es por el interés y la admiración que en los tres escritores despertara el guerrillero y por la manera en que era percibido como modelo de intelectual, por ellos y por más de una generación de argentinos y latinoamericanos que veían en Guevara la encarnación de ese *hombre nuevo* que él mismo propugnara.

Esa entrega de *Casa*, que era la última de 1965, funcionó como espacio para recibimientos y despedidas, llegadas y salidas, incluso quiebre, si se piensa en los cambios posteriores que tendría la publicación; transformaciones que de manera progresiva iría incorporando Roberto Fernández Retamar desde que asumió como director a partir del número 30.²⁷ Fernández Retamar fue un hombre clave para las relaciones que establecieron los tres intelectuales argentinos con la Casa. Sobre todo, para Martínez Estrada, a pesar de que su llegada a isla coincidió con la partida del cubano rumbo a París como consejero cultural. A través del intercambio epistolar que sostuvieron con el poeta y ensayista cubano (misivas conservadas en el Archivo de Casa de las Américas) es posible reconstruir buena parte del itinerario de cada uno durante su paso por La Habana.

²⁶ Junto al mexicano Juan José Arreola y el uruguayo Elvio Romero.

²⁷ El mismo Fernández Retamar recordaría en reiteradas ocasiones que, aunque aparece como director de la revista a partir del número 30, el primer número que realmente organizó fue el 31 (julio-agosto de 1965).

Partiendo de las especificidades con que establecieron los lazos con el proyecto de Casa, este apartado sistematiza los itinerarios cubanos de Martínez Estrada y de Cortázar durante los sesenta a la vez que esboza los primeros acercamientos de David Viñas. En tal sentido se indagan los principales puntos de coincidencia, así como las desavenencias que fueron perfilando los vínculos de cada uno con el proceso cubano; se consideran además las heterogeneidades en cuanto a formaciones intelectuales, itinerarios estéticos e ideológicos y se tienen en cuenta las agendas individuales desde las cuales se vincularon al trabajo de Casa. De un lado Martínez Estrada que se instaló en La Habana donde trabajó por dos años de manera obstinada, como si hubiera sabido que el tiempo iba en su contra. Del otro Cortázar que, aunque a renglón seguido resulte irónico, aseguró sentirse demasiado viejo para abandonar París. En 1963 desde La Habana le escribía a Eduardo Jonquiére: “si tuviera veinte años menos, te mandaría una despedida y me quedaría aquí” (Cortázar, 2012, pág. 343). Viñas, por su parte, y a pesar de haber recibido atractivas ofertas para irse a trabajar a la institución, prefirió mantener su vínculo desde Buenos Aires.

Este circuito, además de revelador en cuanto a apuestas y posturas personales frente al proyecto de la institución cultural y de la Revolución, resulta favorable a la indagación que se pretende. Los distintos escenarios desde los que manifestaron sus apoyos y disidencias resultan fundamentales para analizar las interpretaciones individuales que hicieron de los acontecimientos que iban teniendo lugar, y también para comprender la forma en que reaccionaron ante las demandas que desde allí postulaban. Cuba-Francia-Argentina para pensar la Revolución, o para ser más específicos: La Habana-París- Buenos Aires.

Resulta destacable un dato coincidente respecto a los pronunciamientos iniciales referidos a la Revolución cubana: todos se encontraban, por diversas razones, fuera de la Argentina. Desde septiembre de 1959 Martínez Estrada estaba exiliado en México, hasta donde había llegado invitado por el Fondo de Cultura Económica. Para mediados de 1960 se despedía en los siguientes

términos: “Adiós, opulenta nación de ganado y mieses, que honras con magnificencia y estrépito de clarines a los héroes y mártires muertos en el destierro” (Estrada E. M., 2013, pág. 70). Julio Cortázar vivía en París donde residía desde 1951 cuando había decidido salir de Argentina porque, como reconocería en reiteradas oportunidades se “ahogaba dentro de un peronismo que era incapaz de comprender en 1951” (Cortázar, 2012, pág. 320). David Viñas se encontraba desde 1958 trabajando como profesor en Venezuela contratado por la Universidad de los Andes.

Viñas y Cortázar tuvieron un primer contacto con la Revolución cuando visitaron la isla, cada uno por su cuenta, en 1961. Antes estuvo Martínez Estrada, la suya fue una visita menos informal; el 17 febrero de 1960 viajó desde México para recibir el primer premio de ensayo en el Concurso Literario Hispanoamericano obtenido con el texto *Análisis funcional de la cultura*. Aunque desde mediados de 1959 había recibido la invitación de Fernández Retamar para viajar a La Habana, sus compromisos en la Universidad Autónoma de México, además de algunos problemas de salud,²⁸ le habían hecho postergar la visita. Cuando estuvo de vuelta en el país centroamericano y con la propuesta hecha por los miembros de Casa para que fuera a trabajar allí, le envió una carta a Fernández Retamar con fecha 3 de mayo de 1960, rumbo a París:

De mi impresión personal, aparte de ese glorioso espectáculo, he traído la casi certidumbre de que era usted el efectivo apoyo que tenía yo allí, y que la amabilidad y hasta la hospitalidad [...] no alcanzaba a dar un poco de animación a la frialdad por el que no lleva nada brillante que exhibir. De veras yo llegué allí con mis pobres cosas sin esmalte, los encontré muy atareados, y me cohibí de distraerlos más de lo indispensable. (Morgado, 2015, pág. 254)

Martínez Estrada se quejaba además del escaso interés que habían despertado sus conferencias sobre Martí, lo que percibía como síntoma poco halagüeño para futuros trabajos. Sin embargo, el 26 de septiembre de ese mismo año el ensayista regresó a La Habana y en el tercer número de

²⁸ El 11 de septiembre EME le escribe una carta a Fernández Retamar para ratificarle su interés en ir a Cuba, pero le informa sobre algunas complicaciones debido a una dolencia renal, por lo que debía postergar el viaje. En Juan Sebastián Morgado. *Martínez Estrada, ajedrez e ideas*, editorial Dunken, 2015, p. 216.

Casa compartió su posición, “estoy en Cuba para servir a la Revolución” (Estrada E. M., 1960, pág. 33).²⁹

A fines de 1962 mientras Julio Cortázar esperaba en París las pruebas de galera de *Rayuela*, recibió una carta donde Fidel Castro (o alguien de su gobierno) lo invitaba a ir a Cuba para integrar el jurado del certamen literario de Casa de las Américas. Así le escribió a su amigo el novelista y cineasta argentino Manuel Antín, al que comentaba, además:

De manera que no sé, a lo mejor si recibo ahora las pruebas y tengo tiempo de revisarlas, me decido a tomar el Boeing para La Habana. Creo haberte dicho en París que la revolución cubana me fascina (la revolución, no el gobierno revolucionario), y pasarme un mes allí hablando con gentes como Alejo Carpentier y Lezama Lima, sería una experiencia maravillosa. (Cortázar, 2012, pág. 237)

Como se aprecia, aquella invitación oficial tentaba a Julio Cortázar como una experiencia literaria más que política, más estética que ideológica. Por supuesto que cuando el cineasta recibió otra misiva de su amigo ya de vuelta en París luego de haber estado poco más de un mes en La Habana,³⁰ comprendió que aquel viaje había producido un giro inesperado incluso para el propio Cortázar. Sin embargo, abandonar París era un paso que Cortázar no estaba dispuesto a dar; su apoyo al proceso cubano y a la Casa tendría como escenario la ciudad europea. La residencia parisina de Cortázar fue blanco de numerosas críticas durante el período. David Viñas, uno de los principales fustigadores de esa decisión, compartió sus juicios desde los textos que le dedicó a su coterráneo y, además, como se aprecia en las actas de las reuniones del comité de la revista, aprovechó con creces la oportunidad de plantearle las críticas directamente durante las tres ocasiones en que ambos coincidieron en La Habana, donde se conocieron personalmente en 1967.

²⁹ “Por qué estoy en Cuba y no en otra parte”, se publicó por primera vez en *Casa de las Américas* y se incluyó luego en el libro *En Cuba y al servicio de la Revolución cubana* (La Habana, ediciones UNEAC, 1963) y también en “Mi experiencia cubana” (Montevideo, El Siglo Ilustrado, 1965).

³⁰ En este primer viaje invitado oficialmente por Casa de las Américas, Cortázar permaneció en Cuba entre el 9 de enero y el 20 de febrero de 1963.

En 1962 David Viñas recibió una invitación para viajar a la isla. De esa estancia rememoró con especial interés, y en reiteradas oportunidades, el encuentro sostenido con Guevara. En esa ocasión no se trató de una invitación enviada desde la institución cultural; su vínculo con Casa de las Américas y en consecuencia con el ambiente cultural cubano se consolidó a partir de 1965. Si tenemos en cuenta además que en 1960 Viñas fue deportado de Venezuela por haber participado en una manifestación de apoyo a la Revolución cubana, es posible conjeturar que, por lo menos en este primer viaje oficial su prioridad no estaba centrada en el campo literario. Al referirse a su actividad intelectual de los sesenta, a la Revolución cubana y al Che, aseguró Viñas: “[A]hí la seducción mayor era la presencia de Guevara” (Joseph, 2009), sobre el que advirtió además que debía verse como “emergente de toda una generación, él y Rodolfo Walsh. Digo como actividad de gran militancia política, o como actividad, muy mezclada, por cierto, como actividad literaria” (Joseph, 2009).

Ezequiel Martínez Estrada y Julio Cortázar eran figuras sobre las que David Viñas proyectaba sus textos, también Rodolfo Walsh y sobre todo el Che Guevara, que le marcaban además el camino de la militancia y el compromiso. Cada uno de estos argentinos representa modelos con los que David Viñas discute, polemiza y sobre los que va perfilando y recortando su propia figura intelectual. El estrecho vínculo que sostuvieron sus coterráneos con el proceso cubano era también parte de su propia configuración intelectual durante esos años. Para finales de la década advertirá Viñas, “hacia los 60 y hacia la izquierda de *Sur* empieza a brotar el fenómeno de Cuba que penetra y drena todo un flanco de ese grupo arrastrando en su marea a Martínez Estrada [...] a Leopoldo Marechal [...] hasta llegar a Cortázar que esboza una propuesta inédita desde esa izquierda de *Sur* hacia el socialismo” (Viñas D. , 1971, pág. 84). Si bien se trata de una idea sobre la que este trabajo volverá oportunamente, interesa ahora subrayar la manera en que Viñas fue trazando trayectorias para pensar el acercamiento de sus coterráneos al proceso triunfante caribeño y socialista.

2.2.1. Intereses previos

Antes de 1959 fueron escasas las alusiones de David Viñas sobre Cuba y América Latina en general.³¹ Su interés por cuestiones que involucran lo latinoamericano, perceptible en los textos posteriores a 1959, determina una de las aristas esenciales de este trabajo. Si bien, como ha señalado la crítica, pensar a América Latina formaba parte de un clima de época (Gilman, 2012), el propósito fundamental es pensar de qué manera operó este desplazamiento en Viñas y cuáles fueron las incidencias que en tal sentido tuvieron sus vínculos con La Habana.

Julio Cortázar y Ezequiel Martínez Estrada mucho antes de visitar la isla manifestaron sus intereses en determinados autores y obras. Cortázar, incluso, había publicado en 1956 algunas de sus historias de cronopios y de famas en la revista *Ciclón*.³² A esas historias se debió la invitación que recibió en París, enviada, no por Fidel Castro como había comentado Cortázar en carta a su amigo, sino por Antón Arrufat.³³

Aunque apenas se tenga en cuenta hoy, Antón Arrufat fue clave para el vínculo inicial de Cortázar con Casa de las Américas. Resulta llamativo, por ejemplo, que el libro homenaje *Materiales de la Revista Casa de las Américas de/sobre Julio Cortázar*, publicado en 2014 por la editorial de la institución cubana, no incluya alguna de las cartas entre ambos. Tampoco aparecen

³¹ En una entrevista de 2007 Viñas recordó que, previo a 1959, los contornistas (y otros amigos) habían denunciado a la dictadura de Batista. Sin embargo, no he podido encontrar documentos que den cuenta de esta actividad, más que sus propias alusiones al respecto. En esta entrevista, por ejemplo, recordó “nosotros habíamos –nosotros digo la gente de Contorno, y otros amigos-, habíamos denunciado, no sé si sistemáticamente, pero con mucha frecuencia y precaria eficacia, desde ya, la dictadura de Batista. Es decir que no era una novedad.” Ver en “David Viñas, alternativas comunicacionales y una trayectoria intelectual”, Tesis de grado de Ximena Vergara, Universidad de Buenos Aires, 2017. Archivo Digital: descarga y online ISBN 978-950-29-1659-0.

³² *Ciclón*. Vol. 2, no 3, La Habana, mayo 1956: “Costumbres de los famas”, “Viajes”, “Conservación de los recuerdos”, “Relojes”, “El canto de los cronopios”, “La foto salió movida” y “Los exportadores”.

³³ Sobre el asunto aseguró Arrufat “Cuando Haydée Santamaría me invitó a ocuparme de la revista *Casa* [...] recordé el nombre del autor de aquellos textos desenfadados y sugerí que lo invitaran como jurado del premio que otorgaba la institución. Yo mismo le escribí una carta al cronopio mayor, y él, desde París, para sorpresa nuestra, contestó que aceptaba venir (Arrufat, 1984, pág. 204).

allí materiales referidos al período en que Arrufat fuera jefe de redacción de la revista, fecha coincidente con la incorporación de Cortázar al consejo.³⁴

También fue anterior el interés y la admiración de Cortázar por la obra de José Lezama Lima. Al menos dos de las cartas que envió al escritor cubano son anteriores al triunfo de la Revolución. Ambas fueron enviadas desde París en 1957. En la primera el argentino le manifestaba a Lezama Lima su admiración luego de haber leído fragmentos de *Paradiso en Orígenes*, le pedía otros textos de su autoría y le manifestaba el deseo de suscribirse a la revista (Cortázar, 2012, pág. 119). Sin embargo, es en la segunda misiva donde se leen fragmentos esenciales que anticipan, en el plano literario, revelaciones que hará Cortázar en el orden de lo político, luego de su viaje a Cuba en 1963. Allí aseguraba: “a veces es necesario venirse a vivir a Europa para descubrir por fin las voces hermanas. Desde aquí, poco a poco, América va siendo como una constelación, con luces que brillan y van formando el dibujo de la verdadera patria, mucho más grande y hermosa que la que vocifera el pasaporte” (Cortázar, 2012, pág. 133). Ya hay, tal como han advertido algunos estudiosos, una América Latina que le interesa a Cortázar mucho antes de su primer viaje a Cuba.³⁵

En 1946 se publicó en Buenos Aires *Panorama de las literaturas* de Ezequiel Martínez Estrada. Allí el ensayista aseguró en referencia a Martí: “Hoy no tenemos, en el desconcierto y el escándalo mental y moral de Iberoamérica, otro faro que mejor nos guíe” (Estrada E. M., 1946, pág. 137). Tal alusión llevó a Fernández Retamar a afirmar que el acercamiento *ígneo* de Martínez Estrada a José Martí y a su causa estaban prefigurados desde entonces (Retamar R. F., 1995, pág. 44). Aunque desde finales de los años cuarenta el ensayista había manifestado su interés por Martí, otro

³⁴ La salida de Arrufat de la revista debe entenderse con un episodio más de los exabruptos del escritor cubano con el poder político durante el período. Acaso el más conocido de todos sea el ocurrido en 1968 cuando se publicó “Los siete contra Tebas”, ganador de concurso literario de la UNEAC con una nota reprobatoria por parte la institución. Este episodio, y otros que terminarían involucrando a Arrufat, tuvo lugar en un clima de profunda tensión al interior del ambiente cultural cubano, incentivado a raíz de lo que se conoció como el primer caso Padilla.

³⁵ Cfr. *Obra crítica* tomo 3, a cargo de Saúl Sosnowski, p. 14; Mario Goloboff, *Julio Cortázar: la biografía*: Editorial Arte y Literatura, Instituto cubano del libro, 2014; Carolina Urloff, *La construcción de lo político en Cortázar*: Godot, 2014. p.12.

cubano del que también escribiría durante su estancia en La Habana llamó especialmente su atención: Nicolás Guillén. El poeta cubano que en 1959 había publicado en el semanario *Propósitos*, dirigido por Leónidas Barletta y donde colaboraba asiduamente Martínez Estrada, el famoso soneto al Che Guevara (Guillén, 1972).³⁶

Con los intereses puestos en Lezama y Guillén, Cortázar y Martínez Estrada se cruzaban al apostar por líneas estéticas que a lo largo de la década devendrían divergentes al interior del proceso cubano. Mientras el autor de *Paradiso*, y sobre todo a raíz de esta novela, experimentaría la censura de obras y voces que no se ajustaban a las demandas del poder político, Nicolás Guillén no sólo quedaría al frente de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, sino que su nombre estaría involucrado, desde el lado oficial, en más de una polémica. David Viñas, por su parte, desde La Habana, como se verá, siguió con su mirada puesta prioritariamente en el Sur, desde allí habló de Arlt, de Macedonio, del Che y por supuesto de Cortázar y Martínez Estrada.

2.3. Martínez Estrada en Cuba: una máquina a ritmo revolucionario

“Estoy en tierra reconquistada por su pueblo a sus enemigos inmediatos”

Ezequiel Martínez Estrada, *Por qué estoy en Cuba y no en otra parte*, 1960

El nombre de Ezequiel Martínez Estrada estuvo asociado a momentos fundacionales de Casa de las Américas: ganó el primer premio de ensayo en el concurso literario convocado por la

³⁶ El propio Nicolás Guillén recordaría las circunstancias en que escribió este poema. Sucedió en 1959 cuando se encontraba exiliado en Argentina “En enero de 1959, ya preparado para regresar a Cuba, una mañana muy temprano [...] sonó el teléfono de mi cuarto en el hotel en que yo vivía en Buenos Aires. En la otra punta del hilo se oyó la voz de Leónidas Barletta, director del periódico *Propósitos*, que me pidió una colaboración para el mismo destinada al Che Guevara, cuyo nombre sonaba lleno de prestigio en toda nuestra América. ‘Quiero que me hagas un poema para el Che o un artículo’, - me dijo- ‘pero tiene que ser enseguida porque cerramos esta tarde’. Yo le contesté que un poema era imposible a causa de la escasez de tiempo, por lo cual le haría un artículo. Dicho esto, ¿qué piensan ustedes que ocurrió?, Pues me puse a escribir el poema y así salió el soneto al Che Guevara [...]” en *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*, Año 63, número 3, septiembre - diciembre de 1972, p.7. Ver el soneto en Anexo 2.

institución, integró el Consejo de redacción de *Casa* desde su creación, dirigió el Centro de Estudios Latinoamericanos.³⁷ Un texto suyo abre el primer número de la revista y otro inaugura los *Cuadernos Casa*. Para Jorge Fonet, “Durante los primeros años de la Casa no hubo una presencia argentina tan dominante como la de Martínez Estrada” (Fonet J. , 2019, pág. 50). No obstante, y a pesar de haber manifestado su explícita adhesión a la Revolución, ni su estancia en Cuba resultó libre de discrepancias, ni el contenido de sus textos, como asegura, Juan Sebastián Morgado estuvo “completamente alineado con el discurso revolucionario” (Morgado, 2015, pág. 238). En su paso por La Habana Martínez Estrada estuvo inmerso en más de una polémica, y su experiencia estuvo marcada por significativas angustias de las que dio cuenta, fundamentalmente, a través de cartas enviadas durante el período. La mayor parte de estas misivas, consultadas en el Archivo de Casa de las Américas, permanecen inéditas hasta la fecha. Aunque su regreso a La Habana se debió al contrato establecido para desarrollar el trabajo sobre José Martí, la producción de Martínez Estrada durante su estancia en la isla fue abrumadora.³⁸ Se debe tener en cuenta no solo los sesenta y cuatro años cumplidos para la fecha, sino además su gran deterioro físico.³⁹

José Martí como eje central, pero también Nicolás Guillén, Ernesto Guevara y Fidel Castro ocuparon prioritariamente la atención de Ezequiel Martínez Estrada. Cuba como punto de partida, Latinoamérica como preocupación esencial; lo argentino más específico, dejado de lado.⁴⁰ Es este

³⁷ Por resolución firmada el primero de octubre de 1960. Las funciones como director del centro consistían fundamentalmente en el asesoramiento de las labores culturales del organismo y especialmente del Departamento de publicaciones de Casa de las Américas.

³⁸ De este período son los siguientes libros: *Familia de Martí*, 1963; *En Cuba y al servicio de la Revolución*, 1963; *El verdadero cuento del Tío Sam*, 1963; *La poesía afrocubana de Nicolás Guillén*, *Martí: el héroe y su acción revolucionaria*, *Martí Revolucionario*.

³⁹ Sobre esto último en septiembre de 1960 le escribió a Fernández Retamar “como ni mi cuerpo ni mi salud nada tienen que ver conmigo, quiero servir a mis hermanos cubanos en cuanto pueda y sepa [...]” (Morgado, 2015, pág. 217).

⁴⁰ En 1959 Fernández Retamar le había sugerido posibles temas para las conferencias que daría a inicios del sesenta: “Algunos de los asuntos que usted ha tratado tan ejemplarmente: Sarmiento, Martín Fierro, Hudson, Visión entrañable y dura de la Argentina, macrocefalia de Buenos Aires, ¿los ‘Heraldos de la verdad’?” (Retamar R. F., 1959). Para finales de 1960, sin embargo, desde La Habana Martínez Estrada le comentó sobre los seminarios que iniciaría en noviembre en Casa de las Américas y los asuntos a tratar distaban de la temática argentina: Ideología y práctica de la Unión de Naciones hispanoamericanas; Martí y las revoluciones emancipadoras de América; Literatura narrativa de Hispanoamérica; Economía de las regiones subdesarrolladas; Planificación económica de los países subdesarrollados. Allí mismo le aseguraba al cubano: “Para diciembre proyectamos otros tres: Etnología cultural de América Latina;

un gesto que se suma al desplazamiento hacia lo latinoamericano, hacia esa América Latina por la que, si bien había empezado a interesarse desde su instalación en México, tendrá en la producción de su etapa cubana los ejemplos más eficaces de su análisis.

Desde una oficina ubicada en el segundo piso de Casa de las Américas comenzó Martínez Estrada lo que podría pensarse como su radiografía cubana. Ejercicio intelectual que terminaría desde un rincón del archivo de la biblioteca donde, escribiría en abril de 1964 a Haydée Santamaría, lo habían enviado, “[...]con los armarios de guardar los útiles de limpieza y la ropa de calle de la telefonista” (Estrada E. M., 1964).⁴¹ Este desplazamiento físico del que se quejó el ensayista fue experimentado también en otros niveles. Antes de salir de La Habana en su viaje sin retorno rumbo a Buenos Aires, en noviembre de 1962, le escribía a Samuel Feijóo:

Ya tenemos las valijas listas [...] En días de desánimo he pensado que acaso mi labor no ha tenido otro aliciente que la ayuda de la Casa de las Américas, en cuanto me permitió reunir los materiales que fuera de Cuba, no habría podido obtener. Pero la indiferencia, cuando no la suspicacia, la mirada fría con que muchos miraron al intruso, no han sido estimulantes para mi labor. (Morgado, 2015, págs. 278-279)

La angustia transmitida por Martínez Estrada en esta misiva contrasta con el entusiasmo con que llegó y comenzó a proyectar su trabajo en la isla. Leónidas Barletta recordó su encuentro con el ensayista a inicios de 1962 en La Habana, “Terminando un libro sobre Martí y vivía en el Vedado, en un departamento de G y 3 sobre el mar. Creemos que esos fueron los años más felices de su vida. Lo reflejaba en su rostro[...].” (Barletta, 1965, pág. 7). El detalle del rostro no resulta menor si se recuerda que la mayoría de los comentarios referidos al semblante de Martínez Estrada,

Antropología americana, y La arquitectura en la América Latina. Se lo comunico para que vea que la máquina latinoamericana comienza a funcionar a ritmo revolucionario” (Estrada E. M., 1960).

⁴¹ El fragmento completo de la carta citada es el siguiente: “¿Era yo del personal de maestranza de la Casa de las Américas? ¿Por eso me desalojaron del despacho del segundo piso y me arrinconaron en el archivo de la Biblioteca, con los armarios de guardar los útiles de limpieza y la ropa de calle de la telefonista?”.

incluso desde su juventud, distan considerablemente de esta imagen animada.⁴² Felicidad entonces, adhesión a la revolución también, pero en la estancia de Martínez Estrada en La Habana hubo además decepciones, angustias y reclamos.

Para Cesar Fernández Moreno el ataque en Argentina de la llamada generación del 50 hacia Ezequiel Martínez Estrada pudo ser definitivo para la decisión de irse a Cuba, (Moreno, 1966).⁴³ Dentro de la generación referida, entre la que se encontraba el propio David Viñas, Fernández Moreno destaca particularmente la crítica de Juan José Sebreli.⁴⁴ En correspondencia con esta perspectiva Alexander Coleman propone que la residencia cubana de Martínez Estrada podría interpretarse como la búsqueda del argentino de su propio historicismo. Considera el investigador que, de manera consciente o no, Martínez Estrada intuyó su residencia cubana y su simbiosis con la figura de Martí como “la confirmación definitiva del papel con el que siempre había soñado pero que había tenido que ‘vivir’ en la vida de otros (Montaigne, Schopenhauer, Unamuno...) y que jamás pudo realizar en Argentina” (Coleman, 1975, pág. 633).⁴⁵

⁴² Cuando EME tenía apenas 23 años, Rafael Arrieta lo percibió así: “fui saludado por un joven desconocido en la redacción de la revista *Nosotros*. Me sorprendió el aspecto sombrío de su persona. En el rostro pálido [...] los ojos, de largas y curvas pestañas, ahondaban su noche en la angustia o la tristeza que parecían revelar sus miradas”; en 1926 Enrique Anderson Imbert fue alumno de Martínez Estrada en el colegio nacional de la plata. Recordó así a su profesor: “ese joven se nos imponía con una madurez gastada, decadente y mórbida. Por espléndida que fuese la mañana, con él entraba en el aula algo nocturno”. Ver en revista *Casa de las Américas*, no 33, p. 50.

⁴³ En ese mismo texto aseguró: “atacan a Martínez Estrada por ser un denunciante profesional, un intelectual de todos modos encaramado en su torre de marfil, un hombre que no se juega que no actúa. Creo que él debe de haber sentido profundamente esa crítica, y que su ida a Cuba es en cierto modo una respuesta, tanto vital como literaria a todas estas críticas: es su inmersión en la acción, arrojarle cabeza abajo, desde su pretendida torre de marfil en el magma de los hechos”. En “Argentina frente a Martínez Estrada”, *Mundo Nuevo*, No 1, p. 38.

⁴⁴ El propio Sebreli desarrollará su teoría al respecto. Considera que “Después de haberse movido durante toda su vida entre la literatura y un confuso eclecticismo ideológico, su primera y única actuación política concreta fue su insólita y tardía adhesión a la dictadura totalitaria castrista. Tal vez fue un intento apresurado, al final de sus días, para compensar su anterior pasividad política o quizás una irreprimible ansiedad de viejo intelectual en el ocaso tratando de seducir a una nueva generación de jóvenes febriles que, no obstante, siguieron ignorándolo”. En prólogo a la cuarta edición de *Martínez Estrada una rebelión inútil*, Editorial Sudamericana, 2007. pp. 29-30.

⁴⁵ La fase cubana de Martínez Estrada, es para Coleman “un esfuerzo masivo por parte de su voluntad para llegar a satisfacer sus deseos de militancia política activa y reencarnar de la mejor manera posible - a través de la figura mítica de Martí - la militancia, el activismo y el fervor que tanto admiró en aquellos héroes del pasado que fueron sus predilectos” (Coleman, 1975, pág. 633).

Más allá de la simbiosis con la figura de Martí, según lo plantea Coleman, están esos otros héroes (Fidel, Guevara) que prefiguraban para Martínez Estrada la posibilidad de un campo concreto de acción. Se debe tener en cuenta que cuando Ezequiel Martínez Estrada se instala en La Habana tiene 64 años y un estado de salud completamente desfavorable a todo propósito de activismo político. Además, el escritor ha adherido a una Revolución en la que ser joven y fuerte se presentan como cualidades si no determinantes por lo menos de incidencia significativa. Cómo insertarse, con su precaria salud, en una dinámica en la que, por ejemplo, los encuentros “más sustanciosos” entre intelectuales y políticos podían tener lugar durante las madrugadas y prolongarse hasta el amanecer; o cuando se podía estar de un momento a otro en plena acción armada. Algunos colegas dieron cuenta de la precariedad de la salud del ensayista durante su estancia en La Habana.⁴⁶ Sin embargo, el propio Martínez Estrada había asegurado que no tenía nada que ver con su cuerpo y en su empeño por insertarse en el proceso cubano examinó la historia, la política y la cultura desde arriba. O qué fueron José Martí, Fidel Castro, Ernesto Guevara y Nicolás Guillén sino grandes íconos de la Cuba que quería radiografiar el argentino; y acaso este interés por hombres esenciales, a los que se acercó de una manera apasionada, pero también

⁴⁶ La primera presentación pública de Martínez Estrada en Cuba, donde habló esencialmente sobre su obra, tuvo lugar en la Biblioteca Nacional. De ese momento evocó Salvador Bueno: “En el vestíbulo de la Biblioteca Nacional lo esperaban distintas personas, un grupo no muy nutrido. Llegó Don Ezequiel acompañado de su esposa. Me fijé de su frágil figura. Era el que llevaba un hombre de más de sesenta años, de pequeña estatura, de rostro trabajado y consumido, con acentuada personalidad” (Bueno, 1965, pág. 75). Haydée Santamaría, por su parte, recordó de una manera bastante particular su primer encuentro con el ensayista. Cuando la directora de Casa de las Américas fue al hotel donde se encontraba alojado no era mucho lo que sabía de él “algo leído, algo de su actitud siempre decorosa y el nombre ese, que me parecía, no sé por qué, de una persona si no alta por lo menos bien plantada” (Santamaría, 1965, pág. 16). Recordó además Haydée su impaciencia y cortesía ante un anciano pequeño y frágil que se dirigió a ella cuando esperaba a otra persona “Debo reconocer que me sorprendió saber que era Don Ezequiel Martínez Estrada. Nadie que leyera una página suya, tan fuerte, tan enérgica, podría imaginarlo así” (Santamaría, 1965, pág. 16). Y cuando Martínez Estrada comenzó a toser, su anfitriona llegó incluso a pensar que se moría esa misma noche “pensé que, en todo caso, no duraría mucho, y me preocupó y angustió verlo tan poquita cosa, acabándose casi” (Santamaría, 1965, pág. 16). Ambos testimonios fueron recogidos en las páginas de la revista *Casa* dedicada al ensayista. Allí mismo Emmanuel Carballo aseguró “Pequeño de estatura, enfermo y viejo, cuando comenzaba a hablar se volvía joven, saludable y alto” (Carballo, 1965, pág. 38).

transgresora, fue un elemento definitorio para las discrepancias suscitadas respecto a algunas de sus producciones del período.

2.3.1 Una carta para Nicolás Guillén

En el libro *Casa de las Américas 1959-2009* se asegura que Ezequiel Martínez Estrada fue figura principal del homenaje “De América a Guillén en su 60 aniversario” (Jorge Fonet, 2011, pág. 35). Se trató del evento con que la institución se sumó a los agasajos destinados al poeta cubano en 1962. El interés de Martínez Estrada por la obra de Nicolás Guillén era anterior a su adhesión a la Revolución. Sin embargo, y a pesar de que el cubano había estado en varias oportunidades en Argentina, el primer encuentro entre ambos tuvo lugar durante el VII Festival Mundial de la Juventud y los Estudiantes celebrado en 1959.

De aquel momento recordó Guillén la mano suave que le rozó la espalda, el anciano de rostro inteligente que vio al voltearse y aquella voz, en la que reconoció el acento del Río de la Plata, que le decía: “Mire usted dónde hemos venido a encontrarnos, en Viena. Yo soy Ezequiel Martínez Estrada” (Guillén, 1965, pág. 25). Hablaron de Argentina, de los deseos de Martínez Estrada de visitar Cuba y por supuesto del Che y de la revolución de Fidel Castro. Lo que hasta ese momento había sido una mutua admiración intelectual se convertiría, durante la estancia cubana del ensayista, en una confiada y afectuosa amistad. Confiada en la medida en que fue Nicolás Guillén el destinatario de una de las cartas más convulsas escrita por Martínez Estrada, enviada desde Bahía Blanca rumbo a La Habana. Y afecto que hizo público el cubano luego de aquel fatídico noviembre de 1964 cuando escribió: “El desplome de este añoso roble de la selva americana me causó un profundo dolor” (Guillén, 1965, pág. 25).

En la misiva referida, enviada por Martínez Estrada el 1 de diciembre de 1963, le anunciaba al cubano su decisión de publicar *La poesía afrocubana de Nicolás Guillén* en Casa de Cultura Artigas - Martí de Montevideo, “porque en Cuba - lo de siempre - me regatean mucho la librería”

(Estrada E. M., 1963). Lo que pudo ser una carta personal circunscrita al texto en que el ensayista analizaba la obra del poeta, devino en tres páginas desde las cuales Martínez Estrada, casi en afán de desahogo, compartía con Guillén sus angustias respecto a hechos puntuales relacionados con el trabajo realizado en La Habana. El argentino se lamentaba por la decisión de Núñez Jiménez de no publicar en la revista *Cuba* cuatro imágenes de Fidel, escogidas y comentadas por él. Aseguraba a Guillén que habían secuestrado, “después de impresos, los ejemplares de *La Patria y el pueblo de los cubanos* y *Las naciones a los pueblos*, dos tomos de párrafos entresacados de discursos de Fidel Castro” y se quejaba por el derrotero de su amigo Adolfo Gilly, “revolucionario, castrista, cubanófilo ciento por ciento” a quien había dejado en su departamento del Vedado y que había sido detenido allí, acusado y puesto en un avión rumbo a Italia, “¿eso es marxismo leninismo? ¿qué revolucionarios son esos que halan para el otro lado?” (Estrada E. M., 1963).

Le hablaba además a Guillén de la falta de respuesta a cartas suyas enviadas a Marinello, Raúl Roa, Vicentina Antuña y al Che, y le compartía su pesar por el poco interés que percibía respecto a la figura de Martí. “Mi convicción, en este momento, es que solo a los cubanos Vitier, Fernández Retamar, Feijóo les importa Martí. A los gordos, ni un rábano” (Estrada E. M., 1963). Le parecía irrespetuoso que la universidad publicara las obras completas del Apóstol cuando él mismo había advertido sobre la existencia de unas 2000 páginas inéditas.⁴⁷ “Ni siquiera les ha conmovido saber que los restos que están en el Mausoleo no son los de Martí (eso lo saben muchos, pero se lo callan. ¿Por qué? A Portuondo le dije cómo averiguar, sin escándalo, y ni me contestó” (Estrada E. M., 1963).

⁴⁷ A Haydée Santamaría le había escrito al respecto “¿La universidad puede hacer eso? ¡Ni siquiera se han traducido las cartas en clave que publicó en Trópico, ni se ha revisado el archivo de Juan Gualberto Gómez, que está en el Archivo Nacional como se entregó! [...] Sin hablar de lo que está sin traducir del inglés y del francés (*The Sun, The Hour*), ni de lo que hay aquí. Cuando me aligere de trabajo y pueda, tomaré un microfilm de las colaboraciones desconocidas de *La Nación* (calculo unas 200, con 1.500 páginas!!!).” Carta a Haydée Santamaría, 26 de marzo de 1963, Bahía Blanca. Archivo Casa de las Américas. Carpeta. 198, Doc. 75.

En la misiva daba además detalles de su trabajo, “es todo trabajo de metal y mármol, nada de pacotilla. ¿Y tampoco les interesa un Martí de tamaño natural? [...] ¿qué piensan hacer con mi Martí esos martígrafos que usan de él como escalera?” (Estrada E. M., 1963). Por otro lado compartía la incertidumbre en que se encontraba debido al envío de los originales hacia Cuba: “Ahora mismo ando dando vueltas con mi Martí Revolucionario” (Estrada E. M., 1963).

Ante semejante descarga Nicolás Guillén optó por escribirle a la directora de Casa. Tenía la impresión, dijo a Haydée, de que el argentino había sido informado erróneamente “pero de todas formas por tratarse de un hombre de su valía intelectual y moral y por haber sido huésped de la Casa de las Américas, me parece correcto enviar a usted copia de dicha carta” (Guillén, 1964).

Lo que Nicolás Guillén no sabía era que, en fecha coincidente, Martínez Estrada había escrito otras tres misivas donde trasmitía, con un tono menos personal, sus angustias con miembros de Casa de las Américas. Tal pareciera que ese primero de diciembre de 1963 había decidido poner punto final a la incómoda situación en que se encontraba respecto a Cuba. A Marcia Leiseca le había asegurado que a partir de ese momento sus relaciones con la institución quedaban limitadas a “la liquidación de los asuntos pendientes (Estrada E. M., 1963). A Ada Santamaría, responsable de las publicaciones de Casa, le manifestaba su interés en liquidar todo lo referido a libros, prólogos y demás colaboraciones suyas (Estrada E. M., 1963). Con Haydée Santamaría, por su parte, compartía detalles del trabajo sobre Martí, le aseguraba tener lista la primera parte para enviarla y se lamentaba del silencio de los cubanos respecto a su trabajo:

Además de tener redactada la segunda parte (equivalente a la primera) y organizada la tercera, la que está lista para la imprenta consta de seis secciones, setenta y un capítulos y 300.000 palabras. La obra en total constaría de unas 800.000 palabras (alrededor de unas 2.500 páginas). Como no tengo ninguna opinión, pienso que el envío de la obra puede terminar en que pase de mano en mano y al fin algún comité de censura halle objeciones a la publicación. (Estrada E. M., 1963)

Si por un lado en las preocupaciones manifestadas en estas cartas y resumidas en la de Nicolás Guillén Martínez Estrada ofrece una panorámica bastante reveladora de sus tropiezos en la isla, por el otro da pistas de aspectos propios de su personalidad y su método de trabajo que llevan a pensar, junto con David Viñas, que efectivamente también en Cuba Martínez Estrada se sintió “fuera de lugar”. Al respecto aseguraría Viñas: “el exacerbado criticismo de Martínez Estrada frente a lo institucional cubano dibujado tanto en *Familia de Martí* como en *Diario de campaña de José Martí*, trabajos ambos de 1962, lo descolocó frente a los escritores de la isla pese a su explícito *En Cuba y al servicio de la Revolución* del año siguiente” (Viñas D. , 1996, pág. 210).

A los fines de este trabajo lo interesante de estos desacuerdos de Martínez Estrada con determinadas líneas de la política y la burocracia institucional cubana radica además en que verifica que los distanciamientos y las posturas críticas no fueron un fenómeno exclusivo de los finales de la década; las desavenencias de las que da cuenta en sus cartas ocurrieron entre 1962 y 1964. Por otra parte, desde el análisis que hace Viñas se corrobora que más allá de una explícita defensa y del comprometimiento con la causa de la revolución, acentuado por el ensayista en algunos de los trabajos que produjo en su estancia en La Habana, las críticas hacia la política partidista (entiéndase Partido Comunista) y los pronunciamientos sobre figuras claves del pensamiento, la cultura y la política (Martí, Fidel) debían mantenerse en la órbita de los analistas cubanos, cuyas lecturas complacientes y apologéticas (la mayoría de las veces) desconcertaban a los estudiosos extranjeros, por lo menos así le sucedió a Martínez Estrada. En una carta que envió a Samuel Glusberg refería el asunto en los siguientes términos: “Estoy trabajando sobre un Martí Revolucionario que ha tirado por los aires el Martí de antologías y recitales [...] no creo que se le pueda poner al lado sino a Lenin y a Trotsky en la voluntad inquebrantable de terminar con las injusticias y las opresiones” (Morgado, 2015, pág. 268). Este, por supuesto, no era un comentario que Martínez Estrada haría en Cuba a la ligera, pues también él tenía sus reservas con la línea dura del comunismo. Reservas

que compartió con la directora de Casa de las Américas y también con su amigo Enrique Espinoza, a quien confesó: “Parece ser que el Partido Comunista me enjabonó la vereda, pues no les resulto consanguíneo, y esto es pecado mortal. Pero como he vivido aislado, sin meterme en la cosa política, pude tirar” (Ferrer, 2014, pág. 535).

Si bien el estudio pormenorizado de la experiencia cubana de Martínez Estrada supera los propósitos de este apartado, interesa subrayar opiniones referidas al trabajo sobre Martí que permiten comprender las alusiones de David Viñas sobre el asunto y también las reservas con que los cubanos reaccionaron ante la mirada del ensayista. Para Ana Cairo,⁴⁸ por ejemplo, el que lee la muerte de Martí por el libro de Martínez Estrada piensa “que Martí o se suicidó o lo asesinaron” (Cairo, 1996), algo que según la investigadora resultaba inaceptable para los martianos revolucionarios. Estas declaraciones las ofreció en Bahía Blanca en 1993, hasta donde había viajado para participar en el Primer Congreso Internacional sobre la vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada. Ante semejante criterio podría uno preguntarse ¿quiénes eran para Ana Cairo “los martianos revolucionarios”? ¿Vitier, Feijóo, Retamar? Aquellos que, según el ensayista, eran los únicos interesados en Cuba por Martí. O acaso se refería a otros cubanos estudiosos de su obra a los que Martínez Estrada había enviado también el índice del primer tomo de su trabajo, pero de los que no tuvo respuesta: Marinello, Portuondo, Vicentina Antuña, intelectuales más ligados al Partido Comunista.

Cintio Vitier y Fernández Retamar, en el marco del mencionado Congreso, ofrecieron sus criterios respecto al *Martí Revolucionario*. Para Vitier, por ejemplo, es “simultáneamente el libro sobre Martí más plagado de datos erróneos y más iluminado por aciertos profundos” (Vitier, 1993, pág. 56). Aciertos que giran en torno a la idea de que en Martí la biografía “se confunde y en cierto

⁴⁸ Ana Cairo (1949-2019), participó en el primer congreso dedicado a la obra de Martínez Estrada (1993), su conferencia fue incluida en las actas del segundo congreso (1996). Para la fecha trabajaba en el Centro de Estudios Martianos, en La Habana.

modo se disuelve en la historia de Cuba” (56). Sin embargo, advierte Vitier: “cuando una biografía se disuelve en la historia de un pueblo, tocamos la sustancia del mito” (56). El hombre, el mártir, el héroe devenido en mito, en semidiós, en ser sobre natural, son algunas de las dificultades o deficiencias señaladas por el cubano en la lectura de Martínez Estrada. Fernández Retamar, por su parte, aseguró: “Cualquier bachiller sabichoso puede señalar en los tomos aparecidos de su *Martí Revolucionario* errores elementales que otro bachiller, informado y de buena voluntad, hubiera podido aliviar” (Retamar R. F., 1993, pág. 54). Si Ana Cairo no pone nombre a los “revolucionarios martianos”, Fernández Retamar hace lo mismo con los responsables de las erratas del libro de Martínez Estrada. Errores, sobre los que Vitier prefiere no redundar y que encuentra explicables en el pésimo estado de salud y en el ánimo compulsivo del argentino durante sus últimos años (Vitier, 1993, pág. 56).

El trabajo de Martínez Estrada sobre Martí quedó mutilado al parecer no sólo por su muerte. Por lo que se desprende de sus últimas comunicaciones con la isla, podría conjeturarse con que fue además una decisión personal. En Bahía Blanca Fernández Retamar recordó que cuando Haydée Santamaría supo, a través de Arnaldo Orfila, que el tercer tomo de *Martí Revolucionario* estaba por salir en México, le pidió con urgencia que se ocupara de escribir el prólogo de la primera parte; sin embargo, no pudieron evitar que el tomo mexicano saliera primero (Retamar R. F., 1993, pág. 51). También aludió a las reiteradas negativas que recibieron en referencia a gestiones que habían realizado desde Casa para publicar el segundo tomo (52). No obstante, afirmar, como hizo Fernández Retamar en Bahía Blanca que el segundo tomo (del que no se sabe, hasta el día de hoy, su paradero final) pertenece casi “al dominio de lo detectivesco” (Retamar R. F., 1995, pág. 51), es, por lo menos, ignorar el malestar manifestado por el ensayista en reiteradas misivas enviadas a Cuba y del que era consiente quizás como nadie más. En abril de 1964 le confesaba Martínez Estrada a Haydée Santamaría: “Con razón le escribí a Fernández Retamar: nunca tuve, como en

Cuba, la impresión de ser un pordiosero, con el sombrero en la mano, a las puertas cerradas” (Estrada E. M., 1964).

Este “desencuentro” de Martínez Estrada podría pensarse como un antecedente significativo para el futuro de los vínculos de intelectuales críticos, como el propio David Viñas o Julio Cortázar, para citar sólo los nombres que nos ocupan aquí, con el proceso político, ideológico y cultural de la Revolución cubana. Una manera de conservar las buenas relaciones con la isla y de mantener además la libertad de opinión, era instalarse allí, pero mirar sobre todo hacia América Latina. Acaso desde esta perspectiva podrían considerarse las relaciones que fue tejiendo David Viñas con La Habana. Como se verá, en los textos que escribió y publicó durante esos años el tema cubano aparece por momentos y sin demasiado énfasis. Más allá de las lecturas e interpretaciones que hizo Viñas de la experiencia cubana de Martínez Estrada, lo cierto es que ambos no coincidieron en La Habana. No obstante, si se tiene en cuenta la presencia inaugural del ensayista en el trabajo de Casa de las Américas, es oportuno considerar que, sin proponérselo quizás, fundó también un puente para el camino que, desde diversas posturas, emprendieron sus coterráneos por la Cuba de los años sesenta.

2.4 Julio Cortázar frente al aparato institucional de Casa de las Américas

“¡Cuidado con la fácil demagogia de exigir una literatura accesible a todo el mundo!”

“Algunos aspectos del cuento”

Julio Cortázar, 1963.

En *Julio Cortázar: la biografía* (2014), Mario Goloboff refiere a la actitud reverencial que algunos amigos señalaron en Cortázar frente a la política cubana, “casi de voluntaria subordinación” (Goloboff, 2014, pág. 128). Un reportaje a Osvaldo Soriano de 1994 que hace

alusión a la ortodoxia de Cortázar respecto a los asuntos cubanos,⁴⁹ y el intercambio que sobre *Mundo Nuevo* sostuvo el autor de *Rayuela* con Roberto Fernández Retamar ratifican dicho sometimiento.⁵⁰ Respecto a la revista asegura el biógrafo que hubo “casi un pedido de autorización” (Goloboff, 2014, pág. 128) por parte de Cortázar para publicar su trabajo sobre *Paradiso* y ante la ausencia del texto allí conjetura una respuesta negativa que debió recibir del “amigo y dirigente cubano”(128). Del asunto interesa sólo recordar que también Cortázar había consultado a Lezama Lima la posibilidad de la publicación y una carta enviada desde París el 22 de octubre de 1966 indica que fue el poeta quien rechazó la propuesta. Cortázar le aseguraba: “Quédese tranquilo con respecto a *Mundo Nuevo*, pues sé lo que sucede con esa revista y no pienso colaborar con ella por el momento” (Cortázar, 2012, pág. 347).

Este apartado propone repensar la supuesta subordinación de Cortázar mencionada por Goloboff y discutida por buena parte de la crítica, incluido el propio David Viñas. El análisis de textos publicados durante la década del sesenta en Cuba, las relaciones que tejió desde La Habana, el vínculo establecido con Casa de las Américas y su papel como miembro del comité de la revista, desde donde intervino en debates definitorios para el período, arrojan pistas que ponen en entredicho tal perspectiva. El análisis se desarrolla a partir del estudio de las colaboraciones de Cortázar en *Casa* y de un texto escrito durante su participación en el Congreso Cultural de La Habana en 1968, y que, aunque puso a disposición de sus pares cubanos en tres ocasiones (dos de ellas a Fernández Retamar), jamás se publicó en la isla.

David Viñas en sus ensayos del período problematizó la experiencia cubana de Julio Cortázar. Los argumentos de Viñas, sin embargo, se planteaban desde otro lugar, lo que algunos

⁴⁹ “Como intelectual fue un modelo y respecto a Cuba, un ortodoxo” Reportaje a Osvaldo Soriano en *La Maga*, Edición especial de colección. Homenaje a Cortázar, No5, Buenos Aires, noviembre de 1994.

⁵⁰En la propia biografía Goloboff, por su parte, advierte que a partir de 1963 la relación de Cortázar con Cuba fue estrecha, pero, asegura allí: “hay que decirlo también y desde ya, no tan idílica. Tuvo mucho de contradictoria, de mutuamente incomprensida”. Ob. cit. p. 123.

interpretaban como sumisión Viñas lo pensaba en términos de “seducción” (Viñas D. , 1971, pág. 122). El centro de su análisis, como se verá a lo largo de este trabajo, no estará precisamente en el binomio Cuba - Cortázar, sino en la manera en que, desde La Habana, el argentino radicado en París, se proyectaba hacia América Latina y en la influencia que tenía en más de una generación de argentinos atentos a sus pronunciamientos y proyecciones culturales, estéticas y políticas.

Si bien las tesis de Viñas sobre Cortázar serán desarrolladas fundamentalmente en el texto que publicó en 1971, este apartado esboza las principales coordenadas de la experiencia cubana de Cortázar desde su vínculo con Casa de las Américas, con el propósito de comprender la manera en que David Viñas, por lo menos a lo largo de los años sesenta y setenta, fue configurando su propia imagen de intelectual, en contraste, contraposición y por momento simbiosis con el autor de *Rayuela*.

2.4.1 Colaboraciones de un cronopio en *Casa*

Azul como el papel de la carta en la que Julio Cortázar recomendó a Antón Arrufat que hiciera la antología de sus cuentos, “calladamente, sin pedir permiso a su editor argentino” (Arrufat, 1984, pág. 204), es el fondo de la portada del número 15-16 de la revista *Casa* (noviembre 1962-febrero 1963). En el machón se aclara que Arrufat es el nuevo Jefe de redacción y que al consejo se ha incorporado Julio Cortázar.⁵¹ Abre el número “Algunos aspectos del cuento”,⁵² texto que a pedido de Arrufat redactó Cortázar en un hotel de La Habana y que fue la primera de sus colaboraciones en la revista. Lo que había sido pensado como una charla en el salón de conferencias de Casa de las Américas devino, en palabras de Antón, “un pequeño tratado de la difícil técnica de componer relatos” (Arrufat, 1984, pág. 204).

⁵¹ La nota había aparecido también en el número anterior (13-14). Se aclara allí que, debido a la asignación como agregado cultural en Londres de Pablo Armando Fernández, antiguo jefe de redacción, la dirección de la revista ha reorganizado su Consejo de Redacción, incorporando además de Julio Cortázar a Emmanuel Carballo a las labores del consejo y Arrufat como nuevo jefe de redacción.

⁵² *Casa de las Américas*. Año II-Nos. 15-16, noviembre 1962- febrero- 1963, págs. 3- 13. (Incorporado al tomo II Obra crítica, a cargo de Jaime Alasraki.2014.)

El momento le sirvió a Cortázar para compartir sus impresiones sobre determinados aspectos vinculados con la producción literaria en Cuba y las posibilidades que ofrecía la nueva circunstancia, “Yo creo [...] que escribir para una revolución, que escribir dentro de una revolución, que escribir revolucionariamente, no significa, como creen muchos, escribir obligatoriamente acerca de la revolución” (Cortázar, 1962-1963, pág. 12). Estas palabras, pronunciadas en la misma institución en la cual dos años antes había tenido lugar la primera reunión entre los artistas e intelectuales cubanos, convocados para debatir a propósito de la prohibición del documental PM, como preámbulo a las famosas reuniones de la Biblioteca Nacional, podrían pensarse como la intervención de Cortázar en el debate suscitado alrededor del discutido “dentro de la Revolución, todo; contra la Revolución, nada” del discurso de Fidel Castro “Palabra a los intelectuales” (1961). A fin de cuenta era aquel su primer intercambio con los intelectuales y funcionarios de la isla, un momento oportuno para compartir la perspectiva que se había ido creando desde Europa respecto de los sucesos acontecidos durante los primeros años de la Revolución.

Aquellas palabras estaban lejos de ser fortuitas. No en vano había partido Cortázar de indicar el tipo de narración que le interesaba, señalando además lo que planteó como una especial manera de entender el mundo. Se adelantaba a la posibilidad de que algunas de sus ideas sorprendieran o chocaran a quienes lo escuchaban (Cortázar, 1962-1963).⁵³ De esa estancia en La Habana había quedado impresionado por el manifiesto apoyo de la mayoría los intelectuales a la Revolución, pero la experiencia lo llevaría también a asegurar que el gran peligro en Cuba era el comunismo “duro” de corte estalinista. Sobre este asunto le escribió al poeta y traductor Paul Blackburn: “Si

⁵³ En una carta enviada a Guillermo Cabrera Infante fue explícito al respecto: “Me alegro de que haya parecido bien esa charla que di en La Habana. Ya me di cuenta allá que los verdaderos amigos estaban conmovidos por el tono de esas páginas y lo que se decía al final. Naturalmente en la sala había también unas cuantas caras largas, pero para que se alargaran escribí yo eso y estoy contento de que la revista de la Casa de las Américas se haya decidido a publicarlo (Cortázar, 1963, pág. 427)

esta tendencia triunfara en Cuba, la revolución estaría perdida” (Cortázar, 1963, pág. 355). Como se aprecia Cortázar, en la misma línea de Ezequiel Martínez Estrada, hizo explícita sus reservas con la ortodoxia del Partido Comunista y sus intervenciones en los asuntos culturales de la isla.

Luego de aquel primer artículo y hasta 1971 no fueron muchas las colaboraciones de Cortázar en la revista.⁵⁴ Si se analizan diacrónicamente los textos que publicó es posible advertir desplazamientos estéticos e ideológicos en el autor a lo largo del período, cuestión extensible, por supuesto, a toda su obra.⁵⁵ El arco que va de “Algunos aspectos del cuento” (1963), cuando *Rayuela* estaba lista para publicarse, a “Policrítica en la hora de los chacales”, publicado en pleno proceso de escritura de *Libro de Manuel* (1974), pasando por “Situación del intelectual latinoamericano” (1967),⁵⁶ año en que ve la luz *La vuelta al día en ochenta mundos*, indica la escalonada superación por parte del escritor de una perspectiva de la literatura como goce estético, de un culto de la literatura por la literatura misma, a una concepción de la literatura como un herramienta para intervenir en la historia. El propio Cortázar lo explicó en los siguientes términos: “En los tiempos de *Rayuela*, yo no tenía el menor apuro porque vivía al margen de lo histórico y sólo me interesaba una ontología, una búsqueda antropológica sin tiempo [...]” (Cortázar, 2012, págs. 26-27).

En tres ocasiones se reunieron en La Habana los miembros del Comité de Colaboración de *Casa*: 1967, 1969 y 1971; en cada uno de estos encuentros la presencia de Cortázar fue clave. El escritor sería además figura central en el Congreso Cultural de La Habana celebrado en enero de

⁵⁴ Las colaboraciones de Cortázar, hasta 1971, fueron: “Algunos aspectos del cuento” en No 15-16/nov 1962-feb 1963; “me caigo y me levanto”, en No 41, marzo-abril, 1967.p 67-74; “Situación del intelectual Latinoamericano”, en No 45, nov-dic de 1967, p.2; “Mensaje al hermano”, no 46, enero-febrero 1968. P.6; “Sobremesa” no 51-52 nov 1968-febrero 1969, p 14; “Noticias del mes de mayo”, No 53, marzo-abril, 1969, pp 64-77; “So shine, shine, shoe-shine boy”. No 63, noviembre-diciembre, 1970, p 103-105; “Policrítica en la hora de los chacales”, No 67, julio-agosto,1971.

⁵⁵ “Si con “el perseguidor” Cortázar pasó del “yo” al “nosotros”, con “reunión” anticipó lo que sería integral a su obra crítica: la reflexión desde el lado no-doctrinario de la simpatía a favor del socialismo” en Cortázar revisitado, Dossier revista Orbis Tertius, vol. 4, no 7, 2000, Mario Goloboff.

⁵⁶ Incluido en último Round con una nota: “se publica aquí a título de documento, puesto que razones de gorilato mayor impiden que la revista citada llegue al público latinoamericano”.

1968. En enero de 1969, cuando se reunió por segunda vez el Comité de Colaboración en La Habana, Cortázar propuso un tema para un número especial de la revista: el lenguaje de la revolución. Según se lee en las actas de este encuentro, que se conservan inéditas en el archivo de la institución, el escritor evocó un texto suyo redactado un año antes durante su participación en el Congreso Cultural de La Habana sobre el que advertía:

Ahí hay dos palabras, dos expresiones -creación y formación de público- que son fuentes de infinitos malentendidos. Entonces yo escribí unas cuantas páginas sobre eso, que di a leer a algunos amigos aquí en Cuba que me estaban pidiendo materiales. Por diversas razones, esas páginas no se publicaron. Evidentemente son polémicas. Esas páginas las tengo a disposición de la revista. (colaboración C. d., 1969, pág. 91)

Aseguraba Cortázar que eran problemas que lo atormentaban desde su participación en el congreso y compartió su preocupación por lo que creía “confusiones de tipo semántico” respecto al uso de la palabra “crítica” o el empleo de expresiones como “contenido revolucionario de la literatura” (Colaboración M. d., 1969, pág. 83) A su regreso en París le escribía a Fernández Retamar: “Cumpló lo prometido con la celeridad que me encareciste [...]: aquí te va, por valija diplomática, el texto para el número ‘semántico’ de nuestra revista” (Cortázar, 2012, pág. 21). La demora de otros materiales que debían llegar hasta La Habana atrasó considerablemente el proyectado número. Cuando en 1971 se volvió sobre el asunto el escritor reenvió sus páginas; en una misiva fechada el 10 de abril le aseguraba a Fernández Retamar: “después de releer el texto que habías guardado tanto tiempo y que me devolviste en enero, pensé que con unas palabras aclaratorias podía seguir sirviendo para las finalidades de este número” (Cortázar, 2012, pág. 205).

Que en tres ocasiones Julio Cortázar pusiera a disposición un texto suyo para que fuera publicado en La Habana es un dato revelador,⁵⁷ pero más significativo aún resulta que no se lo haya mencionado en el número 145-146 con que la revista *Casa* le rindió homenaje en 1984, ni en

⁵⁷ Más allá de que fuera un material destinado al número semántico de *Casa* que no llegó a publicarse.

el libro *Materiales de la Revista Casa de las Américas de/sobre Julio Cortázar*. Sobre todo, cuando en ambos aparecen incluidas las cartas en que alude a dicho texto. Incluso el libro publicado por Casa de las Américas en 2014 es posterior a *Papeles Inesperados* (2009): una colección de textos inéditos de Cortázar encontrados en una “vieja cómoda sin revisar”, donde se publicó por primera vez “El creador y la formación de público” (Cortázar, 2009). La versión corresponde a la que Cortázar envió a Fernández Retamar en 1971; una aclaración cronológica indica que había sido escrito en 1969, que estuvo destinado a la revista *Casa de las Américas*, y advierte:

He releído las páginas que siguen y pienso que dos años no las han marginado demasiado; las doy, pues, tal como dormían en las gavetas de Roberto Fernández Retamar [...] No me excusaré por el tono festivo e irreverente de las primeras páginas [...] sigo convencido de que con la seriedad puesta como una peluca no se va nunca demasiado lejos [...] Una revolución que no salve la alegría por debajo o por encima de todos sus valores esenciales, está destinada al fracaso, a la lenta parodia de lo que no llegó a ser. (Cortázar, 2009, pág. 249)

El tono que se advierte desde estas primeras líneas conduce a pensar en lo “inoportuno” que hubiera resultado su publicación en cualquiera de los tres momentos en que Cortázar lo puso a disposición de los cubanos (1968-1969-1971).

Al Congreso Cultural de La Habana en 1968 llegaron invitados de setenta países. Fidel Castro pronunció el discurso de clausura y el número 47 de *Casa* (marzo-abril, 1968) destinó algunas de sus páginas al evento; algunos de los artículos incluidos apuntan a la tónica del Congreso; el “Llamamiento de la Habana”, por ejemplo, convocaba a “los escritores y a los hombres de ciencias, a los artistas [...] a emprender y a intensificar la lucha contra el imperialismo” (1968, pág. 101); un texto de Adolfo Sánchez Vásquez hablaba de la “Vanguardia artística y vanguardia política” (pp. 112-15); otro de Mario Benedetti se explayaba “Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual” (pp. 116-20) y Fernández Retamar se dedicaba a indagar desde otro trabajo en “Responsabilidad de los intelectuales de los países subdesarrollantes” (pp. 121-23).

Durante el Congreso se limitaron a no publicar el texto de Cortázar. Incluso aquellos que debieron disfrutar la lectura desenfadada sabían que no había espacio para bromas. “¿Pero qué

palabras son éstas que vamos a manejar a cien por hora aunque no escasee la gasolina, estos vehículos mentales que piloteamos sin habernos puesto antes de acuerdo sobre su sentido a los fines de la discusión?” (Cortázar, 2009, pág. 252), se preguntaba el escritor haciendo referencia al tema sobre el que había sido convocado a dialogar, y continuaba: “Apenas leo lo de ‘el creador y la formación’ el tal creador se me desdobra y aquí es donde lo conflictivo deja chica a una ballena” (252). No obstante, lo había advertido y efectivamente el texto desemboca en algo menos festivo. Cortázar analiza la formación de público como una forma de alienación, como una posible fase del sectarismo y asegura que en la concepción y búsqueda del hombre nuevo que se buscaba desde Cuba, “el verdadero creador es aquel que arroja una piedra al agua apenas siente que la superficie se estanca; favorecedor de los desórdenes fecundos toda vez que la rutina o la burocracia intelectual amenazan hieratizar la palabra y los actos del individuo y de la colectividad” (p. 256). Denunciaba algo que consideraba más grave aún y que planteó como el silenciamiento al que, en períodos de sectarismo dentro de una revolución, habían sido destinados los creadores que se negaban o se sentían incapaces para la tarea de “formación” a la que se les convocaba; y advertía: “Si este fenómeno de marginación se prolonga más allá de algún tiempo, si al creador se le niegan las posibilidades de dar a conocer su obra basándose en que esa obra no es “formativa”, pronto se manifestarán los efectos esterilizantes del ostracismo cultural” (p. 259).

Resulta necesario abrir dos paréntesis; uno para recordar que, en 1966, cuando la censura se lanzó sobre Lezama Lima y *Paradiso* había sido retirada de las librerías cubanas, las páginas que Cortázar le dedicó a la novela fueron un aliciente fundamental; y el otro para subrayar el significado que tuvo para Cortázar su participación en el Congreso Cultural de La Habana. En una carta dirigida a Jean Thiercelin desde Nueva Delhi, hacia donde había volado desde París una semana después de regresar de La Habana, confesaba: “Cosa extraña este viaje a Cuba: un trabajo muy duro durante el Congreso Cultural, pero valía la pena. Al mismo tiempo, un trabajo ‘interior’, un aprendizaje penoso pero necesario de lo que tengo que llegar a ser si quiero ser de verdad yo

mismo” (Cortázar, 2012, pág. 549). En esa misiva compartía además su incertidumbre personal, “Porque hay algo terrible en esta toma de conciencia de mí mismo que acabo de experimentar en La Habana: es saber que no puedo rechazar, que *no quiero rechazar*; que quisiera vender lo más caro posible mi pellejo. Es decir, ayudar de la manera más cabal a la causa de la revolución tal como la entiende Cuba (¡y no los PC!)” (549). Esta aspiración de apoyar a la causa cubana sin renunciar a libertades estéticas ni ceder frente a posturas partidarias, era casi una máxima de los intelectuales cercanos a la Revolución; sin embargo, acontecimientos que tuvieron lugar en la isla ratificaban la cristalización de una postura política que priorizaba lo segundo en detrimento de lo primero.

¿Bajo qué circunstancias intentó Cortázar, por tercera vez, publicar su texto en Cuba? Habría que recordar que su firma apareció en la primera carta que desde Europa enviaron a Fidel Castro un grupo de intelectuales como protesta por el caso Padilla. Si en abril de 1971 Cortázar había reenviado a Fernández Retamar su colaboración para el número semántico de la revista, a menos de un mes debió poner su firma en lo que aseguró era la carta más amarga de su vida. El 5 de mayo le escribía a Haydée Santamaría: “con el deseo de facilitar la labor de la Casa de las Américas dentro de la orientación establecida por el Gobierno Revolucionario, le presento mi renuncia como miembro del Comité de Colaboración de la Revista de la *Casa*” (Cortázar, 1971). En el número 67 (julio-agosto de 1971) salió publicado “Policrítica en la hora de los chacales” y un visible espacio en blanco donde había figurado la lista de intelectuales latinoamericanos miembros del comité. Si la inclusión de este texto era una señal de la posición que asumía la institución respecto a su autor, el distanciamiento fue inevitable. En enero de 1972 Cortázar le escribía a Fernández Retamar: “No me importa el silencio que parece haberse abierto entre los cubanos y yo (aunque no sea recíproco, como ves) [...] Me gustaría simplemente que sepas, que la Casa sepa, de mi presencia invariable en lo que toca a la revolución” (Cortázar, 2012, pág. 259).

La explícita adhesión de Cortázar al proceso cubano durante los años sesenta no debe confundirse con subordinación política o intelectual. Los textos publicados en la revista *Casa*, el lugar desde donde intervino en los debates entre los miembros del comité, las presentaciones públicas durante su paso por La Habana y la intimidad de misivas enviadas a amigos durante el período, señalan la pretensión del escritor de servir a la Revolución, pero sin renunciar a beneficios personales, perspectivas ideológicas ni intereses estéticos. A fin de cuentas, tampoco en Cuba el autor de *Libro de Manuel* tuvo privilegios especiales; o cómo explicar entonces no sólo el silencio en torno a “El creador y la formación de público” durante los homenajes organizados desde Casa de las Américas, sino y, sobre todo, que incluso hasta el día de hoy, ese texto de Julio Cortázar no haya sido publicado allí.

2.5. David Viñas entre anarquismo y revolución

La primera escena de la película *Dar la cara*, estrenada en Argentina en noviembre de 1962 (con guion de David Viñas y co-escrito por el director, José Antonio Martínez Suárez) muestra unas luces, porque es de noche; a los lejos se escucha el ruido del motor de un camión desde donde dos hombres reparten el diario por las calles de Buenos Aires, y una voz que anuncia: “Fidel Castro lucha en Sierra Maestra”. Ese año, el guion cinematográfico se transformaría en obra literaria y con el mismo título saldría publicada por la editorial Jamcana. El propio Martínez Suárez recordó que mientras filmaban el texto había sido sólo guión, pero luego Viñas le habló sobre un concurso de la editorial Losada y la posibilidad de publicarlo.⁵⁸

En la novela, obra por la que David Viñas recibiría el Premio Nacional de Literatura, la escena del titular del diario con referencia a Cuba aparece casi al final. Beto, uno de los personajes principales, desde el camión observa al diariero y la narración continúa: “ese tipo recogió su

⁵⁸ En *Fotogramas de la Memoria-Encuentro con José Martínez Suárez*, por Rafael Valles. Buenos Aires, INCAA/ BIBLIOTECA ENERC, 2014, 352 páginas.

paquete, se lo acomodó sobre la cadera y leyó el primer titular; después se untó los labios con la lengua, se puso la mano de bocina y se largó a vocear: - ' Fidel Castro avanza sobre La Habana' ” (Viñas D. , 1962, pág. 597).

El cambio en la escena indica el interés de David Viñas por incorporar a la novela las resonancias históricas posteriores a 1959. Por otro lado, corrobora lo afirmado por Martínez Suárez en referencia a los tiempos entre filme y novela. Martínez Suárez recordó además que casi al final de la filmación se habían quedado sin presupuesto y aunque el jefe de producción hizo gestiones que le permitieron retomar el trabajo, también Viñas hizo sus aportes. Sobre el tema aseguró: “Me interesaba el cine. En todo el año sesenta trabajé en Venezuela, y me deportaron por participar de un espectáculo [...] Y al regresar, yo metí el dinero que había en la producción cinematográfica de *Dar la Cara*” (Abam, 2009). El espectáculo al que hace referencia David Viñas guarda relación con su interés por los acontecimientos cubanos del período. En 1960, luego de haber hablado en un acto estudiantil organizado por el MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionaria) en Venezuela, el “profesor” argentino, que no había ocultado a estudiantes y amigos sus simpatías por el movimiento que apoyaba abiertamente la causa cubana, fue detenido en su departamento de Mérida y luego de dos semanas en la cárcel de DIGEPOL en Caracas lo deportaron a Buenos Aires vía Río de Janeiro.⁵⁹

El semanario *Marcha* en su edición del 23 de diciembre del 60 publicó detalles de aquella deportación. De las declaraciones ofrecidas por Viñas interesa particularmente la alusión a la figura de Ernesto Guevara y a las resonancias de la Revolución cubana. Contaba el escritor que en la

⁵⁹ En 1957 Viñas había renunciado a la designación como profesor titular de las cátedras de Introducción a la Literatura y Literatura Argentina en la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias del Hombre de Rosario. A su vuelta de Venezuela regresó a las aulas de dicha facultad. Durante el primer trimestre de 1961 dictó el seminario “Literatura argentina y realidad política”, como anticipo del libro de ensayos. En 1963 el seminario “Situación actual de la novela argentina” y entre marzo del 64 y enero del 65, reemplazó a Adolfo Prieto, decano de la facultad, en la asignatura de Literatura Argentina. Ver en “Entre contorno y Los Libros. Los críticos universitarios en setecientosmonos”, Judith Podlubne. Universidad nacional de Rosario.

cárcel de la DIGEPOL había experimentado una satisfacción muy preciada, que además creía ilustrativa de la manera en que los miliares registraban las posiciones revolucionarias:

el apelativo “Ché” tradicionalmente aplicado a los argentinos a todo lo largo del pacífico, con connotación peyorativa aparecía ahora reivindicado en la entonación [...] no tardé en comprobar que ese cambio se había registrado muchos meses antes, al menos en Venezuela. La cercanía de Cuba y una presencia argentina de tinte revolucionario en la Isla habían logrado la significativa mutación. (Selser, 1960, pág. 10)

Luego de aquella experiencia David Viñas viajó a Cuba. De esa visita no hay demasiados registros; en sus alusiones personales reiteraba dos cuestiones: fue en 1961 y viajó por su cuenta. Después recibió la invitación en 1962 y a través de Rodolfo Walsh sucedió el encuentro con el Che. Viñas aseguró en entrevistas y programas televisivos que escuchó a sus coterráneos hablar de ajedrez y de literatura. El Che se despidió de Walsh con un fue un abrazo, pero a él, recordaría, le dio sólo la mano (Abam, 2009).

En enero de 1965 David Viñas viajaba a La Habana invitado oficialmente por Casa de las Américas. Si Cortázar y Martínez Estrada durante su paso por la institución cultural cubana manifestaron intereses en determinados aspectos de la literatura y la historia de la isla, en Viñas, anarquista y heterodoxo, no hubo señales de intereses particulares al respecto. Desde Cuba, como se verá, siguió mirando prioritariamente hacia el Sur, volviendo sobre figuras e instituciones claves como Arlt, Eva Perón, Sarmiento o el ejército argentino.

2.6. Consideraciones finales

Podría afirmarse que tanto Ezequiel Martínez Estrada, como Julio Cortázar y, como se verá, el propio David Viñas, fueron intelectuales “orgánicos” respecto a los planteos más generales del proyecto cultural, político e ideológico de Casa de las Américas. También, a partir de sus experiencias individuales, y más allá de sus respectivos desentendimientos con posturas, ideas y proyecciones de la institución, manifestaron su compromiso con la causa cubana. Un compromiso

que, en Martínez Estrada, por ejemplo, se hace patente en el cuidado con que manejó sus desavenencias respecto al trabajo sobre Martí, el libro de las fotos de Fidel, o las situaciones de “censura” que sólo a través de cartas personales manifestó haber experimentado en La Habana. Resulta reveladora la ausencia de alusiones que sacaran a la luz pública la angustia y el malestar que, respecto al trabajo realizado en la isla, compartió con sus pares cubanos a través de cartas personales. La decisión de no publicar el segundo de los tomos de *Martí Revolucionario*, sin embargo, se puede interpretar como una toma de posición y una respuesta definitiva que marcaba el punto final de su diálogo con La Habana. Un diálogo que quedó truncado por su muerte y que, más allá del tono de sus misivas, seguramente habría retomado el ensayista. Algo semejante a lo sucedido con Julio Cortázar, quien a partir del distanciamiento del proceso cubano a raíz del caso Padilla retomó sus vínculos fraternales e incluso militantes con La Habana en los años setenta. Lo cierto es que ambas experiencias sirven para pensar que el distanciamiento de los intelectuales con el proceso cubano no estuvo determinado exclusivamente por los sucesos de finales de los sesenta y principio de los setenta. También permite considerar que ni el hecho de ser “orgánicos” a determinados lineamientos y demandas instituciones, ni el compromiso explicitado, soslayaron la lectura crítica que cada uno, desde sus vínculos y sus involucramientos particulares, hicieron del proceso cubano en los años sesenta. Si las experiencias cubanas de Ezequiel Martínez Estrada y de Julio Cortázar han sido centro de indagación de múltiples estudios, del paso de David Viñas por La Habana apenas se tiene conocimiento. Las páginas que siguen reconstruyen y problematizan la experiencia cubana de David Viñas, un tramo imprescindible de su itinerario intelectual de los años sesenta.

Capítulo 3. David Viñas frente a “la cosa cubana”, 1965 - 1967

*“Escribamos de manera que no nos dé vergüenza, que resulte al fin de cuentas,
un acto tan concreto como cortar caña o fusilar a un traidor”*

David Viñas

Según postula Edward W. Said, el aspecto más problemático y “duro” de la existencia de todo intelectual radica en su capacidad para representar lo que profesa, ya sea a través del trabajo o de sus intervenciones, sin llegar a convertirse en una institución, o en una especie de autómatas que “actúa a instancias de un sistema o método” (Said E. W., 1994, pág. 124). Esta perspectiva aboga tanto por la necesaria libertad de pensamiento y expresión para el ejercicio del espíritu crítico como por el hecho factible (deseable dice Said) de encontrar un espacio donde los discursos individuales sean mejor escuchados. Más allá de que la voz del intelectual es solitaria, su resonancia, asegura, “se debe únicamente al hecho de asociarse libremente con la realidad de un movimiento, las aspiraciones de un pueblo, la persecución común de un ideal compartido” (Said E. W., 1994, pág. 107). Lo anterior enfatiza el carácter público que Said piensa como definitorio para el trabajo y la misión intelectual, a la vez que señala uno de los nudos problemáticos más debatidos en los estudios dedicados al tema: las relaciones de los intelectuales con el poder y con las instituciones ya sean políticas, culturales, religiosas o partidarias.

Este capítulo propone analizar la manera en que se establecieron y comenzaron a consolidarse los vínculos de David Viñas con el proceso cultural cubano de los años sesenta a partir de su inserción en Casa de las Américas. Los postulados de Said funcionan como disparadores para sistematizar y problematizar la relación entre el intelectual argentino y los miembros de la institución cultural cubana. Si bien desde inicios de la década venían explicitándose intereses desde

ambas partes, no fue hasta 1965 que logró concretarse el primer lazo formal. Ese año Viñas viajó hasta La Habana invitado, por primera vez, para integrar el jurado del Premio Literario Casa de las Américas, galardón éste que el propio escritor ganaría en 1967 con la novela *Los hombres de a caballo*. En el transcurso de este período David Viñas mantuvo una sistemática correspondencia con representantes de la institución cultural, se integró al Comité de Colaboración de la revista *Casa de las Américas*, recibió varias ofertas para instalarse en la capital cubana, participó en significativos debates entre intelectuales convocados desde allí y tuvo una copiosa producción intelectual.

El análisis problematiza además la figura de intelectual que representaba Viñas para la fecha, y la analiza en diálogo con el modelo de intelectual que promovía y priorizaba el proyecto cultural, estético y político de Casa de las Américas a la vez que indaga en las huellas que la experiencia acumulada por el escritor durante los viajes realizados a La Habana entre 1965 y 1967 dejó en su producción intelectual de esos años. Para esto último resulta fundamental comprender el contexto cubano al que estuvo expuesto el escritor, lo que justifica que, por momentos, este texto se detenga en sucesos específicos en los que, si bien Viñas estuvo presente, no tuvo un papel protagónico.

La reconstrucción del itinerario cubano de David Viñas durante este período se realiza a partir de documentos inéditos consultados en el Archivo de Casa de las Américas: cartas, actas de la primera reunión del Comité de Colaboración de *Casa* y proyectos editoriales que presentó a la institución. Se incorporan, además, declaraciones y entrevistas ofrecidas durante su estancia en La Habana que no aparecen referidas en la bibliografía de/sobre David Viñas publicadas hasta el momento. Se trata de materiales que no han sido considerados por los estudios anteriores dedicados al escritor.

3.1 El escritor argentino mira al Sur desde La Habana

En 1965 David Viñas anunció al suplemento cultural *Hoy Domingo* su propósito de escribir un libro sobre el proceso cultural cubano posterior a 1959 que titularía “Cuba, Revolución y cultura”. En el título mismo quedaba sugerido dónde tenía el intelectual puestas las expectativas y prioridades en relación a los sucesos que estaban teniendo lugar en la isla caribeña. Desde el que fuera el suplemento del periódico *Hoy*, órgano del Partido Socialista Popular (PSP), Viñas refirió la división de las opiniones que, con respecto a Cuba, existía entre la izquierda y la derecha intelectual en su país. La derecha, advertía, además de representar “un bloque netamente anticubano” (Viñas D. , 1965, pág. 3), era fuerte, con poder y tenía “en sus manos todos los medios de difusión de la cultura” (Viñas D. , 1965, págs. 3-4). En tal sentido, aludía la falta de revistas de izquierda en Argentina, por lo que, aseguró, cada semana debían esperar la llegada de *Marcha* desde Uruguay. Y sobre la institución anfitriona señaló:

Creo [...] que la Casa de las Américas debería propiciar reuniones de escritores para debatir los problemas de la cultura, a manera de intercambio, ayudando a “destaponar” a los escritores “malditos” [...] esas reuniones servirían para hacer una revisión de valores y despejar los problemas continentales de la cultura. La casa lo puede hacer. (Viñas D. , 1965, pág. 4)

Estas declaraciones que ejemplificó con los nombres de Roberto Arlt y Ezequiel Martínez Estrada tuvieron lugar en La Habana adonde había viajado Viñas para integrar el jurado de novela en el Premio Literario de Casa de las Américas. Sobre Arlt refería: “He aquí un escritor que estaba ‘taponado’, arrinconado, un gran escritor que debe conocerse aquí y que la Casa de las Américas oportunamente difundirá” (Viñas D. , 1965, pág. 4). Como se aprecia, si bien la propuesta cultural de la institución cubana se le presentaba a Viñas como un escenario al cual sumarse para pensar desde allí la circunstancia mundial y la de América Latina. Era vista también como una plataforma desde donde proyectar sus propios intereses intelectuales. La referencia y la reiteración de autores y problemáticas que habían sido centrales al proyecto de *Contorno*, por ejemplo, señalan esta aspiración suya de encontrar allí un escenario cultural e ideológico propicio para retomar

preocupaciones sobre las que venía trabajando desde los años cincuenta y que en la Argentina de 1965 no encontraba medios para dar a conocer. Aunque David Viñas había visitado la isla anteriormente, se trataba de la primera vez que lo hacía convocado por Casa de las Américas.

Un documento con la firma de Ángel Rama, que conserva el archivo de la institución, indica que fue a través del uruguayo como se estableció la primera conexión entre Casa y el escritor argentino. En el mencionado documento Rama comunicaba algunas gestiones que, luego de su participación como jurado en el premio literario de 1964, había realizado en Buenos Aires. El escenario argentino era completamente desfavorable para la distribución de la revista. Así lo advertía Rama: “ninguna librería en Buenos Aires parece dispuesta a correr el riesgo de encargarse de recibir y distribuir la revista *Casa*. En Buenos Aires parece absolutamente imposible vender nada que tenga el pie de imprenta de La Habana” (Rama, 1964). A los miembros de la institución les informaba además de algunos escritores que había contactado para que se sumaran a los jurados y puntualizaba: “David Viñas: se encuentra residiendo en Rosario como profesor de la Universidad del Litoral. Dentro de lo relativo, está mucho más tranquilo. Estaría dispuesto a ir a Cuba para el concurso, siempre y cuando pudiera invertir no más que un mes en todo. Su interés por la isla y la revolución es muy grande” (Rama, 1964).

Las credenciales intelectuales que garantizaba la presencia de Ángel Rama como puente entre Casa de las Américas y David Viñas es un dato de significativa importancia. Habría que recordar el fuerte compromiso del crítico con el proyecto de la revista *Casa*, además del prestigio y la admiración intelectual del que gozaba entre sus pares cubanos.

La invitación oficial llegó finalmente hasta Rosario firmada por la propia Haydée Santamaría. La directora de Casa de las Américas aseguraba al escritor que al sumarse al jurado solo tenía como “limitación”, “premiar la obra de calidad literaria” (Santamaría H. , 1964). El premio de 1965, primera oportunidad en la que se integró Viñas como jurado, quedaría desierto en la categoría de

novela. Así lo decidieron Camilo José Cela, José Pedro Díaz, Jaime Sarusky, Mario Vargas Llosa y David Viñas. De las 234 obras inéditas que llegaron hasta La Habana, 25 eran novelas; sin embargo, ninguna terminó por convencerlos. Por lo menos no hubo unanimidad en referencia a la obra que debía recibir el galardón. Vargas Llosa había optado por premiar la novela presentada por el cubano Rafael Alcides Pérez que narraba la historia de amor de dos jóvenes emigrados a Miami luego del triunfo de la revolución, pero, según el propio Alcides, el peruano solo logró que le otorgaran una mención (Álvarez C. M., 2016).

El periódico *Revolución* en su edición del 9 de febrero (1965) anunció que la categoría de novela había resultado desierta y que el jurado recomendaba la obra *Brigada número 2506* de Rafael Alcides Pérez por considerarla “una interesante tentativa literaria con muy considerables aciertos parciales” (Guma, 1965, pág. 5). Así lo notificaba el órgano oficial del M-26-7 (Movimiento 26 de Julio), pero aquel había sido en realidad el lema elegido por el escritor cubano para presentar su novela, cuyo título era *Contracastro*. Según advirtió el propio autor, más allá de una mirada crítica a la realidad cubana de esos años, y contrario a lo que algunos podían imaginar al leer el título, la suya no era una novela contrarrevolucionaria. Sobre el asunto aseguró Alcides: “Tal vez fue cosa de Haydee Santamaría (Presidenta de Casa de las Américas), una mujer maravillosa, muy grande, pero para quien Fidel era intocable, y el nombre debió parecerle un estruendo, un elefante en una cristalería. Después supe que en un viaje a Vietnam pidió una copia para leérsela y decidió que sí, que podían publicarla” (Álvarez C. M., 2016).

En el número 28-29 de *Casa* (enero-abril de 1965) se dieron a conocer los resultados. Los lectores pudieron conocer que el jurado había otorgado una mención a la novela *Contracastro*, título que el periódico *Revolución* prefirió no replicar desde sus páginas, una decisión que puede leerse como un elemento más de la radicalización y centralización política del período. El dato podría ser menor, pero que *Casa* publicara el título original de la novela señala que, por lo menos

para 1965, la institución y la revista gozaban de cierta autonomía frente las demandas y exigencias de la ortodoxia política y de su progresivo aparato propagandístico.

Sobre esta novela y sobre el concurso en general aseguraría David Viñas desde las páginas de la revista *Cuba*:

Le haría un favor a Cuba, y en especial a la Casa de las Américas, si fuera complaciente. De la misma manera que si adoptase actitudes de terrorista literario. Ni terrorismo ni complicidad, por consiguiente, debe ser el punto de partida más coherente [...] Bien. Las novelas que leí en el Concurso son flojas. Muy flojas. Y la recomendada es la única que se inserta en la literatura. El resto, lamentablemente era infraliteratura. (Leal, 1965, pág. 25)

Creía Viñas, y así lo compartió, que lo que debía interesar en ese momento, sin embargo, eran las razones por las cuales no llegaban al concurso obras de calidad que, sin embargo, aseguró se estaban escribiendo y publicando en América Latina. “Personalmente lo atribuyo a dos razones principales: 1) la poca o deficiente difusión del Concurso, 2) el temor de muchos escritores latinoamericanos de ver perturbada su ‘carrera’ literaria en los círculos canónicos” (Leal, 1965, pág. 25). Si lo primero podía superarse a partir de una mayor difusión del concurso o mediante la facilitación de vías para el envío de originales, lo segundo le resultaba a Viñas casi insuperable pues lo vinculaba con el temor que advertía en ciertos escritores latinoamericanos que habían elegido la “carrera” literaria” (25). Un temor que les impedía “arriesgarse” a explicitar sus relaciones con La Habana y que creía sólo se les disiparía cuando fueran otros los que detentaran el poder (25). Otro componente que incidía en la calidad de las obras era el prestigio del premio, “Y para eso, rigor, jurados responsables. O, lo que dije al comienzo: ni terrorismo ni complicidad” (Leal, 1965, pág. 25).

Tales declaraciones sientan un antecedente significativo desde el cual pensar su propia participación como concursante en la edición de 1967. Más allá de la apuesta por un tipo de literatura que tomara distancia y se posicionara frente a la perspectiva burguesa y liberal que creía definitoria en buena parte de los escritores del continente, la suya era también, y, sobre todo, una

postura política. Es lo que se entiende cuando se lee el consejo que, a pedido del periodista cubano, ofreció Viñas a los jóvenes escritores. “Escribir como quien se juega la vida, pues, puede ser mi propuesta” (Leal, 1965, pág. 25) aseguró, y a continuación sentenciaba: “Esto, dicho en un país donde viven hombres que se la han jugado y se la juegan y no en la literatura, da vergüenza. De ahí que se complementaría la fórmula si digo: ‘Escribamos de manera que no nos dé vergüenza, que resulte al fin de cuentas, un acto tan concreto como cortar caña o fusilar a un traidor’” (Leal, 1965, pág. 25).

De la edición del premio de 1965, que para David Viñas significaba asimismo un primer acercamiento a las interioridades de Casa de las Américas, al proceso cultural cubano en general y a la creación literaria de la isla, subrayo además que fue particularmente problemática. A la muerte del crítico y ensayista chileno Ricardo Latchman, quien estaba en La Habana como miembro del jurado,⁶⁰ se sumó el malestar suscitado a raíz de la expulsión de Allen Ginsberg.⁶¹ La experiencia del jurado de novela daba margen para considerar que más allá de las libertades garantizadas por

⁶⁰ La muerte del chileno explica además por qué ese año el jurado de ensayo tuvo solo 4 miembros: Vicentina Antuña, Ermilo Abreu, Alfredo Torero y Edmundo Aray.

⁶¹ El poeta de la Beat Generation había sido invitado para el certamen de poesía, que compartió con Nicanor Parra, J. M. Cohen, Jaime Sabines y José Lezama Lima. Sobre su experiencia en Casa recordó, “Formé parte del jurado en un concurso literario donde ¡me limité a cerrar la boca” (Ginsberg, 2008). La institución anfitriona tenía una apretada agenda para los jurados internacionales. Desde conciertos, recitales de poesía, festines con sede en la UNEAC y otras instituciones de la cultura, hasta viajes a provincias del interior del país (en esa ocasión se fueron todos para Santiago de Cuba). No obstante, Ginsberg se armó su propio periplo habanero del que formaron parte algunos de los seguidores suyos de la isla, como fue el caso de José Mario Rodríguez, integrante del grupo El Puente. En esa agenda alternativa el poeta norteamericano se puso al tanto de detalles que perfilaban la realidad cubana del momento: la persecución a los homosexuales y la prohibición de determinado tipo de música, la censura de prácticas religiosas y la penalización de la marihuana, por ejemplo. Cuestiones todas sobre las que también David Viñas debió estar al tanto. Ginsberg no tardó en manifestar abiertamente sus críticas al respecto: le parecía humillante que los homosexuales fueran enviados a cortar caña como una forma de expurgar sus deseos, defendió el consumo de la marihuana, e incluso llegó a proponerle a Haydée Santamaría que invitara a los Beatles. Pero si en el concurso literario se había limitado a mantener la boca cerrada, no sucedió así en otros ambientes “[...] lo peor que dije fue que había oído rumores de que Raúl Castro era gay y que el Che Guevara era guapo” (2008). Estos comentarios parecen haber sido la gota que colmó la copa de la paciencia del cuerpo de seguridad cubano. Los agentes de migración que se presentaron al hotel Riviera, donde estaba hospedado, para indicarle que saldría en el próximo vuelo rumbo a Praga, no le permitieron ni usar el teléfono. En el vestíbulo, según recordó Ginsberg, pudo gritarle a Nicanor Parra que “estaba siendo deportado y que ellos debían ponerse en contacto con la Casa de las Américas y avisarles” (2008).

la institución para elegir las obras a premiar, había códigos estéticos y sobre todo políticos (en referencia a temas y figuras particulares) que los intelectuales convocados por la Casa debían considerar. La expulsión de Ginsberg demostraba que el modelo de intelectual y la figura de escritor óptima para La Habana debía ser comprometido, responsable y sobre todo correcto políticamente: había símbolos en la Cuba posterior a 1959 que no podían, bajo ningún concepto, ser “profanados”.

La percepción de los miembros de Casa de las Américas sobre David Viñas se hizo evidente en la propuesta con que el escritor regresó a la Argentina. En marzo de ese mismo año Marcia Leiseca le escribió una carta a Ángel Rama refiriéndole algunos cambios que se proponían en la revista:

Después de disuelto aquel consejo de Redacción, Antón hizo un número mediocre o rigurosamente no se ajustaba a lo que convinimos era el carácter que casa debe tener, luego se fue de viaje 5 meses y no dejó ningún número preparado [...] Llegó Antón, informado de la crisis con Haydée que no comprendió tal irresponsabilidad y le pidió que dejara la jefatura de la redacción y que se integrara a un consejo que se formaría y planteó la conveniencia de nombrar un director que presidiría el Consejo [...] cuando Viñas estuvo aquí se le planteó esta posibilidad y le entusiasmó la idea pero en definitiva no creo que decida venir a Cuba. Deseamos conocer tu opinión sobre este asunto. El pequeño consejo estaría integrado por Antón, Edmundo Desnoes, Ambrosio Fornet y Viñas como director. (Leiseca, 1965)

Mientras en Cuba aguardaban por la decisión de Viñas respecto a la propuesta para dirigir el nuevo consejo de la revista, surgieron algunos cambios y la secretaria de Casa le escribió nuevamente a Rama:

Explicaba en mi carta anterior la salida de Arrufat y la posible constitución de Viñas [...] de él no hemos tenido noticias [...] por otra parte, Haydée conversó con Retamar sobre los resultados del encuentro de Génova y sobre las impresiones de él sobre las personalidades que allí se reunieron, en esa conversación Retamar, que sale de la Unión definitivamente porque cree haber cumplido con creces su tarea y que es un trabajo que ya no le interesa y que solo aceptó por disciplina, en un momento planteó la posibilidad de venir a colaborar con nosotros, a la casa [...] Retamar es la persona idónea para dirigir la revista; Haydée así lo expresó. La nueva situación plantea el comunicarle esto a Viñas, que no excluye la posibilidad de su viaje en caso que así lo desee. Su presencia sigue siéndonos muy necesaria [...] él podría ayudarnos de cuerpo presente en Cuba, no solo a nosotros sino a otros organismos que así lo expresaran. (Leiseca, 1965)

Resulta interesante la mención que hace la secretaria de Casa del encuentro de Génova,⁶² y la presencia allí de Retamar, como un elemento si no determinante por lo menos de incidencia oportuna al momento de pensar en el perfil idóneo para la dirección del nuevo consejo de la revista; perfil en el que, desde la perspectiva institucional, encajaba David Viñas. Interesa reparar además en la alusión de Leiseca a otros organismos interesados en la presencia del argentino en La Habana. Lo cual señala, como se verá, que efectivamente los vínculos y los afectos de este con la Cuba revolucionaria trascendían al trabajo en la institución cultural.

En el encuentro de Génova, celebrado en enero de 1965, había sido conformada la Comunidad Latinoamericana de Escritores (CLE). El acercamiento y el intercambio de experiencias entre los escritores del área, la divulgación de sus labores intelectuales, la elaboración y cumplimiento de planes conjuntos y la creación de instrumentos que hicieran posible la extensión de la cultura del continente, estaban entre las aspiraciones de la naciente comunidad (Declaración, 1965, pág. 104). Así quedó explicitado en la Declaración Latinoamericana de Génova que la revista *Casa de las Américas* reprodujo en su número 30.

También en Génova se propuso la creación de una publicación que sirviera como sitio de encuentro para debatir los problemas y confrontar las realidades del tercer mundo (Retamar R. F., 1965, pág. 102). Ese proyecto de revista no llegó a concretarse. El espíritu y las aspiraciones que allí se explicitaron serían coincidentes con la nueva proyección de la revista *Casa de las Américas* a partir de la asunción de Fernández Retamar como director.⁶³ Sobre tales cambios recordaría Fernández Retamar: “Cuando Haydée decidió que yo asumiera la dirección, me propuse conservar,

⁶² En 1965 se celebró en Génova, Italia el Congreso de la Comunidad Latinoamericana de Escritores. En el encuentro se destacó la necesaria unidad de América Latina y la importancia que tenía para el continente la Revolución cubana. Surgió además la idea de crear una Comunidad Latinoamericana de Escritores

⁶³ Según Luisa Campusano, Antonio Cándido había advertido que el programa que se planteó en Génova para la literatura del continente ya estaba dando sus primeros pasos en Cuba. En Campuzano, Luisa. “El canon fue tomado por asalto: el testimonio y el Premio Casa de las Américas, en: *Dónde no habite el olvido: Herencia y transmisión del testimonio: perspectivas socio-jurídicas*. (en líneas: <http://books.openedition.org/ledizioni/9964>)

y si era posible aumentar, el buen nivel literario de la revista[...] Me propuse también subrayar más la presencia de nuestra América en la revista y su aspecto ideológico” (Retamar R. F., 2009). En el número 30 (mayo-junio de 1965) el nombre de Roberto Fernández Retamar es notificado como director y el consejo de redacción sustituido por un Comité de Colaboración integrado por intelectuales cubanos y latinoamericanos.⁶⁴ El propio Fernández Retamar aseguró que el nuevo comité era “similar al que había visto en la revista *Sur*” (Retamar R. F., 2009), lo que consideraba en mayor correspondencia con lo que se esperaba de sus miembros.⁶⁵

En la misiva que Leiseca remitió a Rama hacía saber su inquietud respecto a la reacción de Viñas, “nos preocupa que este cambio pueda molestarlo” (Leiseca, 1965). Le pedía además que se comunicara con su par argentino y les hiciera saber su reacción respecto a los cambios. En la Casa, comentaba Leiseca, necesitaban saber si Viñas había comenzado los trámites para trasladarse a Cuba, “Si así fuera tienes que convencerlo que venga de todos modos, de que nos es importante su presencia y que tareas necesarias y atractivas son demasiadas en Cuba y hombres para acometerlas, faltan” (Leiseca, 1965). Compartía además detalles sobre nuevos planes de la institución referidos a atraer a escritores latinoamericanos por periodos de seis meses a un año para que trabajaran en el asesoramiento general de la actividades culturales “en tareas muy específicas como las que Martínez Estrada realizó en seminarios sobre Martí [...] ; Arreola dirigiendo un taller de literatura; Vargas Ilosa, que vendrá el año próximo a asesoramiento general y a escribir; este año ojalá sea Viñas” (Leiseca, 1965).

⁶⁴ Emmanuel Carballo, Julio Cortázar, René Depestre, Edmundo Desnoes, Ángel Rama, Manuel Galich y Sebastián Salazar Bondy y los cubanos Lisandro Otero y Graziella Pogolotti.

⁶⁵ La llegada de Fernández Retamar a la dirección de *Casa* y la salida de Arrufat (excluido además del Comité de colaboración) fue objeto de diversas conjeturas. Cortázar le comentó a Cabrera Infante que por las calles de París se aseguraba que aquello era resultado directo de la visita de Ginsberg (Cortázar, 2012, pág. 75). El propio Cabrera Infante advirtió, algún tiempo después, que el cambio se debió a que Fernández Retamar había denunciado a Arrufat por haber publicado en la revista *Casa* un poema homosexual de José Triana (Infante, 1992, pág. 143). A Nadie Lie, Antón le aseguró que Retamar había ido a hablar con Osvaldo Dorticós y el mismo presidente había llamado a Haydée para recomendarle al poeta como director de la revista.

Ángel Rama tranquilizó a Leiseca respondiéndole que por amigos cercanos conocía del rechazo de Viñas al ofrecimiento, “temiendo no poder cumplirlo” (Rama, 1965). Advertía además que creía que era un gesto prudente de parte del argentino, cuya elección para dirigir la revista no le parecía la más adecuada. Sobre este particular comenta a Leiseca: “si bien es conveniente que fuera o que participara de la actividad del jurado, no me parece el hombre para ese cargo” (Rama, 1965).

La propuesta planteada a David Viñas, sin embargo, da cuenta de que el modelo de intelectual que representaba era “funcional” al proyecto de Casa de las Américas. Su respuesta, por otra parte, estaría en correspondencia con la forma en que pensaba, asumía y proyectaba el vínculo con las instituciones y, sobre todo, con el poder. Una perspectiva que, en la línea de Said, se encuentra determinada por la defensa de la autonomía y la independencia intelectual. En términos semejantes pensaba Sylvia Saítta la relación de Viñas con las instituciones, un vínculo, decía que “se sostiene, al mismo tiempo, en la pertenencia y en la discrepancia” (Saítta, 2011). Lo cierto es que para 1965 Casa de las Américas se presentaba a los intelectuales del continente incluido Viñas, como un espacio desde donde, siguiendo a Said, era posible hacer escuchar sus discursos individuales, no ya a nivel latinoamericano, sino mundial.

Se entiende entonces que, más allá de la negativa para asumir la dirección del consejo de la revista, David Viñas explicitara sus intereses por estrechar vínculos con la institución. En una carta de septiembre de 1965, enviada a Marcia Leiseca, conservada igualmente inédita en el archivo de Casa, el escritor se excusaba por no haber cumplido los compromisos asumidos durante su visita de enero. Se lo había impedido, decía Viñas, la mudanza, el reajuste de presupuesto y el hecho de haberse, “zambullido en un libro sobre Eva Perón que se las trae” (Viñas D. , 1965). Le hablaba además sobre la invitación hecha por Haydée Santamaría para que se incorporara al nuevo Comité de Colaboración, “acepté encantado y me puse a sus órdenes” (Viñas D. , 1965).

En el número 33 de *Casa de las Américas* se leyó el nombre de David Viñas como miembro del Comité de Colaboración. El número ofrecía una entrega especial que homenajeaba a Ezequiel Martínez Estrada. Para la misma fecha llegó a Buenos Aires una misiva destinada a Viñas con un pedido para que se hiciera cargo de la selección y prólogo de un libro sobre Roberto Arlt: “para nosotros es muy difícil encargar esto en Cuba, Arlt, es prácticamente desconocido en este país, y me atrevería a decir que de no lograr que usted lo haga, no saldría el próximo año” (Santamaría A. , 1965), le aseguraba Ada Santamaría, responsable de publicaciones en la institución.

Martínez Estrada y Roberto Arlt, esos escritores “malditos” que deseaba David Viñas sacar del rincón donde los había confinado la historia liberal argentina, marcaban su entrada en 1965 a Casa de las Américas y a la revista. Su nombre como miembro del comité se leyó en el número que homenajeaba al primero y en él recayó la responsabilidad de presentar el segundo a los lectores cubanos, o para ser más específicos, a su cargo estuvo la tarea de reivindicar la figura de Roberto Arlt en La Habana.

Tal como recordaría Jorge Fonet, un texto sobre el autor de *Los siete locos* firmado por José Bianco había aparecido en el número 5 de la revista *Casa* (marzo-abril de 1961). Más allá del enfrentamiento político con *Sur* (a raíz de su viaje a Cuba) Bianco continuaba siendo fiel a la estética de la revista, lo que según Fonet, explica la manera en que aquel texto, trasladaba a escenario cubano los argumentos antiarltianos de *Sur* a la vez que condensaba “todos los lugares comunes que durante años de manejaron sobre ese autor” (Fonet J. , 2019, pág. 47). El pedido que recibiera David Viñas desde Casa de las Américas, referido al prólogo y la selección de la obra de Arlt, un proyecto que, como se verá, se concretó en 1967, además de cerrar en Cuba “el debate en torno a uno de los pilares de la ficción argentina” (47), si bien era una manera de rectificar estéticamente la figura de Arlt, también debe entenderse como una postura política e ideológica

frente a todo lo que representaba *Sur*, un asunto del que se habían ocupado los contornistas y de manera especial el propio David Viñas.⁶⁶

Cuando casi terminaba el año 1965 una tentadora y amable misiva de Leiseca llegó hasta Reconquista 870, donde residía David Viñas para la fecha: “Veó que tu año ha sido movido, y con estas perspectivas no puedes vislumbrar nada por el momento. Pero recuerda que, en Cuba, con su gente, su Revolución y el malecón tienes un proyecto y cuando lo vislumbres más claramente, aquí estaremos esperándote” (Leiseca, 1965).

A pesar de la incertidumbre laboral y política en que se encontraba para la fecha, Viñas optaba por mantener su vínculo con Casa de las Américas desde Buenos Aires. Era una forma de garantizar la libertad e independencia de pensamiento o una manera de llevar a feliz término lo que Said pensó como misión intelectual, “plantear públicamente cuestiones embarazosas, contrastar ortodoxia y dogma [...] actuar como alguien que ni los gobiernos ni otras instituciones pueden domesticar fácilmente, y cuya razón de ser consiste en representar a todas esas personas y cuestiones que por rutina quedan en el olvido o se mantienen en secreto” (1994, págs. 29-30).

3.2 Reuniones, presentaciones y viajes. La estancia más larga de David Viñas en La Habana (1966-1967)

El anunciado libro sobre Eva Perón no llegó a publicarse. Viñas incluso había firmado contrato con Jorge Álvarez, pero Juan José Sebreli se “le adelantó” con una biografía que tituló *Eva Perón*

⁶⁶ La *Antología Roberto Arlt*, con prólogo y selección de David Viñas, se publicó en junio de 1967 en la Colección de Literatura Latinoamericana de Casa de las Américas. Antes de aquel prólogo, en la sección Literarias del No 1298 de *Marcha* del 1ro de abril de 1966 apareció un texto de David Viñas titulado *Arlt: humillar y seducir*. Esencialmente en ambos materiales desarrolla planteos semejantes. En el prólogo destinado a los cubanos, sin embargo, Viñas partió de la necesidad de referenciar de manera muy concisa la circunstancia histórica donde Arlt se formó y produjo su obra. El itinerario presentado iba desde el impacto de la inmigración europea, el desencanto de la clase media formada mayoritariamente por los migrantes y sus descendientes, las primeras huelgas organizadas por grupos nucleados fundamentalmente en la Unión Cívica Radical y el Partido Socialista y la Ley de residencia de 1902 hasta “la década infame”, pasando por las particularidades de los grupos de “Boedo y Florida” y el “Cuartelazo del 6 de septiembre de 1930”. *El juguete rabioso*, una selección de cuentos de *El jorobadito* y la obra de teatro *Isla desierta* fueron las cartas de presentación elegidas por Viñas. También agregó algunas de las *Aguafuertes porteñas*.

¿aventurera o militante? (Editorial Siglo XX, 1966). Así lo recordó el propio Álvarez en sus memorias, quien confesó además que la creación de la editorial que llevó su nombre fue resultado su interés por aquel proyecto de Viñas.⁶⁷ Al tanto del libro de Sebrelí, David Viñas debió pensar alternativas para dar a conocer parte del trabajo que lo había ocupado desde inicios de la década y para el que, aseguró, “había juntado mucho material” (Valverde, 1989, pág. 116).

Aunque en La Habana conocían su investigación sobre Eva Perón, y la revista *Casa*, para la fecha con un reconocido prestigio internacional se presentaba como un espacio pertinente para publicarlo, Viñas prefirió otro escenario. En lugar de irse al Caribe con sus manuscritos optó por mantenerse en el Río de La Plata y en los números 1264 y 1270 del semanario *Marcha* dio a conocer sus hipótesis en torno a Eva Perón.⁶⁸ La escasa circulación de *Casa* en Buenos Aires representaba un freno para la intención de publicar textos cuyos lectores ideales apenas tenían acceso a esa plataforma. Lo anterior podría explicar, en parte, la decisión del autor. A *Marcha*, sin embargo, y tal como había asegurado Viñas en La Habana, la esperaban cada semana en Buenos Aires. Según Claudia Gilman *Marcha* había significado “la continuidad de *Contorno* por otros medios” (Gilman, 2018) y a la propia investigadora David Viñas le aseguró que en los años sesenta el semanario había funcionado como un “buzón solidario”.

En la revista *Casa*, sin embargo, fueron escasas las colaboraciones de David Viñas. Su nombre apareció por primera vez en el número 41, marzo-abril de 1967. No se trataba de un texto escrito para la publicación, sino de un fragmento de la novela *Los hombres de a caballo*, que en enero de ese año se había alzado con el Premio Literario Casa de las Américas. En ese mismo número de *Casa* se leyó además su nombre entre los firmantes de la Primera Declaración del Comité de

⁶⁷ En sus memorias Jorge Álvarez recordó que en 1961 o 1962, David Viñas, que frecuentaba la librería donde él trabajaba entonces, le comentó su intención de escribir una biografía sobre Eva Perón. Interesado en el proyecto intentó persuadir al dueño de la librería (Roque Depalma editor) para publicarlo allí y ante la negativa de éste decidió crear la Librería Editorial Jorge Álvarez y Jorge Álvarez editor. *Memorias*, P. 32-33 (Jorge Álvarez, *Memorias*, editorial Libros del Zorzal, 2013)

⁶⁸ “14 hipótesis de trabajo en torno a Eva Perón”, *Marcha*, no 1264, 23 de julio de 1965, pp 23-24 y “14 nuevas hipótesis de trabajo en torno a Eva Perón”, *Marcha*, no 1270, 3 de septiembre de 1965, pp 19-20.

Colaboración, documento que sintetizaba los puntos sobre los que discutieron sus miembros a inicios de ese año en La Habana.

La primera reunión de comité de *Casa* había logrado concretarse en enero de 1967, pero se estuvo convocando al menos seis meses antes. Al propio Viñas, Marcia Leiseca comentó, a través de una misiva, que más que una invitación quería que entendiera el encuentro como una necesidad de trabajo: “Son muchas las cosas que tenemos que hablar, David [...] Creo que los asuntos a tratar son preocupación tuya hace largo tiempo, tu presencia y opiniones son indispensables en este cambio de impresiones y preocupaciones” (Leiseca, 1966). En su respuesta Viñas le comunicó que debido a todas las complicaciones que se habían estado produciendo en Buenos Aires no estaba en condiciones de viajar. “Necesito quedarme aquí, quiero quedarme aquí para tomar posiciones explícitas sobre todo esto [...] las contradicciones del viaje, por un lado, y la ambigüedad de la situación local me hace preferir el viaje en diciembre” (Viñas D. , 1966).

Esta carta de David Viñas, conservada de manera inédita en el archivo de Casa de las Américas, está fechada el 27 de julio de 1966. Un mes antes (el 28 de junio) había tenido lugar el Golpe de Estado contra el gobierno de Illia, desencadenando la llamada “Revolución Argentina”. Juan Carlos Onganía fue nombrado presidente y prevenir el avance del comunismo y la infiltración marxista estuvieron entre sus objetivos fundamentales. El nuevo gobierno implementó una violenta represión de sectores sindicales, militantes políticos y organizaciones estudiantiles. Dos días después de la comunicación enviada por Viñas, el gobierno militar promulgó el decreto Ley 16.192 que autorizaba la intervención de las universidades y prohibía toda actividad política en los centros estudiantiles, así como reuniones en las universidades. En la UBA, principal centro de resistencia, fueron reprimidos y encarcelados estudiantes y profesores, dando lugar a uno de los episodios más violentos del período: “La noche de los Bastones Largos”. Para fines de año a David Viñas no le

renovaron su contrato en la Universidad del Litoral. Fue entonces cuando aceptó la invitación de trasladarse un tiempo a Cuba. De ese período recordó:

Cuando yo estuve más tiempo en La Habana fue con Onganía, esto es cuando yo escribo eso que se llama ..., un folleto. ... Yo estuve prácticamente fines del 66 y comienzo del 67 en La Habana. Hice varios viajes, creo que algo así como tres ... Ellos querían información sobre la Argentina en La Habana. Pensá que estamos en el 67. ... Entonces yo les chequeaba todo lo que fuera publicaciones, grupos, etc., y les llevaba publicaciones de cada grupo. Sobre todo, todo lo que fuese de izquierda...De hecho yo no vivía en ningún lado... Esto implicaba 12 veces cruzar el Atlántico, era de locos. Porque había que ir a Checoslovaquia, de Praga salías para Irlanda, de Irlanda a La Habana. (Valverde, 1989, pág. 137)

Además de ofrecer una panorámica bastante ilustrativa respecto a su primera experiencia extensa en La Habana, por estas declaraciones se entiende que en la capital cubana escribió (o concluyó) *Argentina: Ejército y Oligarquía*, título del mencionado folleto, publicado en el segundo número de Cuadernos de la revista *Casa de las Américas*, en noviembre de 1967. De manera que, al parecer David Viñas, tal como había hecho los otros escritores mencionados por Marcia Leiseca a Rama, aceptó la invitación para permanecer un tiempo trabajando en Casa en labores de asesoramiento y de escritura.

Argentina: Ejército y Oligarquía es un breve ensayo donde Viñas problematiza los vínculos entre el Ejército argentino y la oligarquía nacional desde la etapa de Rosas hasta 1966, con Onganía en el poder. Si se leen con detenimiento las 55 páginas en las cuáles desarrolla esta peliaguda relación, el texto puede entenderse como una plataforma histórica de lo que sería, en materia ficcional, *Los hombres de a caballo*. Empieza con la sentencia: “Podría decir que los militares argentinos tienen vocación de verdugos. Pero resultaría excesivo. Prefieren ser sepultureros: la tragicidad macabra del patíbulo los inquieta y provisionalmente han elegido las pompas fúnebres; esa severidad rítmica y puntual los ha seducido siempre y la presencia de los caballos parece compensarlos con alguna exaltación de charolada epicidad” (Viñas D. , 1967, pág. 7).

También por sus declaraciones anteriores se entiende que en enero de 1967, cuando comenzaron a llegar los invitados de Casa para el concurso literario, ya Viñas estaba aclimatado en La Habana. En esa ocasión no formaba parte del jurado, pues una obra suya competía en el certamen. Era además una manera de evitar las críticas que había tenido Marta Traba en la edición anterior cuando, para sorpresa de muchos, se alzó con el premio de novela *Las ceremonias del verano*, mientras formaba parte del jurado en la categoría de teatro.⁶⁹

Cuando Julio Cortázar y Leopoldo Marechal tuvieron en sus manos la obra presentada al concurso en la categoría de novela bajo el pseudónimo de Erdoesaín (de David Viñas) debieron suponer que el autor era, por lo menos, un coterráneo. José Lezama Lima, Mario Monteforte y Juan Marsé completaban ese año el jurado. Y un total de 41 novelas inéditas llegaron hasta La Habana para competir por el premio literario.

La edición de 1967 estuvo especialmente cargada de eventos. Desde la Casa convocaron para la primera reunión de los miembros del comité de la revista, a la vez que organizaron un homenaje por el centenario de Rubén Darío. De modo que además de los invitados del concurso fueron llegando hasta la capital cubana críticos y poetas de diversas regiones con ponencias y poemas destinados a la celebración del poeta nicaragüense.

3.2.1 Debates y proyecciones desde “La capital guerrillera de América Latina”

El proyecto del temario entregado a David Viñas al iniciar las sesiones de la primera reunión del comité de *Casa* contenía tanto asuntos internacionales como la nueva ofensiva cultural latinoamericana, hasta la invitación para dialogar sobre las responsabilidades que les correspondían como miembros: colaboraciones, críticas de los números publicados, tomas de posición conjuntas, firmas de declaraciones y organización de planes anuales para la revista. Dicho temario, que se

⁶⁹ No obstante, ese año 1967 hubo una coincidencia similar: el argentino Dalmiro Sáenz se alzó con el premio en la categoría de Teatro con la obra: ¡Hip... Hip... Ufaj, a la vez integró el jurado en la categoría de cuento.

conserva inédito en el archivo de Casa de las Américas, proponía además la discusión de asuntos nacionales ligados a aspectos políticos y culturales de la revolución y cuestiones administrativas de la revista: distribución, republicación de materiales, temas competentes a los cuadernos, aspectos tipográficos, entre otros (Archivo, 1966).

Este apartado propone analizar el lugar que ocupaba David Viñas dentro del Comité de Colaboración. Las actas del encuentro de enero de 1967, que permanecen inéditas en el Archivo de Casa, permiten reconstruir los puntos fundamentales sobre las que dialogaron. Como se verá, en el debate generado se hicieron patentes fisuras significativas entre los miembros del comité, a la vez que se explicitaron las diversas posturas individuales ante las demandas de la institución cubana.

Con la incorporación de Viñas los integrantes del comité sumaban doce. La perfección de gobierno, pudieron pensar los devotos. Lo cierto es que desde el número 33 (nov-dic de 1965) y hasta la entrega 39 (nov-dic de 1966) no hubo grandes desacuerdos entre Emmanuel Carballo, Julio Cortázar, Roque Dalton, René Depestre, Edmundo Desnoes, Manuel Galich, Lisandro Otero, Graziella Pogolotti, Ángel Rama, Mario Vargas Llosa, Jorge Zalamea y David Viñas.⁷⁰

⁷⁰ Episodios significativos que pudieran pensarse como antecedentes a los desacuerdos que se harían explícitos en esta primera reunión fueron, por ejemplo, la carta abierta que Lisandro Otero escribiera a Emmanuel Carballo (publicada en el número 36-37 de *Casa*) donde ripostaba algunos criterios vertidos por el mexicano en “Cuba: por decreto no se puede crear una literatura socialista”, publicado en la revista *Siempre*.⁷⁰ Y por el otro la carta abierta que enviaran Retamar, Otero, Desnoes y Fornet a algunos intelectuales latinoamericanos a raíz de su participación en una mesa redonda sobre la situación de la cultura latinoamericana y que la revista *Siempre* había publicado en su edición del 27 de abril del 66 con el título: “Latinoamérica: un mundo que se descompone y transforma”. En la primera misiva,⁷⁰ Otero reclamaba al mexicano la ambigüedad de algunos de sus planteamientos, creía, por ejemplo, que era injusto al afirmar que en Cuba se escribía “una literatura más próxima al reformismo que a la revolución”,⁷⁰ manifestaba su desacuerdo con la timidez ideológica de la que hablaba Carballo en su texto y sobre todo le parecía profundamente inexacto que dijera que los narradores cubanos eran “más burgueses que socialistas”.⁷⁰ En la segunda carta,⁷⁰ los cubanos manifestaban su intranquilidad por el hecho de que en aquella mesa no se hiciera mención a Cuba cuando se había hablado justamente de las transformaciones en América Latina. “¿Cómo no pensar en Cuba [...] cuando señalan entre los problemas más urgentes de nuestros pueblos la “espantosa extensión del analfabetismo”, los “angustiosos problemas sociales”, el desdén hacia la cultura de las clases dominantes?”, se quejaban allí, “ya nada de eso existe aquí, la revolución arrancó de cuajo sus causas” advertían. Aquella omisión, consideraban, podía ser favorable a la táctica norteamericana, en su propósito de separar a Cuba de América Latina, de silenciar lo que sucedía en la isla: “como no pueden engañar a los intelectuales, artistas y estudiantes hermanos sobre la profunda revolución cultural que se está produciendo en Cuba [...] deciden que es

Por las actas se sabe que los números publicados a lo largo de 1966 (del 34 al 39) fueron tomados como conjunto a considerar para el análisis crítico de la revista durante las sesiones de aquel encuentro que Julio Cortázar recordaría como “una semana de batallas verbales” (Cortázar, 2012, pág. 376). Para ese momento estaba a disposición de los invitados el número 40 (enero-febrero de 1967) y un trabajo publicado sirvió de disparador para un debate que se extendió más de lo que los propios miembros consideraron. *Desde la Revolución. Veinte autores escriben*, anunciaba la portada y una pregunta en el editorial planteaba el asunto: “¿puede hablarse de una literatura cubana de la revolución?” (Editorial, 1967, pág. 2). El número, creían, era una muestra de que efectivamente se estaba creando dicha literatura. Una aclaración ubicada cuidadosamente advertía que, aunque la mayor parte de los textos incluidos trataban asuntos de la revolución, “no olvidaban que es en el definitiva desde ella, y de ninguna manera el limitarse a hacerlo sobre ella, lo que define a una literatura revolucionaria” (Editorial, 1967, pág. 2). La literatura revolucionaria, se advertía, era la que asumía el desafío de “expresar las esperanzas y los problemas del mundo que hemos empezado a construir en Cuba, en el fuego de la primera revolución socialista de América” (Editorial, 1967, pág. 2).

Ese número de *Casa*, dedicado a los ocho años de la revolución en el poder, explicitaba la apuesta literaria de la institución de priorizar la realidad inmediata del continente. A la vez reafirmaba el lugar central que en el plano político y en lo referido a la creación literaria, otorgaban a la isla. El editorial puede leerse como la formulación de un programa para las letras cubanas, pero también como una apuesta para, tal como sucedía en el campo de la política, incidir sobre la literatura del continente. Desde la que subrayan como “la primera revolución socialista de América” (y es necesario reparar en la reiteración de esta idea) apostaban por una literatura más

preferible “no hablar de eso”. Aseguraban a Carlos Fuentes, Mario Vargas Llosa y Mario Benedetti, quienes estaban entre los intelectuales que habían participado en aquella la mesa redonda.

desligada de los aspectos formales y estilísticos y orientada a un lenguaje directo, y a obras que dieran cuenta de sucesos que pasaban en el continente. Se explicitaban determinadas exigencias estéticas e ideológicas que involucraban o comprometían a los escritores vinculados al proyecto cultural de la Revolución.

Fernández Retamar encabezaba la lista de colaboradores, que incluía nombres claves de la literatura cubana del período como Lisandro Otero, Pablo Armando Fernández, Miguel Barnet y Heberto Padilla. En la sesión “Notas” se publicó el texto “New World en español” firmado por Ambrosio Fonet y que constituiría el centro del debate entre los miembros del comité.

Según se lee en las actas, fue Julio Cortázar el primero en referir su inquietud por este artículo cuyo antecedente más inmediato ubicó en la carta abierta a Pablo Neruda,⁷¹ para, según aclaró, situar las cosas un poco mejor (Colaboradores, 1967, pág. 6).

El texto en cuestión era una reseña donde el crítico y ensayista cubano compartía sus juicios sobre *Mundo Nuevo*, publicación que consideraba “un nuevo engendro literario que recorre América Latina” (Fonet A. , 1967, pág. 106). Fonet criticaba, entre muchas otras cuestiones, la vinculación de determinados intelectuales latinoamericanos con la revista dirigida por Emir Rodríguez Monegal. Lo que pudo ser una gota más en la catarata de opiniones emitidas desde revistas del continente sobre el asunto, devino en punto neurálgico para lo que en este trabajo se entiende como el primer episodio donde se explicitaron significativas diferencias entre los cubanos y los latinoamericanos miembros del comité de *Casa*. El episodio, como se verá, sugiere un escenario para valorar y pormenorizar las fracturas internas del comité y también las fisuras que

⁷¹ El 31 de julio de 1966 se publicó en el periódico Granma la Carta abierta a Pablo Neruda. Roberto Fernández Retamar, Lisandro Otero, Ambrosio Fonet, presentes en la reunión del comité, habían estado directamente implicados en la redacción (también Edmundo Desnoes). De manera que la alusión de Cortázar iba dirigida especialmente a ellos. En la carta (firmada por otros 150 intelectuales y artistas cubanos) manifestaban la inquietud de los cubanos y le reprochaban al poeta chileno su participación en el Congreso de Escritores del Pen Club internacional, celebrado en Nueva York entre el 11 y el 18 de ese mismo mes. Criticaban además el recibimiento por parte de Neruda de la Medalla al Mérito que le había otorgado en Perú el presidente Fernando Belaunde. Ambos hechos eran percibidos, desde La Habana, como una traición a la lucha revolucionaria del continente.

en sus integrantes generaron las demandas de la institución. Las diferencias advertidas entre los intelectuales del comité, de formas y también de contenido, se hicieron patentes en la discusión sostenida sobre un punto fundamental: la función que debían asumir ante la nueva realidad social y política del continente.

Ángel Rama, en sintonía con Cortázar, compartió lo que, según sus palabras, eran las preocupaciones fundamentales que lo ocupaban. El problema mayor en ese instante era la necesidad de saber cuál sería la línea que debían adoptar. Por la lectura de las actas, se sabe que, para Rama estaban ante un escenario donde era evidente el cambio de actitud por parte de los Estados Unidos para con los intelectuales y la América Latina en general. Pero era, además, desde su punto de vista, un momento de visible agravamiento de las condiciones generales de la región y en cuyo retroceso ubicaba el actuar de los intelectuales. Al respecto aseguraba:

Lo primero es que conversemos sobre qué política, qué acción, qué papel puede cumplir el intelectual en este momento. Y cumpliendo una especie de cuadro, en el cual caben no una sola posición sino varias posiciones, el común denominador de una serie de posiciones y actitudes, una vez que sepamos que hay un conjunto que lleva a determinado lugar, y que a partir de ese lugar se rompe la relación. Pero en todo ese gran cambio hay que encontrar la línea media en la cual nosotros podamos trabajar y podamos estar todos unidos. (Colaboradores, 1967, pág. 4)

Con este llamado a la unidad hecho por Rama se inserta la discusión en torno al texto de Fornet. Desde “New World en español” el crítico cubano reprochaba con semejantes argumentos la actitud de Monegal, la Cesar Fernández Moreno y la del cubano Severo Sarduy en sus respectivos vínculos con *Mundo Nuevo*. Sin embargo, sus opiniones a propósito de las declaraciones de Carlos Fuentes en entrevista publicada en el primer número de esa revista,⁷² resultaron el principal motivo de las inquietudes manifestadas fundamentalmente por Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y Emmanuel Carballo.

⁷² Se refiere a: “Situación del escritor en América Latina”, en *Mundo Nuevo*, No 1, julio de 1966, pp. 5-21.

Cortázar era del criterio, y así lo compartió, de que notas como la de Fonet no solo facilitaban el juego al adversario, sino que eran, la mayoría de las veces, recibidas con asombro y consternación en el exterior. En tal sentido advertía, “Yo no dudo de la muchísima inteligencia y de la muchísima razón que tiene en el fondo esa nota, pero tengo la impresión de que, en vista de un texto áspero, se malogra por mucha pasión” (Colaboradores, 1967, pág. 5). Había sucedido con la carta a Neruda. En Francia, aseguraba Cortázar, había caído muy mal, tanto como para dar la impresión, “de que siendo justa en lo esencial era inútilmente agresiva en los temas que podríamos llamar subsidiarios en la carta, como por ejemplo la referencia a Carlos Fuentes” (Colaboradores, 1967, pág. 6).

En su texto Fonet sentenciaba: “Los pueblos gritan Revolución y Fuentes arquea las cejas” (Fonet A. , 1967, pág. 110); cuestionaba la actitud del escritor mexicano frente a la idea de presentar a Europa como centro del mundo y contrastaba su perspectiva con la de Ezequiel Martínez Estrada, a la vez que aseguraba: “Como si descubriera la Ley de gravedad, Fuentes descubre la ‘sociedad de consumo’ y se somete golosamente a sus presiones [...]” (Fonet A. , 1967, pág. 110).

Además de la aspereza advertida por Cortázar en las palabras de Fonet cada uno de sus cuestionamientos funcionan a la hora de tratar de comprender el silencio de Viñas ante la discusión suscitada sobre *Mundo nuevo* y el texto en cuestión. Resulta curioso que no haya quedado registrada en las actas ninguna intervención suya sobre el asunto. Si se lee con detenimiento la nota de Fonet, incluso en el tono empleado por el crítico cubano se advierten matices que engranan con cuestiones ya abordadas por Viñas en *Literatura argentina y realidad política* (1964), particularmente en lo referido al viaje a Europa, el afincamiento de intelectuales latinoamericanos y sus actitudes ante los acontecimientos sucedidos en América Latina. También podría servir para entender las reservas de Viñas respecto a las discrepancias señaladas por Fonet con *La encrucijada cultural de América Latina* (1963) de H. A. Murena.

Creía el crítico cubano que Murena trataba de “exorcizar los demonios de una clase social amenazada por la violencia revolucionaria” y que sus tesis resultaban “anacrónicas y espantosamente simples” (Fornet A. , 1967, pág. 107). Viñas y Murena, más allá de la anécdota del conocido puñetazo que aquel asestara sobre este,⁷³ habían tomado senderos divergentes luego de la frustrada colaboración conjunta en *Las ciento y una*. Murena seguía orbitando alrededor del cosmopolitismo de *Sur*, mientras Viñas apostaba por los contornos que perfilan la realidad argentina del período. De manera que, trazando una línea imaginaria para dividir posiciones, David Viñas quedaría del lado de Fornet y de los cubanos que defendieron los puntos fundamentales de la nota. En definitiva, algunos planteamientos del crítico cubano estaban en sintonía con cuestiones abordadas por él en su primer libro de ensayo, y serían, como se verá, aspectos sobre los que habría de volver a finales de la década desde *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*.

La nota de Fornet fue publicada con el respaldo institucional de Casa de las Américas. En aquel número se incluyó su nombre en la lista de los miembros del Comité de Colaboración de la revista. Esta inclusión no resulta un detalle menor. Fornet ofrecía su parecer como crítico, pero sobre todo como miembro asesor de la revista. Desde esa posición su postura involucraba a los demás intelectuales del comité de *Casa*.

Aunque los cubanos aseguraban que tanto la carta a Neruda como el texto de Fornet se enmarcaban en un ámbito nacional, Cortázar, Carballo y Vargas Llosa, según puede entenderse de la lectura de las actas, creyeron lo contrario. Consideraban que, en general, la toma de posición

⁷³ En una entrevista publicada en el 2016 Ismael Viñas recordó el rompimiento de su hermano con Murena, “Una tarde en que estaban tomando café, en una confitería, se encontraban conversando sobre la posibilidad de sacar otra revista, cuando apareció el nombre de Daniel Devoto, un poeta y musicólogo del grupo de Cortázar. Murena, machista y despectivo, sentenció: “Devoto es un maricón”. David le advirtió, “Tratálo con cuidado, es mi amigo”. “Será tu amigo pero es un maricón”. Sin más, David agarró del asa la jarra de metal que había en la mesa y se la sacudió en la frente. Murena cayó, despatarrado y mojado. Intentó levantarse, pero mi hermano lo dejó semiinconsciente de un puñetazo. Claro está que la pelea cortó todo lazo entre David y Murena”. En *El Aromo*, no 41. <https://razonyrevolucion.org/la-liberacion-nacional-no-estaba-planteada-en-la-argentina-entrevista-a-ismael-vinas/>

respecto a *Mundo Nuevo*, a la reunión del Pen Club, a Fuentes y a Neruda, impactaba a nivel internacional e involucraba a los intelectuales extranjeros cercanos a la revolución. Vargas Llosa lo explicó en los siguientes términos:

Hay la tendencia a medir en América Latina la posición revolucionaria, la posición izquierdista de los escritores, de los intelectuales en general, en función de la toma de posición de los escritores cubanos, y entonces cualquier precipitación, cualquier exceso en una toma de posición de los escritores cubanos puede provocar verdaderas divisiones en la izquierda latinoamericana. (Colaboradores, 1967, pág. 20)

El camino no podía ser el del aislamiento. Según este punto de vista, atacar a “compañeros de ruta” les parecía dañino e inoportuno para el momento que vivía la izquierda intelectual. Cortázar quiso darle un tono más personal a la discusión. Prefirió incluso leer un párrafo de la carta a Neruda, donde se hacía referencia a las traducciones en Estados Unidos, para enfatizar sobre la ola de rechazos generada por la ambigüedad con que estaba planteado el asunto:

¿Con la carta a Pablo Neruda qué se busca? En el plano político-ideológico me parece perfectamente válida, y todos los amigos que tengo en Estados Unidos lo saben tan bien como yo y están de acuerdo. Pero la actitud en el plano intelectual no puede ser la de quemar las naves, no puede ser la de aislarnos y aislar todo lo de positivo que me consta hay en los Estados Unidos.

Esa alerta que se nos da y que ha sido sentido como algo más que una alerta, ofende a cualquier intelectual. ¿Es que se tiene miedo que nuestros intelectuales se dejen sobornar por dólares de editoriales norteamericanas? Yo no creo que sea esto, porque si así fuera nadie podría contar conmigo en ese campo. Es que se diría que se está exigiendo o preexigiendo de ellos un compromiso: no dejarse traducir como una especie de vacuna que impediría que el dólar prendiera en ellos. Es ofensivo y casi pueril. Con ese tipo de consigna se puede influir sobre muchos sectores, pero no sobre el sector intelectual. (Colaboradores, 1967, págs. 8-9)

Hay en esta sentencia de Cortázar una toma de posición frente a la demanda institucional de Casa de las Américas y de la Revolución cubana en general respecto al compromiso intelectual. Sobre los alcances de la carta a Neruda los cubanos aseguraron que había sido firmada por escritores de la isla por su carácter local. Consideraban además que al aparecer como primero en la lista Alejo Carpentier, el escritor cubano más traducido hasta esa fecha, bastaba para demostrar

que no se trataba de oponerse o no a traducciones en los Estados Unidos. Así, al menos, lo hizo saber Fernández Retamar (Colaboradores, 1967).

En la discusión se hicieron patentes diversas perspectivas que, si bien coincidían en un punto central como era la posición imperialista de Estados Unidos y su cambio de política respecto a América Latina en el plano cultural e intelectual, disentían con las tácticas y las posiciones de los cubanos. De un lado, las inquietudes planteadas por Rama, Cortázar, Vargas Llosa y Carballo, compartidas con diversos matices por otros miembros internacionales del comité; del otro, los planteos de los cubanos, para quienes lo primero que debía considerarse era la amenaza constante bajo la que se encontraba Cuba, en palabras de Fernández Retamar, “La capital guerrillera de América Latina”. El director de *Casa* alegó que compartía algunas de las críticas vertidas respecto a la carta a Neruda (lo referido a las traducciones, por ejemplo), pero a la vez, advirtió, “cuando Neruda recibe esta medalla de Belaúnde, en esta capital guerrillera de América Latina que es Cuba [...] donde hay una tensión emocional y a veces una falta de inteligencia en toda pasión, se creó una situación realmente muy tensa” (Colaboradores, 1967, págs. 13-14). Por eso, aseguraba, habían decidido enviarle la carta, y como consecuencia de las reacciones de rechazo generadas en el exterior dedicaron una mesa redonda para discutir sus puntos de vista al respecto.⁷⁴ Reparemos en el marcado énfasis por presentar a Cuba como la capital guerrillera del continente. Sobre esta idea volverá David Viñas desde su producción ficcional del período, lo que funciona aquí para analizar la manera que en su obra afloraban huellas de la experiencia cubana de esos años.

Más allá de que se tratara o no de “la capital guerrillera”, lo cierto es que La Habana de los años sesenta se ofrecía a la mayoría de los intelectuales de izquierda como una plataforma desde la cual parecía posible pensar un proyecto político y cultural común para la región. El viaje a Cuba no

⁷⁴ Ver “Mesa redonda sobre la penetración intelectual del imperialismo yanqui en América Latina.” En revista *Casa de las Américas*, no 39, noviembre –diciembre de 1966, p. 133.

sólo les permitía el contacto con la cultura y la realidad social de la isla, o el fluido intercambio de ideas entre biografías diversas, se trataba también de un espacio donde surgían afectos, proyectos y en el que coincidían representantes de las letras hispanas con trayectorias significativas con autores menos consagrados. Lo anterior era en definitiva una de las apuestas culturales, pero sobre todo políticas de la institución. El trabajo en Casa de las Américas y en este comité, por su parte, refleja el espíritu de trabajo y de colaboración conjunta entre sus colaboradores más asiduos. Así quedó explicitado en la reunión de enero. A partir de la polémica anteriormente expuesta Fernández Retamar consideró que la reunión era el espacio adecuado para clarificar “malentendidos” y sobre todo consideró que era imprescindible que entre los presentes llegaran a redactar algo en lo que se pusieran de acuerdo. En este caso un documento donde aclararan los puntos que se habían prestado a confusión y desde los cuales se podía trazar esa línea común, que hasta el momento había sido errónea (Colaboradores, 1967). Era evidente que existían diferencias entre ellos por lo que había que encontrar un denominador común, un espacio donde coincidiera. Aquella línea media a la que había hecho referencia Ángel Rama.

El uruguayo había señalado el punto medio del debate al sentenciar que la toma de posición de los cubanos no podía dejar de lado el problema de fondo. Creía que era “una mala intención” asegurar, como había hecho Carlos Fuentes, que con la reunión del Pen Club concluía la Guerra Fría, y reprochaba categóricamente la actitud de Neruda y la aprobación del Partido Comunista peruano respecto a la condecoración que recibiera el poeta. “El propio Partido Comunista está de acuerdo con eso. Es una porquería del Partido Comunista y de Neruda” (Colaboradores, 1967, pág. 27).

El problema de fondo para Rama estaba, no en Fuentes o en Neruda, sino en la situación ambigua y confusa de América Latina en general. La culpa de lo que sucedía en la región no la tenían sólo los Estados Unidos, sino también los soviéticos, cuya nueva política respecto a América Latina había creado, desde su parecer, un enorme desconcierto. Abogaba por la necesidad de

conseguir una especie de actitud latinoamericana que estuviera al margen de las demás fuerzas en juego, razón por la que era impulsor de asumir una toma de posición colectiva, por encima de individualidades. En tal sentido advirtió:

Nosotros queremos para nuestros países y nuestros continentes una serie de cosas, y que eso sí significa estar en contra de la intromisión imperial [...] si dentro de ese juego de valores nosotros perdemos gente tan importante como Pablo Neruda o como Borges, yo lo lamento, pero lo vamos a perder [...] Lo que yo trato de defender es una serie de convicciones sobre lo que nos corresponde hacer. Lo lamento mucho y sé lo que es como pérdida no tener a Borges con nosotros, ¡pero qué se le va a hacer! (Colaboradores, 1967, pág. 57)

Más allá de las posturas que emergieron en el debate, los involucrados coincidían en una serie de puntos: reconocían la particularidad del contexto cubano y abogaban por la necesidad de trazar las líneas generales que perfilaran una plataforma común desde donde tomar decisiones colectivas. Concordaban además en la necesidad de recuperar el diálogo con Fuentes y con Neruda; compartieron la perspectiva en relación a la inteligencia con que Estados Unidos había comenzado a desplegar la nueva estrategia cultural en referencia a América Latina y, sobre todo, admitieron la ausencia de una política de la izquierda latinoamericana para hacerle frente a cada una de estas estrategias.

Sobre este último punto aseguró Roberto Fernández Retamar: “Nosotros tenemos que momentáneamente considerarnos los primeros que vamos a tratar de postular ciertos criterios de política cultural homogénea para el continente” (Colaboradores, 1967, pág. 49). Consideraba que no sólo era necesario arribar a una serie de principios, sino también asumir una táctica, “una vez que discutamos las cuestiones de principios [...] discutiremos las de táctica. Qué táctica vamos a emplear. Una de ellas es incuestionablemente dirigirnos personalmente a Carlos Fuentes y hacerle ver cuál es nuestra reacción personal” (Colaboradores, 1967, pág. 51).

Una comisión fue encargada de elaborar el anteproyecto con las principales líneas que debían ser asentadas en el documento, que luego de ser debatido devino en la Primera Declaración del Comité de Colaboración de la revista *Casa de las Américas*.

La declaración fue firmada por la totalidad de sus miembros el 8 de enero. Hacía un llamado a la unidad de los escritores latinoamericanos de izquierda, enjuiciaba la ofensiva norteamericana en el plano cultural y advertía sobre el reordenamiento de las fuerzas tanto en el campo socialista como en el capitalista. Se hablaba de la libertad creadora pero también de la responsabilidad social del escritor, de la necesidad del diálogo y el intercambio con culturas latinoamericanas y de otras regiones; de traducciones y de coloquios, así como de la imprescindible igualdad de condiciones para tales circunstancias. El documento concluye con un “llamamiento a los escritores de los países subdesarrollados para que concurran a un debate sobre su problemática en esta hora, que es la hora de Nuestra América, de todo el tercer mundo” (1967, pág. 4). Se trataba nada más y nada menos que de la convocatoria al Congreso Cultural de la Habana de 1968.

Esta primera reunión del Comité de Colaboración de *Casa* y los debates generados dieron cuenta del amplio abanico de posturas, lecturas e incluso preferencias que, frente a la propuesta institucional de *Casa*, asumían los intelectuales convocados para “pensar” la América Latina en sus dimensiones literarias y estéticas, pero también políticas e ideológicas. La forma en que se evidenciaron las fisuras internas, tanto entre los miembros del comité, como de estos con otros intelectuales cercanos a la institución corroboraba el deterioro de los vínculos internos y también del entusiasmo con que algunos se habían sumado a la causa cubana. A su vez se polarizaban de un lado las posturas más críticas, como las de Vargas Llosa, Cortázar y Rama; frente a otras más orgánicas como la del propio David Viñas. No es un dato menor considerar las influencias literarias y en el peso intelectual que de manera individual representaban cada uno de estos intelectuales, no ya para la causa cubana, sino para la de América Latina en general. El protagonismo que tenían en *Casa* figuras como Ángel Rama o Julio Cortázar, por ejemplo, les proporcionaba una legitimidad

desde donde proyectar sus críticas y reservas. Protagonismo del que, como se verá a lo largo de este trabajo, no disfrutaba David Viñas.

3.2.2 Intelectuales de izquierda en el mar azul de Varadero: homenaje a Rubén Darío

Como parte de las actividades organizadas por Casa de las Américas en 1967 se celebró, entre el 16 y el 22 de enero, el “Encuentro con Rubén Darío”. Hasta Varadero viajaron poetas, narradores, críticos y ensayistas para, ante el azul del mar, el olor a salitre y el efecto de algún licor, “rendir un homenaje vivo a quien abrió nuevos caminos a la poesía de la lengua española y significó uno de los instantes más altos de universalización de nuestra cultura” (Editorial, 1967, pág. 1). Así lo replicó el editorial del número 42 de *Casa*, centrado en el homenaje al nicaragüense.⁷⁵

En una lista de 55 invitados alojados en la Zona Dupont en Varadero se incluyó el nombre de David Viñas (Archivo Casa de las Américas). Es de los pocos registros que indican su presencia allí. De Argentina habían llegado con ponencias y presentaciones César Fernández Moreno, Francisco Urondo, Víctor García Robles, Héctor Cattolica y Noé Jitrik. Una crónica publicada en la revista *Cuba* recuerda además que la última sesión del Encuentro estuvo dedicada a debatir sobre la situación del escritor en América Latina y, detalla: “Participaron Rama, Retamar, Benedetti, Viñas, Estrella, Dalton, García Robles [...] La ofensiva cultural imperialista fue allí desvestida, analizada y contraatacada, así como la colaboración que le prestan las oligarquías nacionales” (Male, 1967, pág. 11). Como se aprecia en una especie de mesa redonda de la que participó David Viñas se retomaron puntos fundamentales expuestos en la Declaración del comité de *Casa*. En el encuentro aprovecharon la ocasión y convocaron a aquellos que estuvieran de acuerdo para que sumaran su firma individual a la declaración. También en Varadero y a propuesta de Ángel Rama,

⁷⁵ Desde este editorial se advertía además un gesto de parte de la revista y de su comité de colaboración en referencia a Carlos Fuentes, pues su nombre apareció, junto al de Alejo Carpentier, Mario Vargas Llosa y Julio Cortázar como autores de obras que mostraban la “jerarquía universal” alcanzada por la narrativa del continente.

Carlos Pellicer y Manuel Pedro González se acordó solicitar la creación de una Sala martiana en la Biblioteca Nacional y la fundación del Centro de investigaciones literarias de Casa de las Américas. Interesa por el momento remarcar que para las actividades de este centro también los cubanos pensaron en David Viñas, el propio escritor recordaría:

me ofrecieron la dirección de la biblioteca en la Casa de las Américas. Yo en ese momento no acepté y creo que entonces fue designado Benedetti. La dirección de la biblioteca del Instituto que empezó a funcionar en ese momento. Era una tentación eh, quedarse. Ahí el problema era la quietud, llámalo como quieras, y era que me convertían en un funcionario. Hubiera entrado en conflicto con la cosa cubana. (Vergara, 2007)

Dos años después de la propuesta para dirigir el comité de la revista, David Viñas vuelve a recibir desde Casa de las Américas una tentadora oferta. Pero, por segunda ocasión se abstiene de asumir cargos que cercenaran su libertad intelectual. Mantenerse en la órbita de Casa, sin integrarse al aparato burocrático, le garantizaba la libertad necesaria para interpretar críticamente las lógicas internas de la institución y de Cuba. Era también, por lo que se entiende de la declaración recogida por Jimena Vergara, una forma de garantizar sus buenas relaciones con lo que define como la “cosa cubana”. Mantener el vínculo desde Buenos Aires le permitía interpretar externamente un escenario que en la medida que avanza la década se complejiza política e ideológicamente y deja sentir su peso sobre los asuntos culturales.

Del evento en Varadero reparo en algunos detalles de la organización que permiten comprender el contexto cubano y las experiencias a las que estuvo expuesto Viñas. Según se entiende por el acta de la organización del evento, que se conserva inédita en el Archivo de Casa, las sesiones de trabajo estuvieron enfocadas en dos direcciones: la lectura de poemas y la presentación de ponencias sobre la obra de Darío. La organización del homenaje mantuvo ocupado a los cubanos desde finales del año anterior. El programa que previeron para los invitados contemplaba lo mismo una visita al central azucarero “Smith Comas” y a los astilleros “Victoria de Girón” en Cárdenas, que un recital de Bola de Nieve, una noche de baile popular, funciones del teatro, sesiones de cine

con presentaciones de documentales cubanos y la proyección de la película “La muerte de un burócrata” (Acta de la reunión de programación interna administrativa del Encuentro con Rubén Darío, 1966). Incluyeron la exposición de cuadros de pintores cubanos en el Restaurante de las Américas, donde almorzarían los invitados, y pusieron algunos libros cubanos publicados después de 1959. Los detalles de la organización dan muestra del interés de la institución por poner a los invitados internacionales en contacto con la cultura cubana. Los libros, por ejemplo, eran una manera de demostrar que efectivamente en Cuba para 1967 podía hablarse de una literatura si no revolucionaria, por lo menos creada en tiempos de revolución.

Luego del homenaje sólo restaba esperar por los resultados del premio literario. En La Habana coincidieron los poetas, escritores y ensayistas que celebraron a Darío con los jurados del certamen. Los primeros viajaron a Oriente; los segundos visitaron Trinidad, Topes y Cienfuegos. Y de vuelta en La Habana, el 9 de febrero, se reunieron en el salón de la planta baja de Casa de las Américas para conocer los veredictos del concurso.

3.3. 1967: premios literarios y novelas latinoamericanas

Antes de tomar el avión que lo pondría de vuelta en París, luego de su participación como jurado de novela en el Premio Literario Casa de las Américas, Julio Cortázar aseguraba: “nada pudo sorprenderme menos que escuchar el nombre de David Viñas, cuando se abrieron los sobres, puesto que cada línea de *Los hombres de a caballo* estaba mostrando a un novelista consumado” (Cortázar, 1967, pág. 13). Consideraba Cortázar que el premio Casa era el más importante para los escritores latinoamericanos, por la intención que lo movía y sobre todo porque ese año “la calidad de muchos de los trabajos presentados ha conseguido finalmente darle todo un sentido” (Cortázar, 1967, pág. 35). Estas palabras ratificaban el enorme impacto que para 1967 adquiriría el premio Casa entre los escritores de habla hispana. Ese año habían coincidido en el jurado de novela José

Lezama Lima, Mario Monteforte, Leopoldo Marechal y Juan Marsé, autoridades literarias que sumaban prestigio a las virtudes del libro premiado destacadas por Cortázar.

El premio otorgaba a David Viñas una visibilidad que trascendía las fronteras argentinas y por supuesto latinoamericanas. Esto sucedía además en un momento clave para la literatura del continente, de manera particular para la novela. Ese mismo año Seix Barral publicó *Tres tristes Tigres*, de Guillermo Cabrera Infante, libro que tres años atrás había obtenido el premio Biblioteca Breve. La aparición en Buenos Aires de *Cien años de soledad*, como se ha reiterado, fue un momento culminante para la novelística latinoamericana proyectándose como nunca antes fuera de las fronteras del continente. Si, tal como han asegurado algunos estudios, el Boom nació en 1967, en Argentina con la novela de García Márquez (Ayén, 2019, pág. 327), habría que considerar la voz de David Viñas como parte de aquel estruendo literario.⁷⁶

El certamen de Casa gozaba de un prestigio similar al de Biblioteca Breve que en 1967 premió a Carlos Fuentes por su novela *Cambio de Piel*. Por supuesto que ni los libros laureados por ambos concursos disfrutaban de privilegios iguales, ni las pretensiones eran las mismas. Mientras Casa de las Américas seguía dando prioridad a obras que, como la de Viñas, relataran las realidades del continente a través de un lenguaje directo, preferiblemente referencial, la innovación y experimentación formal eran distintivas de la editorial Seix- Barral (Espósito, 2009). Lo anterior se aprecia en las obras premiadas hasta ese momento por Casa.⁷⁷ Las apuestas literarias de la institución habían quedado explicitadas además a inicios de ese año 1967 tanto en la reunión del

⁷⁶ Tal como recuerda Xavi Ayén (2019) existen varias lecturas respecto a los autores que se incluyen en el Boom. Viñas aparece incluido entre lo que según Donoso son considerados por “el público” como autores del Boom. (ver “El Boom y sus apóstoles”, p. 331, en *Aquellos años del Boom*)

⁷⁷ Novelas premiadas por Casa de las Américas hasta 1967: 1960- *Bertillón 166*, de José Soler Puig (Cuba); 1961- *Tierra inerte*, de Dora Alonso (Cuba); 1962- *Maestra voluntaria*, de Daura Olema (Cuba); 1963- *La situación*, de Lisandro Otero (Cuba); 1964- *Los relámpagos de agosto*, de Jorge Ibarguengoitia (México); 1965- *desierto*; 1966- *Las ceremonias del verano*, de Martha Traba (argentina radicada en Colombia).

comité de la revista como en el acta del premio a *Los hombres de a caballo*, cuya fundamentación se plateó en los siguientes términos:

Desarrolla la obra, en profundidad y con pleno conocimiento de la realidad humana, un tema de interés continental. Pese a tratarse de un sector que, como el militar, produce apasionados enfrentamientos de tipo ideológico en nuestra época, el autor sujeta su tratamiento a estrictas medidas de la literatura de ficción, con un sentido crítico de una sutileza que da aún más dramatismo a su narración. (Fornet J. , 2019, pág. 89)

El fallo destacaba además la facilidad con que habían acordado, por unanimidad, optar por esa “sobresaliente novela” y sentenciaba: “El libro revela, además, la mano segura de un escritor capaz de síntesis elocuentes, de penetración psicológica, y de un estilo directo y sobrio” (Fornet J. , 2019, pág. 89).

Dicha acta ofrece pautas claves acerca de sus criterios de valoración, tanto en el orden temático (desarrolla un asunto de interés continental) como formales (estilo directo y sobrio) que arrojan luces para pensar en los incentivos de David Viñas para escribir esta novela y, sobre todo, para analizar las implicancias de su apuesta al presentarla al concurso.

3.3.1 *Los hombres de a caballo* y el Premio Casa de las Américas

“Por fin David Viñas es premio de la Casa de las Américas” (Timossi, 1967, pág. 57), así se lee al inicio del reportaje hecho por Jorge Timossi a su coterráneo, a raíz de la premiación de *Los hombres de a caballo*, y que publicó la revista *Cuba* en marzo de 1967. Se cristalizaba una apuesta literaria y también política que en Viñas había empezado a tomar fuerzas por lo menos desde su participación como jurado del mismo premio en 1965. Enviar una obra al concurso convocado desde La Habana se entiende como una respuesta de David Viñas a aquellos escritores que, según él mismo advirtió en 1965, tenían ver perturbadas sus “carreras” literarias frente a los círculos que detentaban el poder en la región (Leal, 1965). Pero este gesto puede interpretarse además como un desafío, o como una invitación para que autores reconocidos del continente se sumaran con el envío

de sus propias creaciones. Era en definitiva una forma de sumar rigurosidad y prestigio, cuestiones claves para legitimar el certamen.

Emir Rodríguez Monegal subrayó la idea al señalar cómo el premio Casa de las Américas de 1967 no había caído en manos de un autor inédito o casi desconocido, tal como había sucedido en las ediciones anteriores. Al apostar por un novelista joven y con una importante trayectoria dentro de las letras argentinas, aseguraba el crítico uruguayo, el jurado “contribuía con su decisión a consagrar una carrera literaria considerable” (Monegal, 1967, pág. 75). Tal artículo de Rodríguez Monegal engrosa la lista de los textos que, desde diversas perspectivas y con lecturas más o menos críticas, se han ocupado de analizar *Los hombres de a caballo* y las implicancias literarias y políticas que representó la obtención del galardón para su autor.

Los estudios coinciden en advertir que se trata de una novela que problematiza el poder, a la vez que enjuicia el papel del ejército a lo largo de la historia argentina. Lucille Kerr, por ejemplo, la piensa como un estudio “del poder en general y de ciertas instituciones que ejercen gran poder” (Kerr, 1979, pág. 69); Pilar Roca, en sintonía con Marcos Aguinis (1969), problematiza las relaciones de poder a través de la figura del caballo, que presenta como el símbolo que permite “elear la estatura y el poder de quien lo manda” (Roca, 2007, pág. 135). Leonardo Candiano, por su parte, propone pensarla como una novela del ejército argentino pues, según su punto de vista, Viñas propone “una reflexión sobre la visión política de las fuerzas armadas, pero también desde las fuerzas armadas” (Candiano L. , 2013, pág. 446).

De la novela, y a los fines de este trabajo, interesa destacar además que, si bien Viñas mantiene un esquema de escritura propio, ofrece una novedad: el Operativo Ayacucho, hecho alrededor del cual describe las interioridades de la vida militar argentina, había tenido lugar en diciembre de 1964. No sólo se trató de un acontecimiento cercano al autor,⁷⁸ sino que, en lugar de desarrollarse

⁷⁸ Hasta la fecha las novelas de Viñas ubican su argumento entre finales de siglo XIX y mediados del XX: *Cayó sobre su rostro*, a fines del XIX y principios del XX); *Los años despiadados* entre 1945 y 1951; *Un dios cotidiano*, en 1939; *Los*

en escenarios nacionales como había sucedido en las novelas anteriores,⁷⁹ elige otro lugar de América Latina: Perú. Asimismo, Viñas entiende al ejército, según aseguró a Timossi en La Habana, como la zona “donde se densifica la sobrevivencia de toda la estructura liberal burguesa” (Timossi, 1967, pág. 57), una problemática que, advirtió, se manifestaba no sólo en Argentina sino en toda América Latina. En sintonía con esta perspectiva debe leerse el énfasis del jurado respecto al tratamiento que hace de un tema de “interés continental”. Sobre el particular Rodríguez Monegal aseguró que en la novela:

Viñas consigue mostrar cómo el Ejército argentino deja de ser el creador de la nacionalidad y una de las fuerzas mayores en la construcción de una América libre para convertirse en una fuerza de opresión dentro del país y en un colaborador eficaz de un ejército interamericano que se propone destruir de raíz el movimiento guerrillero. (Monegal, 1967, pág. 81)

Una semana dura la acción militar que narra la novela y en ese mismo período se cuenta la vida de Emilio Godoy, personaje principal cuya historia se presenta alternando el pasado y el presente del oficial, hijo menor de una familia de tradición militar argentina específicamente vinculada a la caballería. El recorrido parte de José María Godoy, tatarabuelo de Emilio, quien como miembro del Ejército Libertador había participado de la Batalla de Ayacucho (1824). Ciento cuarenta años después Emilio forma parte de un operativo que, a pesar de llevar el mismo nombre tiene propósitos muy distintos. Así se lo planteó Viñas a Timossi: “La idea de los militares fue la de utilizar la misma designación, <Ayacucho>, para un ejercicio que es de ejercitación contra la guerrilla, cuando la designación <Ayacucho> corresponde a la liquidación del dominio español en América Latina” (Timossi, 1967, pág. 57). Era más o menos ésta la interpretación que hizo Rodríguez Monegal.

En consonancia con esta idea María Teresa Gutiérrez-Haces considera que tanto en *Los hombres de a caballo* como en *Cuerpo a cuerpo* Viñas “trata de establecer cuál ha sido el factor que -en su

dueños de la tierra, en 1921; *Dar la Cara*, en 1963 (aunque también refiere a un momento contemporáneo al autor, esta novela es producto de un guion cinematográfico); *En la semana trágica*, en 1919).

⁷⁹ Cañuelas en *Cayó sobre su rostro* (1955), la Patagonia en *Los dueños de la tierra* (1958) y Buenos Aires en *Los años despiadados* (1956), *Un dios cotidiano* (1957) y *Dar la cara* (1963).

opinión- marcó el cambio de actitud de la institución militar dentro de la sociedad argentina” (Haces, 1991, pág. 22). Aspecto ante el cual presenta a Cuba como uno de los detonantes fundamentales. Así hizo saber a Gutiérrez Haces el propio Viñas cuando le aseguró que “la revolución cubana al suponer cualitativamente un salto respecto de la izquierda tradicional de América Latina, los condicionó (a los militares) a perfeccionarse en el arte de verdugear” (22). Viñas vuelve sobre la de perspectiva de “verdugos” que interpretaba como la vocación de los militares argentinos, una idea que usó como punto de arranque interpretativo en el ensayo (folleto) publicado (y escrito) en La Habana entre 1966 y 1967.

Además de la intención por instalar su novela en una trayectoria latinoamericana dedicada al tratamiento del asunto militar en la región, visible desde la propia dedicatoria (a Carlos del Perál, Mario Vargas Llosa y Rodolfo Walsh creadores...) y que hizo explícito en la charla con Timossi, habría que reparar en esta confesión hecha en la citado reportaje, “yo visité el lugar, tomé fotografías, estuve hablando con algunos personajes de ahí” (Timossi, 1967, pág. 57). El dato podría explicar ciertos sesgos testimoniales que se asoman en la narración y sobre todo la tendencia de buena parte de la crítica a valorar esta novela como una obra de corte realista.

Una de las lecturas más equilibradas que se han hecho sobre este último asunto, a nuestro parecer, la ofrece Carlos H. Magis desde “Novela, realidad y malos entendidos” publicado en 1971. A partir de una serie de malos entendidos que percibía en la crítica del período, el investigador discute la idea (prejuicio según sus palabras) de pensar esta novela como un ejemplo típico de obra que explicita el vínculo de la literatura con la realidad (Magis C. H., 1971). Sin embargo, no es esta zona de la discusión la que interesa del planteo de Magis, y ni siquiera concierne analizar la manera en que Viñas presenta las relaciones de poder o el tratamiento que da al Ejército Argentino. Me detengo en dos de las múltiples cuestiones desarrolladas por Magis, la primera tiene que ver con el contexto en que apareció la novela y la segunda con la incidencia que tuvo el premio en las reacciones generadas a su alrededor.

Lo embarazoso del caso, alega Magis: “es que dicho certamen se realizó en Cuba, el primer país socialista de América” (Magis C. H., 1971, pág. 15). La circunstancia tuvo, según su punto de vista, una doble incidencia. Por una parte, “fue un factor importante de la buena acogida que tuvo la novela en ciertos círculos que vieron en ella el prototipo de *novela realista* escrita por un creador *responsable*” (15); pero, esa misma circunstancia generó en otros círculos, “no poca resistencia y hasta motivó las acusaciones muy explícitas de ser apenas una mera crónica interesada o un simple panfleto político” (15). Esta contradicción advertida por el investigador resulta reveladora en la medida que señala la manera en que lo político era determinante dentro de los círculos intelectuales del período, en los cubanos con especial énfasis, pero también en los de otras regiones del continente.

El otro aspecto que interesa rescatar para el análisis son los motivos impulsores señalados por Magis en el proceso de escritura. En tal sentido advierte: “parece obvio que su intención ha sido la de denunciar el respaldo que los militares argentinos han dado desde 1930 a los grupos más reaccionarios” (15). También en los motivos que enumera, y con el propósito de fundamentar que la obra trasciende la realidad histórica del momento en que se publica, Magis sentencia que “Viñas no ha querido, o no ha podido, novelar exclusivamente una realidad histórica, accidental, sino que ha verbalizado una realidad total, esencial e inmanente” (16).

A través de los enunciados de Magis, intento incorporar a esta lectura otras aristas que arrojen nuevas luces para interpretar tanto las reacciones que generó la novela premiada en La Habana, como los motivos que llevaron a su autor a su escritura. En tal sentido propongo considerar la experiencia cubana del escritor como un componente de influencia decisiva.

Es Viñas quien ofrece pautas que fundamentan esta propuesta, en el reportaje de Timossi aseguró: “Le tenía ganas a este premio. Tenía ganas de ganarme este premio” (Timossi, 1967, pág. 57) y más adelante sentencia: “Casa de las Américas. Sí. La idea es la de un libro que dé una respuesta. Una problemática latinoamericana en el mejor sentido... Sí. Pensé en La Casa de las

Américas. Pensé que este libro podía ser un candidato a este premio” (57). Por esta declaración se entiende que estuvo considerando, además de las cuestiones formales, estilísticas y temáticas, los requerimientos estéticos, argumentales o ideológicos del premio durante la concepción y escritura de la novela. En el reportaje con Timossi Viñas explicitó otros aspectos (prácticos, conceptuales e incluso personales) de su interés por este premio:

A partir de cosas muy concretas: en primer lugar, mil dólares que me permiten trabajar durante un año, tener un alivio durante un año, y, de otra parte, contribuir a dar una pauta a lo que ha venido siendo el premio. Más o menos en lo de Jesús Díaz, algún tipo de ensayo... La idea de hacer una cosa militar. Incluso este otro componente: el cierre de posibilidades en Argentina. ¿Qué canales de difusión tenés en Argentina? Cada vez menos. ¿A qué premios te podés presentar en Argentina? Los premios son, o nacionales, es decir oficiales, o de las grandes fundaciones. El premio de la Casa: aquella estructura que te permita, a través de la cosa formal que es un premio, que tiene como el de la Casa una determinada trascendencia, la posibilidad de canalizar lo que uno hace”. (Timossi, 1967, pág. 57)

Retribución económica, aportes conceptuales a estéticas literarias afines, trascendencia y posibilidad de plantear ciertas preocupaciones comunes a América Latina, se presentaban al escritor como un cuadro que perfila un escenario oportuno e incluso necesario desde el cual intervenir en la escena literaria del período.

Hubo antecedentes concretos del abordaje que se dio en Cuba al tema que ocupa su argumento cuando Viñas se incorporó al comité de la revista *Casa de las Américas* en el número 33 (noviembre-diciembre de 1965) dedicado a homenajear a Ezequiel Martínez Estrada. La revista analizó, desde diversas perspectivas, la mirada del ensayista sobre la historia argentina y latinoamericana, a la vez que aparece de manera reiterada el dilema de lo militar como factor común en la historia regional. Asimismo, la sección “Al Pie de la Letra” reprodujo (en parte) y comentó el documento que desde París firmaran un grupo de escritores e intelectuales peruanos con el propósito de juzgar los acontecimientos de su país. “Toma de posición” llegó a circular por todos los medios intelectuales a los que tuvieron alcance los peruanos Mario Vargas Llosa, Julio Ramón Ribeyro y Hugo Neyra, entre otros. En este marco, los firmantes apoyaban el movimiento de la guerrilla peruana, avalaban la lucha armada como único camino para lograr el triunfo de la

justicia social y del desarrollo, censuraban la violencia gubernamental y condenaban a la prensa por desvirtuar el carácter nacionalista del movimiento (Al pie de la letra, 1965, pág. 163). En el apartado *Últimas actividades de la Casa*, se volvía sobre el asunto a través de una nota que daba cuenta del acto realizado en conmemoración del 144° aniversario de la independencia del Perú, donde los escritores cubanos Liliam Moro y Félix Pita Rodríguez habían conversado con el poeta peruano Mario Razzeto sobre la vida y obra de César Vallejo.

La derrota de la guerrilla peruana fue tema prioritario en las discusiones entre la intelectualidad latinoamericana y mundial durante esos años. Si bien La Habana no fue el único escenario de debate, sí se constituyó en una de las principales tribunas de denuncia. Si se considera la importancia que tuvo el tema en los círculos intelectuales cubanos y la vinculación de Viñas a partir de su estadía cubana en 1965, puede conjeturarse con que la posición asumida desde Cuba debió complementar su propia perspectiva del asunto.

Otro detalle que apunta a la probabilidad de que Viñas escribiera esta novela teniendo en mente el premio Casa como destino final se advierte en una entrevista que ofreció en La Habana. En el vestíbulo del Hotel Nacional, un mediodía posterior al 9 de febrero de 1967, cuando se supo el fallo del jurado, mientras David Viñas regresaba de la piscina se encontró con Pedro Sarduy, un periodista cubano que quería conocer sus impresiones sobre el finalizado concurso. “¿Si no hubieras ganado el premio cómo te hubieras sentido?” (Sarduy, 1967, pág. 5), preguntó el periodista instalado ya en la mesa dónde almorzarían los dos. “Frustrado, viejo, no es nada nuevo, creo que cualquiera se hubiera sentido así” (5). Esa fue la respuesta de aquel argentino que le resultó “extremadamente joven en sus 38 años” (5) y cuyos gestos y tono le recordaron a Hemingway. En la charla, que se extendió por más de tres horas, Viñas explicó su dinámica de escritura (10 horas diarias), habló de sus gustos por el cine (como una gran posibilidad de difusión), de Perón, del año en que fue deportado de Venezuela por participar en un acto de apoyo a la Revolución cubana, de Sartre y de la crisis de la narrativa europea; crisis contraria, aseguró, a lo

que sucedía en América Latina. “Aquí, está lo cuestionativo que da lugar a nuevos héroes, allá el aburrimiento, el clímax alcanzado, que da sitio a la santificación. Nuestra narrativa se emplaza acá en lo cuestionativo y por supuesto yo estoy presente” (Sarduy, 1967, pág. 14).

De esta declaración resulta ilustrativa la seguridad con que Viñas apunta a la obtención del premio *Casa*. Es lo que se entiende al leer su referencia a la posibilidad de frustración ante lo que era en definitiva uno de los tantos certámenes que se convocaban en el continente. Por otro lado, quedaba explicitado su auto reconocimiento entre las voces que desde diversas posturas estéticas estaban poniendo a la literatura latinoamericana en un espacio que trascendía las fronteras nacionales. Viñas lo hacía no desde el “aburrimiento” de la vieja Europa, si no desde América Latina, desde La Habana, lugares que consideraba idóneos para el surgimiento de los nuevos héroes de la literatura de habla hispana. Corroboraba además su apuesta por la convocatoria hecha desde la institución cubana en detrimento de otras que circulaban durante el período. Sin embargo, hay en esta apuesta matices que no deben dejar de considerarse.

Resulta necesario aludir a las casas editoras referidas al principio de este apartado para desarrollar el ejemplo: mientras los libros publicados por Casa apenas lograban circular por el continente, Seix Barral en Barcelona, y con Carlos Barral al frente de la dirección literaria, encabezaba “un proceso de modernización profunda del sector cuando convierta a un conjunto notable de escritores hispanoamericanos en un éxito de ventas sin precedentes en el nivel de la literatura culta y de experimentación formal” (Espósito, 2009). Si bien la apuesta de Viñas de presentar su novela a Casa de las Américas debe pensarse como una aspiración de posicionarse estética y políticamente ante la propuesta de la editorial catalana, habría que recordar que, más allá de sus críticas, también estuvo tentado por las bondades que desde allí se ofrecían a los escritores. La novela *Cosas concretas*, por ejemplo, queda finalista en el concurso Seix Barral de 1969. Del interés de Viñas por Barral daría cuenta Ricardo Piglia, quien para 1970 escribiría en su diario: “Al fin de la tarde cayó David, con su habitual neurosis de los días feriados, recitando sus

renovados furores contra Cortázar [...] A partir de ahí David se largó durante toda la noche sobre sus desdichas [...] Tironeado por la necesidad de dinero y por las ganas de publicar en España con Barral, exagera su inteligencia para armar coartadas (como todos nosotros)” (Piglia, 2016, pág. 180).

Lo que interesa destacar de la observación anterior no son las políticas de ambas editoriales, que, en definitiva, aunque tenían distintos alcances, no eran proyectos excluyentes entre sí. Importa acentuar las posibilidades que, más allá de apuestas políticas, representaban para los escritores de habla hispana integrar sus respectivos catálogos. Habría que mencionar además que, en la medida que avanzaba la década y la Revolución cubana se radicalizaba, el concurso de Casa de las Américas iba cediendo literaria y estéticamente ante las demandas políticas e ideológicas en juego. Y como consecuencia, por ejemplo, ante la apertura de Seix Barral que mezclaba autores de ambos lados del Atlántico (Espósito, 2009), la Casa se fue cerrando cada vez más a lo latinoamericano y priorizando autores y obras que se mantenían en las órbitas de la institución.

Lo cierto es que con el Premio Casa de las Américas David Viñas se instalaba en un circuito literario latinoamericano que para 1967 estaba en el centro del mundo de las letras hispanas, anglosajonas y de múltiples lenguas que, a través de las traducciones se acercaban a las producciones del continente. El libro premiado en La Habana se incorporaba además a una trayectoria de novelas que en América Latina se habían ido ocupando del asunto militar. Era en definitiva la concreción de un desplazamiento temático en su obra que trascendía las fronteras nacionales para ubicarse en lo continental.

3.4 Un relato sobre la revolución

Con fecha 22 de febrero de 1967 llegó hasta Reconquista 870, en la ciudad de Buenos Aires, una carta destinada al Sr. David Viñas procedente de La Habana. Hacía pocos días el escritor había regresado de la capital cubana, lo que explica la brevedad de la misiva firmada por Roberto

Fernández Retamar: “De repente te levantaste de aquella aburridísima mesa con Toti y todo, saliste un momento y no te vi más” (Retamar R. F., 1967). Así escribió el director de *Casa*, quien rápidamente daba paso al motivo de su comunicación: “Ahora tengo que hacerte estas líneas apresuradas para *recordarte, insistirte* en que [...] es imprescindible que *ya* estés escribiendo tu trabajo testimonial para el número monográfico de la revista sobre ‘Situación del escritor latinoamericano’: número que, además, ideaste tú” (Retamar R. F., 1967).⁸⁰

La carta, conservada inédita en el Archivo de Casa de las Américas, señala dos cuestiones que este apartado propone analizar: la participación de Viñas en la mesa redonda referida por Fernández Retamar y la responsabilidad del argentino en la gestación de un número emblemático de la revista *Casa* en el cual, como se verá, los colaboradores reflexionaron y pusieron a dialogar diversas perspectivas sobre sus circunstancias como intelectuales latinoamericanos de izquierda.

La presencia de Viñas en esa mesa redonda, inmortalizada en la película *Memorias del Subdesarrollo* (1968), de Tomás Gutiérrez Alea (Titón), interesa como parte del itinerario del argentino en La Habana durante 1967 y, además, por constituirse en un espacio donde, como se verá, se plantearon problemáticas claves del debate intelectual del período.⁸¹

En tal sentido lo que interesa rescatar es la recuperación que hizo Tomás Gutiérrez Alea al incorporarla a su película y, sobre todo, el argumento desarrollado por el cineasta, basado en la novela de Edmundo Desnoes *Memorias del subdesarrollo*. Titón y Desnoes trabajaron juntos en el guión de la película que se estrenó en 1968. En él se analiza, a través de un monólogo interior, la circunstancia de un escritor burgués (Malabre en la novela, Sergio en el filme) que ha decidido

⁸⁰ Subrayado del autor.

⁸¹ Sobre su presencia en esta película recordaría Viñas, “Eso fue una mesa redonda que se había polarizado, entre los planteos cubanos del momento cuyo representante cordial era un tipo, Giovanni Toti, Juancito Toti, ese era el encantado personaje, pero creo recordar que era amigo del Comité Central del Partido Comunista italiano. Ahí hubo un enfrentamiento, estábamos discutiendo eso y de pronto se pusieron a filmar lo que estábamos discutiendo” (Vergara, 2007, pág. 102).

permanecer en Cuba luego de que sus familiares y amigos se exiliaran en Estados Unidos. El escritor reflexiona sobre los acontecimientos de una Cuba postrevolucionaria.

A mediados de 1967 se publicó en Argentina “Sábado de gloria en la capital (socialista) de América Latina”, un relato de David Viñas incluido en la antología *Buenos Aires, de la fundación a la angustia*. Como se verá, allí Viñas recuperó problemáticas sobre las que había dialogado durante su estancia en La Habana a inicios de ese año y particularmente en la mesa dedicada al subdesarrollo. Desde el título mismo del relato se advierten además guiños en relación a figuras, textos o sucesos que marcaron su propia trayectoria intelectual durante el período. Aparece no sólo la figura de Arlt con su “canto” al espíritu de la calle Corrientes, sino además Ezequiel Martínez Estrada, que también tuvo su *Sábado de Gloria*,⁸² y sobre todo se aprecian ecos de la frase subrayada por Retamar, y repetida por otros intelectuales durante la reunión del Comité de Colaboración de la revista *Casa*, al referirse a Cuba como “la capital guerrillera de América Latina”. Sobre esta idea habían insistido desde diversos medios propagandísticos y se retomó además en el editorial del número 40 de *Casa*, donde referían a la cubana como “la primera revolución socialista de América” (Editorial, 1967).

“Sábado de gloria en la capital (socialista) de América Latina” es un extenso monólogo donde un intelectual reflexiona, mientras desanda por la calle José Ingenieros (anteriormente llamada Corrientes), sobre las múltiples acciones que debe acometer una revolución socialista en el poder. El relato es el último del volumen de cuentos y es presentado así: “*Cierra esta cronología porteña un relato también inédito de David Viñas (Buenos Aires, 1929), reciente ganador del premio “Casa de las Américas” por su novela aún inédita Hombres de a caballo*” (1967, pág. 16).

⁸² Ezequiel Martínez Estrada. *Sábado de Gloria*. Editorial nova. Buenos aires, 1956.

Por la aclaración anterior se entiende que Viñas debió escribir (o al menos concluir) este relato luego de la estancia en Cuba a inicios de año, cuando se alzó con el referido premio. De manera que su permanencia en La Habana y la vinculación en las actividades generadas alrededor del premio y en otros espacios de los que formó parte (la mesa redonda sobre literatura y subdesarrollo, por ejemplo) fueron afluentes de información importante respecto a las problemáticas sobre las que reflexionó. De su experiencia en aquella mesa redonda también pudo tomar elementos que luego incorporaría a su ficción. Si bien la película se estrenó en 1968, la novela de Desnoes había tenido una primera edición en 1965 y se entiende que al menos el texto literario de quien fuera además miembro del comité de *Casa* debió ser conocida por el argentino. Habría que recordar incluso que, cuando en 1965, desde la revista *Cuba* quisieron saber las impresiones de Viñas sobre la nueva literatura cubana, el argentino quien no tenía demasiada información al respecto, advirtió: “Empero, me estoy zambullendo en los nuevos: Desnoes, Sarusky, Navarro, empiezan a serme familiares” (Leal, 1965, pág. 25).

Más allá de que David Viñas hubiera leído para la fecha la novela de Desnoes, lo cierto es que tanto en *Memorias del subdesarrollo* como en “Sábado de gloria en la capital (socialista) de América Latina” los personajes principales reflexionan sobre la revolución a través de extensos e irónicos monólogos, desde dónde se cuestiona ideológica y políticamente la realidad revolucionaria. Otra coincidencia, sobre la que han reparado algunos estudiosos, es la opción del suicidio como alternativa ante una realidad que no logra ser comprendida, o al menos aceptada en su totalidad.

Para Enrico Mario Santí, por ejemplo, la ambigüedad con que está planteado el final de la novela de Desnoes en su edición de 1965 deja al lector ante la duda del suicidio o la conversión de Malabre en revolucionario. Sin embargo, la incorporación que hacen en la versión de 1975, consultada aquí, y en la película, de la figura de Hemingway deja explicitado el final. En tal sentido asegura Santí: “La carga alegórica del pasaje sobre Hemingway frustra la conversión y lo reduce a la única

alternativa del suicidio” (Santí, 1984, págs. 17-18). Advierte Santí además: “Dicho de otro modo: la muerte de Malabre, que suponemos ocurre al final del libro, constituye el requisito final de la revisión ideológica. Esta interpretación lo corrobora el filme de Gutiérrez Alea que sugiere la muerte del protagonista desde la primera escena” (17-18). En el relato de Viñas es la pareja del intelectual que divaga por Corrientes, quien toma la dramática decisión. En su abandono, la novia de Malabre, en la novela de Desnoes, había sido menos radical al optar por el exilio norteamericano. Ambos personajes femeninos llevan el nombre de Laura.

En esta misma línea de análisis Gerardo Muñoz asegura que el relato de Viñas, “debe ser leído como una retórica alternativa a las poéticas de aquellos años en libros como *Los años duros* (1966), de Jesús Díaz, o *Condenados de condado* (1968), de Norberto Fuentes” (Muñoz, 2012). Son estos, para el autor, “dos modelos del realismo tradicional ajustado a la euforia iniciática de la Revolución” y continúa diciendo:

Como en la mesa redonda sobre el subdesarrollo que funciona también como emblema irónico en el filme de Tomás Gutiérrez Alea, y donde por cierto podemos ver la gestualidad y la retórica de Viñas; “Sábado de Gloria” es su correlato literario, acaso uno de los pocos textos que ha intentado poner en escena el raro experimento de unir vanguardia estética y política: corporizar la Revolución Cubana, de volverla *collage*, capturar las imágenes de sus gestos. (Muñoz, 2012)

Renata Rocco-Cuzzi por su parte advirtió sobre la influencia de Cuba que Viñas debió tener al momento imaginar el relato. La investigadora reflexiona además sobre el modelo de intelectual que formula Viñas y propone que su visita en 1967 debió representar “una experiencia doblemente significativa porque lo sometía a una tensión entre una revolución que evidentemente apoyaba pero frente a la cual no podía suspender su lectura crítica” (Cuzzi, 2014, pág. 112). Más adelante advierte, “La revolución pensada también como una avalancha de discursos celebratorios a lo mejor fue el germen de su intelectual ‘autista’, y lo hizo caminar por Corrientes para ‘nacionalizar’ la

crítica, y extenderla en este caso a los 'intelectuales de café' habitué del espacio urbano que él mismo compartía" (Cuzzi, 2014, pág. 112).

Un pasaje puntual del relato sirve para verificar las resonancias de los debates del período que tuvieron lugar en varios lugares, pero especialmente en La Habana, donde se insinúan e ironizan tanto la idea de compromiso intelectual, los rezagos de un estilo de vida burgués y los sueños irrealizables como las fantasías políticas y sexuales. También se reflexiona sobre el silencio que se intentaba imponer ante determinados sucesos cubanos. Cuestión que había sido señalada de manera enfática por Lisandro Otero en la reunión de enero en Casa de las Américas. Es desde este trasfondo que debe leerse este pasaje:

Cuando llegue a casa, aunque Laura se haya puesto el camión o recién salga del baño y se le ocurra pasearse desnuda por el dormitorio [...] le tengo que pedir que me escriba esas cartas a mis amigos de allá. No; de la Isla. No, no: de Cuba. ¿Por qué vamos ahora a seguir eludiendo la forma directa de decirlo? Y en las cartas: ¿Viste, Licia, cómo éramos capaces de hacer la revolución y tomar el poder; ustedes que se sonreían cuando yo se los decía en La Habana? ¿Viste, Yuly, que no estábamos tan muertos y que de un país de donde había salido el Che podían salir cincuenta tipos más como él? ¿Viste, Bob, que desconfiabas de nosotros asegurando que la izquierda revolucionaria argentina tenía miedo de tomar el poder? (Viñas D. , 1967, pág. 220)

Como se aprecia Viñas ironiza sobre problemáticas debatidas en La Habana. Cuando se leen sus cartas enviadas a Roberto Fernández Retamar durante esos años se percibe que en más de una oportunidad le llama Bob a su par cubano. Un gesto de confianza y afecto que utilizaría fundamentalmente en aquellas misivas que involucraban asuntos más ligados a lo personal, en las que se refiere a él además como estimado amigo o hermano Roberto. De manera que, junto a las referencias directas a La Habana, esas cartas encuentran destinatarios identificables. Hombres de carne y hueso con los que David Viñas discutía, fraternalmente (para usar un término suyo) en esos encuentros de los que formó parte en la capital guerrillera del continente.

3.4.1 Situación del escritor latinoamericano y un intercambio epistolar alternativo

Para mediados de 1967 y con vistas a las celebraciones por el XIV aniversario del asalto al cuartel Moncada, Haydée Santamaría le escribió a Viñas pidiéndole que se uniera a los festejos organizados en diversas regiones. “Conociendo su amor por Cuba y por nuestra revolución” decía la directora de Casa, “me atrevo a pedirle esta colaboración que ayude a identificar a su pueblo con el espíritu de rebeldía que nos condujo a la acción del Moncada” (Santamaría H. , 1967).

La misiva da cuenta de las labores extraliterarias a las que era convocado el escritor desde La Habana. Por otro de los documentos que se conservan en el archivo de la institución pueden conocerse algunos de los compromisos asumidos durante su estancia de enero; por ejemplo, la coordinación, junto a Leopoldo Marechal y Paco Urondo, de lo concerniente al plan de solidaridad con el 26 de Julio (Documentos, 1967).

Las condiciones políticas en Argentina, sin embargo, no les permitieron sumarse a los festejos por el Moncada. “La posible movilización en Buenos Aires para el 26 de julio creo que va a resultar totalmente imposible” (Viñas D. , 1967), así le comunicó Viñas a Marcia Leiseca, a quien le advertía además que, como alternativa, él viajaría a Montevideo. “Supongo que allá, en la otra banda, será posible hacer un gran ruido” (Viñas D. , 1967). Esta misiva llegó hasta La Habana a través del Dr Armando Bauleo, quien viajaba a la isla “Por razones políticas - paralelas a sus motivos profesionales”, y necesitaba contactarse con personas “eficaces” (Viñas D. , 1967). Viñas le pide a Leiseca que lo trate como un gran amigo de Cuba y la revolución. También le informa que su artículo para el número especial de *Casa* sobre la situación del intelectual latinoamericano lo había mandado, hacía quince días, vía México.

Pero la carta llegó con otro pedido: “un detalle aparentemente secundario”, decía Viñas y a renglón seguido solicitaba a Leiseca que invitaran a Cuba al Dr Arturo Jauretche. Podía ser a través de Casa de las Américas o por intermedio de otra estructura: “no sé si lo conocen al hombre, pero se trata de un viejito del nivel de Marechal, popular peronista, eficaz político (además de algunos

elementos pintorescos) pero que resultaría muy importante para Uds. y para nosotros que declarara públicamente su adhesión a la revolución cubana” (Viñas D. , 1967)

La aspiración a establecer puentes políticos con La Habana queda explicitada en esta misiva de David Viñas. Involucrar a intelectuales argentinos con una trayectoria reconocida al proyecto revolucionario cubano, representaba, desde su punto de vista, ventajas para los intereses de Cuba, pero sobre todo para los argentinos. Esta intención se corrobora en otra misiva enviada algún tiempo después desde la cual Viñas en términos semejantes a los usados con Jauretche comunicaba a Retamar: “también les propongo encarecidamente el nombre de ARMANDO DISCEPOLO [...] autor decisivo dentro del proceso de teatro de A.L [...] En los dos casos sería un golpe publicitario fuera de serie (te diría aunque sólo se corriese la voz de que ambos han sido invitados y aun cuando no pudiesen viajar dado sus achaques).Te insisto Roberto: un golpe a favor de la Revolución de uds. y un tanto a favor de la que queremos hacer aquí” (Viñas D. , 1968).

En julio de 1967 llegó a Leiseca otra misiva de Viñas. El portador era Luis Piriz, presentado como gran amigo personal y firme defensor de la Revolución. Piriz se trasladaba a Cuba por razones específicamente políticas y, subrayaba Viñas, “tiene especial interés en contactarse con las personas indicadas para determinados aprendizajes. Estimo que el nexo más cabal para este caso debe ser nuestro viejo amigo Juan Carlos” (Viñas D. , 1967). ¿Quién era Juan Carlos? ¿De qué aprendizajes habla Viñas en esta misiva?, ¿A qué personas refiere como “eficaces”? Las respuestas a estas preguntas superan los propósitos de este trabajo, sin embargo, se intuye que se trataba de cuestiones involucradas con asuntos políticos.

Ambas misivas trasladadas cuidadosamente hasta La Habana en manos de sus respectivos beneficiarios, dan muestra de que el interés y el vínculo de David Viñas con Cuba trascendían los aspectos puramente culturales y literarios. Ofrece horizontes además desde donde interpretar la alusión de Marcia Leiseca a Ángel Rama sobre otros organismos interesados por la presencia y

estancia de David Viñas en la isla. Poco tiempo después, el escritor aludiría a la necesidad de esos “determinados aprendizajes”, no ya para amigos, sino para él mismo. En septiembre de 1968 le escribía a Retamar: “como supongo que para el mes de enero se reunirá el comité de la revista espero estar allá para entonces [...] Pero además mi intención no es solo ocuparme de cosas culturales, sino de hacerun *aprendizaje* que ya resulta imprescindible y la única alternativa decorosa por estos lados” (Viñas D. , 1968).⁸³

En la carta entregada por Piriz a Leiseca Viñas reiteraba que había enviado su artículo para la revista vía México, volvía sobre lo oportuno de invitar a Jauretche y comentaba: “somos varios los argentinos (por ahora Noé, Urondo, Peralta y Dalmiro) los que nos pasamos a Montevideo para el homenaje del 26” (Viñas D. , 1967). Aunque no se han consultados registros que den cuenta de las actividades a las que se sumaron los argentinos en Uruguay, esta información ofrecida a Leiseca, corrobora su apoyo a la convocatoria hecha por Haydée Santamaría.

A pesar de la reiteración de haber enviado su colaboración para la revista a través de México, ese texto de Viñas jamás llegó a La Habana. A inicios de octubre Fernández Rematar le escribió: “Al fin se está imprimiendo el número de *Casa* sobre ‘Situación del Intelectual latinoamericano’ sin tus páginas[...]Lo siento de verdad” (Retamar R. F., 1967). Esa entrega 45 fue la última de 1967 y reflejó esencialmente el tono que había propuesto David Viñas durante la reunión de enero: “Darle una entonación de autobiografía o de elemento que apunte o acentúe la vida cotidiana de los escritores en las diversas coyunturas, esencialmente esto” (Colaboradores, 1967, pág. 16).

En la portada se anunciaron colaboraciones de nombres claves de la literatura del continente que reflexionaban sobre su situación como intelectuales de izquierda: Cortázar, Vargas Llosa, Benedetti, Depestre, Dalton, Galich, entre otros y, con el mismo tono amarillo, pero en letras

⁸³ Subrayado del autor

mayúsculas se incorporó otro nombre: Che Guevara, como parte del título de un texto que le dedicaba Sergio de Santis al guerrillero. En el editorial se leía: “El comandante Ernesto Che Guevara ha muerto al frente de sus tropas, que son las de nuestra América. La noticia nos llega cuando ya se está imprimiendo este número, a lo largo del cual, y no por azar, aparece constantemente su nombre” (editorial, 1967, pág. 2).

3.5 Consideraciones finales

Los vínculos que estableció David Viñas con Casa de las Américas a partir de 1965 estuvieron determinados por la manera en que el escritor pensaba y proyectaba las relaciones con el poder y las instituciones que lo representan. Las reiteradas negativas del argentino ante las propuestas hechas desde La Habana para que se integrase al aparato burocrático de la institución develan su interés por mantener la libertad e independencia intelectual ante un proyecto cultural que, si bien compartía en sus aspectos más generales, despertaba sus reservas ante un escenario en el que, por momentos, las demandas políticas hacían colapsar las aspiraciones estéticas y literarias que no se ajustaban a las órbitas establecidas. No se trata, por supuesto de pensar a David Viñas como un marginal frente al aparato institucional cubano, habría que recordar a Nicolás Rosa cuando advirtió: “David Viñas escritor de izquierda, de clase media, puede aparecer como marginado o como integrado según los contextos en los que se ubique. Él también puede soportar la progresiva institucionalización” (Rosa, 1970, pág. 88).

En este sentido cabe señalar que, por encima de aptitudes críticas ante sucesos puntuales, la figura intelectual que encarnaba Viñas para mediados de la década del sesenta estaba en sintonía con las demandas institucionales de Casa de las Américas. Dan cuenta de lo anterior la convocatoria que recibiera en reiteradas ocasiones para que se instalara en la isla.

La experiencia acumulada por el intelectual durante su paso por La Habana dejó huellas perceptibles en los textos que escribió y publicó durante el período. Los acontecimientos que

tuvieron lugar en la capital cubana a lo largo del año 1967, por otro lado, sentaron las bases para el rompimiento o distanciamiento de una buena parte de los intelectuales latinoamericanos que se habían sumado al llamado de Casa de las Américas con el proyecto cultural y político de la Revolución cubana. Desde la reunión del comité en enero de ese año se hicieron patentes significativas diferencias de formas, y también de contenido. Las discrepancias se plantearon fundamentalmente respecto al lugar que les correspondía como intelectuales de izquierda en un contexto particularmente problemático para América Latina, que, luego de la muerte del Che, resultaría irrecuperable para muchos. Las demandas institucionales de Casa de las Américas en referencia al necesario compromiso y al tratamiento de determinados temas en las obras literarias, la toma de posición de los intelectuales cubanos ante acontecimientos que habían involucrado a los pares de América Latina, el cuestionamiento a Europa y la permanencia allí de escritores latinoamericanos, entre otras divergencias, perfilaron fisuras en las relaciones establecidas luego de 1959 que, para finales de la década, serían determinantes al momento de definir posiciones respecto al proyecto cubano.

Capítulo 4. David Viñas y las cosas concretas: intelectuales, lenguaje y poder (1968-1969)

Todo uso del lenguaje implica una toma de posición, una valoración, lo que determina además el carácter ideológico que se le atribuye (Ludmer, 2015, pág. 89). El problema del lenguaje, de la ideología y de los vínculos entre la producción literaria y la realidad fueron temas centrales en el debate intelectual de los años sesenta. Si durante la primera mitad de la década las discusiones, por lo menos las que se generaron desde La Habana, se planteaban fundamentalmente en torno al vínculo entre arte y política, literatura y sociedad, praxis y pensamiento, cuestiones que giraban a su vez alrededor del compromiso intelectual y de la libertad de expresión, en los últimos años el foco de discusión se fue perfilando cada vez más, y comenzó a prestarse especial atención a cuestiones más específicas, por ejemplo, al lenguaje. Ya no bastaba el qué y el desde dónde decir, sino además cómo se decía o sea cómo se construía el relato.

A la par de la idea de compromiso, y relacionada con ella, fue tomando relevancia la responsabilidad intelectual. Sobre esta cuestión se discutió de manera particular durante el Congreso Cultural de La Habana, en 1968 (ver, Forner, p. 69). Para la segunda mitad de la década, y en correspondencia con las demandas de una de las tendencias dominantes dentro de la nueva izquierda en América Latina, operó un desplazamiento a favor de la perspectiva que consideraba la lucha armada (particularmente la guerrilla) como opción para liberar a los pueblos del continente. Alrededor de esta propuesta tuvieron lugar sustanciales encuentros que dieron

continuidad a las discusiones generadas en reuniones en la Habana, como la Tricontinental,⁸⁴ en enero de 1966 y las OLAS,⁸⁵ en julio de 1967.

Una de las rencillas más conocidas que destapó tales cuestiones (de manera especial la problemática del lenguaje y de la responsabilidad del intelectual ante su circunstancia), o por lo menos una de las que mayor impacto produjo en el mundo intelectual del período, fue sostenida desde las páginas del semanario uruguayo *Marcha* en 1969. Julio Cortázar y Oscar Collazos se debatían en una polémica en la que intervino Mario Vargas Llosa, y, de manera menos directa, David Viñas. El debate se generó a raíz de la publicación en *Marcha* del texto de Collazos “La encrucijada del lenguaje”, y en él se hicieron patentes diversas maneras de comprender y asumir los problemas relativos al lenguaje, al contenido de las obras literarias y a la forma en que debían reflejar la realidad social del continente. Sobre tales asuntos se había discutido en dos grandes encuentros que tuvieron lugar en la capital cubana durante la segunda mitad del período: el Congreso Cultural de La Habana en 1968 y la segunda reunión del comité de *Casa* celebrada en enero de 1969.

Este capítulo indaga los distintos registros a través de los cuales David Viñas intervino en las discusiones- conferencias, charlas, cartas, reuniones, revistas- a la vez que analiza la impronta de estas experiencias para su producción intelectual de esos años. Textos y contextos determinan el recorrido que se propone. Se trata de un análisis que, considerando las condiciones sociales, políticas y culturales del período, parte del estudio de “Cosas Concretas”, un poema apenas conocido de Viñas, escrito para el número homenaje que *Casa* dedicó al Che Guevara, en enero de

⁸⁴La Conferencia de Solidaridad con los Pueblos de África, Asia y América Latina, celebrada en La Habana, en enero de 1966 reunió a los principales representantes de movimientos de liberación nacional, y de organizaciones del llamado Tercer Mundo que luchaban contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo.

⁸⁵ Organización Latinoamericana de Solidaridad, fue creada en 1967 en La Habana. Entre el 31 de julio y el 10 de agosto tuvo lugar la primera reunión. Integraron esta organización diversos grupos revolucionarios que compartían la necesidad de frenar la ofensiva de Estados Unidos contra Cuba y los movimientos afines a su causa. Una de las marcas fundamentales del encuentro fue la apuesta por la lucha armada y la guerrilla como camino para lograr la liberación de los pueblos de América Latina.

1968, y concluye con el estudio de su novela de igual título, editada en Argentina en diciembre de 1969. Se consideran además las intervenciones del argentino en La Habana durante su participación en el Premio Literario Casa de las Américas y en la segunda reunión de comité de la revista, en enero de 1969, así como algunos artículos publicados para la fecha en los cuales ponen en discusión problemáticas centrales de la agenda intelectual del momento.

4.1 “Cosas concretas”, un poema que David Viñas escribió al Che Guevara

En noviembre de 1967 Marcia Leiseca le escribía a Viñas desde La Habana, “Querido David: Releo tu última carta y pienso cómo te sentirás con tus esperanzas puestas en Bolivia y toda la desgracia que ha ocurrido” (Leiseca, 1967). Como se entiende la misiva refiere el malestar suscitado a raíz del asesinato del Che Guevara. La lectura de las cartas intercambiadas por ambos en esas fechas indica que Leiseca alude a una carta enviada por David Viñas el 29 de agosto desde Buenos Aires. El escritor le había compartido su criterio respecto a la recién aprobada Ley Anticomunista en Argentina: “se presta para cualquier cosa con sus características medievales: secreto, instancias, apelaciones macabras e impotentes” (Viñas D. , 1967), le habló de las tácticas que utilizaban en su país como parte del proceso de despolitización, “contratos de dos y tres mil dólares para todo tipo de profesor que se instale en USA. Y te aseguro que la cosa cunde”, y le ofrecía además un cuadro político argentino poco esperanzador: “los viejos partidos apenas gimen”, “el sindicalismo amarillo es un elefante gordo” y “la izquierda, ay, atomizada”. Sobre el asunto que interesa subrayar ahora le advertía a Leiseca: “Sólo en núcleos muy pequeños la chispa boliviana enardece, entona y nos obliga a pensar que la cosa no está clausurada. Ironía y empecinamiento. Creo que es una de las claves posibles” (Viñas D. , 1967).

Por la carta de Viñas se comprende mejor el énfasis de Leiseca al subrayar lo desesperanzador que resultaba para el argentino el desenlace de los sucesos que estaban teniendo lugar en el país vecino. Más allá de la angustia compartida creía ella que ya nada podía cambiar el rumbo de la

historia y así se lo hizo saber, “hay que tener fe en que ésta nos pertenece” (Leiseca, 1967). Leiseca cerraba su comunicación con la certeza de que en un par de meses se reencontrarían en La Habana, “esperamos verte en enero en el Congreso Cultural” (1967).

Aunque en Casa de las Américas dieron por sentada la presencia de Viñas en el Congreso Cultural,⁸⁶ el escritor no viajó a La Habana. Lo que sí llegó hasta la capital cubana fue el texto que, a pedido de Fernández Retamar, había escrito para el número en el que la revista *Casa* homenajeaba al Che. El de Viñas, como se verá, se sumó a los múltiples materiales recibidos desde Argentina. Fernández Retamar aseguró, según se lee en las actas de la segunda reunión del comité, que, “ningún número fue más realizable que ese, nunca se respondió con más voluntariedad de colaboradores que en este caso” (Retamar R. F., 1969, pág. 8).

Aquel número 46 fue la primera entrega de 1968, “Año del guerrillero heroico” para los cubanos. El período sería particularmente importante para el proceso político y cultural de la Revolución cubana. Para Claudia Gilman se trató, además, de “un año partido en dos para la familia intelectual latinoamericana y también para Cuba” (Gilman, 2012, pág. 206). La investigadora ubica allí el comienzo de la disolución de los lazos establecidos entre los intelectuales latinoamericanos y la Revolución. Dicho rompimiento, se considera aquí, empezó evidenciarse por lo menos desde la primera reunión del comité de *Casa de las Américas* en enero de 1967.

El mes de enero estuvo matizado por la llegada de invitados de más de setenta países, convocados para el Congreso Cultural de La Habana, celebrado entre los días 4 y 12. Un evento

⁸⁶ Además de la citada carta de Leiseca, el archivo de Casa conserva otra misiva que refiere el asunto. El remitente es Roberto Fernández Retamar quien le comunicaba a Viñas: “Como sabes a principio de enero va a celebrarse el Congreso que sugerimos en nuestra reunión del comité de la revista. Cuando vengas entonces. ¿No te parece una buena ocasión para tener otra reunión del comité?” (Retamar R. F., 1967)

que la revista *Casa* presentó como “la más trascendente reunión de intelectuales que haya tenido lugar, en el mundo, durante los últimos años” (Editorial, 1968, pág. 3).

El número homenaje al Che incluyó textos de Francisco Urondo, Rodolfo Walsh, Leopoldo Marechal, Juan Gelman y Dalmiro Sáenz. Si hoy, por ejemplo, es fácil encontrar citados fragmentos del texto de Walsh “Guevara” (1968, págs. 44-45), alguna estrofa del poema de Marechal “Palabra al Che” (Marechal, 1968, pág. 88), o si estudiantes universitarios repiten de memoria partes del “Mensaje al hermano” de Cortázar, de las palabras que escribió Viñas para la ocasión apenas se tiene conocimiento. En los estudios que se han ocupado de su obra no existe una sola referencia al poema que escribiera entonces.⁸⁷ A semejante omisión contribuyó el propio escritor, no solo por su olvido de este poema titulado “Cosas concretas”, sino también por la decisión de repetir el título en la novela que publicaría en Argentina a finales de 1969.

Críticos y estudiosos como Ricardo Piglia (1969), Estela Valverde (1989), Isabel Santos (1996), Martín Kohan (2004), Leonado Candiano (2013) se han ocupado de esta novela; ninguno menciona el poema, aunque coinciden en advertir el marcado interés de Viñas, para la fecha, en hablar de “las cosas concretas”. Isabel Santos, por ejemplo, destaca el anuncio de *Cosas concretas* en un fragmento de *Los hombres de a caballo*, para luego concentrarse en la ficción, dejando fuera de su análisis el poema (Santos, 1996, pág. 52). La novela surgió como una cortina detrás de la cual se ocultó, hasta hoy, el poema que dedicó Viñas a Ernesto Guevara y que puede encontrarse publicado en el número 46 de la revista *Casa de las Américas* (Viñas D. , 1968, págs. 91-93).

Se impone por lo tanto una revisión de la idea, introducida desde el estudio de Valverde y reiterada en análisis posteriores, de considerar “Cuidadoso ensayo” (1953) como “el único poema” escrito por David Viñas (Valverde, 1989, pág. 65). Marcela Croce, desde otra perspectiva, indagó la relación de Viñas con la poesía y, al referirse a la forma en que éste pensaba la crítica literaria,

⁸⁷ No aparece referenciado en la Bibliografía de y sobre David Viñas del libro de Estela Valverde (1989), tampoco en la de *El matadero* 8 (2014), ni en la del libro de Carlos García (2019).

asegura: “el análisis literario está restringido por la concepción de la literatura como dominio carente de autonomía; más exactamente, lo que escribe son textos históricos y políticos que se valen de la literatura como elemento de prueba” (Croce, 2005, pág. 14). Y más adelante añade: “Acaso por eso la poesía sea una dimensión excluida de su producción”(14).⁸⁸ Siguiendo en la cuerda de Croce este poema de Viñas podría pensarse como un gesto del escritor por “arrebatarle” a la poesía la atribuida autonomía. O incluso como una manera de plantarse ante la exaltación sartreana de la prosa o la perspectiva del francés al considerar a los poetas como “hombres que se niegan a utilizar el lenguaje” (Sartre, 1950, pág. 49), o que están “fuera del lenguaje”(50). Porque es que con este poema David Viñas “interrumpe” la continuidad de su producción exclusivamente en cuanto al género, pues allí, como en sus ensayos y obras narrativas, el lenguaje se torna “crispado” (Candiano L. , 2013), “espeso” (Kohan, 2004) y “descarnado” (Roca, 2007) y la escritura sigue siendo “peligrosa” (Rosa, 1970) y el diálogo “reiterativo y caroso” (Portantiero, 1961).

Incluso la manera en que el escritor introduce en este poema los temas centrales de su obra (la política y la historia, según Croce) hace posible ubicarlo en la perspectiva de Ricardo Piglia, cuando advirtió: “En un sentido podría afirmarse que todos los libros de David Viñas (incluso sus ensayos) pueden ser leídos como un gran texto único: una amplia saga balzaciana en la que distintos niveles de escritura (ensayo, crítica, narración, reportaje, crónica) se organizan en función de la dialéctica entre biografía privada e historia política que obsesiona al autor” (Cosas concretas , 1969).⁸⁹ El poema dedicado a Guevara debe pensarse entonces como una página más de ese gran texto que conforma, según Piglia, la obra íntegra de David Viñas.

⁸⁸ Interesa subrayar que desde algunos ensayos Viñas se ocupará de textos poéticos, por ejemplo: José Hernández, del indio al trabajo y a la conversión (1872-1879), en “Indios Ejército y Frontera”.

⁸⁹ Esta idea introducida por Ricardo Piglia originalmente en la solapa de la novela *Cosas Concretas* (1969), será retomada en un texto posterior, al que suele recurrir la crítica en mayor medida. Se trata de *La argentina en pedazos*, publicado en 1993, donde Piglia considera a “la indagación sobre las formas oligárquicas de la violencia”, como uno

Este apartado propone pensar dicho poema en diálogo con otros textos que, por esas mismas fechas, escribió y publicó Viñas. El propósito fundamental es analizar la manera en que el escritor problematizó desde distintos registros textuales, la caótica circunstancia política, social y cultural del período, así como las incidencias del asesinato de Guevara en el proyecto de la izquierda intelectual del continente.

Desde el título mismo se anuncia la pretensión de Viñas en este poema, al que, a modo de epígrafe, agregó: “El que vivo enseñó difunto mueve”. Se trata de un verso de Quevedo sobre el que el escritor volvería en reiteradas ocasiones. En el editorial del segundo (y último) número de la *Revista de problemas del tercer mundo* (diciembre de 1968) redactado, según Ricardo Piglia,⁹⁰ por David Viñas, se lee:

Nosotros discrepamos con el gobierno cubano y con Guevara en particular en cuanto a la teoría estratégica (formulada después de la revolución) que identifica la lucha armada con la guerrilla y en especial con el foco. Pero reivindicamos todo lo demás como necesidad vital de nuestras revoluciones. Esa es la grandeza de Ernesto Guevara: “El que vivo enseñó, difunto mueve”. (Editorial, 1968, pág. 9)

A los fines de este trabajo, de este pasaje interesa destacar la postura asumida por Viñas y por los demás miembros de la revista (dirigida por su hermano Ismael) respecto a la Revolución cubana y sus métodos de lucha guerrillera, posición que vendría a representar una prolongación de las discusiones en La Habana durante la reunión de la OLAS y, también, del debate que sobre el asunto sostuvieron los miembros del comité de *Casa* en aquel enero de 1967. Estas preocupaciones serían además el núcleo de las divergencias entre los distintos grupos y movimientos de la nueva izquierda argentina. Más allá de las reservas en cuanto al método a seguir, desde el editorial reivindicaban

de los ejes centrales de la producción viñesca y en este sentido asegura “...podría decirse que todos los libros de Viñas se pueden leer como un gran texto único: una amplia saga balzaciana en la que distintos géneros y registros de escritura (novela, teatro, cuento) se transforman en investigación de los momentos claves en los que esa violencia y esa dominación se cristalizan” (p.20)

⁹⁰ Piglia, quien también formó parte del consejo de la revista, anotó en su diario el sábado 31 de agosto de 1968 “Ayer reunión de la revista. Buen editorial escrito por David”. Ver Ricardo Piglia. *Los diarios de Emilio Renzi*, (Anagrama, 2016) tomo II, p.51.

“el marxismo revolucionario” y la “violencia” como caminos a transitar para la liberación de los pueblos de América (Editorial, 1968, págs. 7-8).

Interesa subrayar además la insistencia de Viñas en el verso de Quevedo, donde parece haber vislumbrado la esencia de lo que vino (vendría) a representar la muerte del Che Guevara para los movimientos guerrilleros de todo el mundo y especialmente para los intelectuales de izquierda en América Latina. Se entiende entonces por qué en el poema publicado en *Casa de las Américas* no intenta glorificar o mitologizar la imagen del guerrillero. Ni siquiera es el hecho concreto de la muerte lo esencial, sino la aureola que ha dejado a su alrededor el asesinato de ese “hermano mayor”, en un contexto en el que el escritor percibía vergüenzas, humillaciones y desesperanzas, un sentir compartido por buena parte de los intelectuales de izquierda durante el período y que algunos autores pensarán en términos de “autoculpabilización” (Sigal, Terán, 1991).

Antes del poema había llegado hasta La Habana otro texto de Viñas sobre Guevara. A pedido de Lisandro Otero, lo envió expresamente para la revista *Cuba*, de la cual Otero era director. Allí se refirió al guerrillero en los siguientes términos:

En la Argentina, los sectores del nacionalismo derechista lo han visto como un caballero rezagado del siglo XIX. La ancha zona del liberalismo sostiene que era un romántico. Los que practican la filosofía tecnológica, lo interpretan como a un empecinado que no supo entender bondades del desarrollismo. Pero nadie ha dicho o ha podido decir que, desde el asesinato de Rosa Luxemburgo, la izquierda revolucionaria mundial no había perdido, a través de la violencia, un líder de su envergadura. Podría decir también que de la palabra Che, un vocativo familiar no demasiado prestigioso, hizo una consigna decisiva para América Latina, que con su vida instauró un modelo inédito como conjuro de la miseria y la humillación, y que de epitafio correspondería dedicarle aquel verso de Quevedo: “El que vivo enseñó, difunto mueve”. (Viñas D. , 1967, pág. 99)

Este texto, al que tuvieron acceso fundamentalmente los lectores cubanos (la revista *Cuba* tenía una proyección nacional) se entiende aquí como complemento y síntesis de problemáticas sobre las que Viñas se volcó desde el poema y como se verá, desde la novela de igual título.

Mairaya Almaguer López

En el poema se explicita, como había sucedido antes en el editorial de la *Revista de problemas del tercer mundo*, una toma de posición respecto a la Revolución cubana, que Viñas presenta de manera desacralizada.

Sin arquear la voz ni las aletas,
diagramando un cuchicheo, Lú,
no un secreto ni tampoco terroncito,
sino mi Cuba, mi cubita, mi cubana.
Entendámonos:
no cielo, para pisada ni el moaré;
no arcángeles, mis turros,
jamás coimas (de mordiscos hablo), no almirantes,
porque la gente de allá cuenta por manos y sabor
no en catecismos (Viñas D. , 1968, pág. 91)

Como se aprecia, hay una intención de llamar a las cosas (y a Cuba) por su nombre, sin cantos que endiosen o engrandezcan, pero tampoco silencios o susurros. El poema incluso se puede leer como un diálogo fragmentado con Roberto Fernández Retamar, diálogo en el que intervienen otros autores que Viñas va convocando, y que, como se verá, aparece mediado por representaciones, imágenes, recuerdos y alusiones a hechos políticos.

En una carta de diciembre de 1967, consultada en el archivo de Casa, Viñas le escribió a Retamar: “El mal fluye Bob: si el modelo es Puerto Rico a cada uno de nosotros nos quieren hacer algo parecido (aunque con distinta graduación del alcohol)” (Viñas D. , 1967). En el poema vuelve sobre esta preocupación:

Y si duele en Puerto Rico
que el hueso de ventana se corroa y dé vindoba
menos mal que en Venezuela
en los *cars* diminutos
se hacen vaina, vainón y la charneca.

Nuestras imposibilidades Bob,
mi humillación del cuerpo, la nefritis,
oh el puerto mis envidias;
mulatas, y Grampá y varadero en 23 y 12. (92)

En ese diálogo Viñas va definiendo la figura del Che no como mito, sino como hombre, como argentino, como intelectual que encarnó el ideal de hombre nuevo, y que vino a representar un “emblema generacional” (Tiempos Modernos, 62). Y de Guevara rescata, ante todo, la imagen guerrillera, el hombre:

Si hasta en la plaza
Si hasta San Martín con dorman y salida
Se nos rescata entre “guerrilleros”:
el cura Hidalgo
y Camilo medio bizco y colombiano
y con Artigas, don José, nuestro uruguayo,
y Simón sin Chimborazo.
Y Ernesto. ¿Te acordás, mi Carlos?
Ernesto: tan argentino como vos y como yo,
mi Carlos.
Lloramos. Lloré. Y sin tango.
Fuerte y guerrillero y saludable.
Así habló.
Era en la plaza. Con Che y mis trampas y Onganía
Y algún zaino. (92)

La humillación define el tono de este poema. Viñas revela, a través de la escritura, su propia vergüenza (y la de otros intelectuales que evoca) ante la falta de acciones que expliciten el compromiso con la realidad latinoamericana del momento.

Mairaya Almaguer López

Fijate:

Hasta Dalmiro se trajo su delirio
no del pecho ni el karate
y desbarató vergüenza.
Hablo de la nuestra (la mía cuento)
No Ayacucho ni nocau ni una serpiente,
Y César,
desgarrado y liberal, me consultaba
los pies entre ceniza
(no en tanto de su padre
como hacía ochenta millas);
ahí nomás el Paco
(no recuerdo si Noé)
apuntaba con bragueta y sobre el golfo.
Y cuanto sentimos (siento; de mí; soy yo el que habla)
Humillación (que es cuando
todo el cuerpo no separa)
aparece el Caballo. (92)

El poema transmite además las reservas y las contradicciones de los intelectuales frente al poder político y desde ahí mismo problematiza las tensiones entre beneficios de clase y compromiso y vuelve sobre la cuestión generacional. Viñas retoma además la figura del caballo, que aquí debe entenderse tanto como símbolo de poder, recurso explotado particularmente en *Los hombres de a caballo*, pero además como imagen que señala directamente a la figura de Fidel Castro (llamado “el Caballo” entre los cubanos). Y en tal sentido continúa el poema:

Necesito ser preciso
Y quitarle alarde:
era una noche, al patio,
con frisos, sicomoros
o algún vocablo de Lezama;
me acuerdo, me acordara y ya lo cultivo

(como a una mina en un zaguán
o a un insulto puntual y no adjetivo).
Yo lo miraba con cautela,
olía ron, dos mexicanos y un denso Larrañaga
(en general, me joden los jefes y grandes
son palabras de Malraux
como regatón, pertinente y quizá energía)
Pues bien, hay que decirlo:
me preocupaban mi edad y la gran manija.
Menos mal: trabaja y se empecina. Eso es todo.
No señor ni vulevú ni metafísica. (92)

También está explicitada allí la denuncia a la estrategia de Estados Unidos en su empeño por atraer a los intelectuales del continente. Una preocupación sobre la que enfatizó en la carta que enviara a Marcia Leiseca y sobre la que habían estado dialogando, entre muchos otros espacios, en la reunión de enero de 1967 en La Habana:

Y cuando empezamos a sentir las conversaciones
(ma qué San Pablo: aquí: ni el viejo Gide)
las becas, mis putitos
los Ann Arbor y los guiños,
cuidar la imagen, cutículas, parámetros y rentas
("-A los gringos
se la metemos doblada, pibe.
Hay que avivarse") (91)

Y sobre todo se advierte desilusión, vacío y desesperanza, no sólo a nivel político y de proyecto social e intelectual, sino también en términos culturales y literarios. En tal sentido dice Viñas desde el poema:

Mairaya Almaguer López

Pero no se engañen:

Buenos Aires ya no cuenta paredones

Ni Arlt su Dios

Ni en Macedonio de profeta

Ay, *Claudia* y Shell y gentilhombres

a medias víctimas y a medias todo. (93)

La propia desesperanza hace que no se perciba allí un horizonte posible. Es el reflejo de la incertidumbre, de la inoperatividad extendida ante la intervención cultural, social y política que padecía Latinoamérica y especialmente Argentina, Buenos Aires.

(- “Hay que vivir, David”.) Y no en morirse.

No fiscal y menos archidiácono.

Al fin y al cabo

qué sé yo del Ortega y las encuestas. (93)

A través de un lenguaje directo y popular en este poema David Viñas reflexiona sobre la realidad inmediata posterior a la muerte del Che. Una realidad caótica y desesperanzadora sobre la que se vuelca desde diversos textos. La incertidumbre y la sensación de humillación que Viñas transmitió a través de los envíos hechos a La Habana para homenajear a Guevara, se vislumbra además en su correspondencia personal. En abril de ese mismo año le escribía a Fernández Retamar: “Todavía lamento no haber estado allá para el mes de enero: me hubiera llenado el pecho de aire; en cambio la no ida ahora me pesa en medio de un país y una situación que sólo se reconocen porque hieden” (Viñas D. , 1968).

En esta misiva David Viñas expone su satisfacción al conocer que Mario Benedetti había quedado al frente del Centro de Investigaciones Literarias de la Casa, para cuya dirección lo habían convocado antes. Se ofrece para colaborar con libros, fichas o lo que estuviera a su alcance y menciona también sus proyectos:

Por lo que hace a mi vida cotidiana: lo de la revista que me habían encargado y que supuse cañón, cañoncito o bombardera, no pasó de honda [...] no pagaban [...] Hacia el futuro un proyecto de teatro que se llama o se llamará “El hermano mayor”: son las impotencias, fantasías o masturbaciones de los dos hermanos menores que apenas si se exaltan con lo que va haciendo el hermano mayor en un itinerario dramático y lejano que concluye con la muerte. (Viñas D. , 1968)

El poema “Cosas concretas”, y el texto que envió David Viñas para la revista *Cuba*, deben leerse, de acuerdo a las fechas en que fueron publicados, como materiales que condensan las primeras impresiones producidas en el escritor tras la noticia del asesinato del Che en Bolivia. Se explica el tono de homenaje, así como la ausencia de críticas sobre las que se volcará Viñas en artículos posteriores. La imagen que ofrece de Guevara en estos textos publicados en 1967 y 1968 irá variando a una posición menos complaciente. Acaso su postura más crítica puede apreciarse en una obra de teatro publicada en 2016 en Alemania en una edición bilingüe. Según Carlos García en esta obra, que parece haber tenido como fuente al diario boliviano del Che hay, “un regusto a derrota, a fracaso. El Che no es un héroe luminoso, sino cavilante, desubicado, marginado..., con accesos de asma, de mal humor y de injusticia” (García C. , 2019, pág. 23). Lo idea anterior podría explicar, según el investigador, el hecho de que se publicara de manera póstuma. García refiere, además, e insisto en subrayar, que esta obra de teatro estaba prefigurada desde la entrevista que Viñas tuvo con Mario Szichman en 1972. Sin embargo, la alusión que hiciera David Viñas a Fernández Retamar en abril de 1968 sobre su propósito de escribir sobre el asunto indica que se trató de una obra que lo ocupó desde mucho antes.

Este trabajo alude la obra de teatro simplemente con el propósito de pensar la manera en que Viñas fue problematizando la imagen de Guevara a lo largo de su producción. El arco que va de los textos de los años sesenta en los que Viñas vuelve de manera reiterada sobre el verso de Quevedo “El que vivo enseñó, difunto mueve”, a algunos pasajes de la obra de teatro incorporado

por García en su texto, señala la complejización que, respecto a la figura del Che fue estableciendo Viñas a lo largo de su producción intelectual. García lo plantea en los siguientes términos:

Pero el Che que muere asesinado en Bolivia no es ya un héroe: es un mito, una moda, un *divertimento* de salón para europeos. “Tania”, el principal personaje femenino, se lo dice en la cara, anticipando lo que vendrá: “vos sos una especie de cartel, Ernesto. De afiche. De enorme afiche. Ya estás en todas partes: en cada pieza de estudiantes del mundo, con boina, sin boina; con sonrisa, sin sonrisa. (García C. , 2019, pág. 22)

Por otro lado, y a los fines de este trabajo, cuyo marco analítico cierra en el año 1971, de esta obra de teatro interesa señalar tanto la demora con que el escritor logró poner punto final al proyecto, como la decisión de no publicarlo. Si tal como señala García, el editor y traductor del texto original conjeturó que Viñas había optado por no publicarlo en Argentina para evitar entrar en conflicto con los grupos afines. La demora y el silencio del escritor respecto a esta obra de teatro podría pensarse como el reverso del poema que escribió para la revista Casa. Puede sospecharse que, a David Viñas, a lo largo de su producción intelectual no logró encontrar una objetividad para pensar la figura de Guevara. Esa objetividad quizás podría encontrarse en el número de Tiempos Modernos dedicado a la argentina, donde la figura del Che emerge de manera constante en los textos publicados por David Viñas. Este análisis, sin embargo, trasciende los alcances de esta investigación, por lo que queda planteado para futuros trabajos.

4.2 De reuniones y premios. Intelectuales, lenguaje y poder

En su propuesta para el análisis sobre la política revolucionaria de los intelectuales, Alvin Gouldner parte de una cita de Fidel Castro tomada del discurso de 1968 durante el Congreso Cultural de La Habana en la que el líder cubano alude al papel de los intelectuales en la Revolución, y reconoce allí el punto de partida de buena parte de sus argumentos (Gouldner A. W., 1980, pág. 79). El sociólogo norteamericano ejemplifica a través de varias situaciones revolucionarias (en Rusia, Vietnam, Camboya y el Tercer mundo) el lugar que históricamente ocuparon los

intelectuales tanto en las resistencias a agresiones extranjeras, como en sus posiciones dentro de los Partidos y sobre todo en sus vínculos y fusiones con los campesinos.

Gouldner, a su vez, resalta el carácter burgués y la alienación como elementos propios de la intelectualidad y para explicarlo propone una serie de categorías, por ejemplo, la “cultura del discurso crítico” (CDC) que concibe como una gramática del discurso, como un conjunto de reglas, elaborado a lo largo de la historia, cuyo acto lingüístico específico es “la justificación” y que, asegura, “no se centra en aquello en lo cual piensan los intelectuales, sino en cómo lo piensan” (Gouldner A. W., 1980, págs. 83-84). Para el sociólogo, la CDC constituye en buena medida los valores que caracterizan a la nueva clase,⁹¹ de la que forman parte los intelectuales. Al ser considerada como una variable lingüística relativamente independiente, la CDC plantea cierta superioridad, cierto distanciamiento de los lenguajes y las culturas convencionales (84). Este alejamiento conlleva, según Gouldner, a un *cosmopolitismo* y a la alienación.

Participar de la CDC es, dice, un acto político; lo es en la medida en que desde la propia gramática del discurso crítico se reclama el derecho de juzgar las acciones y también las pretensiones de cualquier clase social y, sobre todo, de las élites de poder. Opera entonces una emancipación y una subversión de las jerarquías. De esta manera se despoja a la autoridad tradicional del poder de definir la realidad social e incluso se pone en cuestionamiento su legitimidad, pues desde la CDC “todas las pretensiones a la verdad por diferentes que sean en su origen social, han de ser juzgadas del mismo modo” (Gouldner A. W., 1980, pág. 84).

Las discusiones generadas al interior del comité de colaboración de *Casa* en el encuentro de enero de 1969 podrían analizarse partiendo de la manera en que Gouldner piensa la CDC. Así sería posible analizar los consensos y las divergencias como una manera de cuestionar jerarquías, de

⁹¹ La nueva clase, para Gouldner, está compuesta por los intelectuales y la *Intelligentsia* técnica.

transformar los “presupuestos” planteados en “problemas”, y de discutir y desafiar, tal como postula Gouldner, tanto el presente como el antipresente que los convocaba, es decir, “la crítica del presente y los supuestos que ella usa” (Gouldner A. W., 1980, pág. 85).

Este texto parte de reconocer tales consensos y divergencias como un antecedente de significativa trascendencia para el futuro cercano de las relaciones que se habían ido estableciendo entre los colaboradores de *Casa* como grupo y también para los vínculos de cada miembro en particular con el proceso cultural cubano. En tal sentido interesa analizar el lugar desde dónde Viñas intervino en las discusiones generadas y la postura que asumió ante las principales problemáticas planteadas por lo demás colaboradores. Lo anterior resulta esencial para indagar las formas en que estas experiencias se asoman en sus textos Viñas del período.

En los espacios de debate, como se verá, si bien es posible advertir un consenso político entre los intelectuales del comité, aquello que Gouldner piensa desde la CDC como “la ideología común compartida”, se explicitaron divergencias significativas relacionadas con acontecimientos que habían tenido lugar en el plano político y cultural cubano durante 1968. Algunos de estos sucesos estaban vinculados con cuestiones de política internacional, por ejemplo, la posición asumida por Cuba ante la intervención soviética a Checoslovaquia, pero otros respondían al acontecer interno de la isla, como los sucesos alrededor de los premios UNEAC,⁹² o los artículos aparecidos en la revista *Verde Olivo*.⁹³ Ambos sucesos están relacionados con lo que se conoce como el primer caso

⁹² En noviembre de 1968 el comité director de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) emitió una Declaración donde hacía constar su total desacuerdo con los premios otorgados en el VI concurso literario, convocado por la institución, en los géneros de poesía (*Fuera de juego*, de Heberto Padilla) y teatro (*Los siete contra Tebas*, de Antón Arrufat). El documento destacaba la presencia, en ambos textos, de elementos ideológicos contrarios a la Revolución. Desde las páginas de la revista *El Caimán Barbudo*, Padilla había protagonizado una ferviente polémica con Lisandro Otero (vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura), al destacar la calidad de la novela *Tres Tristes Tigres*, de Guillermo Cabrera Infante, por encima de la de Otero: *Pasión de urbino*. Para la fecha Cabrera Infante rompió con la Revolución, en declaraciones hechas desde Primera Plana, lo que había dejado a Padilla en desventaja. Para mayor información ver: <https://rialta.org/50-aniversario-fuera-del-juego-y-las-derivadas-del-caso-padilla/>

⁹³ En fecha coincidente comenzaron a parecer en la revista *Verde Olivo* (revista de las Fuerzas Armadas) una serie de artículos desde dónde se reprochaba el accionar de determinados escritores de la isla.

Padilla. La libertad de creación, los problemas relativos al lenguaje, la necesaria responsabilidad del intelectual y el discutido contenido revolucionario de la literatura, fueron los principales ejes que articularon el debate generado y en el que se hicieron explícitas las distintas perspectivas con que los colaboradores de la revista entendían y asumían tales cuestiones.

La violación de la autonomía universitaria, el problema de los movimientos estudiantiles, la propagación de la violencia reaccionaria en el continente, el impacto de la muerte del Che y la caótica situación política, cultural e ideológica en América Latina fueron algunos de los temas sobre los que reflexionaron los intelectuales miembros del comité de colaboración en la segunda reunión celebrada en La Habana entre el 8 y el 11 de enero de 1969. Es lo que se entiende de la lectura de las actas, conservadas también de manera inédita en el archivo de Casa. Por las actas se sabe además que entre los aspectos específicos relacionados con la publicación, además de debatir sobre sus responsabilidades como miembros del comité (envío de colaboraciones y búsqueda de canales que favorecieran una mayor intercomunicación), se discutieron temas referidos a los problemas de distribución en América Latina, la vulnerabilidad de la publicación en referencia a la “zona crítica”, la escasa presencia de textos que generaran polémica y la necesidad de introducir en la revista los temas centrales de la agenda intelectual del momento (Colaboración M. d., 1969).

El análisis de la proyección que, como unidad o como intelectuales latinoamericanos con una CDC común, ofrecieron los miembros del comité, requiere la reconstrucción del debate generado en el marco de estos encuentros. La lectura de las actas arroja pistas sobre las diversas posturas en discusión. Habría que recordar que para 1969 las expectativas con que algunos se sumaron al proceso cubano se habían ido erosionando en la medida en que la radicalización del poder político en la isla dejaba ver sus efectos en el plano cultural.

Si se considera la forma en que los miembros del comité destacaron la favorable repercusión y la eficacia de la declaración de 1967, resulta ilustrativo el intercambio generado en torno a la conveniencia de redactar o no una segunda declaración. Por ejemplo, Roque Dalton, en sintonía con Emmanuel Carballo aseguraba que la decisión había servido como punto de referencia para la toma de posiciones en lo que describió como “batallas muy importantes” libradas por los intelectuales revolucionarios del continente (colaboración C. d., 1969, pág. 1). Manifestaron sus coincidencias con esta perspectiva Mario Benedetti, Manuel Galich y Cortázar, quien advirtió: “La Declaración en sí, como todos pudimos aportar elementos de juicio, fue uno de los factores determinantes del fracaso definitivo de “Mundo Nuevo”; ese es un detalle que yo conozco de manera directa y es, creo, un elemento positivo” (colaboración C. d., 1969, pág. 2). Fernández Retamar, por su parte, aseguró que había servido además para señalar, “un modo de pensamiento de la izquierda que no estaba dentro de las consignas establecidas dentro del pensamiento americano” (3).

En tal alusión, se advierte el interés de la revista y de la institución y sus miembros por perfilar un camino alternativo a determinadas ortodoxias de la izquierda continental. Perspectiva que estaba en correspondencia con las crispadas relaciones que, por lo menos hasta 1968, había sostenido el proyecto político cubano tanto con la ortodoxia comunista soviética como con la línea dura de determinados partidos latinoamericanos, entre los que se encontraba el Partido Comunista Argentino.

David Viñas, que había viajado hasta La Habana para asistir a dicha reunión y también para formar parte del jurado del premio en la categoría de novela, ofreció una panorámica bastante desfavorable de lo que, en relación con las problemáticas generales planteadas, sucedía en su país. En tal sentido advirtió: “en lo que respecta a Argentina, creo que hay un desplazamiento donde surge una nueva línea. Esta línea es tendiente a una pasividad en cuanto a los hechos y acontecimientos políticos cubanos y latinoamericanos” (Viñas D. , 1969, pág. 3). Tal situación

según Viñas respondía de manera directa al panorama político argentino, y aseguró: “Hace dos años había gentes que simpatizaban con la revista y con la revolución cubana, pero todo esto ha cambiado los intelectuales podían expresarse. Con el gobierno de Onganía no puede suceder esto” (p.3).

Los temas propuestos para ser tratados en números monográficos de la revista también muestra determinadas líneas de intereses comunes entre los colaboradores: “La novísima narrativa latinoamericana”, “El Movimiento estudiantil”, “El sentido actual del problema nacional en América Latina”, “América Latina en el siglo XXI”, así como la organización de un número dedicado a los Estados Unidos y otro semántico - filológico dedicado al lenguaje de la revolución (Colaboración M. d., 1969). Esta última propuesta resulta particularmente significativa. La sugerencia de un número dedicado a la problemática del lenguaje, como se advirtió antes, fue hecha por Julio Cortázar. Desde su punto de vista la finalidad del número debía medirse en el orden de lo ético: “crear una especie de ética profesional revolucionaria, desde el punto de vista instrumental, lo que nos mete de cabeza en el plano político e ideológico” (83).

La idea se concebía como una manera de hacer frente a la semántica que había ido creando el imperialismo, cuyos ejemplos partían del uso que hacían de terminologías tales como “Mundo Libre”, “Democracia” o “libertad”. Así lo expresó Manuel Galich, quien reparaba además en la necesidad de salirles al paso, dado “el horroroso confusiónismo” que estratégicamente habían ido introduciendo entre la opinión en América Latina (Colaboración C. d., 1969, pág. 84)

Para Ángel Rama la propuesta de Cortázar podía servir incluso para pensar la crítica: no sólo en su función, sino y, sobre todo, qué debía entenderse por crítica. Benedetti, por su parte, advirtió sobre la ambigüedad de las palabras y destacó la importancia de considerar, en vistas al número de *Casa*, el problema de la actitud ante el lenguaje; en este sentido advirtió: “Así como frente a una palabra como libertad, o paz o mundo libre [...] el imperialismo le da un sentido y nosotros le

damos otro. También la actitud a veces le da un sentido a una palabra y otra actitud le puede dar el sentido contrario” (Colaboración M. d., 1969, pág. 93). Julio Cortázar en total correspondencia con el uruguayo, subrayó: “La palabra no como fin sino como medio. Las palabras son instrumentos de trabajo en la lucha revolucionaria. Hay que afilarlas” (93). Viñas, por su parte, señaló: “La palabra traducción se me ocurrió. Todo el problema de América Latina visto con perspectiva de la traducción.” (110). El número sobre el lenguaje quedó a cargo de Fernández Retamar y Julio Cortázar. Se propusieron algunas colaboraciones específicas: Galich sobre “La palabra en los documentos de la CIA” y Timossi sobre “La palabra en las agencias de noticias”. A pesar del interés manifestado el número semántico, sin embargo, no llegó a concretarse.

En el encuentro se discutió la posibilidad de realizar un trabajo en conjunto entre varias revistas del continente. Sobre el asunto aseguró Fernández Retamar: “Cuando David hablaba de su revista, revivía una vieja idea que tenemos y es la de un trabajo mancomunado de revistas, es decir, hablamos de hacer una pequeña reunioncita, un pequeño congresito, de pocas revistas que pretendan servir de tribuna intelectual a las ideas progresistas, trabajar mancomunadamente. Intercambiarnos textos” (Colaboración M. d., 1969, pág. 9). Lo anterior se planteaba como una posibilidad para dar solución a los problemas de distribución y de circulación de la revista *Casa*.

Las propuestas para solucionar el problema de distribución en América Latina tomaron en cuenta desde la posibilidad de realizar una edición internacional de *Casa*, hasta la de hacer una selección de textos y hacerlos circular. Emmanuel Carballo enfatizó la necesidad de una revista progresista y de izquierda que, en lengua española, llegara a todo el continente. Y ante las reconocidas dificultades planteadas que tenía *Casa* para colocarse en determinados países advirtió: “Podemos ponerle un nombre distinto. Es una revista perfectamente en todos los sentidos y que tuviera relaciones de igualdad con *Casa de las Américas*. No se llamaría *Casa de las Américas* y sería para todos los intelectuales de izquierda” (Colaboración M. d., 1969, pág. 9). Recortar información de interés y enviarla vía correo a los demás miembros del comité se planteó como una

posibilidad para mantenerse actualizados sobre los sucesos nacionales. Se propusieron además la elaboración de carteles y páginas con oblea para ser arrancadas. Sobre esta propuesta aseguró Retamar, “Algunas sugerencias de David parecen muy interesantes. Después podemos sentarnos con él, porque tiene muchas ideas sobre esto y la eficacia que esto puede tener políticamente. Hay muchas dificultades materiales que ustedes conocen para hacerlo.” (colaboración C. d., 1969, pág. 35).

Uno de los puntos más debatidos estuvo relacionado con la redacción de la segunda Declaración del Comité. Ángel Rama, fue de los primeros en plantear su objeción al respecto. El uruguayo no veía una línea definida a defender que pudiera dar fuerza a la declaración, “No quiero que hagamos la declaración de ritual, porque eso es lo que hizo el PC a lo largo de toda su historia” (Colaboración M. d., 1969, pág. 71). Manuel Galich manifestó dudas referidas a determinadas líneas políticas que algunos miembros consideraban debían ser tratadas en la declaración. El guatemalteco evocó conferencias de muy alto nivel político, como por ejemplo las OLAS, que habían dejado establecido determinamos principios, y al respecto advirtió: “No sé en qué medida tengamos nosotros la representatividad, la profundidad [...] para producir una nueva teoría o una nueva actitud [...] No sé en qué medida tenga autoridad y tenga dimensión suficiente este Consejo para un planteo de esa dimensión” (p.74).

Lisandro Otero, en cambio, si bien compartía la perspectiva de Rama, insistió sobre la necesidad de pronunciarse como miembros del comité. El cubano, quien no demoró en mencionar los sucesos acontecidos alrededor de los textos publicados en la revista *Verde Olivo*, consideraba que, si el consejo se reunía y no salía una declaración, eso tenía en sí mismo un significado, el hecho de no plantear puntos de acuerdo. Para Otero, podía ser interpretado como una señal de desacuerdo esencial entre los colaboradores. También recordó la manera en que las agencias de prensa norteamericanas insistían, para la fecha, sobre un tipo de represión y falta de libertad de creación

en la isla y sentenció: “Entonces se puede creer que ustedes llegaron a Cuba y constataron que efectivamente eso era cierto, que había limitaciones estéticas y se han marchado disgustados [...] creo que es útil hacer una declaración” (Colaboración M. d., 1969, pág. 81).

Para Otero la declaración debía concluir con una referencia al criterio de que en Cuba no había ningún problema en cuanto a la estética. Eso, aseguró: “sería importante por el prestigio de ustedes e interesaría grandemente a Cuba que no ha habido variación en la política estética que existe una desinformación interesada en este caso” (83-84). Mientras algunos miembros, en esta misma cuerda de Otero, consideraban que el hecho de que algunos sectores no estuvieran de acuerdo con determinadas líneas estéticas no significaba que estuviera en peligro la libertad Cortázar señalaba:

Estando dos semanas en Cuba no he tenido tiempo para poder apreciar este problema de si la libertad se está o no dando al nivel que tú estás proclamando. Sin embargo, estas dos semanas me han permitido ver – y me parece bastante evidente- que lo que realmente pesa, como una especie de presencia en el mundo intelectual cubano que está a mi alcance, son, por ejemplo, cosas como los artículos que se han publicado, con la terminología que esos artículos han utilizado ... yo tengo la impresión de que en el panorama cultural de Cuba hoy día esa línea que metafóricamente se expresa a través de “Verde Olivo” sigue manifestándose con más fuerza que el criterio que yo defendería en lo que se refiere a libertad de expresión. (Colaboración M. d., 1969, pág. 100)

El argentino compartió además sus impresiones respecto a la existencia en Cuba de “una línea”, que creía además equivocada, que tendía a ver, “en el contenido revolucionario una temática, no de elogio, pero sí de apoyo directo en todos los planos del movimiento en que la Revolución se ha empeñado” (100-101). Manifestó además su disposición para que le demostraran si estaba equivocado (101).

Ante las reservas planteadas en referencia a las libertades estéticas, Retamar advirtió: “No creo que la declaración perdería gran cosa si no pusiéramos una línea sobre este asunto; creo que ganaría si encontráramos una observación inteligente sobre el particular” (124). Cuando el comité logró ponerse de acuerdo sobre la materialización del documento designaron algunos de sus miembros

para redactar un proyecto: Fernández Retamar, Roque Dalton, Mario Benedetti y David Viñas (Colaboración M. d., 1969, pág. 150).

En el número 53 de *Casa* (marzo-abril de 1969) se publicó la segunda Declaración del comité. El documento advertía sobre la deuda de numerosos intelectuales con el Che, volvía sobre la ofensiva norteamericana en el plano cultural, sobre el complejo panorama que imperaba en América Latina a la vez que reiteraba que el camino a seguir era el de la revolución, y aseguraba:

En Cuba, donde el intelectual cuenta con la libertad imprescindible para utilizar todas las formas de expresión y donde los medios masivos de comunicación están al servicio del pueblo, se ha formado un público creciente capaz de exigir y compartir las obras de creación y de pensamiento en un amplio debate ideológico. Esto abre perspectivas nuevas a la producción cultural y es una de las razones por las que el mundo presta atención a su experiencia. (Colaboración C. d., 1969, pág. 5)

Volviendo a Gouldner, para quien, como lenguaje, la CDC unifica a los que la usan, y crea un vínculo especial que los lleva a actuar “de un modo político solidario” más allá de sus diferenciaciones internas, el hecho de que la Declaración estuviera respaldada por la firma de los catorce participantes en la reunión indica que efectivamente, más allá de las fisuras y los desajustes advertidos en el intercambio, los miembros de comité de colaboración de *Casa*, por lo menos hasta 1969, se asumían como grupo, como partes de un proyecto cultural que aprobaban en sus planteos generales. Desde esta postura es posible comprender que, por encima de las diferencias planteadas y debatidas, los intelectuales convocados, priorizaran el mensaje de unidad, que, tal como había advertido Otero, favorecía esencialmente a ese proyecto mayor que era “La Primera Revolución Socialista de América Latina”.

4.2.1 Un concurso literario que premia el esfuerzo

El 16 de enero de 1969 quedó constituido el jurado del Premio Casa de las Américas. Luego de la apertura a cargo de Manuel Galich, subdirector de la institución cultural cubana, Haydée

Santamaría dedicó unas palabras a los intelectuales invitados al certamen de ese año. Desde Argentina llegaron David Viñas, Noé Jitrik, Francisco Urondo y Carlos del Peral. Los dos últimos como integrantes de los jurados de cuento y teatro respectivamente, Viñas y Jitrik del de novela.

En su intervención, Santamaría, además de reiterar la idea de que sólo los miembros del jurado eran los encargados de decidir las obras a premiar, sin mediación ni presión externa alguna, dejó planteada una nueva política a seguir por la institución y sus miembros en referencia a un problema central de los debates del período y fundamental en la ensayística y la crítica literaria de David Viñas: la residencia europea de escritores latinoamericanos. Sobre el particular apuntó: “El próximo año vamos a tratar que cada jurado venga del país dónde nació, es decir, de Latinoamérica. No importa si un argentino vive en Colombia: ése es el país donde nació, es nuestra América” (Américas, 1969, pág. 167).

El pronunciamiento de la directora de Casa debe interpretarse como continuidad del mensaje de unidad latinoamericana sobre el que desde inicios de la década venían insistiendo los cubanos y sobre el que se habían volcado de manera enfática en la reunión de las OLAS, en agosto de 1967 primero, y en el Congreso Cultural de 1968 después. Pero, si durante las OLAS la prioridad de los cubanos apuntó a destacar, en palabras de K.S. Karol, “las similitudes en las situaciones de todos estos países para llegar a la conclusión de que, en esas condiciones, también la revolución no podía ser más que *una sola* en toda América Latina”, (Karol K. S., 1972, pág. 399), y con el Congreso Cultural de 1968, según el investigador, “Los cubanos podían felicitarse por haber tenido la idea de reunir en La Habana un gran número de prestigiosos intelectuales, puesto que, en el momento en que estaba entablada su polémica con Moscú, no podían contar con mejores aliados”(428), en 1969 el escenario político y cultural era muy distinto. El apoyo de Fidel Castro a la invasión a Checoslovaquia había sido el primer síntoma del significativo giro de los vínculos de su gobierno con los soviéticos. Relacionado con esto último Karol subrayó, por ejemplo, cómo en su discurso del 2 de enero de 1969, en el balance de los diez años de la revolución, el líder cubano no sólo no

mencionó al Che Guevara ni a los guerrilleros latinoamericanos, sino que había terminado “agradeciendo extensa y calurosamente al campo socialista, y más particularmente a la Unión Soviética, su ayuda y solidaridad” (559). Definitivamente Cuba reconfiguraba su lugar dentro del boque socialista. Como consecuencia se reconfigurarían también los vínculos que a lo largo de la década se habían ido construyendo con los intelectuales de izquierda alrededor del mundo.

Aquellas palabras de Haydée Santamaría estaban lejos de ser fortuitas y representaban una toma de posición en el plano cultural e intelectual, pero sobre todo a nivel político. Santamaría había asegurado además que la nueva apuesta institucional no impediría invitar a europeos, pero serían “verdaderos europeos” (Américas, 1969, pág. 167). Desde su punto de vista iba a ser un encuentro muy superior a los que habían tenido lugar hasta ese momento; no sólo porque los jurados llevarían hasta La Habana el mensaje de la tierra americana, sino porque serviría para remarcar el carácter latinoamericano que se pretendía dar al certamen. A este respecto aseguró:

Porque tiene que ser mucho más interesante para un francés encontrarse con un peruano que venga de Perú que con un peruano que se encuentra todos los días en París [...] Para un norteamericano tiene que ser mucho más interesante encontrarse con un colombiano o con un peruano que venga de su tierra, a encontrarse con un peruano que vea todos los días en Londres o en Washington. (Américas, 1969, pág. 168)

Esta referencia a los peruanos se interpreta como una alusión indirecta a Vargas Llosa. Entre las numerosas críticas recibidas a raíz de la posición asumida por Cuba frente a la intervención de la URSS a Checoslovaquia, la postura del peruano causó un particular rechazo en La Habana y agudizó las diferencias existentes entre el escritor y la institución cubana. Sobre esta cuestión, y sobre el caso específico de Vargas Llosa, como se verá, se discutió en el último encuentro de la reunión del comité, al que también asistió la directora. Ambas intervenciones (inauguración del premio primero y reunión del comité después) indican que, en esta edición del concurso literario,

Haydée Santamaría, y lo que ella representaba para el poder político, se hizo especialmente presente.

El apoyo del gobierno cubano a la intervención representó para buena parte de la izquierda latinoamericana lo que en 1956 la invasión a Hungría para la izquierda internacional (Thompson, 2017); (Hall, 2010). Si en el 1956 tal hecho había marcado un punto de despegue respecto a la izquierda tradicional y la ortodoxia soviética, lo que vendrían a ser las bases de la nueva izquierda mundial, en 1968, en plena efervescencia de la nueva izquierda en América Latina con el empuje de una corriente importante que optaba por la violencia y la guerrilla, en el campo intelectual y cultural la actitud de Cuba, además de sorpresiva, significó un retroceso en sus relaciones con Latinoamérica. Y provocó a su vez el rechazo no sólo de los movimientos guerrilleros sino también de la mayor parte de los intelectuales vinculados con Casa de las Américas. Quizás el más enfático de todos fue el escritor peruano.

Al rechazo generado en Cuba a partir de las críticas vertidas por Vargas Llosa desde la revista *Caretas*,⁹⁴ se sumó su ausencia al encuentro convocado por Casa de las Américas para la reunión del comité. Julio Cortázar, una vez de vuelta en París, le envió una carta en la que le señalaba:

Cuando terminamos la declaración [...] Haydée en persona planteó el caso de tu ausencia y la reprobación de la dirección de la Casa con respecto a tu posición (lo de *Caretas* en lo concerniente a Fidel) y a tu ausencia sin explicaciones a la reunión. La gente de la Casa, lo advertí enseguida, daban por supuesto que serías automáticamente excluido del comité. Entonces entramos en juego Ángel Rama y yo y de manera más mediata Roque Dalton, Viñas y Fornet, para negarnos rotundamente a que se te “juzgara” en tu ausencia. (Cortázar, 2012c, pág. 26)

⁹⁴ “El socialismo y los ataques”, firmado por Mario Vargas Llosa se publicó en el No 381 de la revista *Caretas* (26 de setiembre de 1969, p.23). Desde allí el escritor denunció la invasión de la Unión Soviética y respecto a la posición de Cuba advirtió que resultaba lastimoso “ver reaccionar a Fidel de la misma manera condicionada y refleja que los mediocres dirigentes de los partidos comunistas latinoamericanos que se precipitaron a justificar la intervención soviética”.

El episodio descrito por Cortázar, por un lado, corrobora que más allá del evidente endurecimiento político que imperaba en el ambiente cultural cubano, todavía existía para la fecha, por lo menos al interior del comité de colaboración, un margen para el debate y el disenso. Por otro lado, ofrece un escenario desde el cual considerar las distintas posturas que se asumían en el comité de colaboración respecto a los temas puestos en discusión. La actitud de Rama, Dalton, Fornet, Cortázar y el propio Viñas frente a la reacción de Casa ante los hechos que involucraban a Vargas Llosa explicita que su compromiso y apoyo al proyecto de la institución no les impedía tomar distancia y plantarse críticamente ante determinados sucesos.

El Archivo de Casa de las Américas conserva una breve misiva firmada por los miembros del comité, con fecha coincidente con el último encuentro de la reunión (11 de enero), en la que comunicaban a Vargas Llosa: “Dado que en la última reunión [...] se han planteado discrepancias en torno a actitudes y opiniones tuyas, fraternalmente te encarecemos que trates de viajar a La Habana en el curso del mes de enero, para discutir, como lo hemos hecho en otras ocasiones, los diversos matices de un asunto que nos preocupa por igual” (colaboración C. d., 1969). Esta comunicación, y la forma en que reaccionaron ante la posibilidad de que excluyeran a Vargas Llosa del comité evidencian la apuesta de los miembros del comité por el diálogo y por la necesidad de debatir y reflexionar en torno a las distintas lecturas que de manera individual asumían sobre el proyecto cubano.

El complejo panorama político y cultural cubano de 1969, incentivado por sucesos nacionales (los premios de la UNEAC) e internacionales (apoyo a la invasión a Checoslovaquia), podría explicar las palabras de Haydée Santamaría en la inauguración del premio, su participación en la reunión de la revista, así como el cuidado con que habían sido señaladas determinadas cuestiones referidas, por ejemplo, al trabajo de los jurados y a la calidad de las obras como premisa esencial

del premio. El premio de ese año, sin embargo, y como se verá, estuvo muy atravesado por la política.

Al menos en tres de las categorías convocadas ese año se advierte el peso de lo político. En novela, por ejemplo, David Viñas, junto a Noé Jitrik, Alejo Carpentier, Ángel Rama y Salvador Garmendia otorgaron el premio a la obra *Los fundadores del Alba*, del escritor boliviano Renato Prada Oropeza. En su fallo destacaron lo original y moderno de la escritura, la espontaneidad verbal y la actualidad y complejidad del tema: las guerrillas de 1967 en Bolivia, a la vez que recalcaron, “El resultado es una obra profunda en consideración a las exigencias que se propone. Detrás de ella hay un escritor, cuyo esfuerzo creativo se realiza más si se consideran las dificultades en que se desenvuelve la narrativa actual de su país: Bolivia” (1969, pág. 196). En este fragmento del acta del jurado sugiere el interés de sus miembros por el contexto en que se produjo la obra ganadora por encima de las cualidades estéticas de la novela. El esfuerzo creativo del escritor, por otro lado, parece haber tenido un peso de incidencia significativa al momento de decidir la obra a premiar.

En la categoría de ensayos fue premiada la obra *Perú 1965: apuntes sobre una experiencia guerrillera*, del escritor y guerrillero peruano Héctor Béjar Rivera, para la fecha, detenido en una cárcel de su país. Desde ese encierro Béjar escribió una carta a la directora de Casa (por motivos del premio), que la revista publicó en el mismo número donde se difundían los resultados. Sobre este ensayo el jurado⁹⁵ advirtió:

El autor nos entrega lo que seguramente constituirá uno de los documentos políticos más importantes de este tiempo y un verdadero modelo de ensayo en el que la pasión patriótica y la lealtad revolucionaria canalizarse ejemplarmente en una exposición donde el penetrante espíritu crítico y autocrítico y la madura serenidad de sus meditaciones, no solo sirven de esclarecimiento informativo, sino que trascienden el marco de la pura narración descriptiva para convertirse en testimonio que induce a la reflexión, insta a la acción unida y eficaz, incentiva y fortalece la confianza en el porvenir de la lucha liberadora continental. (Américas, 1969, pág. 196)

⁹⁵ Integrado por: Rubén Bareiro (Paraguay), Sergio Benvenuto (Uruguay), Hans Magnus Enzenberger (Alemania), Carlos María Gutiérrez (Uruguay) y Oscar Pino Santos (Cuba).

Como se infiere con este premio se apostó por una literatura combativa, revolucionaria y comprometida. Se trataba de un texto que, a partir de lo testimonial, daba cuenta de la compleja realidad latinoamericana del período. Esta cuestión se repetirá en el certamen de poesía.

El poemario *Taberna y otros lugares* de Roque Dalton (miembro del comité de *Casa*) se alzó con el premio en esta categoría. El jurado destacó la capacidad de Dalton para “expresar con vigor lo histórico y lo íntimo en un solo y poderoso aliento” (197). El modo en que el salvadoreño introducía en los poemas el debate en torno al compromiso del intelectual en América Latina llevó a Benedetti a plantearle una pregunta en una entrevista realizada con motivo del galardón. Al uruguayo, le aseguró Dalton:

Me parece que, para nosotros, latinoamericanos, ha llegado el momento de estructurar lo mejor posible el problema del compromiso. En mi caso particular, considero que todo lo que escribo está comprometido con una manera de ver la literatura y la vida a partir de nuestra más importante labor como hombres: la lucha por la liberación de nuestros pueblos. Sin embargo, no debemos dejar que este concepto se convierta en algo abstracto. Yo creo que está ligado con una vía concreta de la revolución, y que esa vía es la lucha armada [...] en nosotros, escritores latinoamericanos que pretendemos ser revolucionarios, el problema del compromiso de nuestra literatura debe concretarse hacia una determinada forma de lucha. (Benetti, 1969, págs. 147-148)

Las declaraciones de Dalton resultan fundamentales para comprender una perspectiva que había ido tomando fuerzas a lo largo de la década y que para 1969 comenzaba a imponerse como estética dominante dentro del ambiente cultural cubano y del certamen. Sin embargo, interesa subrayar la manera en que el propio poeta, en muy poco tiempo, como se verá, entró en conflicto con la línea cubana más ortodoxa, cuya apuesta literaria pretendía excluir y silenciar obras y autores que no se ajustaban a sus demandas.

Las consideraciones de los jurados del premio de 1969, permite corroborar, por un lado, la apuesta institucional por una escritura militante, así como el marcado interés por temas definitorios

de la agenda política e ideológica del continente latinoamericano como era la guerrilla. Por otro lado, indica que el discutido “compromiso” debía buscarse no sólo en la obra, o en las palabras, sino también en la actitud ante la realidad y la responsabilidad que debían asumir como escritores latinoamericanos de izquierda.

4.3 Europa como horizonte posible

Como parte de las actividades organizadas en el marco del premio el Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas organizó, entre el 30 de enero y el 6 de febrero de 1969, un ciclo de conferencias sobre la nueva narrativa latinoamericana. Viñas fue parte, junto a Ángel Rama, de un panel organizado por Rubén Bareiro dedicado a “Roas Bastos y la narrativa paraguaya actual” (4 de febrero). A su cargo estuvo la conferencia de cierre de dicho ciclo, ofrecida el día 7 de febrero y que tituló: “Después de Cortázar: historia e interiorización”.⁹⁶ Lo acompañaron en esa ocasión Oscar Collazos y el propio Bareiro (Américas, 1969, pág. 198).

El periódico cubano *El Mundo* en su edición del 9 de febrero recordó detalles de la conferencia ofrecida por él. Viñas refirió dos constantes que, desde su perspectiva, se evidenciaban en la historia de la literatura de su país, “una zona que está al día con lo que pasa en Europa y la zona que mira hacia el arrabal” (Nota, 1969, pág. 9). Ubicó a Borges y a Arlt en los extremos.⁹⁷ Consideraba el conferencista que en todo escritor argentino existía un desgarramiento entre ambas posiciones y la síntesis de ambos términos la encontraba en *Adán Buenosayres* “A partir de Marechal lo cotidiano y fantástico se unen en un cuerpo único”(9), aseguraba Viñas, quien veía además a Cortázar como continuidad literaria de Marechal y de Macedonio Fernández. De Macedonio, según Viñas, había tomado Cortázar la ironía, la textura de la palabra, “el rechazo de

⁹⁶ La conferencia aparecería publicada en *Actual narrativa latinoamericana*. La Habana: Casa de las Américas, 1970, 154.

⁹⁷ La separación entre Borges y Arlt que plantea aquí David Viñas contrasta con la propuesta de Ricardo Piglia de pensar la literatura argentina a partir del cruce entre ambos escritores. Un gesto que, según Fabio Espósito debe leerse como un intento de Piglia por buscar un lugar para su propia escritura dentro del sistema literario argentino. Ver Fabio Espósito “Homenaje a Roberto Arlt: la otra cara de la moneda” en *Estudios sobre Borges*, Memoria Academia, No 9, 1991, p. 35.

los estereotipado” (9). Destacaba además la presencia en Argentina de una joven generación de escritores cuya “evidente seducción por lo cortazariano” lo verificaba en el rechazo a lo circunstancial, “el arrinconamiento” y “la disolución del héroe” (9). Perspectiva que respondía, desde su punto de vista, a la evidente incidencia que en esa generación (cuyas obras habían sido publicadas entre el 66 y el 67) estaba teniendo el “seudoestructuralismo divulgado a través de medios periodísticos como *Primera Plana* (9).

A *Primera Plana* y la revista *Los libros* (para la crítica literaria) y a Eliseo Verón y el Instituto Torcuato Di Tella (en el ambiente académico) se debió, fundamentalmente, según la crítica especializada, la introducción en la Argentina durante los años sesenta del estructuralismo francés. Ligado a la idea de desarrollo y modernización, y a la aspiración a insertarse en el mercado internacional, una fracción importante de intelectuales argentinos, mayoritariamente jóvenes, se apropiaron de propuestas teóricas, que en sus más variados niveles de análisis coincidían en la necesidad de establecer distinciones entre literatura y política. Viñas fue uno de los principales voceros que, dentro de la vertiente crítica del campo intelectual argentino, cuestionó los postulados estructuralistas. Sobre las influencias que tuvo el estructuralismo en la joven generación de escritores de su país volverá desde un texto publicado a mediados de ese mismo año, y que este trabajo propone analizar como prolongación de esta charla suya en La Habana.

También en la conferencia Viñas había hablado sobre el exilio voluntario de Cortázar en París y aseguró que era la “continuación y culminación” del viaje tradicional a Europa que realizaban las figuras intelectuales como una búsqueda de santificación y complementación espiritual debidas a las carencias que encontraban en Argentina.

Sobre esta idea del viaje de Cortázar a París como cierre de una tradición intelectual argentina, volvería Viñas en reiteradas oportunidades a lo largo de su producción intelectual mediante intervenciones públicas y entrevistas del período. La opción de Europa como una de las alternativas

ante la caótica realidad latinoamericana del período no fue, sin embargo, una opción excluida de las seducciones del autor de *Literatura argentina y realidad política*.

En marzo de ese mismo año Viñas escribiría una carta a Ricardo Piglia desde Italia, hasta donde viajó luego de su paso por La Habana. En la misiva le ofrecía la coordinación de una revista que planeaba hacer desde Roma sobre América Latina. También del asunto le había hablado a Jorge Álvarez,⁹⁸ y por supuesto a Fernández Retamar. En una carta enviada al cubano, y que conserva inédita el archivo de Casa, aseguraba que la idea “era sacar adelante una suerte de ‘anti Nuevo mundo’” (Viñas D. , 1969). Proyectaba una edición italiana de cinco mil ejemplares y una latinoamericana (en español) de diez mil que “serían introducidas cada dos meses en el continente como si se tratase de libros italianos” (Viñas D. , 1969). Aseguraba a Fernández Retamar:

Date cuenta: se trataría de una bisagra entre lo de Cuba y Tierra Firme; [...] desde el vamos ese proyecto subrayaría ese “bisagrismo” de que hablamos en la Casa en función de todas las revistas de A.L. Definida en su posición por Cuba; dos, se contaría como base de maniobra inicial el equipo de gente que ya redacta “Revista de Problemas del Tercer Mundo” en Baires. Y mis contactos personales: Galeano y sus amigos en Montevideo, los de “Punto Final” en Santiago [...] Martha Traba en Colombia; Garmendía y alrededores en Venezuela y lo mismo con Carballo en México. ¿Qué te parece? ¿Delirante? ¿Operante o no? (Viñas D. , 1969)

Los detalles que comparte con el director de *Casa* explicitan su interés por no salirse de la órbita de la publicación cubana y por llevar a la práctica algunas de las propuestas discutidas en la reunión de su comité en enero. El reconocimiento hecho allí al papel que había tenido la revista cubana y particularmente la primera Declaración de sus colaboradores (1967) para el descrédito de *Mundo Nuevo*, era un factor a considerar para futuros proyectos. El circuito que Viñas proponía, con sede en Europa (no en París, sino en Italia), cuyo peso recaería fundamentalmente en el equipo de la *Revista de Problemas del Tercer Mundo* denota, por otra parte, su interés por hacerse de un espacio

⁹⁸ Según se lee en el diario de Piglia anotó en su diario que había asegurado Viñas “Dentro de catorce meses E.R vendrá para acá, es el único que puede dirigirla cuando yo me vaya” (Piglia, 2016, pág. 130).

alternativo a determinados postulados de la política editorial, cultural e ideológica cubana. A fin de cuentas, desde el primer editorial de la publicación que dirigía su hermano Ismael habían dejado establecidas las principales coincidencias con el proyecto cubano, pero también los puntos en que disentían.

La estancia de Viñas en Italia fue, sin embargo, mucho más corta de lo que él mismo había planeado. El jueves 8 de mayo de 1969 Piglia anotó en su diario: “Al mismo tiempo llegan: una carta de David (haciendo proyectos sobre su estadía en Europa) y el propio David, que toca el timbre con cara pícara de culpable” (Piglia, 2016, pág. 139). Otro fragmento del diario de quien fuera, para la fecha, su compañero en extensas caminatas por las calles porteñas, ofrece una panorámica bastante reveladora del ánimo con que Viñas regresó a la Argentina luego de su paso por Cuba y la estancia en el viejo continente:

(Recomendaba con entusiasmo que nos fuéramos todos a vivir a Europa). Está deprimido y, como siempre, define la realidad según su situación personal; confía en la literatura o la niega según su estado de ánimo [...] Vendió su novela *Cosas concretas* a Tiempo Contemporáneo por mil doscientos dólares (quinientos mil pesos), pero no tiene ninguna gana de publicarla, y menos de reescribirla, entonces se debate sin tomar decisiones y habla de la abundancia de libros que inundan el país y sus alrededores. (Piglia, 2016, pág. 140)

Esta propuesta de revista engrosa la lista de proyectos postergados por Viñas a lo largo de su producción intelectual. Sin embargo, lo que interesa subrayar aquí es la aspiración, y según Piglia, “el entusiasmo” de Viñas por instalarse en Europa. Aspiración que debe pensarse en diálogo con los textos dedicados a cuestionar la residencia europea de escritores latinoamericanos, con los pronunciamientos y las discusiones que, sobre el asunto, protagonizó en muchos otros lugares, pero sobre todo en La Habana en enero de ese mismo año, y sobre todo con sus reiteradas negativas ante las convocatorias hechas desde la capital cubana para instalarse a trabajar allí.

4.4 La polémica como continuidad: Collazos- Cortázar y también David Viñas

En junio de 1969 la revista española *Cuadernos Hispanoamericanos* publicó “Después de Cortázar: historia y privatización”, artículo donde David Viñas sintetizó algunas de las problemáticas esbozadas en la conferencia ofrecida en La Habana a inicios de ese mismo año. El texto se centraba de manera particular en las influencias del autor de *Rayuela* en la joven generación de escritores argentinos, y en la explicitación de una serie de “coordenadas” que, con “sus matices”, según su análisis, condicionaron la narrativa argentina aparecida en la segunda mitad de la década y que percibía como prolongación de los resultados literarios de Cortázar, “Inquietud ante el exterior, intento de conjuro, torpeza frente a lo cotidiano, incapacidad operativa, repliegue, arrinconamiento creciente, abdicación de todo proyecto modificador, desinterés, exaltación de la interioridad, separación, alejamiento exacerbado hasta, por fin, enclaustramiento y encierro total” (Viñas D. , 1969, pág. 738).

Sobre tales cuestiones había dialogado en La Habana con Rubén Bareiro y Oscar Collazos (para la fecha, director del Centro de Investigaciones Literarias de Casa de las Américas), en el panel que cerró al ciclo de conferencias organizadas por dicho centro en el marco del premio Casa de 1969. El artículo de *Cuadernos Hispanoamericanos* se puede analizar como continuidad, profundización y síntesis de algunas de las cuestiones planteadas por Viñas en dicha conferencia, aun cuando las palabras expresadas allí no llegaron a la letra impresa hasta 1970 en la colección “Actual Narrativa Latinoamericana” de la Casa de las Américas bajo el título “Después de Cortázar: historia e interiorización”.

El interés ahora no es, sin embargo, verificar continuidades entre los artículos de Viñas sino pensar ambos materiales partiendo de dos vertientes fundamentales. Por un lado, interesa corroborar cómo David Viñas piensa, construye y proyecta una particular figura de intelectual que toma distancia de Cortázar, a la vez que se aparta de la joven generación de escritores argentinos, cuya evasión ante la realidad, por ejemplo, es planteada como una actitud polémica “frente al tono de compromiso explícito con la historia que caracteriza a los narradores argentinos aparecidos

alrededor de 1955 ” (Viñas D. , 1969). Dicho compromiso, en el caso particular de Viñas, parte de esa generación del 55, debe pensarse desde una postura más cercana a la de Said que a la del propio Sartre. Pues en lugar de una escritura que se “sacrifica” y da prioridad al compromiso, según postula el teórico francés, Viñas apunta más a la figura de intelectual como “francotirador”, “exiliado”, como “perturbador del status quo” y sobre todo, “como el autor de un lenguaje que se esfuerza por decirle la verdad al poder” (Said E. W., 1996, pág. 17). Apuestas estas que, según Said, determinan la misión de todo intelectual.

Por otro lado, habría que analizar ambos textos (de manera particular “Después de Cortázar: historia y privatización”) en diálogo con un artículo publicado en fecha cercana y donde se advierte más de una coincidencia con la propuesta del crítico argentino. Se trata de “La encrucijada del lenguaje”, texto gestado en La Habana, donde residía Oscar Collazos, su autor, pero publicado en los números 1460 (29 de agosto/1969) y 1461 (5 de septiembre/1969) del semanario uruguayo *Marcha*.

Del texto de Collazos en el que esencialmente el colombiano comparte sus inquietudes en torno a la novela latinoamericana del período y de la polémica generada luego de su publicación (que terminó involucrando a Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa y el propio David Viñas, aunque de manera menos directa) se ha escrito suficiente. Podrían mencionarse por ejemplo los análisis de Carlos H. Magis (1971), Mario Goloboff (2000), Giordano (2003) y Claudia Gilman (2013). Ninguno de estos estudios ha analizado el texto del Collazos desde sus vínculos con estos artículos de Viñas, ni con el panel compartido por ambos escritores en La Habana.

“Después de Cortázar: historia y privatización” ha sido objeto de numerosas lecturas, De Diego (2000), Giordano (2003), Podlubne (2016). Lo “desafortunado” de algunos planteos que hace Viñas se percibe como denominador común. Giordano, por ejemplo, entiende el texto como una lectura moralista de Viñas, lectura que se pretende política y cuya apuesta por el compromiso

restringe las posibilidades del autor para “apreciar la potencia de los textos literarios en términos no tan distantes de la lógica y la temporalidad de su acontecer” (Giordano, 2003, pág. 9).

Podlubne, en esta misma línea analítica, considera que Viñas allí no hace otra cosa que reeditar la antigua discordia entre realismo, compromiso y humanismo, por un lado, y vanguardia, experimentación formal y humanismo por el otro (Podlubne, 2016, págs. 168-169), debate que, advierte la investigadora, había aparecido al menos en dos textos con los que pone a dialogar el artículo de Viñas: *Realismo y realidad en Argentina* (1961) de Juan Carlos Portantiero y “Julio Cortázar hoy” de Adolfo Prieto.⁹⁹ Según Podlubne, volver sobre esta antinomia tenía un doble impacto en Viñas como novelista le permitía “seguir disputando el centro de una escena que ya lo había opacado” (169) y como crítico lo condenada “a un determinismo sordo” (169).

De ambos análisis, más que los enjuiciamientos al autor, quiero referirme al énfasis que ponen para incorporar el artículo de Viñas en una tradición de estudios argentinos centrados en la creación literaria de período y las diversas lecturas que estaban en disputa respecto al vínculo con la realidad y la distintas lecturas y perspectivas de lo que debía entenderse como tal.

La propuesta de análisis que aquí se presenta se justifica no solo en el hecho de que Viñas y Collazos debatieran en La Habana los temas que profundizaron en sus respectivos artículos, sino que encuentra asidero en la manera en que el colombiano convoca al argentino y lo instala como “modelo” de un tipo particular de literatura, como referente de una manera de entender y asumir la creación literaria, el lenguaje y la responsabilidad intelectual más próximas a las demandas de la izquierda latinoamericana menos heterodoxa en términos estéticos y que tendrá en La Habana a sus principales portavoces. Una novela como *Hombres de a caballo* de David Viñas, aseguraba Collazos, “abre más perspectivas (y corro el riesgo de plantear sólo una hipótesis) que las ofrecidas ya por ciertas tendencias intelectualizantes, falsamente rituales, representadas en ciertos juegos

⁹⁹ Adolfo Prieto (1969): “Julio Cortázar, hoy”. Estudios de Literatura argentina. Buenos Aires, Galerna, 157-172.

mecánicos, en puro oficio literario, tipo *62, modelo para armar* o *Cambio de piel*” (Collazos, 1969, pág. 30).

El privilegio de la autonomía del lenguaje, tendencia que, según Collazos, era dominante en la obra de Carlos Fuentes, Vargas Llosa y Cortázar y que entendía como desprecio, olvido o divorcio con la realidad, constituye desde su punto de vista una de las principales problemáticas a considerar en la narrativa latinoamericana del período. En tal sentido asegura:

en una revolución se es escritor, pero también se es revolucionario. En una revolución se es intelectual, y tiene que ser necesariamente político. En una revolución cada carta barajada es una carta clara. Las palabras, cuando el lenguaje está reestructurándose, con el tono de una nueva conducta y de un nuevo tipo de relaciones culturales y sociales, se vuelven rigurosamente significantes. (pág. 31)

Esta sentencia parece resumir el núcleo de las inquietudes de Collazos. Si el lenguaje literario debía renovarse y actualizarse en América Latina el camino no podía ser a partir de la adopción de estructuras narrativas propias de la novelística europea o norteamericana y tampoco abogando una literatura separada de la realidad social y política del continente (Collazos, pág. 29). Ser escritor en la América Latina posterior a 1959 demandaba aptitudes claras, concretas y responsables hacia esa realidad. Lo político y lo ideológico tenían, desde esta perspectiva, un peso tan determinante como lo estético, por lo cual el vínculo con el contexto debía ser directo y era allí donde las palabras pasaban a ser centrales.

En correspondencia con Viñas, quien había advertido cómo la despolitización que predominaba en la joven generación de escritores argentinos se sistematizaba en ese fenómeno que, dijo, podría denominarse “seudoestructuralismo” (Viñas D. , 1969), Collazos asegura que el seguimiento mecánico de “los enunciados del estructuralismo europeo o los remotos orígenes del formalismo ruso” (Collazos, pág. 29) había conducido en la creación de los jóvenes escritores a un, “distanciamiento cada vez más radical de la realidad, su banalización, el olvido real de los

circundante, el aplazamiento de las circunstancias objetivas que lo rodean” (Collazos, 1969, pág. 29).

En las coincidencias argumentales entre Viñas y Collazos respecto a la importancia de los contextos y al lugar atribuido al lenguaje, resuenan las propuestas teóricas de Lucien Goldmann, cuyas influencias no sólo han sido advertidas por la crítica (Croce, 2005, 17, 36, 37; Crespi, 32, 109), sino reconocidas por ambos escritores.¹⁰⁰ Lo que Viñas, y particularmente Collazos, advertían como “divorcio de la realidad”, y que se manifestaba esencialmente mediante un lenguaje que se quería autónomo, Cortázar desde una perspectiva más cercana a Adorno y a su idea de la especificidad del lenguaje, lo pensaba como “la búsqueda de una fusión más profunda del verbo con todas sus posibles correlaciones” (Cortázar, 1970, pág. 31). En el texto que escribió como respuesta a Collazos, el autor de *Rayuela* exponía sus reservas sobre la manera en que el colombiano (y por consiguiente Viñas, y los cubanos que coincidían con ambos) pensaba la realidad, una realidad que definió como más “inmediata” y que según Cortázar ubicaba a Collazos no “tan lejos como él quisiera del ‘realismo socialista’.” (31). Y sobre *Los hombres de a caballo* advertía allí Cortázar:

En esa novela, el contenido es explícito, salta a la vista, es un acto revolucionario claramente definido dentro del “contexto sociocultural y político” de nuestro cono sur. Por su parte *62* fue escrito como tanteo, una primera exploración de territorios de difícil acceso [...] esa novela es tan revolucionaria- en términos de cuestionar los niveles de la realidad en que se mueve el hombre- como lo es explícitamente la de Viñas. La diferencia está en que *Los hombres de a caballo* no es un experimento literario sino una obra cabal y entera, un producto a nivel de la comprensión general [...] mientras que *62* es sobre todo un laboratorio [...] Frente a la obra concluida que es la novela de Viñas, *62* se da como una mera hipótesis de trabajo, una apertura, una consulta a otras sensibilidades del lector. (Cortázar, 1970, pág. 31)

¹⁰⁰ Sobre la Influencia de Lucien Goldmann advertiría el propio David Viñas: “Otros tipos que influyeron en mi formación: Lucien Goldmann (sobre todo en Venezuela, donde estudié con él cuando yo ya trabajaba allí como profesor en 1960...)”. Ver en Valverde, p. 130. Oscar Collazos, por su parte, reconoció las influencias de Goldman en una entrevista en 2013. Ver en periódico El tiempo, 17 de julio de 2013, <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-12935137>

Como se aprecia existe en esta discusión un interés de Cortázar por definirse estéticamente en contraposición a Viñas, o a la perspectiva defendida por Collazos a través del modelo de escritor que avala en Viñas a partir de *Los hombres de a Caballo*. Estaban en discusión distintas maneras de entender la realidad, pero además la autonomía de la literatura, el lenguaje y sobre todo el compromiso y la responsabilidad individual. Hacia esta última cuestión inclinó Cortázar la balanza del debate cuando aseguró: “A mi empieza a parecerme que esta cuestión del ‘grado de realidad’ debería ser mirada sobre todo desde un punto de vista de responsabilidad moral, porque ahí reside quizá la solución del equívoco” (Cortázar, 1970, pág. 31). Rescataba así en la polémica las preocupaciones planteadas durante la reunión de enero en La Habana respecto a la responsabilidad que debían asumir como intelectuales.

Pero también los textos se presentaban como un enfrentamiento por legitimar modelos intelectuales en pugna. Y Cuba se ofrecía como tribuna de peso significativo al momento de apostar por una figura de intelectual latinoamericano que, luego de la muerte de Che, se resignificaba. Porque si para Viñas, por ejemplo, este hecho había incidido “en el cierre del fervor jubiloso con que jóvenes intelectuales argentinos saludaron el proceso cubano en 1959” (Viñas D., 1969, pág. 737), para Cortázar las influencias del Che debía analizarse desde otros planos, en tal sentido advirtió desde las páginas de *Marcha*, como, según recordó él mismo, había dicho antes desde el *Excelsior* de México: “uno de los más agudos problemas latinoamericanos es que estamos necesitando más que nunca los Che Guevara del lenguaje, los revolucionarios de la literatura más que los literatos de la revolución” (Cortázar, 1970, pág. 31). Una sentencia esta que, como se verá, retomará y discutirá David Viñas desde “Cortázar y la fundación mitológica de París” el polémico ensayo que en 1971 le dedicó a su coterráneo.

4.5 La novela *Cosas concretas* y el debate intelectual de los años sesenta

En diciembre de 1969 por las calles de Buenos Aires comenzó a circular *Cosas concretas*, novela dedicada por su autor a los viejos camaradas de *Contorno*. La dedicatoria había aparecido antes en “Una generación traicionada” (Viñas D. , 1959), texto emblemático publicado en el semanario *Marcha*, en el que, según Nora Avaro y Analía Capdevila, Viñas, “decreta el fin de una época y da por terminado el accionar de su generación” (Capdevila, 2004, pág. 5). Desde esta perspectiva el gesto de repetir el homenaje diez años después a los “viejos” camaradas podría leerse como un interés en señalar un nuevo final de época y el cierre de una manera de actuar con la que, luego de una década convulsa como fueron los sesenta, y como había sucedido en los cincuenta, no estaba satisfecho Viñas ni sus antiguos compañeros de *Contorno*.

Estudiosos de la obra de Viñas como Ricardo Piglia (1969), Isabel Santos (1996), Martín Kohan (2004) y Leonardo Candiano (2013) coinciden al destacar el lugar central que ocupa el lenguaje en *Cosas concretas*. Tal importancia se reconoce por ejemplo en la manera en que el autor concibe y proyecta desde el propio proceso de escritura el vínculo entre la palabra y el contexto, al ser esta una novela que narra su circunstancia, que problematiza las contradicciones de los intelectuales latinoamericanos de izquierda entre compromiso literario y compromiso político del período y donde el autor despliega las frustraciones, humillaciones y desesperanzas (suyas y de su generación), luego de la muerte del Che Guevara en Bolivia.

Para Ricardo Piglia la única actividad que realizan los personajes a lo largo de toda la novela es la de narrar. En tal sentido el crítico argentino entiende el lenguaje como “un simulacro de la acción, un sustituto simbólico de la realidad” (Piglia, 1969, pág. 3). Tal perspectiva, lo ubica en una vertiente marxista que reconoce el lenguaje no como reflejo exacto de la realidad, sino como una captación de la realidad a través del lenguaje (Williams, 2000, pág. 51), perspectiva que destaca además su carácter social y activo. Inmediatamente advierte Piglia sobre la novela: “Viaje hacia el interior y hacia el pasado, estos relatos se convierten en el lugar privado donde los narradores se refugian para atrapar la realidad en el lenguaje” (Piglia, 1969, pág. 3).

Cosas concretas podría pensarse entonces como un registro verbal de los últimos años de la década del sesenta, desde donde David Viñas interpreta, traduce y describe la aureola de acontecimientos que tuvieron lugar en América Latina y, específicamente, en Argentina, desde los grupos guerrilleros y la teoría del foco hasta la muerte del Che Guevara en Bolivia y las distintas interpretaciones y actitudes asumidas por los intelectuales de izquierda en medio de tales sucesos.

Finalista en el Premio Biblioteca Breve de Seix Barral en 1968 (Gilman, 2013, pág. 92), una apuesta que señala su interés personal por la editorial, dada la propuesta de renovación literaria que desde allí se postulaba, *Cosas concretas* es, tal como ha advertido de manera coincidente la crítica, una novela fragmentaria y dispersa, narrada por varias voces y desde distintos registros textuales, cuya desestructuración narrativa constituyó una novedad para la escritura ficcional de Viñas, por lo menos así fue hasta 1969,¹⁰¹ año en que fue publicada por Tiempo Contemporáneo.

La multiplicidad de voces que confluyen en el texto está en correspondencia con la forma en que Viñas trabajó los “siete modelos mayores” de intelectual que, según dijo, vislumbraba en su generación, “desde el guerrillero hasta el que se instala en París, y del ex-hombre de izquierda que termina en el más craso oportunismo al que se empecina en la política no espectacular” (Zsichman, 1972, pág. 65).

Nacha y Pola, son los personajes femeninos a través de cuyos vínculos con los personajes masculinos (Edi, Lorenzo, Kleitman y Drago), según Piglia, se articulan “los fragmentos dispersos de la narración” (Piglia, 1969, pág. 3). El argumento está estructurado a partir de esas historias personales y las confluencias de cada una de ellas en torno a la figura de Edi Bilbao, intelectual de izquierda (como los demás), pero que ha marcado una diferencia y una distancia respecto a sus pares, al tomar la decisión de unirse a la guerrilla. La novela se desarrolla a partir de diversos

¹⁰¹ Se refiere a las novelas que Viñas escribió y publicó hasta este año. Los estudios coinciden al reconocer en *Tartabul* (2006) la novela en la que Viñas lleva al extremo tanto el “juego con el lenguaje” como la desestructuración narrativa que en *Cosas concretas* se leyó como novedad.

pasajes y de una entrevista que realiza Pola a Lorenzo. Viñas, tal como ha señalado la crítica, se aprovecha de este recurso para ir problematizando cuestiones centrales del debate intelectual del momento y que son esenciales a este análisis: la literatura y sus vínculos con el mercado, el lenguaje, el compromiso y la responsabilidad con la realidad política y social (Candiano L. , 2013).

A través de Edi se presenta la contradicción fundamental de la narración: su apuesta por la literatura o el peso de ceder ante el compromiso político; contradicción determinante entre los intelectuales latinoamericanos de izquierdo como he dicho, y centro también tanto del debate de enero de 1969 en La Habana como del de 1967 en el marco de la primera reunión del comité,¹⁰² y que será un tópico distintivo de la época. El contexto, la realidad inmediata y el espíritu propio del momento histórico que se trasmite a través de esos personajes parecen importar más que los individuos mismos.

Desde esta perspectiva el sentido total de la novela estaría dado por la manera en que cada uno de los personajes, que vienen a representar los distintos “modelos de intelectuales” señalados por Viñas, comparten y problematizan la circunstancia latinoamericana de finales de los años sesenta. La respuesta ofrecida por ellos podría entenderse a través de lo que Lucien Goldmann define como “visión del mundo”. Es decir, como el conjunto de aspiraciones, de sentimientos y de ideas comunes a los miembros de un mismo grupo (Goldmann, 1975). Siguiendo a Goldmann proponemos analizar *Cosas concretas* como un acercamiento a esa “visión del mundo” compartida por los intelectuales latinoamericanos de izquierda, en cuya conformación, y es uno de los puntos que aquí se proponen, tuvieron un papel fundamental los acontecimientos sucedidos en La Habana

¹⁰² En su tesis doctoral Leonardo Candiano advierte cómo en *Cosas concretas* emerge el debate. Tal distinción conduce a pensar que en *Cosas concretas*, el personaje principal, más que Lorenzo, como han advertido algunos estudiosos (Candiano:458; Valverde:144), es en realidad la propia época. intelectual del período y menciona al Congreso Cultural de La Habana, la Conferencia Tricontinental del 66, las OLAS (p.474) como momentos culminantes, deja fuera de su análisis el debate generado en tal sentido en el marco de la segunda reunión del Comité de Casa, central en la propuesta que aquí se plantea. El investigador argentino tampoco hace alusión al poema que, con igual título, publicó Viñas en la revista Casa de las Américas.

a lo largo de la década. Resulta fundamental considerar las problemáticas que analiza Viñas en la novela como parte de un proceso mucho más amplio, según Goldmann: “para comprender y explicar una obra, es necesario insertarla en estructuras más amplias, en el conjunto de la vida social, como la parte en el todo” (Goldmann, 1971, pág. 57). De sociólogo francés interesa considerar las nociones de literatura y de lenguaje: “para mí la literatura, al igual que el arte, la filosofía y, en gran parte, la práctica religiosa, son ante todo lenguajes” (Goldmann, 1971, pág. 409). Desde esa perspectiva enfatiza la imposibilidad de expresar cualquier cosa en el lenguaje de la literatura (409). En la misma línea analítica aseguró Ricardo Piglia que esta novela de Viñas “no hace otra cosa que narrar la imposibilidad de hacer hablar a la práctica política con las palabras de la literatura” (Piglia, 1969, pág. 6).

Piglia, quien trabajaba en la editorial Tiempo contemporáneo para la fecha en que se publicó la novela, anotó en su diario, en mayo de 1969: “Corrigiendo con David *Cosas concretas*. Es increíble, en lugar de cortar agrega texto, no tiene la menor idea de lo que es una estructura” (Piglia, 2016, pág. 141), el comentario nos ubica ante otra de las “marcas” de la prosa viñesca, y que Martín Kohan piensa en términos de “espesor textual” o “espesor de la escritura”. Para Kohan, lejos de disminuir ese espesor, lo que se correspondería con la literatura realista que postula Viñas en sus narraciones se ocupa de sumar “capas del lenguaje”, en tal sentido advierte:

Aunque apunte a “cosas concretas”, en las novelas de Viñas se percibe una laboriosa atención a las palabras concretas. El lenguaje no se torna transparente en nombre del predominio de la función referencial, por el contrario, el lenguaje es un espacio de detención, un lugar donde los personajes o el narrador y eventualmente el lector se demoran, se traban o al que tienen que volver. (Kohan, 2004, pág. 263)

Desde esta perspectiva, que apunta además a la manera en que para Viñas lo concreto puede estar no ya en la realidad, sino en las palabras mismas (266), se entiende entonces el peso que el

escritor atribuye en esta novela al lenguaje, desde donde analiza además el vínculo entre literatura y mercado e ironiza sobre la escritura como valor de cambio:

- ¿Cien querés? [...] ni me vayas a decir que te parece poco. Si nunca cobraste tanto por un artículo. Cien ¿oíste? Cien lucardas por mil palabras. Dale. Anímate. Cien mil mangos míos por mil palabras tuyas. Decí que sí. Te sentás a la máquina, tatá y la sacás. Cien mil, Lore. Yo por cien mil mangos le hago la puñeta a un concripto. (Viñas D. , 1969, pág. 87)

A través de esta conversación entre Kleitman, director de una revista y Lorenzo, escritor y señalado como alter ego, Viñas caricaturiza la manera en que lo económico podía llegar a ser determinante al momento de decidirse a escribir. La claudicación, las dudas de Lorenzo ante la propuesta de Kleitman ponen sobre la mesa de debate la discusión en tal sentido: “Tengo que escribir sobre Kleitmann- se repitió y escribió kleit-mann-. Si escribo mil palabras sobre Keitmann cobro cien lucas. Son cien lucas, Lorenzo.” (Viñas D. , 1969, pág. 136). La precariedad de los escritores latinoamericanos durante el período y las tentaciones ante pagos sustanciosos, más allá del interés o no por escribir sobre determinados temas, es el centro de lo que, a través de este pasaje, pone Viñas en discusión. Retoma además otra de las preocupaciones centrales entre una fracción de intelectuales de izquierda, sobre la que había advertido él mismo mediante el poema que dedicó al Che y que la novela toca directamente: las estrategias con que desde los Estados Unidos intentaban seducir a los escritores del continente. “A los gringos se la metemos doblada, pibe, Hay que avivarse” (Viñas D. , 1968, pág. 93), decía el poema, en el que enfatiza sobre el sistema de becas, las publicaciones y otras tácticas de la nueva ofensiva con que los Estados Unidos intentaba atraer a los intelectuales del continente. Ofensiva que incluía, además, la contratación de académicos, la compra de editoriales y los beneficios (económicos y profesionales) de insertarse en publicaciones norteamericanas de prestigio internacional. La primera Declaración del comité de *Casa* (1967) había sido explícita en tal sentido y sobre el tema habían vuelto a dialogar en el encuentro de enero de 1969.

En la novela será Drago el personaje a través del cual David Viñas expresa tales preocupaciones. En una charla con Lorenzo aseguraba Drago, “*Siempre un paso adelante, Lore, siempre. Hace más de cien años de eso [...]otras veces habían desnudado las armas y ruidosamente se habían largado hacia adelante desgarrando ceremonias, la carne de cualquiera, los protocolos y las murallas. Pero hoy ya no hacen ruido; son otros los procedimientos: becas, afiches, encuestas sutiles* (1969, pág. 92).¹⁰³ Y Drago le recordaba a su amigo Lorenzo que hacía poco se habían llevado a un profesor de historia, por dos mil al mes (168), y que había ya treientos médicos allá (169): “todo el continente les tiene que pertenecer” (170) y advertía con palabras semejantes a las que había usado Viñas en una carta enviada a Fernández Retamar: “Si el modelo es Puerto Rico, veinte, qué se yo, veintitantas islas como ésas con mayor o menor graduación alcohólica” (170). A través de este personaje Viñas critica además a antiguos políticos y militantes y retoma la discusión de la reunión de *Casa* referida a las traducciones y las incidencias que podían tener a nivel político los vínculos con Estados Unidos. Es el propio Drago quien le asegura a su amigo que no tiene nada contra el inglés, pero, le advierte: “‘Corrompen todo, Lore’. No por el inglés ni por ellos mismos, por cada uno de esos pobres tipos que mandan ahí, sino por la cosa en su conjunto” (Viñas D. , 1969, pág. 91).

En el poema Viñas había apostado por desmitificar la imagen del Che, una perspectiva sobre la que enfatiza cuando sobre Edi, que simboliza la figura del guerrillero, asegura: “No Dios. Arcángel. Que no se olvide: despegando de nosotros, pero con nuestra misma piel, con el mismo barro en los zapatos. Hombre, Edi. Hombre formidable, Edi; único, Edi. Pero hombre como vos y como yo: te envidio, pero no me desprecies” (Viñas D. , 1969, págs. 263-264).

En *Cosas concretas* es notable además el énfasis hecho por Viñas sobre el ejercicio del periodismo en sus diversos géneros. La narración avanza a través de la entrevista de Pola a Lorenzo, de los pedidos de artículos de Kleitman (director de una revista en la que trabaja

¹⁰³ Subrayado del escritor.

Lorenzo), de la lectura de diarios que informan los sucesos de la guerrilla, pero también a través de las críticas al marketing y a las influencias de los medios de comunicación (Candiano L. , 2013). Si la crítica coincide al advertir que es esta una novela que refleja el debate intelectual del período, llama la atención que esos intelectuales estén representados o vinculados no ya con la literatura en sí, sino con los periódicos y revistas, más que escritores de ficción, son periodistas que reflexionan sobre sus circunstancias.

Se apuesta así por un tipo particular de escritura más ligada a los hechos concretos, a la historia. Este interés evidencia además la crisis de un modelo de escritor que concibe la literatura separada de la realidad, a la vez que responde a la manera en que para la fecha David Viñas concibe el trabajo intelectual. Sobre esta cuestión reflexionó Piglia:

Solidaridad con Viñas y su discurso contenido y violento para negar lo que él llama “la seducción de los medios” (que lo seducen demasiado, digo yo). Tiene razón, ha captado el cambio de clima intelectual. La legitimidad literaria ya no pasa por los sistemas tradicionales (ejemplo *Sur*), sino por los *mass media*, los periodistas son los nuevos intelectuales o, en todo caso, son los que cumplen la función de intelectuales. (Piglia, 2016, pág. 44)

4.6 Consideraciones finales

El período en que Viñas escribe y publica tanto el poema como la novela *Cosas concretas* está marcado por la idea de intelectual revolucionario, pero también por las novedades estéticas del boom latinoamericano, que en sus presupuestos generales contradice la perspectiva de escritor comprometido que estaba en disputa. Es además el momento en que se discute abiertamente el impacto que en dicho fenómeno literario han tenido las editoriales, las revistas culturales y también la Revolución cubana. La manera en que tales cuestiones, y particularmente los debates que David Viñas protagonizó en La Habana, fueron influyentes en su producción del período, se aprecia no sólo en esta novela o en los textos antes citados, sino que prosigue en proyectos que planeaba para la fecha. En mayo de 1971 Ricardo Piglia anotó en su diario: “Interesante proyecto de David de

escribir una novela cuyo tema- y título- sería *La redacción*. Escritura de manifiesto político elaborado colectivamente con un grupo de latinoamericanos; trabajar el lenguaje como materia política, una novela que se va haciendo y que en definitiva no es otra cosa que un texto.” (Piglia, 2016, pág. 142). Bastaría recordar que en enero de 1969, cuando los miembros del comité de colaboración de *Casa*, luego de un arduo debate en torno a la problemática del lenguaje y del diálogo sobre la necesidad de una segunda Declaración acordaron los puntos esenciales que debían ser tratados allí, Fernández Retamar, como cierre del debate sentenció: “Yo creo que está bastante madura la discusión y si les parece bien podríamos pensar en los nombres que hicieran la redacción; habíamos hablado de David, Roque, Mario y yo” (Colaboración M. d., 1969, pág. 150). La idea de este proyecto de novela, al parecer, se debía, por lo menos en parte, a la experiencia del escritor en la reunión del comité de *Casa* y a la redacción de la Segunda Declaración de cuyo proceso de elaboración el propio David Viñas formó parte.

Capítulo 5. 1971, un año para definir posiciones

Cuando en febrero de 1969 los organizadores del Premio Casa de las Américas se reunieron con los jurados para dialogar sobre cuestiones relativas a la edición de ese año, Ángel Rama destacó la existencia de un grupo interesante de obras (aunque no todas con la calidad para recibir el galardón), cuyo valor debía medirse no en lo literario, sino en la manera en que allí se daba testimonio del proceso latinoamericano del período (Ángel Rama, 1995, pág. 122). El uruguayo se basaba en su experiencia como jurado de novela, que ese año había compartido con Salvador Garmendia, Alejo Carpentier, Noé Jitrik y David Viñas. En tal sentido planteó a la institución cubana lo oportuno de crear una colección con el nombre de Testimonio Latinoamericano, “en la cual una novela, un ensayo, la poesía, el cuento, dé testimonio de lo que está pasando en la América Latina y de lo que se está realizando” (Ángel Rama, 1995, pág. 122). En esta propuesta está la génesis de lo que terminaría por ser, luego del intercambio ocurrido y por decisión de Haydée Santamaría, la incorporación del género testimonio al Premio Literario Casa de las Américas en 1970.

La radicalización política del período (Campusano, 2007), el auge del anti intelectualismo incentivado por la Revolución cubana (Blanes, 2013, Gilman, 2012), el carácter contestatario del género (Moraña, 1998), la apuesta por ceder la palabra a voces silenciadas (Aymerich, 1998) y la distancia frente a la experimentación formal de las novelas del boom (García, 2018) son aspectos destacados entre los estudios dedicados a analizar el testimonio y las implicancias que tuvo su “institucionalización” como género literario al ser incluido en el premio de Casa. Para Carmen Ochando Aymerich, por ejemplo, esta institucionalización fue posible debido a la confluencia de diversas vías, entre las que señaló las tensiones que determinaban la vida cultural cubana posterior

a 1959, la experiencia y reflexión de los propios autores, así como la recurrencia, en los certámenes literarios, de textos que no se ajustaban a los géneros tradicionales y que resultaban de difícil clasificación (Aymerich, 1998).

Este capítulo propone analizar el lugar desde donde Viñas intervino en la legitimación del género testimonio a partir de su incorporación al jurado, a la vez que problematiza su experiencia en la tercera y última reunión del comité de *Casa*. A partir del debate sostenido en el encuentro de enero de 1971, se analiza su posición en dicho comité y la manera en que respondió ante determinados acontecimientos que tuvieron lugar al interior del proceso cultural cubano del período. En relación con lo anterior este capítulo rescata y analiza la carta abierta que, en junio de 1971, escribió David Viñas a Roberto Fernández Retamar en la cual compartía su punto de vista sobre el caso Padilla. Esta misiva prefiguró su distanciamiento de Casa de las Américas, de Fernández Retamar y de la Revolución cubana. Algunos estudiosos han analizado la postura de Viñas en la polémica a partir de algunos fragmentos de la carta (Croce, 2006), (Muñoz, 2012). Este trabajo retoma de manera íntegra esta carta abierta, consultada en el archivo de Casa de las Américas, y la analiza en diálogo con otros textos publicados sobre el asunto, fundamentalmente con otra carta abierta que, como respuesta a la del escritor argentino, escribió Roberto Fernández Retamar y que se conserva inédita en mencionado archivo.

5.1 David Viñas, el premio y la última reunión del comité de la revista *Casa*

Una nota del departamento de Relaciones Exteriores de Casa de las Américas, que se conserva en el archivo de la institución, ratificaba la llegada de Viñas a La Habana el domingo 10 de enero de 1971 e informaba detalles de su alojamiento en la hab.569 del Hotel Nacional (Archivo D. d., 1971). La convocatoria para la tercera reunión del comité de colaboración de la revista *Casa* y la invitación para integrarse al jurado en el certamen literario de ese año fueron los móviles de aquel viaje. Por razones semejantes había estado antes en la capital cubana, primero en 1965 y después

en 1967 y 1969 respectivamente; en 1965 y 1969 como parte del jurado en la categoría de novela. Este año, sin embargo, llegaba para sumarse al jurado de testimonio, género incorporado en 1970 y que, entre muchos otros aspectos, era un gesto a favor de una literatura más relacionada a la realidad política y social del continente sobre la que habían estado discutiendo en La Habana y en otras regiones de América Latina y del mundo a lo largo de los años sesenta. Lo novedoso de la estancia de Viñas en Cuba no estaría sólo en sus funciones como jurado, sino que sus vínculos con la institución cultural y con la revista, como se verá, experimentarían significativas modificaciones.

Las discrepancias entre los miembros del comité de la revista llevaron a pensar en la necesidad de ampliar el número de colaboradores. Sobre el tema estuvieron discutiendo desde finales del año anterior entre los miembros cubanos y los extranjeros residentes en Cuba (Otero, Llover sobre mojado. Una reflexión personal sobre la historia, 1997). El asunto sería central en el encuentro de enero de 1971, cuando finalmente apostaron por la incorporación de nuevos nombres; sin embargo, acontecimientos que tuvieron lugar en la isla durante los meses siguientes (con el caso Padilla como centro disparador) precipitaron el camino de ruptura. Uno de los resultados más visibles y adversos de este rompimiento fue la desintegración del comité de colaboración de *Casa*. A este hecho siguió un distanciamiento (voluntario o no) de buena parte de los intelectuales que habían mantenido estrechos vínculos con el proceso cubano a través de la institución cultural. Entre ellos estuvo el propio David Viñas.

Este apartado indaga en los pronunciamientos de Viñas y en el lugar desde donde se posicionó frente al discurso literario institucional legitimado desde Cuba a partir de la inclusión del género testimonio en el concurso de Casa de las Américas. Por otro lado, analiza su presencia y el peso de sus intervenciones durante las jornadas de la tercera y última reunión del comité. Para pensar la posición que asumió frente a la legitimación del género testimonio propiciado resulta fundamental ubicar a Viñas en el marco de una tradición literaria argentina que prestaba especial atención a lo testimonial (lo que explicaba, en parte, la invitación que recibiera desde La Habana para integrarse

a dicho jurado). El análisis de sus intervenciones en el comité de colaboración, por otra parte, se desarrolla fundamentalmente a partir del debate que sostuvo con Julio Cortázar en el marco de la reunión del comité en enero de 1971. La disputa sostenida por ambos en este encuentro se entiende como síntesis de modos diversos de comprender, asumir y plantear la especificidad de lo literario en un contexto latinoamericano fuertemente radicalizado, política e ideológicamente. En vínculo con lo anterior este texto analiza la manera en que en el debate aludido Viñas rescató planteos que había desarrollado en “Cortázar y la fundación mitológica de París”. Un ensayo de su autoría que apareció publicado en el tercer número de la revista *Nuevos Aires* (dic 1970-enero/febrero 1971) y que era parte del libro *Literatura Argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*, que para esas fechas vería la luz en Buenos Aires.

Pensar a David Viñas dentro de la tradición testimonial argentina sería un punto de partida oportuno para analizar su participación en el jurado del premio Casa en 1971. En este sentido se deben tener en cuenta los factores políticos, sociales y culturales que condujeron a la inclusión del género en el concurso, así como las implicancias estéticas, ideológicas y políticas que esto representó para los escritores latinoamericanos en general y para Viñas de manera particular. Dada las complejidades del premio, no es dato menor pensar en las garantías que para la institución cubana podía representar la presencia del escritor argentino. La proyección particular del escritor respecto a lo testimonial se desarrolla fundamentalmente a partir del análisis de un proyecto de novela sobre el que aseguró estar trabajando para esas fechas.

5.1.1 David Viñas y el género testimonio

Con la institucionalización del género testimonio a partir de su inclusión en el certamen de 1970 Casa de las Américas favorecía la consolidación de un discurso literario que, tal como ha reiterado la crítica, daba prioridad a voces hasta ese momento marginadas y silenciadas (Aymerich, 1998). Esta incorporación era además un gesto a favor de la cristalización de una perspectiva literaria que

encontraba sus fundamentos esenciales en la realidad política y social del continente latinoamericano. Una perspectiva que se distanciaba de la experimentación formal y de posturas estetizantes notorias en determinados autores, los que se incluían en el boom, por ejemplo, y que incluso recuperaba elementos que desde allí se rechazaban (Beverley, 1987).

La legitimación retroactiva de obras escritas antes de dicha institucionalización ha sido otro de los aspectos destacados por los estudiosos de tema. Jorge Fonet, por ejemplo, recordó cómo la Casa de las Américas no había creado el testimonio, “sino que más bien se vio forzada a tomarlo en consideración, pero, al hacerlo, lo legitimó y le proporcionó un nuevo marco de referencia” (Fonet J. , 1995, pág. 120). La inclusión del género, siguiendo a Fonet, era además la respuesta institucional de Casa ante la emergencia y proliferación de obras literarias que no se ajustaban a los géneros tradicionales incluidos en el premio. Así había quedado explicitado en el debate que sostuvieron los jurados en 1969.

En consonancia con Fonet la investigadora argentina Victoria García subrayó cómo la historia del testimonio en Argentina precedía a la consolidación del género en Cuba durante 1970 (2013, 2017, 2018). García refiere como fundamentos de su planteo el proceso de politización del campo literario argentino durante los años 50 y la consiguiente revisión del rol político y social de los intelectuales. Rodolfo Walsh, Francisco Urondo y Julio Cortázar son autores de los que se vale la investigadora para dar cuenta, por un lado, de la articulación entre lo testimonial y la ficción en la literatura argentina de los años 60-70 (2018) y por el otro, de la actitud que, como escritores, asumieron ante la consolidación del género desde sus respectivos involucramientos en los círculos culturales cubanos (García V. , 2018).

Si se parte de considerar los fundamentos que ofrece García, resulta necesario agregar a estos nombres el de Viñas. Lo anterior se justifica tanto en la particular inserción que tuvo en “los círculos culturales cubanos” referidos por la investigadora, como en las tempranas implicancias en

el jurado de testimonio del premio Casa. Habría que agregar además la manera en que su propia obra refleja lo que María Teresa Gramuglio planteó en los siguientes términos, “La totalidad de la obra de David Viñas muestra inequívocamente que lo testimonial, como actitud, es una constante en su literatura” (Gramuglio, *La actitud testimonial en David Viñas*, 1967, pág. 21).

En la misma cuerda de Gramuglio, y sobre la novela *Dar la cara* (1962) aseguró Emir Rodríguez Monegal, “Es más que un cuadro: es el testamento de una generación, la confesión de un hijo del siglo” (Monegal, 1967, pág. 80). El crítico uruguayo señalaba como denominador común en las novelas de Viñas su interés por testimoniar momentos y hechos particulares de la historia argentina. Monegal destacaba además la manera en que desde *Dar la cara* y *Los hombres de a caballo* le confería contemporaneidad a esa preocupación suya, al ocuparse de sucesos que estaban teniendo lugar en su propio contexto. Ambas lecturas interesan aquí tanto por el énfasis en el carácter testimonial en las ficciones de David Viñas como por ser textos escritos durante la década del sesenta y anteriores a la consolidación del género luego de 1970.

Siguiendo la perspectiva de Gramuglio, Viñas debe ser leído en el marco de una tradición literaria argentina y también latinoamericana donde lo testimonial se verifica en la manera en que el autor “intenta deliberadamente mostrar uno o más aspectos de la realidad y para ello se erige a sí mismo como testigo de los hechos” (Gramuglio, *La actitud testimonial en David Viñas*, 1967). La autora destacaba como rasgos propios del testimonio el manejo de datos veraces, caracterizados temporal y espacialmente, el uso de documentos o la experiencia vivencial del escritor respecto a los hechos que narra. Estos dos últimos aspectos los consideraba igualmente válidos, por lo que creía prescindible que el autor experimentara de manera directa el hecho del que daba testimonio, tal como sucedía en las primeras novelas de David Viñas, sobre las que trabajó en su texto. La concepción de Gramuglio contiene más de un punto coincidente con la manera en que desde La Habana comenzaron a prestar atención a lo testimonial.

El diálogo que sostuvieron los organizadores y los jurados del premio de 1969 respecto a la necesidad de rescatar obras presentadas a los concursos, no por su valor literario, sino por la manera en que daban cuenta de los sucesos que estaban teniendo lugar en el continente, era parte de una preocupación latente en los círculos culturales de la isla respecto del vínculo entre literatura y realidad. Miguel Barnet desde “La novela –testimonio. Socioliteratura”, un texto fundacional sobre el tema (como lo fue *Cimarrón*, del mismo autor, en el plano de la ficción), planteaba que la novela testimonio debía “proponerse un desentrañamiento de la realidad, tomando los hechos principales, los que más han afectado la sensibilidad de un pueblo y describiéndolo por boca de uno de sus protagonistas más idóneos” (Barnet, 1969, pág. 106).

Para Barnet, como para Gramuglio, este testigo podía ser real, o un producto literario, tal como sucedía, según el cubano, con Ti Noel en *El reino de este mundo*. Este personaje creado por Carpentier era, según su punto de vista, el portavoz de los otros. “Él es el pueblo, el nosotros que habla, que valoriza, como testigo que es de los acontecimientos” (Barnet, 1969, pág. 106). Vinculado con lo anterior Barnet planteaba otro aspecto fundamental de la novela testimonio que tenía que ver con la “discreción en el uso del yo, en la presencia del autor y su *ego* en las obras” (106). Este último aspecto interesa especialmente por instalar el asunto en una discusión que apostaba por sacarle el protagonismo que estaban teniendo determinados escritores por sobre las obras mismas; un debate que tendrá en David Viñas a uno de los principales polemistas al apuntar, siguiendo sus propias palabras, a la “necesidad de disolver los héroes” de la literatura (Viñas D. , 1971).

La apuesta hecha desde la Casa, sin embargo, apuntaba más a los testigos reales de los acontecimientos narrados. En las bases del concurso priorizaban además de lo factual, la relevancia política del tema y la necesidad de haber estado allí (Blanes, 2015, pág. 194). Por lo menos es esto lo que se desprende de la primera convocatoria, donde se indicaba que podía participar del premio en la categoría de testimonio, “un libro donde se documente, de fuente directa, un aspecto de la

realidad latinoamericana actual” (Galich, 1995, pág. 124). Con esta aclaración explicitaban que aquel era un premio cuyas prioridades estaban en Latinoamérica. Era un detalle que se sumaba a las críticas fomentadas respecto a la residencia europea de determinados escritores latinoamericanos y a la manera en que sus obras abordaban la realidad del continente.

Es dentro de este complejo contexto que la conformación del jurado del género testimonio en 1971 adquiere una particular relevancia. Un contexto radicalizado política e ideológicamente, marcado por el fracaso de la Zafra de los 10 millones, con un paulatino acercamiento con la Unión Soviética y en un clima de profundas tensiones y de críticas provenientes de diversos sectores, entre los que se encontraba buena parte de los intelectuales latinoamericanos vinculados al proceso cubano. Es a partir de esta realidad cubana de los setenta que adquiere una mayor relevancia la invitación a David Viñas para que forme parte del concurso en una categoría que era también resultado de las tensiones que dominaban el debate intelectual del momento. En definitiva, tal como aseguró Jorge Fonet, en el surgimiento y en la consolidación del género testimonio, habían incidido razones, “propiamente literarias, y también de índole política” (Blanes, 2015, pág. 193).

Si bien la impronta de David Viñas en la literatura testimonial argentina pudo tener un peso significativo para la invitación de los organizadores del certamen, habría que pensar, como se señaló antes, en las garantías que, a partir de sus estrechos vínculos con Casa de las Américas, ofrecía a la institución. Por otra parte, la presencia de Rodolfo Walsh en el jurado de 1970 es un dato a considerar en tal sentido. Sobre esa primera convocatoria le habían escrito a Walsh desde Casa, “hemos introducido un nuevo género que hemos denominado testimonio, y como usted es autor de una de las obras de mayor calidad, altamente representativa del género [...] nos serían muy valiosos su orientación y consejos” (Fonet J. , 1995, pág. 121). De manera que la invitación a Viñas para la segunda convocatoria podría guardar relación con la orientación y los consejos de su coterráneo. Habría que considerar además la apuesta estética y política que para la institución

representaba la incorporación del género testimonio, y la manera en que priorizaban a América Latina y apostaban por la inserción de los escritores en los sucesos que estaban teniendo lugar en el continente. Esta perspectiva se muestra en sintonía con las críticas explicitadas por Viñas respecto a los escritores latinoamericanos con residencia en Europa. Sobre semejante preocupación volvería de manera reiterada en sus textos del período y fueron, además, problemáticas que retomó desde diversos escenarios durante su paso por La Habana en enero de 1971.

En los debates en torno al testimonio y a la novela latinoamericana ocupó un lugar central, para los cubanos de manera especial, la discusión respecto a la aclamada novela de la revolución. En tal sentido aseguró Jorge Fornet:

Pasados unos años, sin embargo, se hizo obvio que no surgiría eso que se imaginaba como “la” novela de la revolución, y que era poco probable que la novelística nacional pudiera disputarle el prestigio, en su terreno, a títulos como *Rayuela*, *La muerte de Artemio Cruz*, *La casa verde* o *Cien años de soledad*. De manera que el testimonio venía a crear otra legitimidad en la que Cuba tendría mucho que aportar. (Blanes, 2015, pág. 199)

La aspiración parecía ser la de legitimar una literatura que se pretendía latinoamericana, no al estilo de las novelas del boom, sino mediante el contacto directo con el continente. Viñas en 1971 no sólo apostará por la estética testimonial desde su participación en el concurso de Casa, sino, y como se verá, desde su propia producción ficcional del período. El jurado al que se sumó estuvo integrado además por su coterráneo Octavio Getino, la uruguaya María Esther Gilio, el cubano Víctor Casaus (premio y primera mención respectivamente en la edición anterior),¹⁰⁴ y Agustín Pí, también de Cuba. Como veredicto acordaron dejar desierto el premio. Era la tercera vez que David Viñas participaba en el concurso, y por segunda ocasión el premio en la categoría donde fungía como jurado no otorgaba obra ganadora.

¹⁰⁴ *La guerrilla tupamara*, de la escritora uruguaya se alzó con el premio en la categoría de testimonio de 1970. En esa ocasión hubo dos menciones a obras cubanas: *Girón en la memoria*, de Víctor Casaus y *Amparo: Millo y azucenas* de Jorge Calderón González. El jurado estuvo integrado por Ricardo Pozas, Rodolfo Walsh y Raúl Roa.

Si en el acta de la primera edición del género testimonio habían enfatizado como el alto nivel de las obras presentadas, “obligó al jurado a sopesar minuciosamente los méritos literarios, la actualidad del tema y la trascendencia política y social” (Fornet J. , 1995, pág. 121), esta segunda edición marcaba un punto de inflexión revelador en tal sentido. El tema, la actualidad y lo trascendente eran efectivamente aspectos significativos, pero era imprescindible además que las obras contaran con suficiente calidad literaria. Las convocatorias posteriores del certamen, tal como recordó Fornet, pondrían especial énfasis en este aspecto.

El jurado ofreció, no obstante, una mención al libro *El año más largo de la historia*. La obra había sido escrita a cuatro manos por los cubanos Rogelio Moya y Renato Recio y ofrecía una mirada crítica sobre la Zafra de los diez millones. Que el premio quedara desierto daba, sin dudas, mayor fuerza a dicha mención. Algo semejante había sucedido en 1970 cuando “Los pasos en la hierba” de Eduardo Heras León recibiera una única mención en la categoría de cuentos. Estos autores pertenecían a una joven generación de escritores cubanos, a la que habría que sumar el nombre de Víctor Casaus que, según la investigadora Liliana Martínez Pérez, se auto reconocían como la generación de la revolución (Pérez, 2006, pág. 343). Eran autores que habían vivido la experiencia revolucionaria sin pertenecer a los círculos de poder ni a los grupos de escritores consagrados de la isla.

Rogelio Moya y Renato Recio, junto a Eduardo Heras León, Luis Rogelio Nogueras, Guillermo Rodríguez Rivera y el propio Casaus, por mencionar algunos, se encontraban para 1971 en el medio del debate intelectual cubano. Heras León recordaría la manera en que Armando Quesada¹⁰⁵ por

¹⁰⁵ Armando Quesada era el director *El Caimán Barbudo*, publicación a la que habían estado vinculados la mayoría de estos jóvenes escritores desde su fundación en 1966 y hasta el cierre de lo que se conoce como el primer momento de la publicación en 1967. En las páginas de *El Caimán* había tenido lugar el primer episodio en torno a los sucesos que involucraron al poeta cubano Heberto Padilla. A raíz del debate generado al respecto, la dirección de la publicación se vio modificada, hecho que marca el inicio de lo que se conoce como el segundo momento de la publicación. Para mayor información sobre *El caimán Barbudo* y las implicancias políticas y estéticas que tuvo la publicación en los debates que perfilaron el contexto cultural cubano de la segunda mitad de los años sesenta ver

esas fechas se había referido a ellos como “un grupo de jóvenes pseudo-intelectuales, que al amparo del liberalismo y el criticismo han caído en posiciones de franco diversionismo ideológico” (Heras, 2007, pág. 15). Liliana Martínez Pérez, en sintonía con Heras León, recordó las acusaciones que habían caído sobre el grupo y de manera particular sobre Víctor Casaus, culpado de influenciar en la decisión del jurado del premio Casa de 1971 para que se le otorgara la mención en testimonio “al libro ‘tendencioso y reaccionario’ de Moya y Recio” (Pérez, 2006, pág. 347).

Las impresiones de David Viñas sobre esa nueva generación de escritores cubanos, sobre la producción literaria y sobre las incidencias que tenía a nivel político, pueden rastrearse en unas declaraciones que ofreció en fecha cercana a su paso por el jurado de testimonio:

Evidentemente que en Cuba ha aparecido una figura que ha catalizado toda una nueva perspectiva política y cultural en el sentido más amplio. Allí está apareciendo, no ya en los Fernández Retamar sino por debajo de los Fernández Retamar [...] toda una serie de tipos que están trabajando, con muchas contradicciones, una nueva cosa. Quizás no favorecidos en este momento por el ímpetu inicial del fidelismo, más bien frenados, o se me ocurre perplejos. (L.Andreu, 1973, pág. 199)

Su experiencia en los jurados del premio Casa, y particularmente esta del año 1971, le ofreció a al argentino un escenario desde el cual establecer valoraciones objetivas referidas a obras y escritores que orbitaban alrededor del canon cubano y de otras regiones de habla hispana. Sin embargo, como se aprecia Viñas enfoca el problema de la literatura y de la creación en Cuba no en autores particulares sino en maneras de escribir que intentaban abrirse paso e instalarse desde espacios alternativos a las instituciones del poder político cultural. Ese jurado fue además una plataforma que le permitía medir, desde adentro, el peso que tenía lo político en la creación literaria cubana; una problemática esta que, si bien era extensiva a la mayor parte de los escritores, tenía en la joven generación mayores incidencias y, sobre todo, consecuencias poco favorables.

el libro *Los hijos de Saturno, intelectuales y revolución*, de Liliana Martínez Pérez, publicado en 2006 por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales en México.

De la interpretación de Viñas sobre los jóvenes autores cubanos se desprenden algunas interrogantes: ¿perplejos ante qué?; ¿ante una realidad que los superaba como escritores, o ante las demandas de un poder político que exigía obras que dieran cuenta de la realidad desde lecturas complacientes?; ¿Frenados por quién? ¿por un aparato cultural orgánico al poder, por los círculos literarios institucionalizados o por autores consagrados de la isla? Lo cierto es que la mayor parte de estos autores, y otros que se salían de las órbitas institucionales más ortodoxas, padecerían el ostracismo que determinará el ambiente cultural cubano durante los primeros años de la década del setenta, un período nefasto de la cultura cubana que ha pasado a llamarse en la historia como Quinquenio Gris.

El otro aspecto que interesa considerar aquí es el posicionamiento de Viñas frente a la realidad de la creación literaria en la Cuba de finales de los sesenta y principio de los setenta. Si se leen las actas de las reuniones del comité de la revista (1967,1969), conservadas en el archivo de Casa de las Américas, se aprecia que sus intervenciones estaban dirigidas fundamentalmente a las aptitudes liberales que percibía en determinados escritores latinoamericanos, Vargas Llosa, Cortázar o Carlos Fuentes, por ejemplo; o a problemáticas cuyas incidencias verificaba en otras regiones del continente. En sus textos del período son escasas las alusiones a problemáticas de la creación o la realidad cultural y política cubana. Incluso, y como se verá, en el debate generado en la reunión del comité de 1971, y también a través de declaraciones ofrecidas durante esa estancia en La Habana, es posible ubicarlo en una perspectiva cercana a las demandas institucionales de Casa de las Américas, en temas referidos, por ejemplo, a los vínculos entre literatura y política.

La edición del 5 de marzo de 1971 de la revista cubana *El Caimán Barbudo* publicó una entrevista que le hicieran a David Viñas durante su paso por La Habana a inicios de ese año. El temario, según el periodista, lo había hecho llegar a Viñas durante las sesiones de la reunión del comité de *Casa* que, decía, “Ahora está con su barba cubana junto al bigote argentino” (Alvarez,

1971, pág. 2). El detalle de la barba no deja de ser significativo, tanto por la carga simbólica de la imagen en sí, como por el contexto en que tuvo lugar la observación; un momento marcado por profundas tensiones con buena parte de los intelectuales del continente (y entre los propios cubanos), por el debate en torno a las guerrillas y por la discusión sobre el camino a seguir para la liberación de los pueblos.

En las páginas de *El Caimán Barbudo*, desde una perspectiva cercana al discurso cubano, Viñas ofreció su parecer sobre la necesidad de combinar actividad política y creativa que, según dijo, creía imprescindible por lo menos para Argentina:

Allá se vive consciente de la importancia de esa actividad política; cada vez se tiene más certeza de que incide en lo específico de la literatura y no por razones de realismo o no realismo, sino por razones de lenguaje, específicamente de lenguaje. En un país como la Argentina una escisión respecto al cuerpo comunitario equivale a una separación. La verificación en contrario es que los escritores argentinos escindidos de esa comunidad, verifican un deterioro en su literatura y este deterioro es específico (Álvarez G. C., 1971, pág. 2)

De esta entrevista interesa rescatar las alusiones del escritor respecto a su propia producción intelectual del momento. Viñas aseguró al periodista cubano que se encontraba trabajando en dos proyectos, un ensayo que llevaba por título *Momentos de la novela en América Latina* y una novela:

una cosa que se llama Texto, quizá Textualmente [...] La anécdota es en una reunión del Comité de colaboración de la revista *Casa*. Son cinco latinoamericanos que llegan a una ciudad, gente de América Latina que deben hacer un trabajo en común: redactar un texto. La palabra empieza a jugar allí multitud de flexiones [...] El título era Redacción, voy dramatizando con situaciones y lenguaje. Esto se me ocurrió la primera vez que asistí a una reunión aquí hace ya tres años. (Álvarez G. C., 1971, pág. 5)

Estas declaraciones señalan una de las principales líneas de indagación de este trabajo y que tiene que ver con las incidencias que la experiencia cubana de David Viñas durante los años sesenta tuvo en su producción intelectual del período. En las reuniones del comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*, por ejemplo, estuvo el germen de esta novela. Habría que recordar

incluso que, en la reunión de enero de 1969, luego de un polémico debate en torno a la redacción o no de un documento donde se pronunciaran como grupo, el propio Viñas formó parte de la comisión que estuvo a cargo de redactar el proyecto de lo que sería finalmente la Segunda Declaración del Comité de Casa.

David Viñas, al referirse a esta obra aseguró al periodista cubano, “El monstruo está hecho, la parte puramente anecdótica, lo que más trabajo da es el problema del juego de las palabras. Realmente es un vértigo de palabras” (Álvarez G. C., 1971, pág. 5) la novela no llegó a publicarse. Este proyecto de escritura, sin embargo, resulta fundamental para pensar el vínculo de Viñas con el proceso cultural cubano y latinoamericano del período.

Lo primero que interesa destacar es la forma en que con esta novela David Viñas se ofrecía como autor de un texto que aspiraba reescribir el debate intelectual generado en Casa de las Américas entre los intelectuales latinoamericanos, un debate del que él mismo era protagonista clave. Así, desde su propia creación ficcional se insertaba en la discusión en torno a la literatura testimonial, a la vez que se erigía como testigo de un hecho que conocía desde adentro.

El otro aspecto de este proyecto que arroja luces para pensar las relaciones de Viñas con el proyecto que se gestaba desde Casa de las Américas se encuentra en los sucesivos cambios que fue incorporando en dos cuestiones claves, el argumento y el título. En enero de 1971, por ejemplo, cuando el periodista cubano quiso saber si la novela se desarrollaba en La Habana, Viñas respondía:

Particularmente se desarrollará en una ciudad que puede ser La Habana en el trasfondo. Explico; en una ciudad que ha sido algo y es otra cosa. Pero lo que es importante son estos cinco latinoamericanos que hablan todos español y de pronto encuentran en su lenguaje problemas tremendos [...] Los hombres están reunidos para un trabajo sobre el lenguaje y todo lo que sucede tiene que ver con el lenguaje [...] Uno propone una palabra, al día siguiente otro lo saca, eso es un nivel de la obra. El otro nivel son las historias particulares de cada una de estas figuras, ya sea en México, ya sea en la Argentina, ya en Cuba o en París. (Álvarez, 1971, pág. 2)

Sobre esta novela Viñas volvería en reiteradas oportunidades. Si se analizan con detenimiento algunas alusiones al respecto es posible percibir pistas que conducen a la propia perspectiva del escritor sobre los acontecimientos que estaban teniendo lugar en América Latina y de manera particular en La Habana. Para 1972, por ejemplo, la capital cubana había pasado a ocupar un lugar central en el argumento y los cambios del título trazaban un camino que perfilaba las propias apreciaciones de Viñas por los sucesos del continente. Habría que analizar el arco que va de 1969 cuando la novela se titulaba *La redacción*, hasta 1972, cuando en una entrevista con Mario Szichman el escritor refirió el asunto en estos términos, “Después de *Cosas concretas* [...] he empezado a juntar material para algo que se llamó ‘Texto’, luego ‘Simulacro’ y, por ahora, ‘Mutación’ ” (Szichman D. V., 1972). Y el argumento, aseguró entonces, trataba:

De cinco tipos que se juntan en La Habana para redactar un documento político. Con todas las dificultades surgidas de los matices del castellano hablado en América Latina desde México a la Argentina: el lenguaje como trabajo concreto. Es el primer nivel. El segundo, lo que pasa en La Habana en ese momento, después de la salida y muerte de Ernesto Guevara. El tercer nivel, los mensajes que esos hombres mandan a cada uno de sus puntos de partida y de vida cotidiana. Y el cuarto componente, la historia de esos puntos de partidas recíprocos: desde la revolución mexicana cristalizada en la burocracia del PRI, hasta el reformismo oficialista chileno cuestionado desde el MIR, desde el París adolescente y turístico hasta la Buenos Aires plagada de intelectuales provenientes de la izquierda que han incurrido en un “ultraperonismo” beato y gritón. (Szichman D. V., 1972, pág. 65)

Como se ve, para 1972 no sólo los acontecimientos de La Habana habían pasado a ocupar un lugar central en el argumento, sino que además incorpora a Chile y al Movimiento de Izquierda Revolucionario entre las historias o puntos de partida a problematizar, a la vez que vuelca allí sus propias preocupaciones por la izquierda argentina y los intelectuales en sus vínculos con la política, preocupación esta última que, como se verá al cierre de este capítulo, compartirá con el propio Fernández Retamar. La incorporación de la problemática chilena resulta más interesante aún si se recuerda que en el comité de colaboración de Casa no había ningún representante de este país. De manera que al circuito México-Buenos Aires-París-La Habana de inicios del proyecto, en el que eran presumiblemente identificables actores puntuales dentro del comité, incorpora a Chile. Esto

le daba a la novela una actualización sobre todo política. Por otro lado, y en vínculo con lo anterior, ya no se trata de cualquier texto, como en el proyecto inicial, sino de un documento político. La política, se percibe, había ganado terreno respecto a la problemática del lenguaje de este proyecto de novela que, quizás debido a las complejas circunstancias de la década del setenta, quedó inconcluso.

En los cambios del título, por su parte, es posible descifrar pistas que conducen a la perspectiva crítica del escritor y a su propio posicionamiento ante determinados acontecimientos que estaban teniendo lugar en América Latina. Haciendo un repaso de la historia del continente poco tiempo después, aseguraría David Viñas, “Euforia en los sesenta; depresión en los setenta en mi perspectiva de América Latina” (Viñas D. , 1981, pág. 13). A fin de cuentas, leídos de manera continua *La Redacción-Texto-Simulacro-Mutación* señalan también un pasaje que va del entusiasmo al desencanto, de la posibilidad al cataclismo, de la euforia a la depresión.

5.2 Tercera reunión del comité de *Casa*. Desavenencias y desintegración

El 18 de marzo de 1971, dos días antes de que encarcelaran a Heberto Padilla en La Habana, Roberto Fernández Retamar le escribía a David Viñas (a quien llamaba por su primer nombre), “Quisiera saber, hermano Boris, qué fue de las invitaciones que llevaste para integrar el comité de colaboración de *Casa*. Sólo recibimos un cable, aceptando, de Piglia. Pero no tenemos noticias de Paco Urondo ni de Walsh ni de Gelman” (Retamar R. F., 1971). Las discrepancias, para la fecha irreversibles, entre los integrantes del comité que funcionara a lo largo de la década del sesenta había conducido a plantear la necesidad de incorporar nuevos miembros.

La misiva de Retamar, consultada en el archivo de la institución cubana, daba cuenta de los argentinos que, a través de Viñas, habían convocado para sumarse al trabajo de *Casa*. Viñas era, de los miembros del comité, el principal canal de comunicación entre la institución y los intelectuales argentinos de izquierda que se interesaban por lo que sucedía y se discutía en La

Habana. Lugar que no podía reservarse a Cortázar, el otro argentino de los colaboradores, cuya residencia europea lo hacía sentir, según sus propias palabras, “distanciado” de sus coterráneos y de los sucesos argentinos cotidianos. Por lo menos esa fue la respuesta del autor de *Rayuela* cuando David Viñas, durante una de las sesiones de aquella reunión, le pidió que regresara a Argentina porque “la izquierda estaba necesitando liderazgo” (Otero, Llover sobre mojado. Una reflexión personal sobre la historia, 1997).

Según las memorias de Lisandro Otero, ante la demanda de su coterráneo Cortázar refutó que si le pedían que regresara era porque antes se había ido, o sea que el motor de esa invitación era la literatura. Consideraba, y así lo hizo saber a Viñas, que se había convertido en “deseable” por el prestigio ganado durante esa ausencia y sobre todo “apartado de las contradicciones internas” (Otero, 1997, pág. 127). Recordó Otero además que Viñas le había asegurado que, “al pedirle que volviera, se sentía portavoz de un grupo de Buenos Aires que discutía cotidianamente sobre su figura y las posiciones que asumía” (128), a la vez sentenciaba que, “si se había atrevido a plantearle su retorno, lo hacía en nombre de la literatura”(128), ante lo que Cortázar objetó que él no disponía del cuerpo de conocimientos que ellos manejaban y que a veces esa sensación de marginalidad le provocaba cierta incomodidad y lo hacía sentirse distanciado (Otero, Llover sobre mojado. Una reflexión personal sobre la historia, 1997, págs. 128-129).

Lo relevante del diálogo entre Viñas y Cortázar, reconstruido por Lisandro Otero, radica en mostrar el enfrentamiento entre dos formas diferentes de entender la literatura y la relación entre el proceso de escritura y la realidad descrita. Por un lado, una concepción de escritura revolucionaria que pedía ser verificada en acciones concretas por parte del escritor, que apostaba además por un discurso literario que diera cuenta de las realidades del continente desde la inserción del escritor en el proyecto de liberación que se vivía allí. Por el otro, una postura que daba prioridad a la especificidad literaria (frente a una realidad social y política que interesaba, pero que era desconocida en sus detalles esenciales), para la que lo revolucionario se verificaba no en los hechos

sino en la palabra misma, en la literatura. Si la primera abogaba por una escritura que cedía y, de cierta forma, estaba determinada por los acontecimientos políticos y sociales del momento histórico, la segunda no concebía viable la subordinación de la literatura ante esa o ninguna otra realidad.

La separación de Cortázar de los acontecimientos concretos de América Latina, el sesgo liberal de su propuesta literaria, y la residencia europea y sobre lo que Viñas pensaba como contradicción en la obra de su coterráneo, habían sido temas centrales del dialogado entre ambos, por lo menos así fue en las dos ocasiones en que habían coincidido en La Habana. El asunto, sin embargo, estaba lejos de agotarse y la centralidad que tuvo en el debate que sostuvieron en ese tercer encuentro en Casa daba cuenta de ello.

Para comprender el peso de este intercambio resulta fundamental contextualizar el debate. La que sería la última reunión del comité se realizó entre el 19 y el 22 de enero de 1971 y tuvo dos significativas ausencias: Ángel Rama y Roque Dalton. El primero se encontraba impartiendo clases en una universidad puertorriqueña; el segundo había renunciado durante la edición anterior del premio a sus labores en la institución cultural cubana y en la revista.

Al cierre de aquellas jornadas, en las que se intercambiaron, “opiniones que por momentos se hicieron muy antagónicas” (Otero, 1997, pág. 127), se firmó la tercera declaración del comité, que celebraba la instauración del gobierno popular chileno con que se rompía, “la falsa imagen de un estancamiento latinoamericano” (colaboración m. d., 1995, pág. 118).¹⁰⁶ En una declaración que aludía además a la entrada en crisis del concepto tradicional de cultura, en un momento en el que, “el intelectual abandona una actitud de falsa omnipotencia y siente la necesidad de incorporarse con mayor eficacia a la sociedad” (colaboración m. d., 1995, pág. 118). Y, entre otras cuestiones,

¹⁰⁶ En noviembre del año anterior Viñas había visitado Chile, de la euforia con que regresó a Buenos Aires, dio cuenta Ricardo Piglia en sus diarios (ver, tomo II, p. 226). Cortázar también había viajado a Chile.

comunicaba la conveniencia de ampliar el comité de la revista con el propósito de que se encontrasen, “representados en él nuevas situaciones, promociones más jóvenes, dentro de una coincidencia esencial de criterios que no excluya las discrepancias ni la pluralidad de perspectivas” (colaboración m. d., 1995, pág. 119).

La propuesta de ampliar dicho comité no fue una sorpresa para nadie. Desde octubre del año anterior, y luego de la renuncia de Roque Dalton (vinculada, sin duda, con ello), los miembros residentes en La Habana se habían reunido para, entre otras cuestiones (una de ellas fue el debate sobre la revista *Libre*, por ejemplo), evaluar, según Lisandro Otero, “el distanciamiento entre algunos intelectuales latinoamericanos que asumían criterios moderados y quienes sosteníamos posiciones más radicales” (Otero, Llover sobre mojado. Una reflexión personal sobre la historia, 1997, pág. 127). La ocasión sirvió para que Benedetti expusiera su parecer sobre la necesidad de establecer cambios en la revista. El uruguayo consideraba que, “había llegado el momento de disolver el actual *Consejo* de casa y reemplazarlo por una lista de colaboradores” (127). Lo anterior, recordó Otero, les resultó sensato, “dado que las tensiones y discrepancias se acrecentarían en el futuro” (127). Ángel Rama -cuya firma sí apareció en la declaración de 1971, aunque no pudo viajar a La Habana- le escribiría a Retamar sobre el asunto:

Me parece muy bien lo de la ampliación del Comité, que de cierta manera concluye con el equívoco del nuestro, que aunque era oficialmente “de colaboración” fungía como comité de redacción, responsable de la política y orientación de la revista, cosa imposible dado que ya era historia de amistades, de solidaridades, de momentos de la revolución y no un cuerpo doctrinario coherente. (Retamar R. F., 1993, pág. 56)

La renuncia de Dalton y su consiguiente ausencia en la reunión de enero de 1971 deben considerarse antecedentes significativos para lo que se proyectó como ampliación pero que a muy corto plazo devino en la desintegración del comité. A través de una carta escrita en agosto de 1970 el salvadoreño (quien residía en La Habana) se dirigió a sus compañeros del Partido Comunista Cubano. Su misiva no sólo exponía hechos y motivaciones que lo habían llevado a renunciar a su

trabajo en la institución y en la revista, sino que captaba el profundo clima de tensión política imperante. Este apartado rescata pasajes de la carta de Dalton que favorecen la comprensión del contexto cubano del período y visualiza antecedentes significativos que sentaron las bases para la desintegración del comité. Por otro lado, en la carta el salvadoreño revela un escenario desde donde es posible pensar el lugar que ocupaba Viñas como miembro de dicho comité.

La Zafra de los 10 millones había provocado importantes cambios en la isla. A este hecho se debió, por ejemplo, que el certamen literario de 1970 se desarrollara durante el mes de julio (y no entre enero-febrero como había ocurrido en las ediciones anteriores). Incluso, ese año las navidades cubanas vieron modificadas sus fechas festivas, las cuales hicieron coincidir con los festejos por el 26 de julio. De manera que las tensiones alrededor del premio de 1970, explicitadas por Dalton en la misiva, todavía rondaban el ambiente de Casa de las Américas cuando David Viñas y los demás miembros del comité residentes en el extranjero comenzaron a llegar en enero de 1971 a La Habana.

Dalton, como Viñas, se había sumado a la revista en 1965 (el argentino en el No.33 y el salvadoreño en el No.32). Lo había convocado Fernández Retamar, cuyo énfasis en el carácter político e ideológico al que se abocaría la publicación, fue, según reconoció, el móvil que lo condujo a aceptar aquella invitación (Dalton, 1970). En 1968, por razones partidistas y por invitación de Fidel Castro, Roque Dalton se instaló en La Habana. Del vínculo especial entre el líder cubano y el escritor y comunista salvadoreño daría cuenta Julio Cortázar en el texto que le dedicó luego de que Dalton fuera asesinado por orden de su propio partido. Si bien había mantenido vínculos con la Casa de las Américas fue a partir de aquella estancia cuando pasó a trabajar directamente en la institución. Por lo tanto, la renuncia de Roque Dalton en 1970 (en plena celebración del certamen literario) tenía el peso de los vínculos no solo culturales, sino y sobre todo partidarios y políticos con el proceso revolucionario cubano y con la Casa de las Américas.

El panorama descrito en la misiva mostraba varias aristas del clima tenso que se vivía en la Cuba de mediados de 1970. En el plano interno Dalton hacía referencia a la postración de instituciones culturales como la UNEAC y el Consejo Nacional de Cultura; un problema que creía extensible al mundo del teatro y la música. Allí aludía, además, a los efectos persistentes vinculados al caso Padilla, remarcaba las incidencias de los cambios en los altos niveles de educación y refería a, “la ola de rumores acerca de las nuevas orientaciones en la política cultural del gobierno revolucionario” (Dalton, 1970). A esta crisis interna sumaba la agudización del “cerco ideológico” contra el proceso cubano que ejemplificó con los textos críticos, de reciente aparición, de autores como K. S. Karol, Hans Magnus Enzensberger, Teodoro Petkoff o Jorge Abelardo Ramos. Y específicamente sobre los integrantes del comité de *Casa* advertía Dalton:

De los catorce miembros del Comité original, hay que decir que seis, por lo menos (y exceptuando mi caso), han variado en sus posiciones o presentado puntos de vista conflictivos con los principios en que se había basado nuestro trabajo anterior o por lo menos discrepancias de fondo frente a lo que cree la mayoría del Comité acerca de la literatura y la revolución. El compañero Zalamea falleció. Carballo y Rama han interrumpido en la práctica su colaboración con la revista. Vargas Llosa ha chocado frontalmente con los criterios revolucionarios en el caso de Checoslovaquia o en el “caso Padilla” [...] Rama está hoy (como ha estado Mario Vargas) dando cátedras en universidades norteamericanas y puertorriqueñas. No tendría nada de insólito si no nos hubieran acompañado en atacar la colaboración con el imperialismo en el terreno cultural. Julio Cortázar, de cuya honestidad no dudo, también ha discrepado fuertemente en diversos niveles políticos, estéticos y de otra índole y puede decirse que con él hay en estos momentos un virtual “estado de discusión”. Si a esto se agrega el alejamiento del compañero Lisandro Otero por razones que, supongo, van más allá de sus excesivas ocupaciones, el panorama del Consejo de Colaboración dista mucho de ser el mismo de antes y necesitará desde luego de un examen especial por parte de la propia Casa a fin de restituirle su operatividad. (Dalton, 1970)

Dos cuestiones llaman especialmente la atención en este fragmento. Por un lado, la reafirmación de Dalton respecto al señalado deterioro de los vínculos entre los intelectuales del comité y la variación de los intereses experimentados en algunos de sus miembros. Por otro lado, y vinculado con lo anterior, interesa descifrar el lugar que, desde la perspectiva de Dalton, ocupaba allí David Viñas.

Si se tiene en cuenta que el salvadoreño apunta como principales discrepantes a los extranjeros del Comité de *Casa* (excluye a los cubanos, con excepción de Lisandro Otero, para la fecha en el centro del debate en torno al caso Padilla, y a los latinoamericanos residentes en Cuba: Benedetti, Galich, Depestre), David Viñas es, entre los latinoamericanos del comité no residentes en La Habana, el único que en la lectura de Dalton queda marginalmente ubicado respecto al circuito crítico donde incluyó a Ángel Rama, Julio Cortázar, Emmanuel Carballo y Mario Vargas Llosa.

Viñas, al no compartir, siguiendo la perspectiva de Dalton, la manera en que estos intelectuales pensaban la literatura y la revolución, quedaba del lado de los cubanos (o de lo que Lisandro Otero consideró pensaba “la mayoría del Comité”) o en una posición de “francotirador”, que tomaba distancia tanto de los “moderados” como de la perspectiva defendida en Cuba. Tomando en cuenta su trayectoria intelectual podría pensarse a Viñas desde esta posición de francotirador, sin embargo, algunos planteamientos vertidos en el marco de la reunión lo ubican en una zona mucho más cercana al circuito cubano. En este análisis la invitación para participar como jurado en la categoría de testimonio no es dato menor.

Algunos pasajes del debate propiciado en la reunión de enero y que aluden a críticas vertidas por Viñas, ofrecen otras pistas que señalan esta cercanía suya con algunas líneas defendidas por los cubanos del comité y los latinoamericanos residentes en La Habana. Una de las discusiones versó, por ejemplo, sobre la revista *Libre* (cuyo proyecto presentó Cortázar). Entre los reproches vertidos estaba la financiación de la revista, adquirida por Juan Goytisolo y Jorge Semprún, de una nieta de Antenor Patiño. Sobre este pasaje recordó Otero:

A Cortázar le preocupaba que estuviésemos discutiendo sobre la publicación como si fuese cubana, cuando se trataba de una iniciativa internacional. Además, si la revista acusaba desviaciones de derecha, todos se negarían a colaborar en ella [...]. Viñas objetó, como antes lo había hecho, que los millones de la señora Patiño estaban manchados con la explotación de los mineros bolivianos. Cortázar ripostó que el dinero del Premio Nobel salió de la dinamita. Viñas dijo: “Ya sabemos lo que significa el Nobel, no hablemos de ese ejemplo. (Otero, Llover sobre mojado. Una reflexión personal sobre la historia, 1997, pág. 127)

El diálogo se tensó aún más cuando Cortázar, según recordó Otero, dijo haberse sentido utilizado, y aseguró que tenía la absoluta seguridad, luego del debate generado en torno a la revista, de que los cubanos no iban a participar. Según las notas tomadas por Otero, Cortázar accedió ante el pedido de Manuel Galich para que retirase sus palabras en cuanto a sentirse usado y seguidamente anotó: “Viñas planteó que más que sentirse “usado” a él le preocupaba caer en desuso [...]” (Otero, Llover sobre mojado. Una reflexión personal sobre la historia, 1997, págs. 128-129).

Este debate se extendió a los círculos intelectuales del continente. El propio Viñas volvería sobre el tema desde diversos escenarios. En 1972, sobre *Libre*, aseguró:

¿Brevemente? Que lo que se esbozaba en la discusión de La Habana en 1970¹⁰⁷ se ha cumplido. Que la espiritualización europea con base en la plusvalía latinoamericana, da los resultados que están a la vista. En el revés de su omnipotencia programática se ve ya, hoy, la impotencia crítica. Y que la homogeneidad del grupo que la hace no va más allá-parodiando al tango- de “los amigos que el mercado me produjo”... (Szichman D. V., 1972, pág. 66)

En la discusión sostenida por los argentinos en La Habana, como se verá, David Viñas rescató juicios sobre los que había venido trabajando a lo largo de la década del sesenta y que condensó en un polémico libro de ensayos que para esas mismas fechas estaba viendo la luz en Buenos Aires. Las discrepancias entre ambos eran un hilo dentro de la madeja de discordias y desentendimientos que se agitaban al interior del grupo y la incorporación de nuevos nombres parecía ser, por lo menos al cierre del encuentro de enero en 1971, la solución.

Como se puede ver la postura de Viñas respecto al debate literario y cultural del período protagonizado por los intelectuales convocados por Casa de las Américas tiene más de un punto

¹⁰⁷ Viñas en esta alusión confunde el año, pues en realidad la discusión referida sucedió en enero de 1971.

coincidente con las líneas defendidas desde la isla. Su incorporación al jurado de testimonio, la apuesta por una literatura vinculada directamente a los sucesos políticos y sociales del momento, las alusiones ofrecidas al respecto desde diversos escenarios durante su paso por La Habana, deben entenderse como gestos que sustentan tales coincidencias. Lo anterior, sin embargo, no dejaba fuera la posibilidad de una polémica. Incluso habría que señalar que esta postura del argentino no tendría demasiadas incidencias cuando, en el debate generado en torno al caso Padilla, se comenzaron a cortar los vínculos con la mayor parte de los intelectuales involucrados con Casa que, desde diversas lecturas y textos, manifestaron sus desacuerdos con los sucesos de la Isla.

El archivo de Casa de las Américas conserva un cable que el 11 de junio de 1971 llegó desde Buenos Aires dirigido a Roberto Fernández Retamar, “Invitaciones repartidas en mano, polémica. Va carta abierta, fraternalmente, David” (Viñas D. , Cable, 1971). El cable era la respuesta de David Viñas a la misiva que en marzo de ese año le había enviado Fernández Retamar (referida al inicio de este apartado) y representaba además el anuncio de la carta abierta que escribió al director de *Casa* sobre el caso Padilla y que ese mismo 11 de junio publicó en Buenos Aires el matutino *La opinión*.

5.2.1 Literatura argentina y realidad política. Reminiscencias de un debate

David Viñas estaba aún reunido en Casa de las Américas cuando el 20 de enero, en Buenos Aires, terminó de imprimirse *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar* (Ediciones Siglo Veinte). Al propio Cortázar le había adelantado Viñas en La Habana que se trataba de un libro “muy polémico” (Cortázar, 2012, pág. 319). Incluso si se lee con detenimiento el apartado “Cortázar y la fundación mitológica de París”, uno de los acápites del citado libro, se advierte cómo en el debate sostenido por ambos durante la reunión del comité de *Casa*, David Viñas esencialmente rescató cuestiones sobre las que había ensayado antes en su libro. La residencia parisina, el distanciamiento de los acontecimientos que estaban teniendo lugar en

América Latina y lo que Viñas planteó como un deterioro literario en el autor de *Rayuela* son algunas de las reiteraciones perceptibles en el diálogo que sostuvieron en la tercera reunión del comité y en el libro de ensayos de 1971.

La observación anterior señala uno de los nudos problemáticos a analizar en este apartado que tiene que ver con cómo Viñas, desde la plataforma institucional de Casa de las Américas y ante el grupo selecto de intelectuales reunidos allí, rescató, ratificó y puso en discusión tesis, propuestas y alternativas literarias y políticas sobre las que había profundizado antes en su libro. Si bien el ensayo dedicado a Cortázar es explícito al respecto, en los textos que dedica a otros escritores contemporáneos es posible rastrear indicios que ratifican esta perspectiva.

La Habana de 1971 se le presentaba a Viñas como un espacio oportuno para dar legitimidad a un discurso crítico, así como a una propuesta que, no obstante, terminaría siendo rechazada en sus aspectos esenciales. La lectura de las tesis planteadas en el nuevo libro sería menos complaciente y distaría considerablemente de la aceptación con que en 1964 había sido recibido *Literatura argentina y realidad política*. Este último fue un texto que, como han reiterado los estudios, legitimó a David Viñas y lo instaló como fundador de la crítica moderna en Argentina (Capdevila, 2004). De este libro de 1971 interesa considerar, además, la incorporación que hace de la cuestión latinoamericana y, particularmente, de la problemática cubana. En el ensayo “Itinerario del escritor argentino”, por ejemplo, el tema Cuba aflora de manera constante.

En un conciso prólogo Viñas advierte que se trata del primer tomo de un proyecto mayor, “intimidatorio” según sus palabras, del que aseguraba tener escrita unas mil quinientas páginas. Se trataba de un texto que, aclaraba, empezó a escribirse desde los tiempos de *Contorno* y luego se había prolongado en los libros de ensayos de 1964 y 1966 respectivamente, así como en, “artículos y prólogos publicados en Uruguay, Cuba, México y Venezuela” (Viñas D., 1971, pág. 11).

El prólogo y el ensayo antes referido eran las principales novedades. Ambos textos le confieren al libro el carácter polémico atribuido por el propio Viñas y del que daría cuenta, de manera coincidente, la crítica a la que fue sometido. En el prólogo, por ejemplo, según Marcela Croce, Viñas, al convocar a la destrucción de la burguesía,¹⁰⁸ elegía, “la figura del intelectual comprometido que se convierte en un francotirador en lugar de la del intelectual orgánico encargado de formular la ideología de su clase” (Croce, 2005, pág. 17). Sobre el ensayo, aseguraría Julio Schwartzman, “el itinerario de Viñas deja a su paso una masacre. Van cayendo, uno a uno, de Echeverría a Cortázar, los héroes de pacotilla de la literatura burguesa y liberal” (Schwartzman, 1999, pág. 163).¹⁰⁹

De ambas interpretaciones subrayo, por un lado, la imagen de francotirador advertida por Croce, que aquí se rescata y se contrasta con la posición de Viñas en el debate de Casa de las Américas en enero de 197, con su proyección individual como miembro del comité y con la manera en que reaccionó frente a los sucesos que tuvieron lugar en Cuba a lo largo de 1971. La perspectiva de Schwartzman sobre el itinerario, por otra parte, funciona como disparador para interpretar y comprender las coincidencias de la crítica que tuvo este ensayo; críticas que el propio Viñas reconocería y que hizo explícitas, por ejemplo, cuando sobre ese texto advirtió, “intenté borrar una perspectiva y una propuesta. Creo que fracasé, fue mal leída y nadie recogió la propuesta” (Valverde, 1989, pág. 151).

El prólogo y el itinerario se analizan aquí como parte de un debate más amplio del que eran protagonistas buena parte de los intelectuales referidos por Viñas, pero también otros

¹⁰⁸ “El sistema burgués de viene abajo”, arranca diciendo Viñas en el prólogo. (p,9)

¹⁰⁹ En junio de 1970 Ricardo Piglia anotó en su diario: “A mediodía cayó David, como hace siempre que está sin plata y se invita a comer. Está comprometido en un proyecto delirante: tiene que escribir trescientas páginas por mes para llenar los siete tomos sobre literatura argentina que le vendió a Siglo XXI por setecientos mil pesos que ya cobró. En realidad, sólo le vendió el índice, que David suele resolver eufórico en diez minutos: el libro se va a llamar, según él, *De Sarmiento a Cortázar*, y me imagino que no va a dejar a nadie vivo”

latinoamericanos que, para la fecha, empezaban a asumir posturas diversas frente a la realidad política, social y cultural del continente, motivados, en buena medida, por los acontecimientos cubanos.

Viñas introduce en el prólogo una de las propuestas más arriesgadas del texto, que presentó como una alternativa que criticaba y tomaba distancia tanto del dogmático “realismo socialista” como del acomodaticio “realismo sin fronteras” (Viñas D. , 1971, pág. 11). La desarrolla al cierre del itinerario, donde se lee: “Propuesta: Hacia una literatura socialista con fronteras”. En medio de un clima de profunda tensión en el ambiente intelectual latinoamericano de finales de los años sesenta, advierte: “la historia y la política se estrangulan como nunca sobre la zona sagrada de los textos burgueses. Por eso diría-digo-que tengo la convicción de que 1970 no se puede hacer ‘buena’ literatura sin una perspectiva teórica y política lúcidas” (Viñas D. , 1971, pág. 133). Una idea esta que retomó y profundizó en la entrevista ofrecida a *El Caimán Barbudo* durante su paso por La Habana.

Su apuesta por esta nueva alternativa tenía como propósito esencial el distanciamiento y la superación de la producción literaria desde la perspectiva burguesa; perspectiva que conocía desde adentro, tanto por su clase de procedencia como por su formación. Sus críticas, que aseguraba haber “pasado por su cuerpo”, eran también autocríticas “desde las fantasías de omnipotencia hasta el repliegue en cualquier variante de la torre de marfil, desde el viaje a Europa o la instalación en cualquier frontera para practicar una presencia ausente” (Viñas D. , 1971, pág. 134).

Si toda literatura era burguesa y entraba al mercado, aseguraba Viñas, habría que buscar una que no lo fuera. Partía de un enjuiciamiento al “héroe creador” y con Lukács, fuente percibida entre líneas (Viñas rehúsa las citas) cuestionaba el culto a la personalidad y el individualismo del creador que percibía en la literatura argentina desde su fundación “habrá que disolver ese heroísmo creador sobre la base de la disolución de sus productos entendidos como productos privados”

(Viñas D. , 1971, pág. 135). Aunque le resultaba utópico, para superarlo proponía la actuación en un equipo anónimo que absorbiera “héroes” y los límites de la propiedad individual. Señalaba como posibilidad o como modelo viable para su propuesta, el canto oral, el muralismo mexicano o , “la historia de la revolución cubana propuesta por Guevara y redactada por todos sus participantes” (Viñas D. , 1971, pág. 135). Y advertía, “Del libro burgués que convierte en “autoridad” a quien lo hace se pasará al *libro socialista* que establecerá una concreta comunicación sin redactor amo ni lector inerte y sometido” (135). Era, en su perspectiva, una manera de evitar cristalizaciones, privilegios y retóricas coaguladas. Si se lee con atención, esta intención de diluir el heroísmo de los creadores está en sintonía con los planteos de Miguel Barnet referidos a la discreción del uso del yo y al ego de los autores en las obras, como aspectos esenciales de la novela-testimonio (Barnet, 1969). Pero un texto, lo advirtió el propio Viñas en reiteradas ocasiones, no funciona sin su contexto; y esta apuesta en 1971 resultaba para buena parte de los intelectuales de izquierda, por lo menos, discutible e inviable.

El apartado dedicado a Cortázar es el último del *Itinerario* y es este, además, no solo uno de los más polémicos, sino también uno de los ensayos del libro donde el tema Cuba emerge de manera más enfática, aun cuando también aflore en los ensayos sobre Ezequiel Martínez Estrada, Leopoldo Marechal o Ernesto Sábato. El juego a “dos paños”, la escisión entre “espíritu” y “cuerpo”, la materialización del “viaje a Europa”, lo ineficaz de la “revolución de las palabras” como exclusividad de la vanguardia, el desdén del “cuerpo informe”, de la masa que acecha desde afuera e invade “la cabina de avión” o el “taller espiritualizado” del escritor, la reaparición de “*la vieja metáfora de la violación*”, las contradicciones con *Sur* y la adhesión a la Revolución Cubana, pudieran servir para sintetizar, de manera muy comprimida, las principales coordenadas que Viñas esboza en “Cortázar y la fundación mitológica de París”. Porque si para Cortázar Cuba había sido la posibilidad de retomar un diálogo con Latinoamérica, Viñas percibe esa adhesión, “como un

esfuerzo de generosidad (entendida como reconocimiento de los otros) y como resolución en otra parte de las imposibilidades locales” (Viñas D. , 1971, págs. 124-125). Este reclamo de Viñas a Cortázar estaba en sintonía con el debate que sostuvieron en el encuentro de enero en La Habana.

Cuba, decía Viñas en su ensayo, se ofrecía como espacio para realizar lo que el autor de *Rayuela* no había podido hacer en Argentina. ¿Ver América Latina mejor desde París?, preguntaba a la vez que aseguraba, “escribe en Europa para un público argentino que es el único que le encarna sus escritos [...] Cortázar no se ha convertido en un escritor europeo [...] sigue siendo un escritor argentino residente en París” (Viñas D. , 1971, pág. 125). Y nos era un reproche porque, aclaraba Viñas, que trataba de, “verificar las posibilidades, futuro y límites de esta *nueva manera de ser escritor encarnada* por Cortázar” (125). Escribir desde París para lectores argentinos era para Viñas, por lo menos, una contradicción, “mi escritura y mi ‘alma’ allá y mi público real entendido como mi cuerpo en la Argentina” (127). Con esta idea retomaba la discusión sobre la residencia parisina de su coterráneo, y enfatizaba, además, en el divorcio que percibía entre las obras y la inserción del escritor en la realidad política y social del América Latina. Es desde esta perspectiva que debe analizarse el pedido que le hiciera Viñas a Cortázar en La Habana, para que regresara a la Argentina.

El viaje de Cortázar a París, Viñas lo describe en el Itinerario en contraposición al del francés Régis Debray. Considera que con Cortázar se quiebra el viaje tradicional: hace un viaje de ida en busca de su “espíritu” a París, mientras que “el revés de la trama” es el viaje de Debray que “parte hacia América en busca de una corporización de las teorías aprendidas”. La actitud del francés resulta para Viñas un acto político, mientras que Cortázar, por su parte, “se proponía la culminación y concreción de un itinerario cultural” (127). Cuba, era entonces, para Debray, la posibilidad de desprenderse de los privilegios de la gran cultura parisina y la materialización de un proyecto, que, en el caso del francés empieza en la Isla, continua por otros países latinoamericanos hasta llegar a Bolivia junto al Che. Pero para Cortázar, en la perspectiva de Viñas, Cuba era la posibilidad del

regreso, después de espiritualizado su cuerpo, a la “purificación” de lo que, en Buenos Aires, “se daba de manera confusa e intolerable”. Y continúa Viñas, “Cuba- en lo esencial- era una situación americana que se refinaba -aclarándose y prestigiándose- a través de sus versiones europeas” (125).

Como se aprecia en estos pasajes, el vínculo de Cortázar con La Habana funciona como eje a partir de cuál Viñas desarrolla sus planteos críticos relacionados con el distanciamiento del escritor sobre los acontecimientos políticos y sociales de América Latina. En declaraciones ofrecidas por el autor de *Rayuela* sobre el descubrimiento del continente a partir de sus vínculos con la Revolución cubana, por ejemplo, Viñas ratifica su reclamo respecto a lo que plantea como una contradicción entre obra y autor. Juzga las declaraciones de Cortázar, a partir del divorcio entre obra y realidad que percibía en la producción literaria de su coterráneo. Se entiende entonces la forma en que Viñas supo aprovechar las tres ocasiones en que ambos coincidieron en La Habana para compartir de manera personal sus críticas con el propio Cortázar.

5.3 David Viñas frente al caso Padilla

El 11 de junio de 1971 el matutino argentino *La opinión* publicó la carta abierta que David Viñas dirigió a Roberto Fernández Retamar en la que expresaba su parecer sobre el debatido caso Padilla. “Mi querido Roberto”, escribe Viñas:

deliberadamente me he demorado en dar mi opinión sobre el asunto Padilla, de manera pública, por dos razones muy concretas: la primera porque sería darle a mis palabras el tiempo y la oportunidad que quiero otorgarles sin condicionarme al ritmo que con más o menos mala fe, con mayor o menor sentido del espectáculo, le han impreso las agencias informativas del imperialismo y la burguesía y, en segundo lugar, porque necesitaba juntarme con la mejor documentación posible sobre este problema teniendo en cuenta el bloqueo que padece Cuba y que deforma, distorsiona o mutila la información que a tu país de refiere. (Viñas D. , 1971)

De esta forma Viñas compartía los motivos de su demorada intervención en esta polémica que, para la fecha, ya había terminado por fisurar los vínculos de buena parte de los intelectuales de

izquierda con la Revolución. De esta carta y de la posición tomada ante el “caso Padilla” se han ocupado estudiosos de su obra como Marcela Croce (2006), Claudia Gilman (2012) o Gerardo Muñoz (2012, 2018). Estas lecturas parten del análisis de unos pocos fragmentos de la carta abierta, lo que no sólo explicaría el calificativo de “brevísimas cartas” que algunos han dado al documento (Muñoz, 2018), sino que además lo sesga dejando fuera cuestiones claves que permiten incorporar nuevos niveles de análisis al asunto. La misiva, consultada en el archivo de Casa de las Américas, al parecer, no ha sido republicada de manera íntegra en ninguna otra parte. Por lo menos es lo que se entiende de los textos dedicados a su análisis que vuelven sobre cuatro párrafos que, si bien son significativos, ofrecen una mirada trunca de la carta en su conjunto.

Este apartado, cuyo propósito fundamental es analizar la postura asumida por David Viñas frente a los sucesos que fueron ensanchando el debate en torno al caso Padilla, propone pensar su carta abierta en diálogo con textos fundamentales publicados en revistas y semanarios del período. En el caso argentino, el “caso Padilla” tuvo eficaces lecturas, por ejemplo, desde *Los libros* (No 20, junio/71), *Nuevos Aires* (No 5, sept-nov/ 71) o *El escarabajo de Oro* (No 43, sept/71), también se refirieron al conflicto desde la revista *Panorama* (no 211, del 11 al 17 de mayo). En este análisis se consideran además los trabajos dedicados al asunto aparecidos en *Marcha*, en el *Excelsior* de México, y en las publicaciones cubanas *El Caimán Barbudo*, *Casa de las Américas* y *Verde Olivo*.

El archivo de Casa de las Américas conserva una carta abierta que Roberto Fernández Retamar escribió en respuesta a la de David Viñas, el documento que también permanece inédito hasta la fecha, no ha sido referido por ninguno de los estudios previos. Es oportuno señalar que dicha carta abierta de Fernández Retamar ni siquiera apareció incorporada en el dossier que, en abril del 2021, publicara la institución cultural cubana con el título “Fuera (y dentro del juego) una relectura del Caso Padilla, cincuenta años después” (Fondo Editorial Casa de las Américas 2021). Curiosamente tampoco aparecen aquí referencias a la carta abierta de Viñas. Se incluyen, sin embargo, una declaración de Haroldo Conti, un texto de Rodolfo Walsh, publicado originalmente en *La opinión*,

y otro firmado por Abelardo Castillo. Si se tiene en cuenta que ninguno de estos intelectuales integró el comité de colaboración de la revista *Casa*, como sucedió con David Viñas resulta sorprendente y hasta sospechoso la ausencia de su carta o al menos la incorporación de alguna referencia a su existencia. Lo anterior conduce a pensar si el hecho de haber plateado una alternativa que tomaba distancia de la lectura cubana sobre el referido caso, haya sido, incluso 50 años después, motivo todavía influyente para que no se incorporara al dossier.

En esta carta aseguraba Viñas a Fernández Retamar, “empiezo diciéndote que discrepo por igual con las dos interpretaciones fundamentales, polarizadas y antagónicas que se han dado ahora del asunto Padilla” (Viñas D. , 1971). Desde el encarcelamiento del escritor cubano a finales de marzo de ese año, el tema había ocupado los titulares de semanarios, revistas y periódicos de todo el mundo. El asunto había tomado mayor relevancia a raíz de la autocritica que, luego de ser puesto en libertad, expresó públicamente Heberto Padilla ante sus pares cubanos en un acto en la UNEAC, que la mayor parte de los intelectuales vinculados al proceso cubano no demoró en calificar como deplorable.

El mismo día en que se publicó en Argentina la carta abierta de David Viñas, por las calles de Montevideo circulaba el No 1547 de *Marcha*, que incluía el segundo de los cuatro artículos dedicados por Ángel Rama al asunto. El primer texto del uruguayo había aparecido en el número anterior (*Marcha* 1546), que contenía además el texto “Las prioridades del escritor”, donde Mario Benedetti se explayaba sobre el tema. *La opinión*, por su parte, en la edición del 26 de mayo, había publicado “Ofuscaciones, equívocos, fantasías en el mal llamado Caso padilla”,¹¹⁰ firmado por Rodolfo Walsh. De manera que el lector del matutino de reciente creación (el primer número de *La opinión* había aparecido el 5 mayo) encontraría en la carta abierta de David Viñas una

¹¹⁰ El artículo se reprodujo en el No. 49 de *Cuadernos de Marcha* (mayo de 1971, pp. 30-31) y en la sección Al pie de la Letra de Casa de las Américas (No 67, julio- agosto de 1971, pp. X). En 2021 se incorporó al dossier de Casa de las Américas sobre el Caso Padilla (pp. 101-103).

continuidad del asunto tratado antes por otro intelectual que, como Viñas, mantenía estrechos vínculos con La Habana. Incluso, los lectores más atentos podían rastrear los antecedentes de aquel conflicto en el semanario *Primera Plana* (fundado en 1963 por Jacobo Timerman, quien era también director y fundador de *La opinión*).¹¹¹

Sobre la polémica en torno a Padilla y sobre la posición asumida por Viñas le escribió Fernández Retamar a Rodolfo Walsh, “Esa polémica fue para nosotros una verdadera lección. Todavía me sorprende, por ejemplo, la carta abierta que me mandara David Viñas, y que publicó La Opinión. Yo le respondí con otra carta también abierta, pero tengo entendido que *La opinión* no la publicó, por lo que quedó más cerrada que una tumba” (Retamar R. F., 1972). En esta misiva, que iba con una copia dirigida a Francisco Urondo, Fernández Retamar elogiaba a Walsh por la posición asumida en el conflicto desde las propias páginas del citado matutino argentino.¹¹²

Lo primero que interesa destacar es cómo la apuesta de Viñas por publicar su carta abierta en *La Opinión* y no en otras de las citadas publicaciones argentinas (para la fecha más conocidas e influyentes) es un primer gesto suyo a favor de instalarse desde otro lugar en la polémica generada en torno a los sucesos cubanos. En su carta, como se verá, no se apega a posiciones explicitadas por otros intelectuales (o grupos), incluso se advierte un marcado interés por plantear sus puntos

¹¹¹ El primer episodio internacional de la travesía intelectual en torno a Heberto Padilla, se había protagonizado desde las páginas de *Primera Plana*. A mediados de 1968 Guillermo Cabrera Infante ofreció al semanario argentino unas declaraciones que, entre otras cuestiones, planteaba su rompimiento definitivo con la Revolución cubana. Este rompimiento tuvo lugar en medio de una polémica al interior del ambiente cultural cubano que lo involucraba de manera indirecta, y que traería consecuencias poco favorables para Heberto Padilla. La respuesta que diera el poeta a una encuesta que le enviaron desde *El Caimán Barbudo* sobre la novela *Pasión de urbino* de Lisandro Otero, vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura, sería el primero de varios textos que irían ensanchando el cuerpo de lo que se conocería como el primer caso Padilla.

¹¹² El director de *Casa* en esta carta aprovechaba la además para compartir con Walsh (e indirectamente con Urondo) su parecer sobre la discutida revista *Libre*: “También nos ha sorprendido ver, entre los colaboradores permanentes de *Libre*, a gente como Gelman, Urondo, Jitrik ... en fin, no quiero irme por las ramas, sino ratificarte nuestro abrazo por haber visto con tanta claridad y escrito con tanta eficacia y valor” (Retamar R. F., 1972).

de vistas como prolongación de cuestiones discutidas por él mismo durante su paso por La Habana en enero de ese año.

La ambivalencia de la postura asumida por David Viñas, la demora con que intervino en el debate, y el hecho de no tomar partido a favor de ninguna de las tendencias, son elementos que, tanto en 1971 como en los años posteriores, lo desplazaron del centro de las discusiones en torno al caso Padilla. Según Gerardo Muñoz: “Viñas intentó jugar un fino póker: a saber, intentó situarse en las filigranas de un “tercer espacio” entre el compromiso sartreano de un humanismo “materialista” por un lado, y la toma de distancia ante un nuevo verticalismo hegemónico estatal, por otro” (Muñoz, 2018).

La necesidad de reunir suficiente material¹¹³ y la pretensión de plantear su opinión sin condicionarse al ritmo que le habían dado las agencias al asunto, habían sido, según advirtió a Retamar, los motivos de su demorada intervención (Viñas D. , 1971). Sin embargo, el contexto en el que tuvo lugar el conflicto demandaba no sólo una intervención inmediata sino, y, sobre todo, una explícita toma de posición.

La carta abierta de Fernández Retamar es clave para pensar el planteo anterior: “Mi querido David”, decía el director de *Casa* y, entre muchas otras cuestiones sobre las que volverá este texto, señalaba:

Como comprenderás, esperábamos alguna declaración tuya sobre la reciente campaña contra la Revolución [...] estábamos seguros de que no te sería necesario esperar a que escampara ese feroz ataque enemigo para manifestar tu opinión. Tanto más cuanto que tu reciente estadía entre nosotros te daba la ocasión preciosa, por conocer bien el contexto, de testimoniar de primera mano lo que de calumnioso había en las infamantes inculpaciones. Para ponerte un solo ejemplo, de un compatriota tuyo, al compañero Rodolfo Walsh no le fue necesario haber estado unas semanas atrás en Cuba, ni contar con una amplia

¹¹³ En una carta del 27 de abril enviada por Mario Benedetti a Casa de las Américas se lee “Desde Buenos Aires me escribió Viñas y me telefonó Schmucler, ambos preocupados por conseguir noticias y obtener elementos para enfrentar la campaña que a ese respecto se da también en Buenos Aires.” Ver en Dossier Casa de las Américas sobre el Caso Padilla, página 60.

información, para asumir una postura clara en las páginas de la misma revista donde publicas tu carta abierta dirigida a mí.

Al fin ha llegado tu esperada declaración, terminado ya este *round*. Y al leerla vimos, con sorpresa, que en este asunto has quedado incluso a la derecha de Cortázar, a pesar del largo camino que ha debido recorrer Julio hasta su poema “Policrítica en la hora de los chacales”, dejando atrás (supongo) la empresa de la revista *Libre*, abierta plataforma contrarrevolucionaria que rechazamos aquí en enero. (Retamar R. F., 1971)

Si la comparación con Rodolfo Walsh podía causar cierto malestar ubicarlo a la derecha de Cortázar era un golpe de significativa incidencia para David Viñas. Eso lo sabía, quizás mejor que nadie, el propio Fernández Retamar testigo presencial de los múltiples reproches que en persona había lanzado Viñas a su coterráneo durante sus encuentros en La Habana. Sin embargo, no se trataba de hacer comparaciones sin sentido. Y en su carta abierta Fernández Retamar aseguraba, además:

Como te conozco y aprecio, y sé cuál es tu verdadero lugar, comprendo que aspiras a que tu posición “de doble discrepancia” -ni con unos ni con otros, ni con la versión del imperialismo ni con la versión de la revolución- no tenga “nada que ver con un objetivismo centrista”. Pero eso no pasa de ser una piadosa aspiración tuya, David. Pues es allí exactamente donde, en este asunto, tu carta demuestra que estás: en el centro. O como decimos por aquí, y no sé si por allá: *en la cerca*. Sitio que, en medio de una batalla, una nueva batalla entre el imperialismo y la revolución, no es lugar donde uno espere ver encaramado a un amigo. (Retamar R. F., 1971)

Para comprender la dimensión del malestar manifestado por Fernández Retamar por la postura de Viñas resulta fundamental ubicarnos en el marco de las lecturas que, sobre el asunto, se hicieron desde Argentina. Del impacto que causó en la izquierda dio cuenta Ricardo Piglia, el viernes 28 de mayo de 1971 anotaba en su diario:

Todos los intelectuales de izquierda dan vueltas sobre el caso Padilla. Reunión en casa de Walsh para discutir una posible declaración. Están los liberales que se horrorizan por la violencia estalinista contra la dignidad humana. “Entonces se vive mejor en el capitalismo” (Rozitchner). Los populistas antiintelectualistas con su oportunismo, pragmatismo, fetichización de la eficacia. “Cualquier poder siempre es más racional que cualquier razón política que no esté en el poder o no lo tenga” (Walsh). Viñas permanece todo el tiempo con un silencio hosco. Urondo se repliega a la posición de Walsh. Por mi lado, argumento que la política parte del campo propio y que nosotros, como escritores, nos politizamos a partir de ahí: el encarcelamiento y la posterior autocrítica de un poeta – cuyos versos todos

valoramos- es algo a partir de lo cual tenemos que pensar nuestra relación con la dirección cubana; hablar en general de todos los problemas, tomar posiciones sobre cualquier cuestión no es el camino que nosotros consideramos correcto. (Piglia, 2016, pág. 249)

La revista *Los libros* en su edición número 20 (junio, 1971) condensó en firma colectiva impresiones cercanas a las de Piglia; desde el editorial explicitaban la necesidad de realizar un análisis que incluyera las “múltiples facetas” que evocaba el asunto en torno a Padilla. La detención y posterior liberación del poeta cubano, aseguraban, había generado una polémica que marginaba el tema que creían fundamental: la relación cultura/Revolución (Editorial, 1971). Los intelectuales reunidos en *Nuevos Aires* plantearon el asunto en términos semejantes; el editorial del número 5 (septiembre-noviembre) advertía que el episodio Padilla actualizaba y daba carácter latinoamericano a, “la vieja e irresuelta cuestión de las relaciones entre los intelectuales y el poder socialista” (1971, pág. 3). Desde *El escarabajo de Oro*, por su parte, enfatizaban el riesgo de elevar la anécdota Padilla a la categoría de polémica ideológica y señalaban, entre otras cuestiones, cómo lo lamentable del asunto estaba en el “otro” uso que habían hecho de él y que revelaban, por ejemplo, en, “la delirante reacción de Vargas Llosa” (Editorial, 1971).

Si bien la carta abierta de Viñas debe leerse en el marco de esta reflexión colectiva que se articuló al interior de la izquierda intelectual argentina a través de publicaciones claves del período, resulta necesario subrayar el interés del escritor en presentar su postura distanciada de las principales tendencias explicitadas. Algunos pasajes de su carta pueden leerse en sintonía con tópicos advertidos por sus coterráneos, sucede por ejemplo, cuando advierte, “correlativamente, ahora tengo el convencimiento que en el ‘caso Padilla’, la acentuación del caso Padilla desgajado de un marco referencial se convierte en anecdotización de un proceso mucho más amplio” (Viñas D., 1971), pero, sin embargo, y es esto lo que interesa resaltar, ahí mismo afirma:

Y para dar un paso más adelante: discrepo mi estimado Roberto, con las apreciaciones de “stalinismo” que hacen los hombres que desde Europa mandaron una carta a Fidel. Pero

también discrepo con quienes en la vertiente opuesta califican de “europeizantes” a aquellos para descalificarlos de sus juicios [...].

Y que quede claro, Roberto, mi posición de doble discrepancia nada tiene que ver con un objetivo centrista. No se trata de eso. Mucho menos de una actitud conciliatoria que pretender resolver las posiciones antagónicas con un eclecticismo de “a más de sobre dos”. No, No[sic]. Se trata de plantear una nueva alternativa que no clausure, sino que abra la discusión al lenguaje socialista. Que no se quede pegada a los dos términos actuales en pugna que algunos llaman “realidad” y que no es más que el dilema de tosco empirismo. (Viñas D. , 1971)

Es en medio de este ambiente de discusión que se experimentaba en Argentina (y en el mundo) en torno al caso Padilla, tanto dentro de la izquierda intelectual como de otras tendencias opuestas,¹¹⁴ que debe analizarse el impacto que produjo en los cubanos la postura de David Viñas. Una postura que Fernández Retamar entendía centrista, y que, desde otra lectura, ratificaría Ricardo Piglia cuando el jueves 3 de junio anotó en su diario:

Después vino David, que sigue con sus vacilaciones: carta a Fernández Retamar por el caso Padilla, centrista y ambigua. Ya sabemos que, como decía Barthes, el ni-ni es la clave del pensamiento de la clase media, lo llamaba *pensamiento balanza*. David Siempre ha sido lo contrario, aunque le gustan demasiado las oposiciones binarias, pero en este caso lo nubla la posibilidad de quedar mal con los cubanos o con nosotros (Piglia, 2016, pág. 251)

La estancia de Viñas en Cuba a principio de ese año, el hecho de haber sido el único miembro del comité de *Casa* residente en Argentina y los estrechos vínculos que mantenía con La Habana para la fecha dan fundamento a esta perspectiva advertida por Piglia. Desde ahí mismo se debe considerar el marcado énfasis y el interés de Viñas por plantear sus puntos de vistas como prolongación de cuestiones advertidas por él mismo en la reunión de enero. En su carta le aseguraba

¹¹⁴ En una carta que envió Mario Benedetti a Casa de las Américas, el 5 de mayo, les comentó a los cubanos: “Aquí les mando más recortes sobre el asunto Padilla y sobre el discurso de Fidel, a fin de que vean cuál es el tono de la querida prensa rioplatense para tratar este escabroso tema. En Bs Aires me bombardearon sobre eso; hubo una cena con varios intelectuales jóvenes argentinos en que fue bastante atacada la Casa (la tesis era que la culpa del boom la tenían Primera Plana y ¡la revista Casa! ¿qué les parece?). Ahí peleamos codo con codo Orfila (que vino a Bs Aires para fundar una Siglo XXI argentina) y yo, en defensa de la Casa y de Cuba por supuesto. La cosa fue muy difícil, porque en este momento en la Argentina el tema Revolución Cubana ha pegado un tremendo bajón. Con todo, creo que Arnaldo y yo conseguimos meterles algunas ideas a los muchachos, de los cuales algunos eran simples despistados y otros extrotskistas” Dossier p. 62

a Retamar, “Y discrepo con la misma medida, pero con idéntico tono categórico al que en enero del 71 utilicé para insistirte en que la palabra discrepancias debía aparecer en el documento redactado por el comité de la revista Casa” (Viñas D. , 1971). Y más adelante reitera:

Y, sobre todo, se trata de un afán de precisión y de crítica. Tanto es así, que esta discrepancia con ambas posiciones polarizadas [...] me suponen, por lo menos, una polémica en dos frentes. De manera análoga a la doble polémica que sostuve en La Habana en enero de este año [...] donde cuestioné, por un lado, en el comité de la revista, posiciones liberales de Cortázar y Vargas Llosa desde Europa. Pero también disenti copiosamente con la versión del peronismo que, desde la Argentina, les daba Getino a los cubanos a través de La Hora de los hornos.

Y lo que interesa: en esas dos ideas polémicas ya se esbozaban-hacia un nivel más alto- tentativas que ahora se presentan como insuperables. Y no, Roberto.

Porque entendía en ambos casos que lo anecdótico deformaba una perspectiva más precisa de la discusión, entonces no liquidé el problema rotulando, desde el vamos, como “cosmopolitismo” lo que sostenía Cortázar y Vargas Llosa. Como tampoco empecé con el marbete “chovinismo” ante Getino. Al contrario, insistí en el encuadre y en las posibilidades y necesidad de globalizar esos problemas. (Viñas, 1971)

Viñas insiste en presentar su carta como una prolongación del debate sostenido en La Habana. Desde ahí verifica y legitima sus postulados, incluso en la experiencia en la reunión del comité sienta las bases para lo que plantea como una metodología desde la cual enfocar el asunto:

Por todo eso es que también de manera similar y consiguiente a la expresión de deseos que formulé en La Habana en enero [...] ahora insisto en que el verdadero sitio del problema debe encontrarse en otra zona. En agarrar el asunto por su raíz. Y esa metodología es mi punto de partida en el debate: en primer lugar, sobre la polémica del socialismo en América Latina; en segundo lugar, en el análisis de los aspectos inherentes a la cultura socialista en un país socialista; en tercer lugar, en torno a la producción intelectual en el socialismo; en quinto lugar, sobre el eje intelectual-partido; y en sexto lugar, en las controversias dentro del socialismo. (Viñas D. , 1971)

Incluso el cierre es categórico en tal sentido, “Te repito Roberto, lo que en enero formulé como expresión de deseos para que esa asamblea crítica y abierta se llevara a cabo en algún lugar, preferentemente no oficial [...] ahora lo planteo como una necesidad urgente e impostergable” (Viñas D. , 1971).

En su carta Fernández Retamar retoma detalladamente los planteamientos y las propuestas de Viñas. El director de *Casa* desmonta, cuestiona y discute tanto las principales problemáticas esbozadas por el argentino, como la metodología con que aseguró debía encararse el asunto. En tal sentido le preguntaba a Viñas, “¿Cómo puedes encontrar simetría de ninguna naturaleza entre las acusaciones de “torturas”, por una parte, y la irritada alusión a “ratas” por la otra? ¿Cómo puedes colocar a la misma altura a quien miente calumniosamente y a quien se indigna por la infame mentira? (Retamar R. F., 1971). Retamar no comprendía la discrepancia advertida por Viñas, ni la descalificación de latinoamericanos radicados en Europa:

En cuanto a la mención que haces del término “europeizantes”, ignoro a qué textos te refieres concretamente. Nuestra Revolución se siente orgullosa de su condición latinoamericana, de su irrenunciable y creciente anticolonialismo, lo que no le impide declararse *marxista-leninista*. Y es sabido que ni Marx ni Engels ni Lenin nacieron en Tegucigalpa ni cantaron vidalitas. Eran europeos. Pero no, por cierto *europeizantes*. Presumo que quienes han usado este término lo han empleado como sinónimo de *colonizantes*, y en ese sentido nos es fácil entendernos. (Retamar R. F., 1971)

Fernández Retamar advertía que Viñas parecía desconocer que era justamente a través de un lenguaje socialista que se había sostenido el debate en textos claves que ejemplificó con la “Declaración de los cineastas cubanos” y el ensayo de Benedetti publicado en *Marcha*. Textos así, sentenciaba Retamar, “¿qué son sino lúcidas intervenciones en una discusión con lenguaje socialista?” (Retamar R. F., 1971).

Sobre la propuesta de Viñas referida a una asamblea a celebrarse en un lugar no oficial, Retamar subraya que la Casa de las Américas, un sindicato o una fábrica en Cuba, no eran ni más ni menos oficiales comparados entre sí; a la vez que refuta a Viñas la idea de llevarle temarios a los obreros, en lugar de dejarlos elegir a ellos mismos los temas a debatir, “De no proceder así, parecería que, desde arriba, íbamos paternalmente a descerrajarles nuestra presunta sabiduría, ¿no te parece?” (Retamar R. F., 1971). Así le preguntaba a Viñas al que aseguraba además que tal como había sucedido en otras oportunidades, desde la revista *Casa* se proponían abordar las cuestiones

detalladas por Viñas, y concluía, “Quizás las agencias enemigas volverán a hacernos objeto de sus bienvenidos ataques [...] Estoy seguro de que en ese caso no esperarías al final del *round* para hacernos saber de qué parte has quedado. Y que esa parte será el sitio donde siempre has estado y donde te hemos estimado siempre” (Retamar R. F., 1971).

La posibilidad de un diálogo entre David Viñas y Roberto Fernández Retamar en torno a los sucesos que involucraron a Padilla quedó frenada desde el mismo momento en que la carta que envió el cubano a *La Opinión* no llegó a publicarse. El propio Viñas en más de una ocasión aseguró no haber recibido respuesta a su misiva. Estela Valverde, por ejemplo, en su libro asegura, “Fernández Retamar nunca llega a contestar esta polémica carta que causó fricción y fue motivo de su distanciamiento con nuestro autor” (Valverde, 1989, pág. 151). La investigadora apoya su afirmación en declaraciones ofrecidas por el escritor en una entrevista que le realizara, en 1980. Sin embargo, en 2007 durante otra entrevista David Viñas mencionó, como al pasar, la respuesta de Retamar, “yo le mandé una carta que después contestó Retamar” (Vergara, 2007, pág. 104).

Lo interesante de ambas cartas abiertas radica en la manera en que dan cuenta de las fricciones internas de la izquierda intelectual, a la vez que explicitan los diversos modos de entender y asumir el compromiso. En la carta de Fernández Retamar se corrobora los sesgos de un radicalismo político en el ambiente cultural cubano en el que no tenían espacio alternativas ambiguas y se enfatiza además en el antimperialismo y el anticolonialismo como banderas principales del proyecto cubano. En la de David Viñas es evidente el interés por plantear sus puntos de vistas como prolongaciones de cuestiones debatidas antes en La Habana, en el encuentro de enero de ese año sentó los cimientos de sus planteos. En esta carta se percibe un doble movimiento: va a La Habana de enero y retorna al Buenos Aires de junio con la intención de fortalecer sus fundamentos y es justo en ese ir y venir que los planteos se vuelven confusos, incluso inaceptables para la perspectiva cubana explicitada por Fernández Retamar. La imagen de quien fuera miembro del

comité de la revista se fue opacando ante las respuestas de otros coterráneos frente los sucesos cubanos. El intelectual que en enero de ese mismo año había mostrado su cercanía con demandas que se hacían desde la institución cultural cubana, quedaba ahora desdibujado ante un conflicto que, como se ha reiterado, constituyó un parte aguas para los vínculos entre el proyecto cubano y la izquierda intelectual.

5.4 Consideraciones finales

La invitación enviada a David Viñas para incorporarse al Jurado de Testimonio del Premio Casa de las Américas en su segunda edición en 1971, más allá de las credenciales que ofrecía su propia producción literaria en relación con el género testimonial, que se verificaba incluso en el proyecto de novela sobre el que aseguró estar trabajando para la fecha, debe interpretarse como un gesto de garantía por parte de la institución anfitriona frente al complejo escenario político y cultural de principios de la década del setenta. Habría que tener en cuenta en tal sentido cómo a lo largo de la década, y puntualmente en el marco de las reuniones de comité de la revista, la afinidad en términos ideológicos y estéticos entre el escritor y la institución cubana se había explicitado en temas referidos a la residencia europea y las actitudes liberales de algunos intelectuales de la región, y en cuanto al necesario vínculo entre la literatura y realidad política y social. En la carta citada de Roque Dalton, se corrobora esta afinidad de Viñas con las apuestas y las demandas de Casa.

Lo anterior arroja luces para entender el asombro (y el enojo) con que reaccionaron en Cuba ante la respuesta de David Viñas frente al caso Padilla. Si bien es cierto que los sucesos en torno a Padilla, y, sobre todo la disolución del comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*, al que pertenecía David Viñas desde 1965, condujo a un distanciamiento de la Revolución cubana y de la institución cultural, resulta necesario esclarecer que, contrario a lo que suelen asegurar los estudios, ese distanciamiento duró unos pocos años.

La recuperación de la comunicación, por lo menos a nivel epistolar, del argentino con La Habana, con la Casa de las Américas y con Fernández Retamar sucedió en septiembre de 1974 cuando desde Buenos Aires David Viñas escribía, “Mi querido Roberto: si alguien me puso nuevamente en contacto con tu isla fue una especie de santo laico que se llama Haroldo Conti: me habló con tanta sutileza y ternura de mis viejos amigos de la casa que aquí me tenés: escribiendo de corrido algo (que ya parece pasado, arqueológico incluso)” (Viñas D. , 1974). En esta misiva, que guarda el archivo de Casa, Viñas trasmitía su nostalgia por nombres, momentos y sabores de un pasado reciente que, sin embargo, sentía lejano, distante:

Claro: aparecen los nombres. Las caras. Desde la de piba del barrio enternecedora y cómplice de la Chiqui hasta la maternal y secreta de María Rosa, pasando por la tolerante, morocha y acogedora Beba. No se olvidan. Te digo: eso no se olvida. Como la de la patriarcal y paciente de Gallich o la tan cargada de socarrona guajira de Haydée. Y las otras. Los otros. Mala memoria la mía, no afecto. Y de vos: perverso, empecinado y sutil. De tu escritorio tan blanco y de tu hamaca irónica o de la cara bigotuda y desafiante de Zapata. Mala memoria la mía: de los panoramas, puede ser; no de las caras, los alientos ni del sabor de la boca. De eso mucho menos. (Viñas D. , 1974)

Pero esta era además una carta desesperanzadora. Casi al final, le indicaba Viñas a Retamar:

Y de nosotros. De eso que se llama la izquierda. Hay! No ya una colección de ateneos despanzurrándose por ver quien se alza con el liderazgo (previsible querella) sino algo más grave que puede llegar a ser enfermedad de nuestra izquierda: el fracaso permanente. Y para no deprimirme (si cabe, ni hacerlo conmigo mismo), empecinadamente estoy trabajando en mi viejo libro sobre “Los momentos de la literatura en América Latina”. Alguna vez saldrá. Alguna vez te lo mandaré. Y, mi viejo, alguna vez nos abrazaremos en Rancho Boyeros o, quizás, en Corrientes y Esmeralda. (Viñas D. , 1974)

Con esta misiva el intelectual reabrió el diálogo con La Habana, que, con momentos de mayor o menor satisfacción, continuó desde su exilio, español primero y mexicano después. Un intercambio y una comunicación que, como se aprecia en el archivo de Casa, pasó del tradicional papel a los medios electrónicos, y cuyo momento de mayor plenitud debió ser, sin dudas, la participación como invitado especial en el Premio Literario Casa de las Américas en 2006. A su

cargo estuvo el discurso de inauguración del certamen. En febrero de 2006 Marcia Leiseca envió un correo electrónico destinado a David Viñas, allí advertía Leiseca, “sus palabras de inauguración fueron extraordinarias en todo sentido, por su significación y la originalidad de su discurso, el público lo ovacionó, algunos jurados dijeron que merecía la pena venir, aunque fuera para escuchar esas palabras” (Leiseca, 2006).¹¹⁵ En 2007 Viñas regresó a La Habana, en esa ocasión formaba parte de una delegación invitada a la Feria Internacional del Libro que ese año estuvo dedicada a la Argentina.

El análisis del período posterior a 1971 rebasa los objetivos de este trabajo por lo que queda planteado para posteriores estudios.¹¹⁶ Por el momento interesa sólo mencionar que la última comunicación que guarda el Archivo de Casa sobre la correspondencia con el escritor argentino está fechada el 5 de mayo de 2008, se trata de un breve correo electrónico enviado por David Viñas a Fernández Retamar en el que señalaba: “Roberto: Excelente 13 mil argentinos operados y curados por médicos cubanos en el noroeste argentino. ¡Salud!” (Archivo Casa de las Américas).

¹¹⁵ Este mensaje electrónico lo envió Leiseca a Viñas a través de Gabriela García Cedro.

¹¹⁶ Sólo interesa agregar que fue mayor el distanciamiento luego del viaje que hizo David Viñas a Cuba en 1981, cuando en el encuentro de intelectuales que tuvo lugar en La Habana cuestionó la posición de Cuba por no mencionar a Argentina en los países con dictadura. A raíz de las revueltas que sucedieron en La Habana en junio de 2021 Beatriz Sarlo recordó este reclamo de David a los cubanos. ver en <https://www.perfil.com/noticias/columnistas/otra-vez-cuba-por-beatriz-sarlo.phtml>

CONCLUSIONES

En una charla con Saúl Sosnowski a inicios de la década del ochenta David Viñas retomaba uno de sus tópicos más recurrentes: el del viaje a Europa de determinados escritores latinoamericanos en busca de una santificación espiritual. El encuentro entre ambos argentinos, del que formó parte Mempo Giardinelli,¹¹⁷ tuvo lugar en México hasta donde había llegado Viñas desde su exilio español. En esa charla, que puede interpretarse como prolongación de la entrevista publicada en *Hispanamérica* en 1972, donde Viñas profundizó sobre el asunto, Sosnowski quiso saber si podía pensarse en una santificación del cuerpo de ciertos sectores en ese momento (los ochenta) en que el viaje no estaba dirigido a París sino a La Habana (Viñas D. , 1982). Se trata de una pregunta que convida al debate. Sin embargo, la respuesta de Viñas es categórica: “creo que ahí habría una bifurcación, multiplicación, proliferación de viajes [...] en este momento tenemos multitud de centros” (Viñas D. , 1982). Evidentemente, La Habana había perdido, por lo menos en la perspectiva de Viñas, el protagonismo que alguna vez le reconociera él mismo, como también hicieron otros escritores vinculados a la Revolución cubana en sus primeros años.

Cuando ofrece estas declaraciones en México, Viñas carga sobre sus hombros el peso de dos hijos desaparecidos durante la dictadura, las ausencias y privaciones de exiliado y sus reservas ante la posición de Cuba frente a la dictadura argentina. Si bien es cierto que a raíz de los sucesos en torno al caso Padilla, como hemos visto, se produjo un distanciamiento entre Viñas y La Habana, habría que señalar que es en la década del ochenta cuando realmente se produjo un profundo quiebre.

¹¹⁷ <https://www.youtube.com/watch?v=fd8EAVds-ac>

En medio del ambiente tenso que protagonizaron los intelectuales a principio de los años setenta no hubo pronunciamientos explícitos que dieran cuenta de un rompimiento de los vínculos que Viñas habían tejido a lo largo de la década del sesenta con los cubanos, tal como sí sucedió, por ejemplo, con Mario Vargas Llosa. La carta con la que Fernández Retamar retoma el diálogo con Viñas en 1974 es clave en tal sentido: “De pronto, como salida del sombrero de un mago [...] me llegó tu carta fraternal, inesperada (¿o siempre esperada?). Gracias, hermano” (Retamar R. F., 1974). Sin embargo, el propio Viñas aludió en más de una oportunidad a su alejamiento luego de la visita que en 1981 (diez años después de su participación en el jurado del Premio en la categoría de Testimonio) realizó a La Habana. En esa ocasión viajó como parte de una delegación argentina invitada a un congreso de intelectuales organizado en la capital cubana (que tampoco era ya “la capital guerrillera de América Latina”).

En diversos escenarios Viñas recordó su desacuerdo y el del resto de sus coterráneos por el hecho de que Argentina no apareciera en la lista de países en dictadura que circuló durante el congreso, y reiteró, además, la manera en que habían logrado finalmente la inclusión. En su perspectiva, tal omisión guardaba relación con los vínculos que en ese momento existían entre la Unión Soviética, la dictadura argentina y la revolución de Fidel Castro. Es a partir de estos años cuando podría hablarse de un “rompimiento” de Viñas con Cuba, que se sabe, tampoco sería definitivo. Fue una realidad que se corrobora a partir de sus propias alusiones al tema (Vergara, 2007, pág. 104) y se hace evidente además en el Archivo de Casa de las Américas. Como se advirtió antes, a menos de cuatro años de la carta abierta a Fernández Retamar el escritor retomó el diálogo con los cubanos; sin embargo, la comunicación con la Casa se cortó durante la década del ochenta.

El archivo conserva misivas que corresponden al período que va de 1974 a 1979 que, aunque menos sistemáticas, dan cuenta del interés de Viñas por mantenerse conectado con la isla. En 1978, por ejemplo, le escribe a Retamar desde San Lorenzo del Escorial: “Aquí te envío

un artículo sobre ese entrañable y humillado Haití. Es parte de dos cosas: de lo que podría llamarse ‘mi campanita’ latinoamericana en Europa [...] y [...] de un librito que- espero- salga a fines de este año titulado ‘De Fidel Castro a Pinochet’ (Viñas D. , 1978). Se trababa, según el autor, de “una reseña dura, ágil y filosa” de lo que se había vivido desde la entrada de Fidel a La Habana hasta los sucesos de La Moneda y el Salvador (Viñas D. , 1978). Por lo menos en el Archivo no se conservan documentos que den cuenta de una comunicación con David Viñas durante los ochenta y los primeros años de la década del noventa.

Si se traza una línea que visualice el vínculo de David Viñas con el proceso cubano posterior a 1959, esta sería, sin duda, zigzagueante; con momentos de total entendimiento, pero también de significativos episodios en los que se posiciona críticamente ante el poder cultural de la isla. Podría afirmarse que las relaciones que estableció el escritor con Casa de las Américas y con el proceso cubano estuvo en correspondencia con el espíritu “denuncialista” (Avaro y Capdevila, 2004) que lo definió a él y a la “generación parricida” (Monegal,1956) de la cual fue integrante clave.

Desde los tiempos de *Contorno*, Viñas fue configurando una imagen de escritor heterodoxo, solitario y polémico que subrayaría a lo largo de su trayectoria. En el uso transgresor del lenguaje, en las críticas a instituciones políticas y culturales y en el enjuiciamiento a la tradición literaria argentina se descifran las claves interpretativas de su producción intelectual. Desde esta perspectiva se insertó en los debates que tuvieron lugar a lo largo de la década del sesenta en América Latina y en Cuba. Y con la misma mirada crítica analizó el paso de sus coterráneos por La Habana, como una forma de, según reconoció, entenderse a sí mismo.

Esta heterodoxia intelectual fue definitiva para los sistemáticos rechazos de David Viñas ante las convocatorias para formar parte del aparato burocrático e institucional de Casa de las Américas. Más allá del interés por los acontecimientos que estaban teniendo lugar en La Habana

durante el período y de su adhesión a pronunciamientos colectivos a través de firmas o declaraciones, el escritor se esforzó por sostener la autonomía intelectual e incluso apeló a sus “ademanos” polemistas y heterodoxos cuando lo consideró necesario. Esta postura a su vez guarda relación con el interés por conservar, por lo menos durante la década del sesenta, vínculos favorables con La Habana. El propósito de Viñas por mantenerse en la órbita cubana se aprecia al considerar el lugar desde el cual intervino en las discusiones del comité de *Casa* y que muy certeramente describió Roque Dalton en su carta de renuncia; se corrobora en los escasos pronunciamientos críticos en referencia al proceso cubano y también en la consulta que realizó a Fernández Retamar sobre la revista que planeaba organizar desde Italia.

Incluso, en vínculo con lo anterior, habría que detenerse a pensar de qué habla Viñas, por ejemplo, cuando en 2007 le asegura a Vergara que de haber aceptado instalarse en Casa de las Américas hubiera entrado en conflicto con “la cosa cubana”. ¿A qué o a quiénes refiere? Viñas parece estar hablando del aparato político y burocrático de la isla, también de la ortodoxia ideológica, cuestiones con las que evidentemente, y dada su trayectoria, hubiera entrado en contradicción. Las reiteradas propuestas que recibió desde la institución, sin embargo, bastan para asegurar que la imagen de intelectual que proyecta Viñas para la fecha estaba en sintonía con las demandas generales de Casa, que eran, en definitiva, las de la propia Revolución.

Por otro lado habría que agregar que si bien la experiencia cubana de David Viñas durante los años sesenta no modificó un esquema de escritura que venía ensayando desde la década anterior, así como su interés por determinados núcleos temáticos, sí fue fundamental para fomentar la perspectiva respecto al compromiso literario y el papel de la literatura en “tiempos de revolución”, así como para inclinar su preocupación por hechos más contemporáneos y priorizar el empleo de un estilo más directo, visible especialmente en *Los hombres de a caballo* (1967) y en *Cosas concretas* (1969). Esa experiencia favoreció además el interés por problemáticas latinoamericanas, desplazamiento que se percibe en ambas novelas y también en

su ensayística. Si en *Contorno*, por ejemplo, se había centrado prioritariamente en sucesos nacionales, los ensayos que publica a lo largo de los sesenta prestan especial atención a Latinoamérica. Es en este sentido que *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar* – texto que vuelve sobre América Latina y, de manera particular, sobre la problemática cubana – se puede leer como sistematización y condensación de las principales discusiones que lo ocuparon durante el período y sobre las que debatió fervientemente a su paso por La Habana.

Considero que la heterodoxia de David Viñas ante demandas puntuales de los cubanos, su resistencia a integrar al aparato burocrático institucional, y, sobre todo la posición que asumió frente al caso Padilla, soslayaron el protagonismo que pudo tener en La Habana, fueron aspectos que, tanto a corto como a largo plazo, incidieron en el lugar lateral que terminaría por ocupar en Casa de las Américas.

Si en los sesenta y setenta esta lateralidad se evidencia en la poca trascendencia que en definitiva tuvo su distanciamiento con el proceso cubano, es en los años posteriores donde verdaderamente se corrobora. La revista *Casa* la patentiza, por ejemplo, en el efímero mensaje con que anunciaron su fallecimiento. Mientras los números 30 y 146 rindieron extensos homenajes a Ezequiel Martínez Estrada y a Julio Cortázar, respectivamente, David Viñas, el tercer argentino que fuera miembro del Comité de Colaboración desde su creación en 1965 (hasta ese año funcionó un consejo de redacción) y hasta su desintegración en 1971 no sólo “espera” por su “homenaje”, sino que de su paso por la publicación apenas se hace mención en el número 263 (abril-junio de 2011) cuando en el apartado “Adioses”, dentro de la sección “Al pie de la Letra”, aluden la muerte del “narrador, ensayista y dramaturgo argentino” sucedida en Buenos Aires el 10 de marzo de 2011 a los ochenta y tres años de edad (Letra, 2011, pág. 159). La noticia se desdibuja entre tantos otros escritores de los que se despide *Casa* en esa entrega: Isidora Aguirre, Héctor Quintero, Moacyr Scliar, Gonzalo Rojas, Ernesto Sábato, Jorge Timossi.

Desde la que fuera también su “Casa”, hablan del ensayista, del novelista que había sido Viñas, refieren su trabajo en *Contorno*, enfatizan el rechazo de los veinte mil dólares de la beca Guggenheim, y casi al final de la breve nota se lee: “Asiduo colaborador de nuestra revista -de cuyo consejo de colaboración formó parte- el nombre de Viñas figura entre los de la intelectualidad revolucionaria latinoamericana que con mayor intimidad se vincularon a la Casa y a la Revolución Cubana” (Letra, 2011).

Una breve hojeada a *Casa* es suficiente para comprender que David Viñas fue todo menos un “asiduo” colaborador de la revista, pero lo que interesa subrayar ahora es la aclaración que, separada por guiones, lejos de resaltar la labor de Viñas en el Comité de Colaboración, pareciera restarle importancia. La manera en que está presentado este detalle, la entiendo como una posibilidad al lector de obviar lo que ha quedado encerrado entre guiones, que, en definitiva, no parece ser tan significativo ante una trayectoria intelectual como la que presenta la nota. Pero, esta falta de atención a la labor realizada por David Viñas en Casa de las Américas, así como a las huellas que dejó esa experiencia en su propia producción intelectual se corrobora además en la ausencia de estudios que, hasta la fecha, se ocuparan del asunto. Es esto en definitiva lo que esta tesis intenta superar.

BIBLIOGRAFÍA

- Abam, J. (2009). "No hay literatura inocente", entrevista con el intelectual argentino y novelista David Viñas. *Letras Hispánicas: Revista de literatura y cultura*, 6(2). Recuperado el 05 de julio de 2021, de https://moam.info/no-hay-literatura-inocente-an-interview-with-argentine-intellectual-_59d8bd961723ddfe90869b12.html
- Acta de la reunión de programación interna administrativa del "Encuentro con Rubén Darío", (30 de diciembre de 1966). *Archivo Casa de las Américas, documento 30(carpeta 10)*.
- Altamirano, B. S. (noviembre de 1981). Nosotros y ellos. David Viñas habla sobre Contorno (entrevista). *Punto de Vista*(13), 9-10.
- Altamirano, C. (2001). *Peronismo y cultura de izquierda*. Buenos Aires: Temás Grupo Editorial.
- Álvarez, C. M. (4 de julio de 2016). Alcides, el inédito. *El estornudo*. La Habana. Recuperado el 11 de julio de 2021, de <https://revistaelestornudo.com/alcides-el-inedito/>
- Álvarez, G. C. (5 de marzo de 1971). David Viñas y el límite de lo prohibido. *El Caimán Barbudo*, 2-5.
- Américas, ú. a. (mayo-junio de 1969). Ciclo sobre la nueva narrativa latinoamericana. *Casa de las Américas* (54), 198.
- Américas, ú. a. (mayo-junio de 1969). Premio Casa de las Américas. *Casa de las Américas* (54).
- Ángel Rama, M. G. (julio-septiembre de 1995). Conversación en torno al testimonio. *Casa de las Américas*, 122-123.
- Aparicio, Y. (2017). LA CASA DE LAS AMÉRICAS, Roberto Fernández Retamar y el boom latinoamericano. *Cuadernos hispanoamericanos*.
- Archivo (diciembre de 1966). Proyecto de temario para reunión del comité de colaboración de la revista *Casa de las Américas*. *doc. 1*. La Habana.
- Archivo Casa de las Américas. (s.f.). *Archivo Casa de las Américas, documento 15(carpeta 10)*.
- Archivo, D. d. (11 de enero de 1971). Memo. *Memorandum*. La Habana.
- Arrufat, A. (julio-octubre de 1984). Amistad con el perseguidor. *Casa de las Américas*(145-146), 204-205.
- Ayén, X. (2019). *Aquellos años del BOOM*. Buenos Aires: Penguin Random House.
- Aymerich, C. O. (1998). *La memoria en el espejo: aproximación a la escritura testimonial*. Barcelona: Anthropos.

- Barletta, L. (1965). Prólogo. En E. M. Estrada, *Mi experiencia cubana*. Montevideo: El siglo Ilustrado .
- Barnet, M. (1969). *La novela – testimonio. Socioliteratura. Unión*, 99-122.
- Benetti, M. (mayo-junio de 1969). Una hora con Roque Dalton. *Casa de las Américas*(54), 145-153.
- Blanes, c. J. (6 de diciembre de 2015). El premio testimonio de Casa de las Américas. Conversación cruzada con Jorge Fornet, Luisa Campusano y Victoria García. *Kamchatka*, 191-249.
- Cairo, A. (1996). José Martí y la pasión por el mito de Ezequiel Martínez Estrada. En Actas, *Segundo Congreso Internacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Bahía Blanca.
- Campusano, L. (1992). *La revista Casa de las Américas en la década de los sesenta. América : Cahiers du CRICCAL. Le discours culturel dans les revues latino-américaines, 1940-1970, n 9-10*, 55-63.
- Campuzano, L. (2015). La Casa de las Américas hoy (memoria personal asistida). *Caravelle*(105), 19-33.
- Candiano, L. (2013). Práctica estética y acción política. cinco respuestas narrativas (Viñas, Conti, Walsh, Kordon, Manauta). *Tesis doctoral*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.
- Capdevila, N. A. (2004). *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50*. Buenos Aires : Santiago Arcos.
- Castelo, O. A. (octubre de 1959). Los dueños de la tierra. Novela de David Viñas. *El grillo de papel*(1), 16.
- Colaboración, C. d. (marzo-abril de 1967). Declaración del Comité de Colaboración. *Casa de las Américas*(41), 4.
- Colaboración, C. d. (9 de enero de 1969). Actas. *Archivo Casa de las Américas(carpetas 260)*. La Habana.
- Colaboración, C. d. (11 de enero de 1969). Carta a Mario Vargas Llosa. *Archivo* . La Habana.
- Colaboración, C. d. (marzo-abril de 1969). Declaración del Comité de colaboración de la revista Casa de las Américas. *Casa de las Américas*, 3-6.
- Colaboración, C. d. (9 de enero de 1969). Reunión del Comité de Colaboración de la Revista Casa de las Américas. *Reunión del Comité de Colaboración de la Revista Casa de las Américas*. La Habana.
- colaboración, C. d. (8 de enero de 1969). REUNIÓN DEL CONSEJO DE COLABORACIÓN DE LA REVISTA "CASA". *Actas*. La Habana.

- Colaboración, M. d. (10 de enero de 1969). Reunión del Comité de Colaboración de la Revista Casa. *Archivo Casa de las Américas*. La Habana.
- colaboración, m. d. (julio-septiembre de 1995). Tercera declaración. *Casa de las Américas*(200).
- Colaboradores. (enero de 1967). Resumen de intervenciones de los integrantes de consejo de Colaboración de la revista Casa de las Américas. *Archivo Casa de las Américas*, 2. La Habana.
- Coleman, A. (julio-diciembre de 1975). Martí y Martínez Estrada: Historia de una Simbiosis Espiritual. *Revista Iberoamericana*, XLI(92-93), 629-645.
- Collazos, O. (5 de septiembre de 1969). La encrucijada del lenguaje II. *Marcha*(1461), 30-31.
- Collazos, O. (29 de agosto de 1969). La encrucijada del lenguaje I. *Marcha*(1460), 29.
- Cortázar, J. (noviembre- febrero de 1962-1963). Algunos aspectos del cuento. *Casa de las Américas*(15-16), 3-14.
- Cortázar, J. (1963). Carta a Paul Blackburn. En A. B. Garriga, *Julio Cortázar. Cartas 1955-1964* (Vol. tomo II, págs. 352-355). Alfaguara.
- Cortázar, J. (febrero de 1967). Testimonio. *Arte y literatura*, 13.
- Cortázar, J. (9 de enero de 1970). Literatura en la revolución y revolución en la literatura. *Marcha*(1477), 30-31.
- Cortázar, J. (16 de enero de 1970). Literatura en la revolución y revolución en la literatura II. *Marcha*(1478), 30-31.
- Cortázar, J. (5 de mayo de 1971). Carta a Haydée Santamaría. *Carta*. Recuperado el 29 de 09 de 2021, de <http://www.casa.co.cu/plastica/cortazar/documentos.html>
- Cortázar, J. (2009). El creador y la formación del público. En J. Cortázar, *Papeles inesperados* (págs. 249-260). Buenos Aires : Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). A Jean Thiercelin. En A. B. Garriga, *Julio Cortázar. Cartas 1965-1968* (Vol. tomo III, págs. 547-549). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). A Roberto Fernández Retamar. En A. B. Garriga, *Cartas 1969-1976* (Vol. 4, págs. 205-206). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). A Roberto Fernández Retamar. En A. B. Garriga, *Cartas 1969-1976* (Vol. 4, págs. 258-259). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). A Saúl Sosnowski. Carta París, 29 de septiembre de 1972. En E. a. García, *Julio Cortázar. Cartas 1969-1976*. Buenos Aires: Alfaguara.

- Cortázar, J. (2012). Carta a Eduardo Jonquiére. La habana 22 de enero de 1963. En A. B. Garriga, *Cartas 1955-1964* (Vol. tomo II, pág. 343).
- Cortázar, J. (2012). Carta a Francisco Porrúa, 24 de febrero de 1967. En *Cartas Tomo II*, p. 376. En J. Cortázar, *Carta 1955-1964*. Buenos Aires : Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). Carta a José Lezama Lima. En A. B. Garriga, *Cartas 1965-1968* (Vol. tomo III, págs. 347-348). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). Carta a Lezama Lima, 23 de enero de 1957. En A. B. Garriga, *Cartas 1955-1964* (Vol. tomo II, págs. 119-120). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). Carta a Lezama Lima, 5 de agosto de 1957. En A. B. Garriga, *Cartas 1955-1964* (Vol. Tomo II, págs. 133-135). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). Carta a Manuel Antín, 10 de diciembre de 1962. En A. B. Garriga, *Cartas 1955-1964* (Vol. tomo II, pág. 327). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). Carta a Roberto Fernández Retamar. En A. B. Garriga, *Cartas 1969-1976* (Vol. 4, págs. 21-22). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). Carta a Saul Sosnowski, 29 de septiembre de 1972. En A. B. Garriga, *Cartas 1969-1976* (Vol. tomo IV, pág. 320). Buenos Aires: Alfaguara.
- Cortázar, J. (2012). *Corrección de Pruebas en Alta Provenza*. Buenos Aires: Nova Era Publicaciones.
- Cortázar, J. (2012c). *Julio Cortázar Cartas 1969-1976* (Vol. 4). Buenos Aires: Alfaguara.
- Crespi, M. (diciembre - mayo de 2021). El fantasma del Che. *El taco en la brea*(13).
- Croce, M. (2005). *David Viñas, crítica de la razón polémica: un intelectual argentino heterodoxo entre contorno y dios*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Suricata Ediciones.
- Croce, M. (2005). *David Viñas. Crítica de la razón polémica. Un intelectual argentino heterodoxo entre Contorno y dios*. Buenos Aires: Suricata Ediciones.
- Croce, M. (2006). *Polémicas intelectuales en América Latina: del "meridiano intelectual" al caso padilla (1927-1971)*. Buenos Aires: Simurg.
- Croce, M. (23 de mayo de 2011). Presentación de la novela "En la semana trágica". *conferencia*. Buenos Aires. Recuperado el 3 de febrero de 2021, de <https://www.youtube.com/watch?v=kufPAhhEsUU&t=2s>
- Cuzzi, R. R. (2014). Espacio urbano y revolución. A propósito de Sábado de Gloria en la capital (socialista) de América Latina. *El Matadero*(8).
- d'Diego, J. L. (2008). Los intelectuales y la izquierda en la Argentina (1955-1975). En e. J. director Carlos Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina 1: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz editores.

- Dalmaroni, M. (2020). *Patria y muerte. Escritos sobre literatura argentina y política*. Rosario: Biblioteca Popular Constancio C. Vigil, cultural, social y mutual.
- Dalton, R. (7 de agosto de 1970). Renuncia de Roque Dalton a Casa de las Américas. *Carta*. La Habana. Obtenido de <https://rdarchivo.net/roque-dalton-archivo/letras-rd/renuncia-de-roque-dalton-a-casa-de-las-americas/>
- Declaración. (mayo-junio de 1965). Declaración latinoamericana de Génova. *Casa de las Américas*(30), 104-105.
- Documentos. (1967). Compromisos contraídos por Viñas con Casa de las Américas. *Archivo Casa de las Américas*(doc. 21).
- Editorial. (noviembre-diciembre de 1965). En el momento... *Revista Casa de las Américas*(33), 3.
- Editorial. (noviembre-diciembre de 1967). *Casa de las Américas*(45).
- Editorial. (enero-febrero de 1967). Al ir a cumplir la revolución cubana... *Casa de las Américas*(40), 2.
- Editorial. (mayo-junio de 1967). Editorial. *Casa de las Américas*(42), 1.
- Editorial. (enero-febrero de 1967). Editorial. *Casa de las Américas*(40), 2.
- Editorial. (marzo-abril de 1968). Editorial. *Casa de las Américas*(47), 3.
- Editorial. (diciembre de 1968). Editorial. *Revista de problemas del Tercer Mundo*(2).
- Editorial. (septiembre/octubre/noviembre de 1971). Cuba ¿ Revolución en la cultura? *Nuenos Aires*, 3-12.
- Editorial. (septiembre de 1971). Los despojos de Heberto Padilla. *El escarabajo de Oro*, 5 y 12-13.
- Editorial. (junio de 1971). Puntos de partida para una discusión. *Los libros*, 4-5.
- Espósito, F. (2009). Seix Barral y el boom de la nueva narrativa hispanoamericana: las mediaciones culturales de la edición española. *Orbis tertius*, 14(15). Recuperado el 10 de 05 de 2021, de http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4198/p
- Estrada, E. M. (1946). *Panorama de las literaturas*. Buenos Aires: Claridad.
- Estrada, E. M. (14 de octubre de 1960). Carta a Roberto Fernández Retamar. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 198*(doc. 20). La Habana.
- Estrada, E. M. (octubre-noviembre de 1960). Por qué estoy en Cuba y no en otra parte. *Casa de las Américas*, 33.
- Estrada, E. M. (1 de diciembre de 1963). carta a Ada Santamaría. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, documento 96*(carpeta 198). Bahía Blanca.

- Estrada, E. M. (1ro de diciembre de 1963). Carta a Haydée Santamaría. *documento 94(carpeta 198)*. Bahía Blanca.
- Estrada, E. M. (1 de diciembre de 1963). Carta a Marcia Leiseca. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, documento 95(carpeta 198)*. Bahía Blanca.
- Estrada, E. M. (1 de diciembre de 1963). Carta a Nicolás Guillén. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, documento 100(carpeta 198)*. Bahía Blanca.
- Estrada, E. M. (6 de abril de 1964). Carta a Haydée Santamaría. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, doc.106(carpeta 198)*.
- Estrada, E. M. (6 de abril de 1964). Carta a Haydée Santamaría. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 198(Doc. 106)*. Bahía Blanca.
- Estrada, E. M. (2013). Discurso en Ciudad de México. En C. F. edición, *Epistolario: la correspondencia entre Victoria Ocampo y Ezequiel Martínez Estrada*. (pág. 70). Buenos Aires: Interzona.
- Ferrante, B. (2016). Los dueños de la tierra: *Contorno*, frontera y posmemoria. *CELEHIS-Revista de Centro de Letras Hispanoamericanas*(32), 24.
- Ferrer, c. (2014). *La amargura metódica. Vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Fontanarrosa, R. (2007). prólogo . En D. Viñas, *Las malas costumbres*. Buenos Aires: Peón Negro.
- Fonet, A. (enero- febrero de 1967). New World en Español. *Casa de las Américas*(40), 106-115.
- Fonet, J. (julio-septiembre de 1995). La Casa de las Américas y la "creación" del género testimonio. *Casa de las Américas*, 120-121.
- Fonet, J. (2013). *El 71. Anatomía de una crisis*. La Habana: Letras cubanas.
- Fonet, J. (mayo-septiembre de 2019). La experiencia cubana: intelectuales argentinos en la Revolución. *Libro digital*. Buenos Aires.
- Fonet, J. (mayo-septiembre de 2019). Radiografía de un entusiasmo: los escritores argentinos y la Casa de las Américas. *La experiencia cubana. Intelectuales argentinos en la Revolución. Catálogo Exposición, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, 2019.*, 41-53. Buenos Aires.
- Franco, L. (octubre de 1962). Conversación con David Viñas. *Hoy en la Cultura*(6), 2.
- Galich, M. (1995). Para una denificación del género testimonio. *Casa de las Américas*, 124-125.
- García, C. (2019). David Viñas y el Che: sobre una obra de teatro desconocida (1979-1983). En C. García, *David Viñas de refilón. Seis acercamientos* (págs. 21-31). Córdoba: Alción Editora.

- García, V. (2018). Testimonio y ficción en la narrativa argentina. *Lexis*, XLII(2), 369-404.
- Gilman, C. (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires : Siglo XXI.
- Gilman, C. (2010). Casa de las Américas (1960-1971), un esplendor en dos tiempos. En C. A. (director), *Historia de los intelectuales en América Latina II. Los avatares de la "ciudad letrada" en el siglo XX* (Vol. II, págs. 285-298). Buenos Aires: Katz.
- Gilman, C. (2010). Casa de las Américas, un esplendor en dos tiempos (1960-1971). En d. C. Altamirano, *Historia de los intelectuales en América Latina* (Vol. 2, págs. 285-300). Buenos Aires: Katz Editores.
- Gilman, C. (2012). *Entre la pluma y el fusil, debate y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires : siglo veintiuno.
- Gilman, C. (abril de 2013). Cortázar de escritor burgués a intelectual revolucionario. *Hispanamérica*(124), 3-13.
- Gilman, C. (21 de junio de 2013). Cortázar: De escritor burgués a intelectual revolucionario. *Hispanamérica*(124), 3-13.
- Gilman, C. (2013). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Gilman, C. (Lunes 12 de noviembre de 2018). Después de Contorno: David Viñas en la otra orilla. *Simposio de Investigación del ILH: GENIO Y FIGURA DEL INTELECTUAL ARGENTINO Y LATINOAMERICANO*. Buenos Aires.
- Giordano, A. (diciembre de 2003). Un intento frustrado de escribir sobre David Viñas. *Boletín 11/ del Centro de Estudios de Teoría y Crítica Literaria*.
- Giordano, A. (diciembre de 2003). Cortázar y la denegación de la polémica. *Punto de vista. Revista de Cultura*(77).
- Goboloff, M. (2014). *Julio Cortázar: la biografía*. La Habana: Arte y Literatura.
- Goldmann, L. (1971). *El hombre y lo absoluto*. Barcelona: Península.
- Goldmann, L. (1975). *Para una sociología de la novela*. Madrid: Ayuso.
- Goloboff, M. (2000). Cortázar revisitado. *Orbis Tertius Dossier/ Cortázar, Año IV*(7), 159-168.
- González, H. (julio-agosto de 2001). De Contorno a Tiempos Modernos. *Revista Tiempos Modernos. Argentina entre Populismo y Militarismo. ed David Viñas y Cesar Fernández Moreno*(420-421).
- Gouldner, A. W. (1980). *El futuro de los intelectuales y el ascenso a la Nueva Clase*. Madrid: Alianza Editorial.

- Gouldner, A. W. (1980). Tesis X: Los intelectuales revolucionarios. En *El futuro de los intelectuales y el ascenso de la nueva clase* (págs. 78-82). Madrid: Alianza.
- Gramuglio, M. T. (junio de 1967). La actitud testimonial en David Viñas. *setecientosmonos*(9), 21-23.
- Gramuglio, M. T. (noviembre de 1988). La construcción de la imagen. *Revista de lengua y literatura*(4).
- Gruner, E. (5 de octubre de 2012). El último argentino del siglo XX. Jornadas David Viñas. *Intelectuales y realidad política*. Buenos Aires.
- Guillén, N. (16 de enero de 1964). Carta a Haydée Santamería. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, documento 100*.
- Guillén, N. (noviembre-diciembre de 1965). Don Ezequiel. *Casa de las Américas*(33), 25-26.
- Guillén, N. (septiembre-diciembre de 1972). Charla poética. *Revista de la Biblioteca Nacional José Martí*(3), 7. Recuperado el 26 de julio de 2021, de https://ufdcimages.uflib.ufl.edu/AA/00/01/92/19/00096/Revista%20BNJM_1972_septiembre-diciembre.pdf
- Guillermo, D. (4 de octubre de 2012). Víctimas y victimarios: la indianidad en David Viñas. *Jornadas David Viñas. Biblioteca Nacional*. Buenos Aires. .
- Guma, J. G. (9 de febrero de 1965). Otorgados los Premios de la Casa de las Américas. *Revolución*, pág. 5.
- Haces, M. T. (1991). El militar argentino como proyecto literario. *Universidad Nacional Autónoma de México*, 22.
- Heras, E. (2007). El quinquenio gris: testimonio de una lealtad. *Conferencia leída por su autor, el 15 de mayo de 2007, en el Instituto Superior de Arte (La Habana), como parte del ciclo «La política cultural del período revolucionario: Memoria y reflexión», organizado por el Centro Teórico-Cultural Criterio*. La Habana: Criterio.
- Herencia, J. C. (2002). *Fulguración del aEspacio. Letras e imaginario institucional de la Revolución cubana (1960-1971)*. Rosario: Beatriz Viterbo .
- Jarkowski, A. (2012). Prólogo . En D. Viñas, *Un dios cotidiano*. Buenos Aires: Editorial Universitaria.
- Jorge Fonet, M. L. (2011). *Casa de las Américas*. La Habana: Casa de las Américas. Recuperado el 2 de julio de 2021, de <http://www.casadelasamericas.org/casa.php>
- Joseph, A. (2009). “No hay literatura inocente”, entrevista con el intelectual argentino y novelista David Viñas. *Letras Hispanas: Revista de literatura y cultura*, 6(2).
- Karol, K. (1972). *Los guerrilleros en el poder*. Barcelona: Seix Barral.

- Kerr, L. (1979). La geometría del poder: Los hombres de a caballo de David Viñas. *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, Año 5(9), 69-77. Recuperado el 8 de septiembre de 2021, de https://www.jstor.org/stable/4529901?seq=9#metadata_info_tab_contents
- Kohan, M. (2004). La novela como intervención crítica: David Viñas. En S. Saítta(Directora), *El oficio se afirma* (Vol. Tomo IX de la Historia de la crítica de la literatura argentina, págs. 253-271). Buenos Aires: Emecé.
- Kohan, M. (2004). *La novela como intervención crítica: David Viñas* (Vols. El oficio se afirma, Tomo IX de la Historia crítica de la literatura argentina). (S. Saítta(directora), Ed.) Buenos Aires: Emece.
- L.Andreu, J. y. (1973). Entretiens: David Viñas. *Cahiers Du Monde Hispanique Et Luso-brésilien*(20 consacré au Chili), 189-201. Recuperado el 21 de abril de 2021, de <http://www.jstor.org/stable/40851860>
- Latendorf, A. A. (1961). CUBA plebiscitada en Buenos Aires. *CHE*, 10-11.
- Latendorf, A. A. (2 de junio de 1961). Me despido de usted muy atentamente, Dr. Palacios. *Che*(15), 6-7.
- Leal, R. (1965). Un jurado en busca de cinco premios. *Cuba*, 16-29.
- Leiseca, M. (25 de marzo de 1965). Carta a Ángel Rama. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(doc.49)*.
- Leiseca, M. (22 de marzo de 1965). Carta a Ángel Rama. 22 de marzo de 1965. . Carpeta 309. Doc. 48. *Archivo correspondencia. Casa de las Américas, doc. 48(carpetas 309)*.
- Leiseca, M. (30 de noviembre de 1965). Carta a David Viñas. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, Doc. 11(Carpeta 309)*. La Habana.
- Leiseca, M. (28 de mayo de 1966). Carta. *Carta a David Viñas. Archivo Correspondencia Casa de las Américas. Carpeta 309, doc.16., carpeta 309(doc. 16)*. La Habana: Archivo Correspondencia Casa de las Américas.
- Leiseca, M. (3 de noviembre de 1967). Carta a David Viñas. *Archivo Correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(doc.39)*. La Habana.
- Leiseca, M. (20 de febrero de 2006). *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(doc.150)*. La Habana.
- letra, A. p. (noviembre-diciembre de 1965). Al pie de la letra. *Casas de las Américas*(33), 163.
- Letra, A. p. (abril-junio de 2011). Adiases. *Casa de las Américas*, 157-166.
- Lie, N. (1996). *Transición y transacción. La revista Casa de las Américas (1960-1976)*. Gaithersburg, MD/ Leuven : Leuven University Press.

- Llamamiento de La Habana. (marzo-abril de 1968). *Casa de las Américas*(47), 100-102.
- Ludmer, J. (2015). *Clases 1985. Algunos problemas de teoría literaria*. Buenos Aires: Paidós .
- Magis, C. H. (febrero de 1971). Novela, realidad y malos entendidos. *Revista de la Universidad de México*, xxv(6), 10-17. Recuperado el 08 de 09 de 2021, de <https://www.revistadelauniversidad.mx/articulos/22ec37d3-d5ce-407e-b28a-e7a323673537/novela-realidad-y-malos-entendidos>
- Male, B. C. (febrero de 1967). Darío vuelve a Cuba. *Cuba*(58), 10-12.
- Marechal, L. (enero-febrero de 1968). Palabras al Che. *Casa de las Américas*(46), 88.
- Martín, M. C. (1992). Cultura y política en la revista argentina Contorno (1953-1959). *América : Cahiers du CRICCAL*, . pp.(nº9-10. Le discours culturel dans les revues latino-américaines, 1940-1970), 393-409.
- Mogni, F. (2 de febrero de 1961). Un cross a la mandíbula. *Che*, 20-21.
- Monegal, E. R. (1956). *El juicio de los parricidas. La nueva generación argentina y sus maestros* . Buenos Aires: Decalión.
- Monegal, E. R. (3 de octubre de 1958). La última novela de David Viñas: los parricidas crean. *Marcha*(931), 23.
- Monegal, E. R. (diciembre de 1967). David Viñas en su contorno. *Mundo Nuevo*(18), 75-84.
- Moreno, C. F. (agosto de 1966). Argentina frente a Martínez Estrada. *Mundo Nuevo*, 31-42.
- Morgado, J. S. (2015). *Martínez Estrada, ajedrez e ideas*. Buenos Aires: Dunken.
- Muñoz, G. (mayo de 2012). David Viñas y la Revolución cubana (dossier). La Habana. Recuperado el 2021 de agosto de 18, de http://www.habanaelegante.com/Archivo_Revolucion/Revolucion_Munoz.html
- Muñoz, G. (2012). Gloria y revolución en un cuento de David Viñas: Sábado de Gloria en la capital (socialista) de América Latina. *La Habana Elegante. Archivo de la Revolución cubana*(52). Recuperado el 15 de 09 de 2021, de En http://www.habanaelegante.com/Archivo_Revolucion/Revolucion_Munoz.html
- Muñoz, G. (27 de mayo de 2018). Hegemonía Letrada. Carta de David Viñas a Retamar sobre el caso Padilla. *Rialta Magazine*. Recuperado el 26 de 08 de 2021, de https://rialta.org/hegemonia-letrada-carta-de-david-vinas-a-retamar-sobre-el-caso-padilla/#_ftnref3
- Nora Avaro, A. C. (2004). Introducción. En N. Avaro, *Denuncialistas. Literatura y polémica en los '50* (pág. 340). Buenos Aires: Santiago Arcos.

- Nota. (9 de febrero de 1969). Cortázar y los nuevos narradores argentinos. *El mundo*.
- Oller, J. (septiembre de 1956). Los años despiadados, de David Viñas *Gaceta Literaria*, I, 7, Buenos Aires, septiembre, p. 14. *Gaceta Literaria*, I(7), 14.
- Otero, L. (1997). *Llover sobre mojado. Una reflexión personal sobre la historia*. La Habana: Letras cubanas.
- Pacheco, J. (marzo/abril de 2008). La liberación nacional no estaba planteada en Argentina. Entrevista a Ismael Viñas. *El Aromo*(41), 9.
- Park, M. S. (2000). Otro discurso del programa político de contorno. La novelística de David Viñas de los años sesenta. *Tesis doctoral*. (M. t. Columbia, Ed.)
- Pérez, L. M. (2006). *Los hijos de Saturno: intelectuales y revolución en Cuba*. México: Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Piglia, R. (diciembre de 1969). Una lectura de Cosas concretas. *Los Libros*(6), 3.
- Piglia, R. (1993). *La Argentina en pedazos*. Buenos Aires: Ediciones de la Urraca.
- Piglia, R. (2016). *Los diarios de Emilio Renzi II*. Buenos Aires: Anagrama.
- Piglia, R. (2016). *Los diarios de Emilio Renzi. Los años feciles*. (Vol. II). Barcelona: Anagrama.
- Podlubne, J. (2016). Entre Contorno y Los Libros, los críticos universitarios en Setecientosmonos. *452 F*, 157-174.
- Portantiero, J. C. (1961). Viñas: la quiebra de la ilusión. En J. C. portantiero, *Realismo y Realidad en la literatura argentina* (págs. 91-96). Buenos Aires: Lautaro.
- Rama, Á. (1964). Informe detallado de Ángel Rama. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(Doc.22)*.
- Rama, Á. (27 de marzo de 1965). Carta a Marcia Leiseca. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(Doc.50)*.
- Retamar, R. F. (13 de septiembre de 1959). Carta a Ezequiel Martínez Estrada. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 198(doc.7)*. La Habana.
- Retamar, R. F. (mayo-junio de 1965). Génova: un congreso, una revista, una comunidad. *Casa de las Américas*(30), 99-103.
- Retamar, R. F. (22 de febrero de 1967). Carta a David Viñas. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(doc. 23)*.
- Retamar, R. F. (4 de octubre de 1967). Carta a David Viñas. *Archivo Casa de las Américas, carpeta 309(doc. 38)*.
- Retamar, R. F. (8 de enero de 1969). Archivo Casa de las Américas. *Reunión del Consejo de colaboración de la Revista "Casa"*.

- Retamar, R. F. (18 de marzo de 1971). Carta a David Viñas. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(doc. 72)*. La Habana.
- Retamar, R. F. (16 de junio de 1971). Carta abierta a David Viñas. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, doc. 75 b(carp 309)*. La Habana.
- Retamar, R. F. (18 de febrero de 1972). Carta a Rodolfo Walsh. *Archivo Correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309. Rodolfo Walsh(doc. 30)*. La Habana.
- Retamar, R. F. (27 de diciembre de 1974). Carta a David Viñas. *Archivo de correspondencia Casa de las Américas, doc.77(carpeta 309)*.
- Retamar, R. F. (1989). Treinta años de la Casa de las Américas. *Estudios Avanzados*, 3(5), 69-75.
- Retamar, R. F. (julio-septiembre de 1993). Ángel Rama y la Casa de las Américas. *Casa de las Américas*(192), 48-63.
- Retamar, R. F. (1993). Primer Congreso Internacional de la vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada. En Actas, *Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada*. Bahía Blanca: Fundación Ezequiel Martínez Estrada .
- Retamar, R. F. (1995). Desde el Martí de Ezequiel Martínez Estrada. En F. E. Estrada, *Primer congreso internacional sobre la vida y obra de Ezequiel Martínez Estrada. Actas* (pág. 44). Bahía Blanca.
- Retamar, R. F. (22 de 11 de 2009). Sobre la revista Casa de las Américas. *La ventana*. La Habana. Obtenido de <https://rebellion.org/sobre-la-revista-casa-de-las-americas/>
- Roca, P. (2007). *Política y sociedad en la novelística de David Viñas*. Buenos Aires: Biblos.
- Rosa, N. (1970). Sexo y novela en David Viñas. En N. Rosa, *Crítica y significación* (págs. 9-99). Buenos Aires: Galerna.
- Rubione, A. V. (1992). Prólogo a Un dios cotidiano. En D. Viñas, *Un dios cotidiano*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Said, E. W. (1994). *Representaciones del intelectual*. Buenos Aires: Paidós.
- Saítta, S. (28 de marzo de 2011). Homenaje a David Viñas. Texto leído el 28 de marzo de 2011, en el acto organizado por la Facultad de Filosofía y Letras. *Entrepasados. Revista de historia*(36-37). Buenos Aires. Obtenido de https://www.academia.edu/8693073/Homenaje_a_David_Vi%C3%B1as
- Santamaría, A. (14 de julio de 1965). Carta a David Viñas. *Archivo Correspondencia Casa de las Américas, doc.6(carpeta 309)*.
- Santamaría, H. (17 de julio de 1964). Carta a David Viñas. *Archivo correspondencia Casa de las Américas., carpeta 309*.

- Santamaría, H. (julio de 1967). Carta a David Viñas. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(doc.25)*.
- Santí, E. M. (diciembre de 1984). La retórica de la ideología: Memorias del subdesarrollo. *Revista de la Universidad de México*(44), 12-19.
- Santos, I. (1996). David Viñas: los márgenes del oficio. (V. Universidad de los Andes, Ed.) *Actual Investigación. Revista de la Dirección de Cultura y Extensión. Universidad de los Andes*. (33).
- Sarduy, P. (febrero de 1967). El cine pibe, me interesa mucho. Entrevista a David Viñas. *La Gaceta de Cuba, VI*(55), 5 y 14.
- Sarlo, B. (julio de 1979). Raymond Williams y Richard Hoggart: sobre cultura y sociedad. *Punto de Vista, Año 2*(6), 9-18.
- Sarlo, B. (noviembre de 1981.). Los dos ojos de Contorno. *Punto de Vista*(13).
- Sartre, J. P. (1950). *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.
- Schwartzman, J. (1999). David Viñas: La crítica como epopeya. En c. Susana Cella, *Historia crítica de la Literatura Argentina, La irrupción de la crítica*. (Vol. 10, págs. 147-180). Buenos Aires: Emecé.
- Scolnik, A. D. (2011). Ser coherente significa estar empecinadamente metido en ahondar en una idea. Entrevista a León Rozitchner. *La Biblioteca, Primavera*(11), 342-349.
- Selser, G. (2 de diciembre de 1960). El escritor Viñas en la DIGEPOL. *Marcha*(1040), 10.
- Sigal, S. (1991). *Intelectuales y poder en en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- Szichman, D. V. (1972). David Viñas. *Hispanamérica, I*(1), 61-67. Recuperado el 21 de 4 de 2021, de www.jstor.org/stable/20541106
- Szichman, M. (julio de 1972). David Viñas: Entrevista. *Hispanamérica, I*(1), 61-67.
- Terán, O. (1991). *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda en la Argentina 1956-1966*. Buenos Aires: Puntosur.
- Terán, O. (1991). Rasgos de la cultura intelectual argentina, 1956-1966. *Latin America Studies Center. Series. University of Maryland at College Park*(2).
- Thompson, E. P. (2017). *Democracia y socialismo*. México: Universidad Autónoma Metropolitana -CLACSO.
- Timossi, J. (marzo de 1967). Viñas: una historia de gorilas y sus caballos. *Cuba*(59), 57.

- Tortti, C. (1999). Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional. En A. Pucciarelli, *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la nueva izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- Tortti, M. C. (2006). La nueva izquierda en la historia reciente de la Argentina. *Cuestiones de Sociología*, 19-32.
- Tortti, M. C. (18-22 de septiembre de 2007). El Partido Socialista Argentino de Vanguardia: entre Cuba y El peronismo. *XI Jornadas interescuelas/Departamento de historia*. Tucumán.
- Tortti, M. C. (2007). El peronismo, la revolución cubana y las transformaciones de la identidad socialista a principios de los sesenta. En *Miradas sobre la historia social en la Argentina en los comienzos del siglo XX*. La Plata.
- Una revolución al desnudo. (1961). *Che*, 12-14.
- Valverde, E. (1989). *David Viñas: en busca de una síntesis de la Historia argentina*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Vergara, J. (octubre de 2007). “La literatura es el conjuro de la mala leche”, entrevista a David Viñas, Café la paz. *Tesis de grado*. Buenos Aires.
- Viñas, D. (mayo de 1954). Arlt y los comunistas. *Contorno*, 16.
- Viñas, D. (1955). *Cayó sobre su rostro*. Buenos Aires: Doble P.
- Viñas, D. (1956). *Los años despiadados*. Buenos Aires: Letras universitarias.
- Viñas, D. (31 de diciembre de 1959). Una generación traicionada. *Marcha*(992), 12-15 y 20.
- Viñas, D. (1961). ¡Cuidado con los caballeros, Dr Palacios! . *CHE*, 17.
- Viñas, D. (1962). *Dar la Cara*. Buenos Aires: Jamcana.
- Viñas, D. (10 de setiembre de 1965). Carta a Marcia Leiseca. *Archivo correspondencia Casa de las américas, doc. 8(carpetas 309)*. Buenos Aires.
- Viñas, D. (28 de febrero de 1965). Los jurados opinan. *Hoy Domingo*, págs. 3-4.
- Viñas, D. (27 de julio de 1966). Carta a Marcia Leiseca. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(doc. 18)*.
- Viñas, D. (11 de noviembre de 1967). Argentina, David Viñas, escritor. *Cuba*(67), 99.
- Viñas, D. (1967). *Argentina: Ejército y Oligarquía* (Vol. 2 Hechos e ideas). La Habana: Cuadernos de la revista Casa de las Américas.
- Viñas, D. (28 de junio de 1967). Carta a Marcia Leiseca. *Archivo Casa de las Américas, carpeta 309(doc.26)*.

- Viñas, D. (29 de agosto de 1967). Carta a Marcia Leiseca. *Archivo Correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(doc. 31)*. Buenos Aires.
- Viñas, D. (13 de julio de 1967). Carta a Marcia Leiseca. *Archivo Casa de las Américas, carpeta 309(doc. 27)*.
- Viñas, D. (29 de diciembre de 1967). Carta a Roberto Fernández Retamar. *Archivo correspondencia Casa de las Américas(carpeta 309)*.
- Viñas, D. (1967). Sábado de gloria en la capital (socialista) de América Latina. En A. d. cuentos, *Buenos Aires, de la fundación a la angustia*. Ediciones de la Flor.
- Viñas, D. (21 de setiembre de 1968). Carta a Roberto Fernández Retamar. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, doc.52(carpeta 309)*. Buenos Aires.
- Viñas, D. (1968). Carta a Roberto Fernández Retamar. *Archivo correspondencia de Casa de las Américas, 52(carpeta 309)*.
- Viñas, D. (19 de abril de 1968). Carta a Roberto Fernández Retamar. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309, doc. 46*. Buenos Aires.
- Viñas, D. (enero-febrero de 1968). Cosas concretas. *Casa de las Américas(46)*, 91-93.
- Viñas, D. (8 de enero de 1969). *Reunión del Consejo de Colaboración de la Revista "Casa", carpeta 260*. La Habana.
- Viñas, D. (20 de marzo de 1969). Carta de David Viñas a Roberto Fernández Retamar. *Archivo correspondencia Casa de las Américas*. Roma.
- Viñas, D. (1969). *Cosas concretas*. Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo.
- Viñas, D. (junio de 1969). Después de Cortázar: historia y privatización. *Cuadernos Hispanoamericanos(234)*, 734-739.
- Viñas, D. (11 de junio de 1971). Cable. *Archivo Casa de las Américas, carpeta 308(documento 74)*. Buenos Aires.
- Viñas, D. (11 de junio de 1971). Carta abierta a Roberto Fernández Retamar. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309. David Viñas(doc. 75 a)*. Buenos Aires.
- Viñas, D. (1971). Cortázar y la fundación mitológica de París. . En D. Viñas, *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires.
- Viñas, D. (6 de setiembre de 1974). Carta a Roberto Fernández Retamar. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, carpeta 309(doc. 76)*. Buenos Aires.
- Viñas, D. (17 de enero de 1978). Carta a Roberto Fernández Retamar. *Archivo correspondencia Casa de las Américas, doc. 83(carpeta 309)*. San Lorenzo del Escorial.

- Viñas, D. (1981). Placeres y digresiones en torno a la nueva narrativa latinoamericana. En Á. Rama, *Más allá del BOOM: Literatura y mercado* (Vol. 10, pág. 9). Ciudad de México: Folios.
- Viñas, D. (1982). David Vinas y Mempo Giardinelli con Saúl Sosnowski. (S. Sosnowski, Entrevistador) Recuperado el 23 de 11 de 2021, de <https://www.youtube.com/watch?v=fd8EAVds-ac>
- Viñas, D. (1996). *Literatura argentina y política II. De Lugones a Walsh*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Viñas, D. (primavera de 2011). El ademán contornista. *La Biblioteca, revista fundada por Paul Groussac. El presente como historia 2001-2011*. .
- Viñas, I. (mayo de 1954). Una expresión, un signo. *Contorno*(2), 2-5.
- Viñas, I. (2013). Una historia de Contorno. prólogo. En *Contorno. Edición facsimilar*. Buenos Aires: Ediciones Biblioteca Nacional.
- Vitier, C. (1993). El Martí de Martínez Estrada”. En Actas, *Primer Congreso Intenacional sobre la vida y la obra de Ezequiel Martínez Estrada*. Actas. Bahía Blanca: Fundación Ezequiel Martínez Estrada.
- Walsh, R. (enero-febrero de 1968). Guevara. *Casa de las Américas*, 44.
- Warley, C. M. (1981). *Contorno*. . Buenos Aires: Centro Editor América Latina.
- Weiss, J. (1977). *Casa de las Américas. An intellectual Review in the Cuban Revolution*. Chapel Hill-Madrid: Castalia.
- Williams, R. (2000). *Marxismo y literatura*. Barcelona: Ediciones Penínsulas.
- Williams, R. (2003). *La larga revolución*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Yurkievich, S. (1971). Premio Casa de las Américas : Diez años de poesía. *Cahiers Du Monde Hispanique Et Luso-brésilien*(16), 99-121. Recuperado el 22 de junio de 2021, de from <http://www.jstor.org/stable/40851693>
- Zsichman, M. (1ro de julio de 1972). Entrevista. *Hispanamérica*, 61-67.

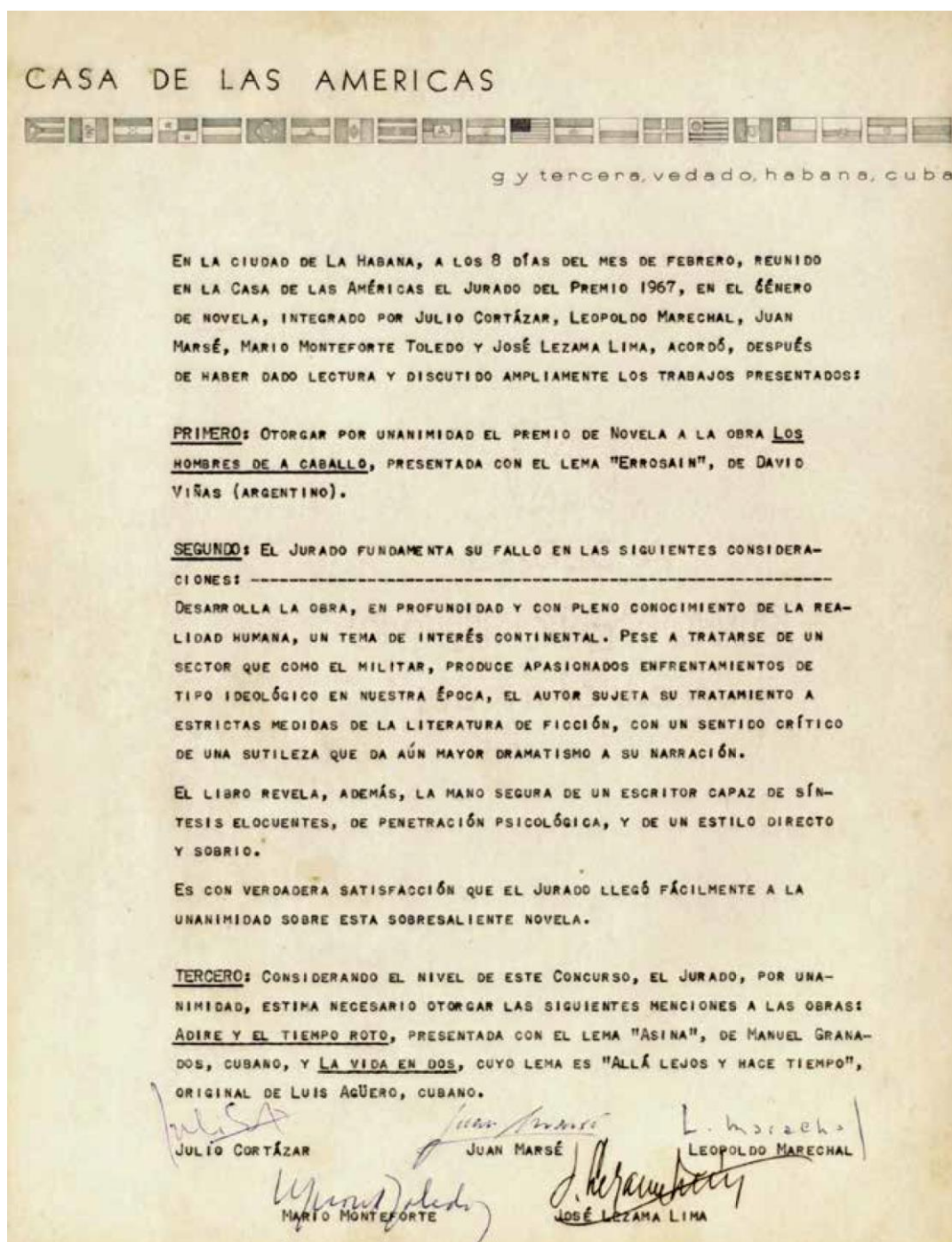
ANEXOS

I: Foto de portada.



Reunión del Comité de Colaboración de la revista Casa de las Américas. Aparecen, Roberto Fernández Retamar, Genoveva Daniel (secretaria), Mariano Rodríguez (subdirector de la Casa de las Américas), David Viñas, René Depestre, Graziella Pogolotti, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Ambrosio Fornet, Umberto Peña (diseñador), Ramón López (secretario de Redacción), Edmundo Desnoes, Manuel Galich y Mario Benedetti. Colección Casa de las Américas. Extraída de La experiencia cubana. Intelectuales argentinos en la Revolución, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Catálogo mayo-diciembre, 2019

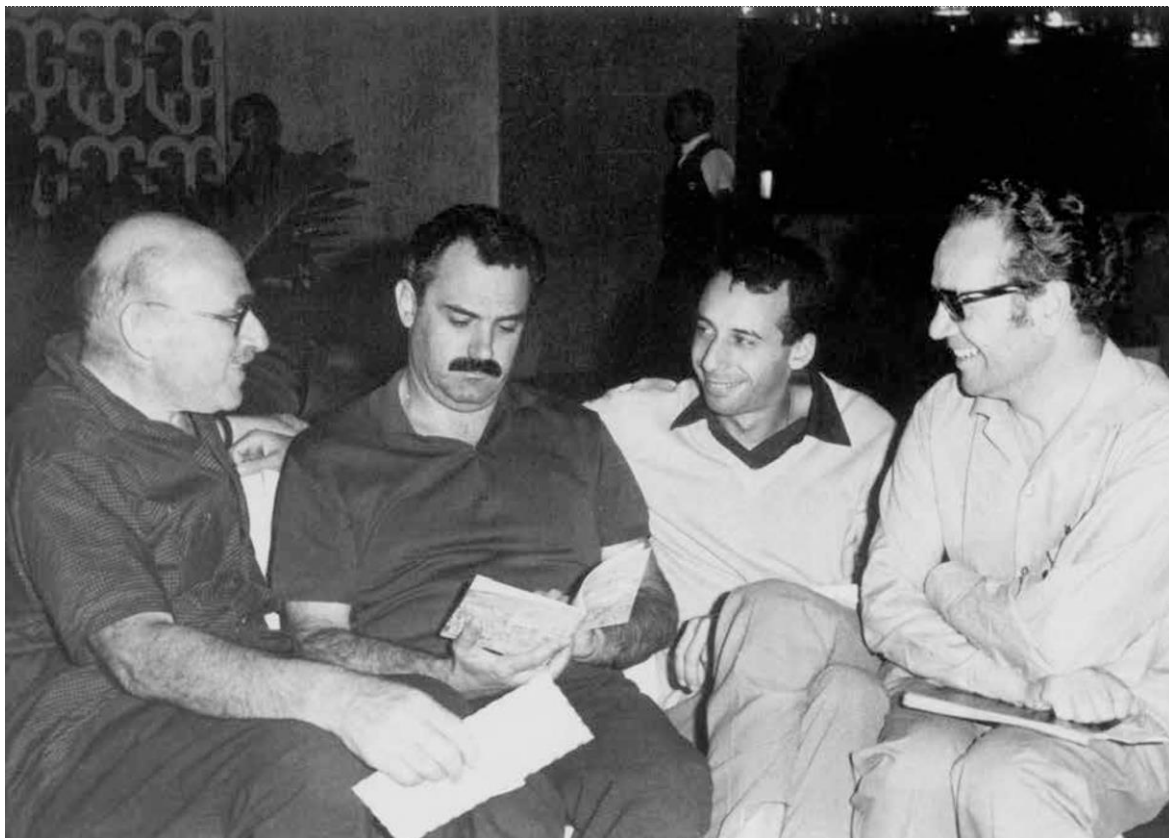
II: Acta del jurado Premio Casa de las Américas, categoría de novela, 1967.



Acta del Premio Casa de las Américas 1967 que otorgó el premio a la novela Los hombres de a caballo, de David Viñas. El jurado estuvo integrado por Julio Cortázar y Leopoldo Marechal (Argentina), José Lezama Lima (Cuba), Juan Marsé (España) y Mario Monteforte

Toledo (Guatemala). Extraída de *La experiencia cubana. Intelectuales argentinos en la Revolución*, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Catálogo mayo-diciembre, 2019.

III: Foto del Jurado del Premio Casa de las Américas 1965.



De izquierda a derecha: Jack M. Cohen (jurado del premio de poesía), David Viñas (jurado del premio de novela), Miguel Grinberg (jurado del premio de cuento) y Nicanor Parra (jurado del premio de poesía). Extraída de *La experiencia cubana. Intelectuales argentinos en la Revolución*, Biblioteca Nacional Mariano Moreno, Catálogo mayo-diciembre, 2019.

IV: poema “Cosas concretas”, de David Viñas, publicado en el número 46 de la revista *Casa de las Américas* (enero-febrero, 1968).

david | **COSAS CONCRETAS**
viñas

*El que vivo enseñó,
difunto mueve.*

Quevedo.

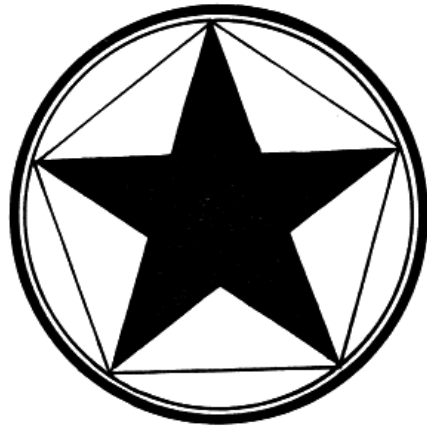
Sin arquear la voz ni las aletas,
diagramando un cuchicheo, Lú,
no un secreto ni tampoco terroncito,
sino mi Cuba, mi cubita, mi cubana.
Entendámonos:
no cielo, para pisada ni el moaré;
no arcángeles, mis turros,
jamás coimas (de mordiscos hablo), no almirantes,
porque la gente de allá cuenta por manos y sabor
no en catecismos.
Y si duele en Puerto Rico
que el hueso de ventana se corroa y dé vindoba,
menos mal que en Venezuela
en los *cars* diminutivos
se hacen vaina, vainón y la charneca.
Nuestras imposibilidades, Bob,
mi humillación del cuerpo, la nefritis,
oh el puerto y mis envidias:
mulatas, y Granpá y varadero en 23 y 12.
Y cuando empezamos a sentir las conversaciones
(ma qué San Pablo: aquí: ni el viejo Gide)
las becas, mis putitos,
los Ann Arbor y los guiños,
cuidar la imagen, cutículas, parámetros y rentas.
 (“—A los gringos
se la metemos doblada, pibe.
Hay que avivarse”).
Fíjate:
hasta Dalmiro se trajo su delirio
no del pecho ni el karate

CHE

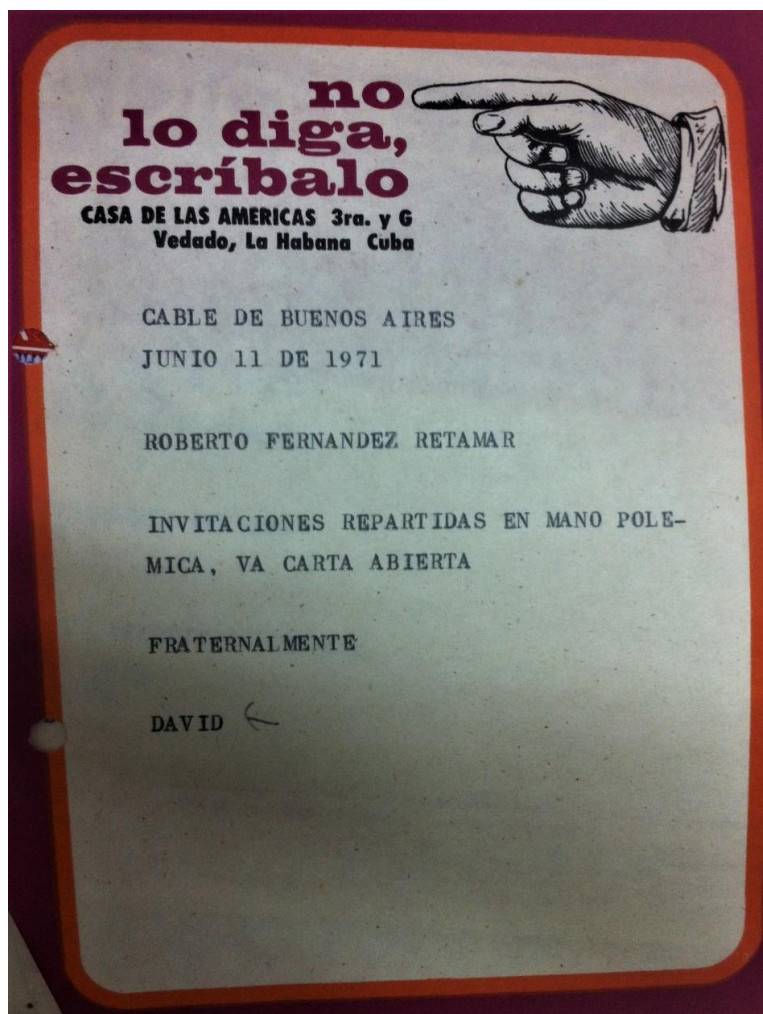
91

y desbarató vergüenza.
Hablo de la nuestra (la mía cuento)
no Ayacucho ni nocau ni una serpiente.
Y César.
desgarrado y liberal, me consultaba
los pies entre ceniza
(no en tanto de su padre
como hacía ochenta millas);
ahí nomás el Paco
(no recuerdo si Noé)
apuntaba con bragueta y sobre el golfo.
Y cuando sentimos (siento; de mí; soy yo el que habla)
humillación (que es cuando
todo el cuerpo no separa)
aparece el Caballo.
Necesito ser preciso
y quite alarde:
era una noche, al patio.
con frisos, sicomoros
o algún vocablo de Lezama;
me acuerdo, me acordara y ya lo cultivo
(como a una mina en un zaguán
o a un insulto puntual y no adjetivo).
Yo lo miraba con cautela,
olía ron, dos mexicanos y un denso Larrañaga
(en general, me joden los jefes y grandes
son palabras de Malraux
como regatón, pertinente y quizá energía).
Pues bien, hay que decirlo:
me preocupaban mi edad y la gran manija.
Menos mal: trabaja y se empecina. Eso es todo.
No señor ni vulevú ni metafísica.
Si hasta en la plaza
si hasta San Martín con dorman y salida
se nos rescata entre "guerrilleros":
el cura Hidalgo
y Camilo medio bizco y colombiano
y con Artigas, don José, nuestro uruguayo,
y Simón sin Chimborazo.
Y Ernesto. ¿Te acordás, mi Carlos?
Ernesto: tan argentino como vos y como yo,
mi Carlos.
Lloramos. Lloré. Y sin tango.
Fuerte y guerrillero y saludable.
Así hablé.

Era en la plaza. Con Che y mis trampas y Onganía
y algún zaino.
Pero no se engañen:
Buenos Aires ya no cuenta paredones
ni Arlt su Dios
ni en Macedonio de profeta
Ay, *Claudia* y Shell y gentilhombres
a medias víctimas y a medias todo.
(—“Hay que vivir, David”.) Y no en morirse.
No fiscal y menos archidiácono.
Al fin y al cabo
que sé yo del Ortega y las encuestas.



IV: Copia de Cable enviado por David Viñas a Fernández Retamar anunciando la publicación de la carta abierta a Padilla, de Archivo de Casa de las Américas.



VI: Fragmento de carta abierta de Roberto Fernández Retamar a David Viñas, de Archivo de Casa de las Américas.

